

Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica

Franck Gaudichaud, Jeffery R. Webber, Massimo Modonesi

▶ **To cite this version:**

Franck Gaudichaud, Jeffery R. Webber, Massimo Modonesi. Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica. UNAM Ediciones, 2019, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 9786073017695. hal-02320891

HAL Id: hal-02320891
https://hal.science/hal-02320891

Submitted on 6 Dec 2019

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Distributed under a Creative Commons Attribution - NonCommercial 4.0 International License

Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI.

Ensayos de interpretación histórica



Franck Gaudichaud
Jeffery Webber
Massimo Modonesi

Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI

Ensayos de interpretación histórica

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector • Enrique Luis Graue Wiechers

Secretario General • Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario Administrativo • Leopoldo Silva Gutiérrez

Abogada General • Mónica González Contró

Director General de Publicaciones y Fomento Editorial • Socorro Venegas Pérez

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Directora • Angélica Cuéllar Vázquez

Secretario General • Arturo Chávez López

Secretario Administrativo • Juan Manuel López Ramírez

Jefe del Departamento de Publicaciones • Ilan Edwin Garnett Ruiz



Facultad de Ciencias
Políticas y Sociales

Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI

Ensayos de interpretación histórica

Franck Gaudichaud, Jeffery Webber, Massimo Modonesi

Universidad Nacional
Autónoma de México

Esta investigación arbitrada a ñdoble ciegoò por especialistas en la materia, se privilegia con el aval de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

Este libro fue financiado con recursos de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la Universidad Nacional Autónoma de México a través del proyecto: "Movimientos antagonistas en México y América latina" como parte del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) con número de registro IN302716 coordinado por el doctor Massimo Modonesi.

Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI

Ensayos de interpretación histórica

Franck Gaudichaud, Jeffery Webber, Massimo Modonesi

Primera edición: 24 de abril de 2019.

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México.
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
Circuito Cultural Mario de la Cueva, Ciudad Universitaria C.P. 04510,
Alcaldía Coyoacán, CDMX.

ISBNe: 978-607-30-1770-1

Diseño de portada y cuidado de la edición: Domingo Cabrera Velázquez.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Impreso en México / Printed in Mexico.

Índice

Presentación 7

Capítulo 1
Conflictos, sangre y esperanzas. Progresismos y movimientos populares en el torbellino de la lucha de clases latinoamericana 13
Franck Gaudichaud

Capítulo 2
Mercado mundial, desarrollo desigual y patrones de acumulación: la política económica de la izquierda latinoamericana 97
Jeffery Webber

Capítulo 3
El progresismo latinoamericano: un debate de época 181
Massimo Modonesi

Conclusiones 230

PRESENTACIÓN

En el primer quinquenio del 2000 se produjo en América Latina una oleada de derrotas electorales de los antes ñinvencibleòs partidarios del neoliberalismo y la correspondiente apertura de uno de los más grandes procesos de recambio relativo de los grupos dirigentes que ha visto la historia de la región. Venezuela, Brasil, Argentina, Bolivia, Uruguay, Ecuador, Nicaragua y El Salvador, en una breve secuencia que se aceleró entre 2002 y 2006, pasaron a ser gobernados por partidos y presidentes que se declaraban antineoliberales. Así, en la primera década del siglo XXI, se contaron tantos gobiernos de tinte progresista como no se veían desde los años treinta y cuarenta del siglo anterior.

Estos gobiernos lograron instalar cierto grado de hegemonía que les permitió sostenerse por un ciclo temporal sorprendentemente largo ï que varía entre 10 y casi 20 años de gobierno- que incluyó tres procesos constituyentes, varias re-elecciones presidenciales, logrando inclusive sostener el recambio del titular del ejecutivo al interior del mismo partido (salvo el de Bolivia y Nicaragua). Sin embargo, en los últimos años, por múltiples razones que se analizarán en el libro, este proceso entró en una etapa de agotamiento ï el llamado ñfin de cicloòï que se manifestó en la derrota electoral en Argentina en 2015, el golpe institucional en Brasil 2016, la negativa plebiscitaria a la re-elección de Evo Morales en Bolivia ese mismo año, la apretada victoria de Lenin Moreno en 2017 y su casi inmediato enfrentamiento con Rafael Correa en Ecuador, y que se presenta en forma explosiva tanto en la crisis venezolana desde 2014 como en la del ñorteguismoò en Nicaragua en 2018.

Tratando de dar cuenta de forma integral del ascenso, consolidación y crisis de estas experiencias políticas, en este libro se pretenden ofrecer claves de lectura para atender los desafíos analíticos relacionados con dos elementos trascendentes, que le otorgan un valor que inclusive rebasa la dimensión latinoamericana: su historicidad y su politicidad.

La historicidad del ciclo progresista es evidente en el corto plazo ya que constituye un capítulo significativo de historia del tiempo presente ï que podemos llamar provisionalmente las dos décadas del progresismo latinoamericanoï ,

marcado por la línea de tensión neoliberalismo-antineoliberalismo-posneoliberalismo, por la discontinuidad que introdujeron los gobiernos, su discurso y sus prácticas, respecto del ciclo neoliberal anterior. De allí que se justifique la expresión de ñcambio de épocaò. Al mismo tiempo, y esto interpela la caracterización de su politicidad, no es igualmente evidente su alcance en términos de ñhacer épocaò, lo cual, como sugería Gramsci, implica marcar un quiebre profundo y duradero, una diferencia cualitativa que podríamos enmarcar en la distancia que separa un *cambio* de una *transformación*, que rebasa el nivel estrictamente político para sedimentar a nivel estructural y cultural.

En este sentido, los gobiernos que se proclamaron posneoliberales e incluso revolucionarios, fueron evaluados con esta vara tanto desde su derecha como su izquierda y, en ambos casos, por ir demasiado lejos o por quedarse cortos respecto de las proclamas y las aspiraciones. La historiografía de las próximas décadas, sopesando estos fenómenos en un impacto que todavía no podemos medir plenamente, nos permitirá evaluar el alcance de estas dos décadas progresistas en el mediano y largo plazos. Un alcance que podría llegar a compararse, *mutatis mutandi*, con el impacto de los gobiernos progresistas latinoamericanos de los años treinta y cuarenta, los cuales fueron la consecuencia de otra oleada o ciclo de movilización popular y que operaron como solución de compromiso, como forma de temperar y desactivar el conflicto, abriendo una época de revolución pasiva que resultó bastante exitosa en el corto plazo, pero se agotó inexorablemente en el mediano plazo. En esta inflexión hegemónica, apareció otro ciclo de movilización y de conflicto que inició entre finales de los años cuarenta y mediados de los años cincuenta y terminó en los años setenta, con la oleada militarista que arrasó con las diversas expresiones ï nacional-populares y socialistas revolucionariasï de movimientos populares construidos y fortalecidos a lo largo de ï por lo menosï medio siglo de historia. La hipótesis de que existan rasgos similares en la configuración de estos dos ciclos históricos merece ser explorada por medio un tratamiento mucho más profundo y sistemático, pero podemos prever que será parte de un ejercicio comparativo y de un análisis de los ciclos políticos de mediana duración en América Latina.

Más allá de su alcance histórico, respecto de su politicidad, es decir su composición política, la experiencia latinoamericana planteó su propia contribución al debate-proceso de renovación/reconfiguración de las izquierdas

a nivel mundial, a casi 30 años de la caída del muro de Berlín.

Salvadas las diferencias y las especificidades que aparecerán a lo largo del libro, podemos sostener que la América Latina de inicio del siglo XXI fue caracterizada por la irrupción un antineoliberalismo desde abajo que derivó en proyecto progresista implementado desde arriba, que se proclamó posneoliberal, fue cuestionado por sus rasgos populistas y terminó siendo acorralado por una combinación de protestas surgidas a su izquierda y por la reacción restauradora de las derechas neoliberales de matriz oligárquica.

La noción de progresismo es conceptualmente vasta y ambigua como lo es el campo real de las expresiones y configuraciones de izquierda, centro-izquierda y nacional-populares que conquistaron el poder estatal. Así lo entendieron los mismos gobernantes al buscar un mínimo común denominador, de la misma manera que los críticos, los opositores y los analistas intentando evidenciar un modelo o un formato transversal. Por ello, convirtiéndose en una palabra escurridiza pero omnipresente, la de ñprogresistaò se asentó como el adjetivo calificativo con el cual convencionalmente se han caracterizado a los gobiernos y se ha vuelto, por lo tanto, una palabra clave en el léxico de los debates en curso, tanto en el terreno político como en el académico. Por otra parte, en relación con los contenidos que pretende designar, la noción de *progresismo* tiene la virtud de apuntar a aspectos constitutivos de los proyectos y las prácticas de estos gobiernos. En efecto, esta noción pertenece al lenguaje por medio del cual se designó, históricamente, desde la izquierda marxista, a los programas y las fuerzas sociales y políticas socialdemócratas, populistas o nacional-populares que buscaban transformar y reformar al capitalismo introduciendo dosis de intervención y regulación estatal y de redistribución de la riqueza: en el caso latinoamericano, con un nítido acento antiimperialista y desarrollista. Este último aspecto, ahora presentado como neo-desarrollismo, se conecta con la noción de *progreso* y contribuye a definir el horizonte y el carácter del proyecto, así como de las críticas que, desde perspectivas ambientalistas, ecosocialistas o poscoloniales, cuestionan frontalmente la idea de progreso y la de desarrollo tanto en sus expresiones de los siglos pasados como en su prolongación en el siglo XXI.

Hay que señalar que, de la mano del progresismo, otro concepto polémico ï sobre el cual no vamos a detenernos por la complejidad que implicaï rondó el debate latinoamericano: el de populismo. Valga sólo un comentario sobre la ambivalencia de una noción que sirvió a las derechas para cuestionar, desde

posturas conservadoras o reaccionarias, el estatalismo, el asistencialismo-clientelismo y el autoritarismo, puntos críticos a los cuales las izquierdas opositoras agregaban la falta de consistencia antineoliberal y anticapitalista, un interclasismo forzado que en realidad cobijaba la continuidad substancial de las división entre clases y, en su seno, la emergencia de determinados grupos, fracciones o burocracias que ocupaban lugares cruciales en las relaciones de dominación.

El cerco hacia la hipótesis y las prácticas progresistas, cuestionadas bajo el rótulo de populistas, se intensificó a partir de que, a partir de 2013, se sintieran los efectos de la crisis económica mundial de 2008 y, por lo tanto, los gobiernos ya no dispusieran de los recursos para garantizar tanto la acumulación como la redistribución de la riqueza. Desde abajo y a la izquierda del progresismo, a veces desgajándose de los perímetros de las alianzas y coaliciones de gobiernos, otras desde una independencia nunca abandonada, brotaron diversas experiencias de luchas, movilizaciones y protestas que, sin lograr articular una alternativa de izquierda consistente y manteniéndose dispersas o esporádicas, mostraron grietas y rupturas en el flanco izquierdo de la hegemonía progresista.

Sin embargo, en el contexto de una crisis que se hacía orgánica, fueron las derechas latinoamericanas, como lo señalamos al principio, las que aprovecharon la coyuntura para recuperar la iniciativa política que habían perdido a mediados de los años 2000. Una recuperación relativa que está mostrando muy rápidamente su límite, no sólo porque no ha logrado extenderse y generalizarse y porque, tanto en Brasil como en Argentina, el proyecto restaurador de las élites neoliberales y de las viejas oligarquías se presentó de forma brutal, sin tapujos ni veleidades de construcción de consenso, mostrando la rapacidad y el cinismo en el ejercicio de gobierno, así como la ineficacia de las fórmulas económicas.

En el escenario actual, abierto a múltiples desenlaces, hay que reconocer que el progresismo, a pesar de su indiscutible crisis y de sus evidentes miserias, no ha muerto ni terminado en el basurero de la historia sino que continua siendo una opción que se coloca como alternativa a la derechización en el terreno de la disputa del poder estatal, mientras que las izquierdas sociales o anticapitalistas, los movimientos y las organizaciones en lucha se mantienen en el respetable e imprescindible pero acotado terreno de la resistencia, con dificultad para constituirse como polos de acumulación y de expansión de

fuerzas. Por ello, a pesar de sus derrotas, su crisis y el avanzar inexorable del fin del ciclo histórico y político, en el cual se manifestaba cierta hegemonía progresista, desde varios lugares se sigue insistiendo en esta fórmula, en un nuevo progresismo que no reniega sino simplemente enmienda los límites o los errores del viejo.[1]

Los tres capítulos que componen esta obra pretenden ofrecer un panorama ágil, crítico y, al mismo tiempo, preciso de este proceso. Cada uno de ellos aborda una dimensión fundamental que incluye la perspectiva histórica y apunta a caracterizar la politicidad de este proceso transcendental para América Latina.

En el primer capítulo, proponemos una periodización de las complejas relaciones entre luchas de clase, progresismos, izquierdas y movimientos populares de los años noventa a nuestros días. Allí, se insiste, en primera instancia, en la emergencia plebeya, en los movimientos y las resistencias que han fisurado la hegemonía neoliberal y el Consenso de Washington. Se muestra posteriormente el ascenso de los gobiernos progresistas, de centro-izquierda o nacional populares y antiimperialistas a partir de 1998-1999 con la elección Hugo Chávez. La segunda mitad de los años 2000 aparecen entonces como una ñedadò de institucionalización-burocratización de los progresismos, de la experiencia bolivariana y de una redistribución parcial de los ingresos de las exportaciones en el cuadro de diversas formas de capitalismo de Estado. Por último, insistimos en el reflujo político, las derivas autoritarias, la formación de nuevas castas en el poder, las tensiones con los movimientos populares y el regreso de las derechas a partir de 2013. Un periodo ñen tensiónò, también caracterizado por nuevas dinámicas de lucha y acciones colectivas, viniendo tanto de los sectores conservadores de la sociedad como de movimientos sociales antagonistas y emancipadores.

En el segundo capítulo, analizamos la política económica de la izquierda latinoamericana, vinculando los ritmos de la acumulación capitalista y la cri-

[1] Véase, por ejemplo, Aloizio Mercadante y Marcelo Zero (coordinadores), *Gobiernos del PT: Un legado para el futuro*, CLACSO-Fundação Perseu Abramo-Partido dos Trabalhadores, Buenos Aires-San Pablo, 2018; Fander Falconi, ñ¿Qué significa ser progresista hoy?ò, Argentina, *Nodal.am* 28 de marzo de 2018, quien, dicho sea de paso, nunca usa la palabra ñizquierdaò en su artículo pero coloca como primer punto a la democracia participativa como base de un republicanismo radical; Alfredo Serrano Mansilla, ñEl nuevo progresismo latinoamericanoò,México, *La Jornada.com.mx* 28 de abril de 2018.

sis en la región, con la dinámica internacional del mercado mundial y los caprichos geopolíticos del imperialismo estadounidense y chino en el siglo XXI. En el capítulo se estudia el ascenso, la consolidación y, finalmente, la crisis del neoliberalismo en América Latina durante los años ochenta y noventa, el auge de las materias primas y el fortalecimiento electoral de la izquierda entre 2003 y 2011, y las repercusiones económicas y políticas de la última crisis mundial capitalismo ï la Gran Recesión de 2008ï que comenzó a afectar América Latina seriamente en 2012. En el capítulo se explica la relación dialéctica entre las temporalidades políticas y económicas de América Latina en las últimas décadas, enfatizando rupturas y continuidades en la política económica de la región durante las diferentes fases de los gobiernos progresistas.

En el tercer capítulo, analizamos el debate que, sobre este pasaje histórico, en particular sobre el parteaguas del asentamiento de los gobiernos progresistas, se entabló en la intelectualidad latinoamericana de izquierda. Ordenamos las coordenadas generales del debate y se reseñan los principales argumentos de las distintas posturas nacional-populares, populistas, anticapitalistas, autonomistas-libertarias, ecologistas y poscolonialistas. En el trasfondo, señalamos una tensión teórico-política, en los antípodas del debate, entre una tendencia hegemonista y otra autonomista, entre la defensa de la iniciativa desde arriba, desde el Estado, a partir de alianzas interclasistas y por medio de reformas limitadas y dosificadas y la crítica de esta opción a partir de la defensa de la iniciativa desde abajo y la necesidad de un radicalismo antisistémico.

Por último, se incluyen conclusiones que buscan ordenar y resumir las principales ideas del libro y de abrir una ventana hacia el futuro.

Esperamos que la lectura estimule el análisis y el balance crítico de las experiencias políticas que trastocaron el orden neoliberal en América Latina y significaron un parteaguas histórico, cuyas consecuencias estamos viviendo y sobre la cuales tenemos que reflexionar en clave estratégica si queremos anticipar y co-construir futuros deseables y emancipadores para Nuestra América.

Junio de 2018.

Capítulo 1
Conflictos, sangre y esperanzas. Progresismos y movimientos populares en el torbellino de la lucha de clases latinoamericana

Franck Gaudichaud
Traducción del francés, Joel Ortega Erreguerena

Introducción. Los movimientos populares: entre la resistencia, la participación y la represión

Si América Latina aparece a veces en el imaginario colectivo mundial como el continente de las revoluciones (y/o de las dictaduras), es porque Latinoamérica ha estado atravesada efectivamente, más allá de las imágenes románticas del ñguerrillero heroicoò, por profundos conflictos sociales en el siglo xx y en el inicio del xxi, pero también por la irrupción frecuente de las clases subalternas en el tablero político de los dominantes y del imperialismo. La región también es conocida por importantes momentos históricos de ruptura del orden establecido y por varios proyectos con acentos revolucionario, antiimperialista o populista, con frecuencia vencidos o aplastados por formas diversas de contra-revolución, autoritarismos estatales, acciones paramilitares e intervenciones estadounidenses.[1] Fue la Revolución Mexicana de 1910 la que, de alguna manera, inauguró el ñcortoò siglo xx, algunos años antes de la Revolución Rusa de 1917, con un levantamiento indígena y campesino que

[1] Ver por ejemplo: Gustavo Carlos Guevara (coord.), *Sobre las revoluciones latinoamericanas del siglo XX*, Newen Mapu, Buenos Aires, 2017; *Fernando Mires, La rebelión permanente: las revoluciones sociales en América Latina*, Siglo XXI, México, 2001; Alan Knight, *Revolución, democracia y populismo en América Latina*, Centro de Estudios Bicentenario y Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2005.

fue, al mismo tiempo, una revolución nacional y modernizadora. Podríamos continuar con una larga lista de experiencias colectivas radicales que forjaron la modernidad política latinoamericana y sus relaciones de clases. Mencionemos, aleatoriamente, la revolución salvadoreña y la lucha armada de Sandino en los años treinta; el proceso revolucionario de los campesinos y los mineros bolivianos de 1952 en donde nació uno de los bastiones de la clase obrera sudamericana por muchos años (la COB -Central Obrera Boliviana); y por supuesto la revolución castrista en Cuba en 1959 que continúa como una referencia para numerosos militantes luego de más de 60 años; la ñvía chilena al socialismoò en Chile durante el gobierno de Allende (1970-1973) y también la experiencia sandinista en Nicaragua, a partir de la caída del clan Somoza en 1979 (y hasta la derrota electoral de 1990).[2] Y si la reivindicación del socialismo ñdel siglo XXIò floreció algún tiempo durante los años de Chávez en Venezuela, es tal vez porque la idea misma de socialismo no estaba completamente enterrada bajo los escombros del muro de Berlín y continuaba su derrotero en el espacio diverso de las izquierdas sociales y políticas de Indo-afro-américa latina (o ñAbya Yalaò). Fue también por la importancia que todavía tiene en la memoria colectiva, esos diversos intentos (a menudo fallidos) de romper con el capitalismo dependiente periférico, a pesar de la marginalización de la mayoría de las organizaciones de la izquierda revolucionaria histórica, proveniente de países como Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, o de la derrota de la estrategia de la lucha armada experimentada en Centroamérica (hasta principios de los años noventa). En cuanto a la noción de ñpoder popularò fue una de las narrativas y retorica que atravesó las grandes movilizaciones sociales latinoamericanas del siglo pasado y aunque designa un concepto difuso, encarna al mismo tiempo una dinámica que marca los períodos de crisis revolucionaria (como en Cuba o en Chile), pero también múltiples praxis locales, circunscritas a un distrito, una fábrica, un territorio. Ese *poder popular* consiste, por lo tanto, en una serie de experiencias sociales y políticas ñpor abajoò, en la creación de nuevas formas de apropiación colectiva (a menudo limitadas), que se oponen ï en parte o totalmenteï a la formación social dominante y a los poderes constituidos.[3] En otras palabras,

[2] Michael Löwy, *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909 hasta nuestros días*, LOM, Santiago, 2007.

[3] Para una reflexión colectiva ver, entre otros: GESP (coord.), *Movimientos sociales y*

cuestiona las formas de organización del trabajo, las jerarquías sociales, sus mecanismos de dominación materiales, de género, de raza o simbólicos. América Latina ha sido sacudida, en muchos puntos de su territorio, por esos ñdestellos autogestionariosò hacia identidades y una geografía social que están inextricablemente ligadas a las raíces históricas en este continente.

En la base de tal dinámica, encontramos una gran diversidad de actores populares movilizados, y una lucha de clases áspera, contradictoria y a menudo violenta, evolucionando de forma no lineal de acuerdo con varios factores externos e internos (entre otros: inflexiones y pesos del mercado mundial; desarrollo de las estrategias imperialistas; estructuras económicas y estatales; formas, recursos y repertorios de las organizaciones sociales; capacidad de las burguesías locales para ejercer su hegemonía: (re)composición del sistema electoral y de partidos, transformación de regímenes políticos, etc.).[4]

ñGiro a la izquierdaò, ñola progresistaò, ñfin del neoliberalismoò: la inflexión política y gubernamental vivida por numerosos países de Sudamérica y también de Centroamérica en la década del 2000 sorprendió a muchos observadores e incluso fascinó a tantos otros. Por un tiempo, en la pluma de intelectuales de renombre, aunque no siempre muy familiarizados con la historia de la región, se instaló una narración idealizada, hagiográfica en algunos casos, de la ñmarea rosaò (*Pink Tide*).[5] Por tanto, como lo sugirió en 2016, el teólogo y sociólogo François Houtart, secretario ejecutivo del Foro Mundial de las Alternativas, el desafío ï en particular para los países que, como Bolivia, Venezuela y Ecuador, dieron lugar a grandes esperanzas en la izquierda de todo el mundoï era encontrar los caminos de una vía concreta de

---

poder popular en Chile. Retrospectivas y proyecciones políticas de la izquierda latinoamericana, Santiago, Tiempo robado editoras, 2015; Miguel Mazzeo, *El sueño de una cosa (introducción al poder popular)*, Editorial El Colectivo, Buenos Aires, 2007; y, centrado en la experiencia chilena, Franck Gaudichaud, *Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende*, LOM, Santiago, 2016.

[4] James Petras, Henry Veltmeyer (editores), *The Class Struggle in Latin America. Making History Today*, Critical Development Studies, Routledge, London, 2017.

[5] Basta con revisar algunas declaraciones de Noam Chomsky y también algunos escritos de Tarik Ali, como: Tarik Ali, *Piratas del Caribe. El eje de la esperanza*, Foca ediciones, España, 2008.

un paradigma postneoliberal y hasta post-capitalista.[6] De hecho, se trataba para algunos militantes sociales y políticos de ñdemocratizar radicalmente la democraciaò y de no permanecer encerrados en un mero proyecto de modernización capitalista y, mucho menos, en un nuevo modelo de despojo basado en el extractivismo de los ñcommoditiesò. A 20 años de los inicios de este ciclo, vemos hoy hasta qué punto este objetivo no ha sido alcanzado, y como el desencanto cunde en varios países del ñprogresismoò, sin que se pueda detectar un movimiento unánime. Desde este punto de vista, es fundamental establecer un balance crítico de las últimas décadas, analizando en su complejidad el periodo abierto en los años 2000 con la lucha contra la hegemonía neoliberal hasta el actual reflujo de los progresismos y la profunda crisis bolivariana (2013-2018), pasando por su ñedad de oroò con diversas formas de capitalismo de Estado social y redistributivo, entre 2007 y 2013.

Globalmente, es evidente que para pensar los movimientos populares, sus relaciones con los campos políticos e institucionales, su influencia en el curso de las transformaciones económicas y sociales, sería necesario en sí mismo un debate teórico y epistemológico sobre la definición de qué significa hablar de ñmovimiento socialò o ñpopularò en América Latina y también sobre las características específicas de la lucha de clases en el subcontinente. Un debate que escapa a los límites de este corto ensayo.[7] Sin embargo, es posible resaltar algunas ideas sobre este tema.

En primer lugar, el concepto mismo de ñmovimiento social latinoamericanoò puede referirse a una inmensa variedad de movimientos, colectivos, actores y sus aliados que no necesariamente son procesos emancipatorios con un carácter antisistémico. De hecho, en los últimos 15 años, y sobre todo después del 2010, en los países que tuvieron un ñgiro a la izquierdaò vimos también desplegarse una gran cantidad de movilizaciones colectivas, conservadoras o reaccionarias que, en algunos casos, lograron copar la calle con cientos de miles de personas. Pensemos, por ejemplo, en las derechas y en la sociedad civil brasileña (con colectivos como *Vem para a*

[6] François Houtart, ñAmérique latine: fin dôun cycle ou épuisement du post-néolibéralisme?ò, <*CADTM.org*>, Bélgica, 12 de abril de 2016.

[7] Varias escuelas y corrientes han tratado de definir a los movimientos actuales, particularmente desde la ñteoría de los ñnuevos movimientos socialesò (retomando a Touraine), a partir de la teoría de la ñmovilización de recursosò y de la ñracionalidad de la acción colectivaò siguiendo a Tarrow y a Olson respectivamente.

rua, *Revoltados on line* y *Movimento Brasil Livre*), que, desde finales de 2014, se movilizaron durante semanas en cientos de ciudades, de nuevo en 2015 y 2016 exigiendo la destitución de la presidenta de centro-izquierda Dilma Roussef, y después en el contexto de la operación anticorrupción *Lava Jato*. Estas manifestaciones de masas ñantipolíticasò, se dieron en contra del Partido de los Trabajadores (PT), y tuvieron mucho cuidado de no molestar al gobierno interino ilegitimo de Michel Temer. Estas movilizaciones ñanti-corrupciónò contaron con el apoyo de los grandes medios de comunicación (en especial del grupo *Globo)*, el financiamiento de importantes empresas y la dirección de militantes de derecha y extrema derecha, abriendo así el camino a la elección en 2018 del candidato presidencial neo o proto-fascista Jair Bolsonaro. También podríamos pensar en las movilizaciones reaccionarias y cesionistas del 2008 en la región de Santa Cruz y de la ñmedia lunaò[8] contra el gobierno de Evo Morales; o el mismo año en la rebelión de los grandes productores agrícolas contra Cristina Kirchner y su programa de impuestos a las exportaciones en Argentina. Las reacciones hostiles en todos los países en contra de la legalización del aborto, con el apoyo activo de las iglesias católicas y/o evangélicas o las movilizaciones callejeras de la oposición venezolana desde hace más de 15 años son también reflejo de este ñrearmeò de movimientos colectivos de masa derechistas en la región. Siguiendo al historiador Valerio Arcary, podemos establecer algunos criterios mínimos que permitan determinar el carácter reaccionario, progresista o emancipatorio de los movimientos sociales. Entre ellos, su afiliación ñhistórico-socialò, sus motivaciones declaradas, su composición social o de clase , el sujeto político movilizado y la orientación ideológica de sus líderes, y finalmente, los principales resultados y consecuencias de sus acciones colectivas.[9]

Otro problema esencial es que las ñetiquetasò sociológicas, como ï por ejemploï la apelación a los ñmovimientos indígenasò, ñmovimiento popularò o al ñmovimiento obreroò, no siempre permiten detectar las numerosas tensiones y diferenciaciones internas que atraviesan a los movimientos, sus tendencias corporativas o ñmovimientistasò, su composición y su funciona-

[8] Es así como se denominan a los departamentos orientales que forman una ñmedia lunaò frente a las regiones andinas.

[9] Valerio Arcary, ñQuatro critérios para definir se uma mobilização social é progressiva ou reacionáriaò, *Esquerdaonline.com.br* Brasil, 6 de diciembre de 2016.

miento más o menos vertical, su orientación emancipadora o reaccionaria, etc. Son etiquetas normativas que ayudan por cierto en la interpretación pero que no pueden evitar la necesidad de análisis más precisos y finos con base en el estudio de casos concretos. Nosotros nos interesaremos esencialmente en un conjunto plural de lo que proponemos llamar ñmovimientos populares antagónicosò, en el sentido utilizado por varios autores latinoamericanos del marxismo crítico, como un antagonismo social y acciones colectivas de los de abajo, que están inscritas en la materialidad de las relaciones de fuerza del capitalismo dependiente y que aspiran a transformarlo total o parcialmente. Movimientos populares considerados como ñnuevas radicalidades críticasò, factor antagónico, potencialmente emancipador y como un factor de auto-organización de los subalternos.[10] Eso, lo veremos, sin obviar que estos últimos puedan encontrarse, en varias coyunturas, en situación de minoría en el espacio social, sobre todo cuando en el último periodo se multiplicaron gran cantidad de movimientos y grupos subalternos de características conservadoras, al alero de iglesias o de corrientes de las extrema-derechas.

Finalmente, para pensar lo social y lo político durante el ñciclo progresistaò, también hay que tener en cuenta hasta qué punto los conflictos de clases en América Latina, son ciertamente derivados de la resistencia y las posibilidades de organización de aquellas y aquellos que están abajo, pero también (y algunas veces en especial por la capacidad de los dominantes para ejercer su hegemonía por consenso, coacción o cooptación/integración).

En este capítulo se intenta hacer una síntesis de varios trabajos recientes sobre las relaciones cambiantes entre lucha de clases, movimientos populares, Estados y gobiernos durante el periodo (dejando de lado los aspectos de economía política, abordados en el segundo capítulo de este libro).[11] Para lograrlo, proponemos una periodización general de las experiencias

[10] Hernán Ouviña, ñLa política prefigurativa de los movimientos populares en América Latina. Hacia una nueva matriz de intelección para las Ciencias Socialesò, *Acta Sociológica*, vol. 62, septiembre-diciembre, UNAM/FCPyS, México, 2013, pp. 77-104. Para una aproximación teórica ver: Massimo Modonesi, *Subalternidad, antagonismo, autonomía*, Editorial Prometeo-CLACSO, Buenos Aires, 2010.

[11] Este capítulo proviene de reflexiones individuales y colectivas que he desarrollado durante los últimos 10 años. Ver especialmente: Franck Gaudichaud (director), *El Volcan latino-américano. Izquierdas, movimientos sociales y neoliberalismo*, Escaparate, Santiago de Chile, 2010, y Franck Gaudichaud (coordinador), *Américas Latinas. Emancipaciones en construcción*, Tiempo Robado Editoras y América en movimiento, Santiago de Chile, 2015.

progresistas, intentando rastrear algunos elementos contextuales de la época, siempre con la conciencia de las grandes diferencias nacionales y de trayectoria que separan ahora cada proceso y, entonces, del carácter a veces arbitrario de los límites temporales elegidos para delimitar cada etapa. Por eso, intentaremos presentar los puntos específicos de cada país, apoyándose sobre los escritos de varios intelectuales e investigadores críticos que han escrito sobre esta región del mundo en los últimos años.

Neoliberalismo, altermundismo y emergencia plebeya (1990-1999)[12]

Durante el periodo 1950-1970, los conflictos de clases se concentraron, sobre todo, en la lucha de los campesinos por la tierra, contra el latifundio y por la reforma agraria, de otra parte, estuvieron determinadas por las reivindicaciones proletarias (y semi-proletarias) urbanas y del movimiento sindical que se volvieron notablemente influyentes en los países semi-industrializados como México, Brasil y Argentina.[13] En los años setenta y ochenta, la era de las grandes derrotas estratégicas para las izquierdas, el movimiento obrero y el populismo, los golpes de Estado y las dictaduras, así como las largas guerras civiles en Centroamérica, remodelaron profundamente el paisaje continental.[14] En el corazón de la Guerra Fría interamericana, las relaciones sociales se reconfiguraron, también la capacidad de intervención de las clases subalternas, para una generación de militantes que vivía en carne propia la represión, la tortura y el exilio. Este periodo de años negros, del terrorismo de Estado (y de la Operación Cóndor) todavía tiene efectos en el espacio público.

[12] Aunque no coincido con las perspectivas analíticas y conclusiones de Katu Akornada y Paula Klachko, si coincido con la periodización que proponen al final de su libro: Katu Arkonada y Paula Klachko, *Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina*, Editorial Caminos, La Habana, Cuba, 2016.

[13] Para una síntesis histórica, consultar: Mónica Bruckmann y Theotonio Dos Santos, ñBalance histórico de los movimientos sociales en América Latinaò, *CETRI.be* Bélgica, 16 de mayo de 2018.

[14] En la memoria colectiva de América Latina quedaron el aplastamiento de la revolución chilena (1973); el asesinato del Che Guevara, a sus 40 años, con sus camaradas guerrilleros en Bolivia; los golpes de Estado contra gobiernos democráticos (por ejemplo, el de Arbenz en Guatemala en 1954, del general Torres en Bolivia en 1971 y el de Joao Goulart de Brasil en 1964) y la guerra contra-revolucionaria en Nicaragua durante los años ochenta.

Permitió a las élites locales (y a Washington) ñdomesticarò las rebeliones colectivas que estaban emergiendo y abatir el espectro revolucionario que recorría el continente después de la Revolución Cubana. Esta última ciertamente ha sobrevivido, pero aislada, con un pueblo asfixiado por el bloqueo económico más largo en la historia contemporánea y en medio de ataques permanentes, además de sus numerosas contradicciones internas y derivas. Desde este punto de vista, 60 años después de la entrada de Fidel Castro y sus tropas en la Habana, con el colapso de su aliado soviético, las dificultades de la vida cotidiana en la isla, el deceso del ñlíder máximoò y la ñactualización del modeloò cubano marcan un cambio de época para toda América Latina.

La ñdécada perdidaò en los años ochenta y la ñlarga noche neoliberalò en los años noventa y dos mil son el fruto de un campo de ruinas que dejaron las clases dominantes latinoamericanas, el imperialismo y las fuerzas armadas luego de usar la fuerza bruta para modificar de manera durable las relaciones de clases en su favor. Los actores sociales y el eje de las movilizaciones sufrieron modificaciones substanciales, mientras que las izquierdas históricas y revolucionarias fueron barridas o perjudicadas en este nuevo contexto.

Sin embargo, en la región se fueron instalando de manera paulina regímenes constitucionales, que permitieron un difícil retorno hacia la construcción de un Estado de derecho, con elecciones libres, favorecido por los cambios en el contexto internacional, las resistencias socio-políticas y la crisis económica de los regímenes cívico-militares. Evidentemente, esas democratizaciones representan un paso adelante esencial respecto a la etapa anterior en términos de derechos fundamentales y humanos. No obstante, estas sucesivas olas de ñtransicionesò posautoritarias dieron lugar, la mayoría de las veces, a democracias electorales de ñbaja intensidadò pactadas entre las clases dirigentes, la oposición moderada, los empresarios y las fuerzas militares. Esos regímenes representativos basaron su consolidación en la profundización del modelo capitalista neoliberal iniciado muchas veces durante el periodo autoritario (a veces muy temprano como en Chile) y legitimaron la impunidad de los responsables de las violaciones de los Derechos Humanos. La crisis de la deuda externa[15] abrió las puertas al Fondo Monetario Internacional (FMI)

[15] Estas deudas pueden ser consideradas como ñodiosasò por algunos, y desde un punto de vista jurídico ilegítimas, porque fueron adquiridas durante las dictaduras que por definición

que le impuso a los Estados latinoamericanos los famosos ñajustes estructuralesò: privatizaciones en cascada, desentendimiento del Estado de las políticas públicas, restricciones salariales, fin de las barreras aduaneras, etc. Esta ofensiva se acentuó en los años noventa y dos mil, porque si las economías de la región frenaron la inflación galopante, lo hicieron al costo de una regresión social, un incremento de las asimetrías en las relaciones Norte-Sur y una contradicción gigantesca entre las pretensiones democráticas del sistema político y el régimen de acumulación de capital.[16] Un ejemplo, entre muchos otros, de este periodo son los años de Menem en Argentina (1989-1999).

En esas condiciones, no es sorprendente el creciente desencanto de las y los ciudadanos con sistemas políticos y electorales ñdemocráticosò que parecían estar al servicio de un puñado de empresarios y de familias de la oligarquía. Incluso las propias instituciones internacionales lo reflejan en sus estudios: en 2004, en un lenguaje muy típico de la ONU, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en un reporte constata que la evolución política en la región es positiva por la existencia de ñdemocracias electoralesò, de acuerdo a sus criterios internacionales. Sin embargo, el mismo informe señaló la ausencia de ñdemocracias ciudadanasò y puso en duda la ñcalidad de la democraciaò, marcada por la baja participación electoral y grandes deficiencias en la cohesión social y étnica.[17] A lo que debería agregarse el mantenimiento de niveles muy altos de corrupción y violencia política, la impunidad y el crecimiento del crimen organizado y/o del narcotráfico.

En paralelo a esta crisis democrática, el sub-continente se reafirmó, como la región por excelencia de las desigualdades y los antagonismos de clase, de género, socio-étnicos y territoriales (con sus casos extremos como Brasil y Chile). El porcentaje de la riqueza captado por el 10% más rico de la población fue en constante aumento desde los años ochenta hasta mediados de la década

---

no fueron elegidas. La deuda exterior de América Latina y el Caribe era de 32 mil millones de dólares en 1970, de 270 mil millones en 1980 y ya excedía los 780 mil millones en el 2002 Sin embargo, durante ese tiempo América Latina había pagado 91 veces el monto de la deuda de 1970.

[16] Atilio Borón, *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, FCE/CLACSO, Buenos Aires, 2000.

[17] PNUD, *La democracia en América latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, [en línea], Organización de las Naciones Unidas, New York, 2004.

del dos mil en la mayoría de los países: para esta fecha los ricos acumulaban, en promedio, 34 veces más que el 10% de los más pobres. Y de 120 millones de personas que vivían en la pobreza en 1980, se pasó a 225 millones (el 43% de la población) en 2005, mientras que casi 100 millones de ellos vivían con menos de un dólar diario. Además, según el economista argentino Claudio Katz:

Entre 1980 y 2003, el desempleo oficial aumentó del 7.2% al 11%, el salario mínimo disminuyó en un promedio del 25% y el trabajo informal aumentó del 36% al 46%. Paralelamente, la perdida de posiciones de los capitalistas latinoamericanos en la escena internacional se confirmó, con algunas excepciones como Chile. Este descenso se confirmó por el estancamiento del PIB per cápita, la caída de la inversión extranjera (especialmente en comparación con China y el sudeste asiático) y el desbocamiento de la deuda. En esas condiciones las etapas cíclicas de prosperidad dependían cada vez más de las coyunturas financieras y del comercio internacional.[18]

¿Qué significado tenía, a principios del siglo XXI, hablar de ñgobernabilidad democráticaò para un habitante de las favelas de Río de Janeiro, para un haitiano con un ingreso oficial promedio de 300 dólares anuales, para un sin-tierra del nordeste de Brasil, para un indígena Mapuche, para el obrero mexicano de una maquiladora, para el jornalero de una plantación en Centroamérica o para un niño de la calle en Bolivia? La observación puede parecer una banalidad, pero está en el corazón de las convulsiones socio-políticas de los años siguientes.

Para resumir, podemos afirmar que la principal fuerza que impulsó las experiencias progresistas y nacional-populares en los años dos mil fue el producto de un creciente rechazo ante el Consenso de Washington, o más bien, de las consecuencias del neoliberalismo en la vida cotidiana de millones de latinoamericanos, y de una casta política considerada, no sin razón, como responsable de esta situación. Un fenómeno no uniforme, que no se puede limitar a las naciones del ñgiro a la izquierdaò del periodo posterior, pero que sí fue canalizado en esos países por la centro-izquierda, nuevas fuerzas políticas

[18] Claudio Katz, ñAu-delà du néolibéralismeò en Daniel Bensaïd y Braulio Moro, ñLôAmérique latine rebelle: contre lôordre impérialò, *Contretemps*, núm. 10, Textuel, París, 2004, p. 27.

progresistas o nacionales-populares en clave electoral para tomar el poder del Estado. También hay que decir que los años noventa fueron el escenario de profundas crisis económicas que demostraron la incapacidad del neoliberalismo para estabilizarse a largo plazo, particularmente en las tres grandes economías de América Latina: México en 1994, Brasil en 1999 y Argentina en 2002.

Esta época fue entonces el teatro de la expresión creciente del descontento popular y de la insatisfacción de aquellos ñde abajoò que impulsaron la reorganización de las formas de resistencia y el retorno de una fuerte explosividad social. Para entender el surgimiento de estos estallidos contra el neoliberalismo podemos remontarnos a la revuelta popular de abril de 1984 en República Dominicana, o al 27 de febrero de 1989 con el *Caracazo*, el día en que ñel pueblo venezolano despertóò: unos meses antes de la caída del muro de Berlín, cuando los habitantes de Caracas que vivían mayoritariamente en los barrios pobres (80% de la población) se rebelaron contra la aplicación brutal de las medidas del FMI por el vicepresidente de la Internacional Socialista de la época, el presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez (CAP). La respuesta del gobierno fue brutal: el despliegue del ejército y la autorización para disparar a la multitud. El saldo de la represión fue de más de 1,000 muertos en cuatro días.[19]

Los movimientos populares irrumpieron en la escena, de manera desigual y combinada, según los países y sus historias nacionales, pero esta vez en un contexto de fragmentaciones neoliberales, y por lo tanto con nuevos actores movilizados. Como señaló el sociólogo Bernard Duterme del Centro Tricontinental (Bruxelas):

> Tres décadas de recesión, represión institucional y ofensiva ideológica neoliberal han alterado profundamente los movimientos sociales clásicos latinoamericanos. Antes de las dictaduras, estos movimientos ï campesinos, trabajadores y estudiantesï se posicionaron frente al proyecto ñnacional-popularò y ñdesarrollistaò, aprovechando la constitución de un Estado social dentro de una forma de capitalismo dependiente con respecto a los países del Norte. En los últimos 15 años (1990-2005), tras el final de los regímenes militares, surgieron nuevas fuerzas sociales en la protesta, movimientos de pobladores de barrios

[19] Steve Ellner, ñMemories of february 27: Uncovering the deadly truthò, *Commonweal*, vol. 117, núm 22, New York, 1990, pp. 740-741.

> pobres, movimientos de mujeres, movimientos de los sin tierra, de los desempleados, movimientos indígenasé , que impusieron nuevos temas en la agenda de las luchas sociales, articulados a una crítica renovada del capitalismo. Paradójicamente por las nuevas formas de exclusión, pero también por la apertura relativa de espacios políticos generados por la liberalización de la región y la evolución de las estructuras socio-económicas, estos nuevos actores se afirmaron social y culturalmente al margen de las representaciones y las mediaciones internacionales.[20]

La problemática de los movimientos populares, de su relación con la política y el Estado se renovó y confirmó la incapacidad de los mecanismos institucionales (neoliberales) para resolver las crisis sociopolíticas en un marco legal y constitucional. Entre las características llamativas de estas movilizaciones, es necesario enfatizar ante todo la importancia de la relación con el territorio, los barrios y/o la organización comunitaria. Esto responde a las nuevas modalidades de expansión del capital trasnacional y a un patrón de acumulación centrado en el acaparamiento de los recursos naturales (y ya no en una estrategia de industrialización por sustitución de importación). Este repliegue territorial marca también un descenso en el peso de las organizaciones tradicionales (sindicales o políticas) en los lugares de trabajo y en la expansión de la precariedad y el desempleo en un contexto de privatizaciones y despidos en el sector industrial. Se trata de un cambio en las fronteras de la explotación y la exclusión, que hacen del territorio un lugar de confrontación sociopolítica esencial. Un ejemplo de estas disputas es el nacimiento del movimiento de los *piqueteros* en Argentina: los desempleados llevaron su resistencia de la fábrica al territorio, con bloqueos de rutas (*piquetes*) para interpelar a los poderes públicos y a los medios, reclamando el apoyo del Estado, y poco a poco, iniciando un proceso de auto-organización de actividades productivas (de sobrevivencia) en sus barrios.[21]

Pero esta lucha por el territorio también está en las movilizaciones que se dan afuera de la ciudad, con la multiplicación de los movimientos socioambientales en defensa del agua, la naturaleza y el ñbuen vivirò, contra los mega proyectos extractivos, las presas hidroeléctricas, las actividades

[20] Bernard Duterme, ñAmérique latine: 20 ans dœchec du néolibéralismeò, *Revue <Démocratie.be>*, Bélgica, 15 de mayo de 2016.

[21] Maristella Svampa y Sebastián Pereyra, *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2003.

petroleras y la minería a cielo abierto, contra la rápida expansión de la agro-industria transgénica o el monocultivo forestal y sus ñdesiertos verdesò.[22] Los movimientos indígenas, que ya eran fuerzas importantes, se volvieron así fuerzas de primer orden en la resistencia anti-neoliberal. Estos actores contestatarios con la reivindicación de sus territorios ancestrales se han enfrentado directamente a las empresas multinacionales. Reivindican su identidad y la descolonización de los Estados, y reclaman justicia social y un nuevo ñcolorò del poder contra el racismo estructural que constituyó el cemento de las repúblicas oligárquicas desde el siglo XIX. La CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) es, junto con otros, el paradigma de este eje del conflicto. Fundada en 1986, con el objetivo de unificar a las comunidades y a las asociaciones indígenas locales y regionales, esta organización se convirtió en la punta de lanza de las luchas de su país. En 1990, la CONAIE organizó uno de los levantamientos más grandes que ha conocido Ecuador hasta ahora, con un repertorio de acción muy variado: bloqueos de tierras agrícolas, manifestaciones y ocupaciones de grandes propiedades e instituciones. A pesar de la represión, esta fecha marca la irrupción de los indígenas ecuatorianos en la escena política continental e inauguró diez años de tensiones que provocaron la caída de varios gobiernos.[23]

Otros rasgos importantes de estos movimientos populares son la clara reivindicación de las formas de acción directa, la horizontalidad y la democracia autogestionaria, con la asamblea como el espacio privilegiado de deliberación y toma de decisiones. Las formas delegadas de participación fueron ampliamente criticadas, como formas ñtradicionalesò de hacer política, y como mecanismos de intervención de las izquierdas partidarias en los movimientos sociales. Desde su creación en 1985, el MST (Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra) se formó sobre estas bases, inscribiéndose en la continuidad histórica de la resistencia de los campesinos brasileños. Organizando ocupaciones masivas de las grandes propiedades en nombre de la reforma agraria y de la justicia social, reivindicando la democracia

[22] Los ejemplos de luchas son múltiples y variados: *Cfr.* José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati, *Desafíos para los movimientos sociales y los proyectos emancipatorios de Nuestra América*, Ediciones Herramienta y El Colectivo, Buenos Aires, 2013.

[23] Julie Massal, *Les mouvements indiens en Equateur. Mobilisations protestataires et démocratie*, Karthala, Paris, 2005.

participativa y popular, la pedagogía de la liberación, la auto-formación y practicando la agroecología en miles de *assentamentos* (tierras tomadas y legalmente reconocidas) y en los *acampamentos* (ocupaciones), el MST se convirtió en el principal movimiento rural de los campesinos sin tierra latinoamericanos. Y es, hasta hoy, uno de los movimientos masivos más importantes del planeta. Se estima que actualmente el movimiento agrupa 1,5 millones de personas, que ha construido 1800 escuelas y conquistado ñdesde abajoò alrededor de 7 millones de hectáreas (dos veces el tamaño de Dinamarca).[24]

Por último, un aspecto a considerar de este ciclo de luchas, es la reivindicación ampliamente compartida de una mayor ñautonomíaò y una relación mucho más compleja y flexible, menos instrumental con el campo político y los partidos: esta autonomía no significa un rechazo de la política, más bien pone el énfasis en la autodeterminación, en la construcción de nuevos horizontes utópicos, aquí y ahora, que tienden a cuestionar las gramáticas ñclásicasò de la izquierda revolucionaria y socialdemócrata sobre la conquista del poder del Estado:

> Asimismo, la demanda de autonomía da cuenta de una transformación importante en el proceso de construcción de las subjetividades políticas, como resultado de los cambios que ha habido en la sociedad contemporánea en las últimas décadas. Más aún, podríamos decir que la conjunción entre identidad territorial, acción directa, difusión de modelos asamblearios y demanda de autonomía han ido configurando un nuevo *ethos* militante, esto es, un nuevo conjunto de orientaciones políticas e ideológicas que configuran la acción colectiva y se expresan a través de nuevos modelos de militancia: militantes sociales o territoriales, militantes socio-ambientales, activistas culturales, entre otros.[25]

En los años noventa, una encarnación de esta tendencia fue el surgimiento del *Ejército Zapatista de Liberación Nacional* (EZLN), el primero de enero de 1994, en la Selva Lacandona en el estado de Chiapas en México. El mismo año en que el intelectual conservador Jorge Castañeda publicó su libro *La*

[24] Bruno Konder, *Lôaction politique des sans-terre au Brésil*, LôHarmattan, Paris, 2004; Ana María Rocchietti, ñEl Movimiento de los Trabajadores sin Tierra (MST) del Brasil: sus orígenes y el carácter de su luchaò, *Revista Herramienta.com.ar* Buenos Aires, 2001.

[25] Maristella Svampa, ñMovimientos sociales y nuevo escenario regional: Las inflexiones del paradigma neoliberal en América Latinaò, *Sociohistórica*, núm. 19-20, Universidad Nacional de la Plata, Argentina, 2006, pp. 141-155.

utopía desarmada,[26] el grito ñ¡Ya basta!ò de los neozapatistas anunció su oposición a la integración neoliberal del TLCAN (Tratado de Libre Comercio de América del Norte) y apostaron por la renovación de las resistencias que debía conjugar la democracia social y política con la igualdad y la diversidad para construir ñun mundo donde quepan muchos mundosò. Para el subcomandante Marcos significaba rechazar la uniformización del mercado globalizado, respetar las identidades indígenas, sin olvidar el internacionalismo, y todo manteniéndose a distancia del Estado central.[27] Los zapatistas, manteniendo su capacidad de autodefensa armada, comenzaron a construir una experiencia única en el mundo con las ñJuntas de Buen Gobiernoò, basadas en la distribución de responsabilidades y apoyadas por una amplia estructura de comunidades indígenas organizadas, cuya capacidad de construir con el tiempo alimentó fuertemente los debates en la izquierda sobre la cuestión estratégica del Estado y de cómo enfrentar al neoliberalismo.

La región se convirtió en el faro de un ñnuevo internacionalismoò,[28] por ejemplo, a través de la contra-cumbre en oposición al poderoso foro económico de Davos, o con la campaña continental contra la deuda. En paralelo, se gestaron desde Brasil y Porto Alegre, los primeros Foros Sociales Mundiales (FSM) que dieron nacimiento al movimiento altermundialista y sus diversas expresiones ñlocal-globalò. En 1992-1993, el MST participó a la formación de la ñVía campesinaò, una articulación mundial de organizaciones rurales que militaban por la soberanía alimentaria y la agricultura campesina.[29] En abril de 1997 también se fundó la Alianza Social Continental (ASC) en Belo Horizonte (Brasil). Esta coordinación reagrupó a los movimientos sociales de 35 países de América y el Caribe para luchar contra el proyecto del Área Libre Comercio de América (ALCA): entre 1998 y 2005, la ASC organizó tres ñCumbres de los pueblos de Américaò frente a las Cumbres de las Américas de los jefes de

[26] Jorge Castañeda, *Utopia Unarmed*: *The Latin American Left After the Cold War*, Knopf, New York, 1993.

[27] Gloria Muñoz Ramírez, *EZLN: 20 et 10, le feu et la parole*, Nautilus, Paris, 2004; Jérôme Baschet, *La Rébellion zapatiste. Insurrection indienne et résistance planétaire*, Flammarion, Paris, 2005.

[28] Geoffrey Pleyers, *Alter-Globalization. Becoming Actors in the Global Age*, Polity Press, Cambridge, 2010.

[29] La Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) fue fundada en 1994 como un producto directo del ñnuevo internacionalismoò indígena y campesino.

Estado y de gobierno. Permitiendo, en cada Cumbre, movilizar cientos de movimientos sociales, ONGs, sindicatos de todo el continente y elaborar una agenda común de luchas, hasta lograr el fracaso del ALCA en 2005, en Mar del Plata en Argentina.

En todos estos encuentros, estaba sólidamente presente el movimiento de mujeres y feminista que buscó reorganizarse después de un período de fuerte crecimiento e institucionalización:

> Durante la década de los ochenta, el feminismo se desarrolló y diversificó considerablemente. Simultáneamente, se alejó de su primera perspectiva global (cambiar el mundo, acabar con la opresión), para especializarse en diferentes temas particulares. La existencia de importantes financiamientos internacionales contribuyó mucho también a la formación de redes temáticas (despenalización del aborto, lucha contra la violencia, participación política, etc.), en torno a las cuales el movimiento se reestructuró progresivamente. Los años noventa se vieron marcados por una clase de crisis de crecimiento: las tensiones se concretaron entre feministas de hueso colorado, las más críticas con los partidos y las prácticas políticas de la izquierda, a las que a veces se les reprochaba un cierto elitismo y/o radicalismo, y las defensoras del feminismo de los sectores populares, a veces calificadas de populistas y maternalistas. Se cristalizaron dos grandes tendencias, en un contexto de profesionalización-institucionalización-recuperación del movimiento y de pérdida de referencias ideológica.[30]

El endurecimiento y la reorganización en las relaciones sociales de sexo, raza y clase obligaron a las feministas a proponer nuevas estrategias de organización que dieron sus frutos en la década siguiente.

Lo mismo sucedió con el debilitado movimiento sindical: a partir de los años ochenta y noventa, enfrentando una cierta esquizofrenia entre las constituciones que afirmaban derechos para los trabajadores y las legislaciones que organizaban la precariedad neoliberal, dividiendo a la clase obrera entre una franja minoritaria con trabajadores fuertemente integrados, sindicalizados y estables, y por otro lado un ñprecariadoò mayoritario, oscilando entre los trabajos temporales y el sector informal. La privatización de los sectores públicos altamente sindicalizados, la caída en la tasa de sindicalización por debajo del 15%, la transformación profunda del trabajo y la desindustrialización fragmentaron al actor sindical y alimentaron la pérdida de identidad de clase entre los trabajadores. Los sistemas de pensiones se privatizaron, con diferentes

[30] Jules Falquet, ñAnálisis del movimiento feminista latinoamericano y del Caribe frente a la globalizaciónò en Franck Gaudichaud, *El Volcán Latino-américano, op. cit.*, pp. 69-77.

intensidades, en 12 países latinoamericanos. El fenómeno de la informalidad creció y llegó a más del 60% de la población activa en ciertos países. Los bastiones de la clase obrera industrial que formaron el núcleo duro de un sindicalismo fuertemente organizado y politizado en los países del Cono Sur se vieron muy afectados y el vínculo corporativista entre el Estado y el movimiento sindical profundamente sacudido (hasta la destrucción a veces), a pesar de mantener algunos arreglos con las burocracias sindicales en su lugar.[31] El movimiento sindical estaba dividido sobre qué actitud adoptar frente a estos cambios: entre una confrontación militante y una negociación con los gobiernos neoliberales para aminorar los efectos de las reformas.[32] En Brasil, el movimiento sindical contribuyó al restablecimiento de la democracia en 1985 y el ala mayoritaria del sindicalismo, organizada en la CUT (Central Única dos Trabalhadores) consolidó una oposición frente a los gobiernos neoliberales de los años noventa (Collor, Franco, Cardoso), mientras estableció fuertes vínculos con el Partido de los Trabajadores (PT). Sin embargo, el número de huelgas se redujo a la mitad durante esta década y las demandas de los huelguistas se volvieron fundamentalmente defensivas. En Argentina, la principal central sindical, la Confederación General del Trabajo, optó por la negociación con el gobierno, desmovilizando a sus adherentes a cambio de algunas concesiones y de la escisión de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) y del Movimiento de los Trabajadores Argentinos (MTA), muy críticos. Aun así, el sindicalismo experimentó un ñperiodo de hibernaciónò durante los años noventa. De la misma forma, en Venezuela, la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV) aceptó modificaciones en las prestaciones sociales, muy desfavorables para los trabajadores, con lo que aceleró su desprestigio. Al mismo tiempo, una nueva generación de militantes de la lucha de clases comenzó a resistir, incluso en contra de sus direcciones sindicales y comenzó a establecer convergencias con otros actores del campo popular.[33]

[31] Ruth Berins Collier y Samuel Handlin (directores), *Reorganizing Popular Politics: Participation and the New Interest Regime in Latin America*, University Park, Pennsylvania, 2009.

[32] Franck Gaudichaud y Thomas Posado, ñIntroduction. Syndicats et gouvernements latino-américains : une réinstitutionnalisation?ò, *Cahiers des Amériques latines*, núm. 86, París, 2017.

[33] Thomas Posado, ñItinéraire dôun syndicaliste devenu candidat à la présidentielle: Utilisation et contention dôun militant ouvrier dans le Venezuela de Chávezò, *Amérique Latine Histoire et Mémoire.*, núm. 28, Paris, 2013.

Por lo tanto, es un panorama complejo el que se encuentra a finales de los años noventa. A pesar de múltiples contradicciones, dispersiones y dificultades, estos diversos movimientos iniciaron lo que aquí proponemos nombrar una ñlarga ola en la lucha de clases latinoamericanasò, en un contexto que, hay que destacar, fue muy hostil, en donde la represión se multiplicaba y el neoliberalismo continuaba avanzando (con el gobierno de Menem en Argentina y la dictadura de Fujimori en Perú). Estas movilizaciones fueron en un primer momento fundamentalmente defensivas y reivindicativas. Es interesante notar que este despertar es común a todos los países del Sur y que está en sincronía con una dinamización de la sociedad civil global.[34]

La pluralidad de los sujetos en lucha nos permite hablar de una *emergencia plebeya*, no sólo proletaria o popular (porque integra a sectores de clases medias), y que está directamente ligada con el carácter ñabigarradoò (en el sentido propuesto por el sociólogo boliviano Zavaleta Mercado) de una identidad social de los actores movilizados en este periodo neoliberal. Es precisamente este pueblo ñpolimorfoò movilizado, con una hibridación original de formas de organización comunitarias, de colectivos urbanos y con referentes modernos sindicales y de clase, el que los progresismos y las izquierdas capitalizaron en las urnas. También son estos pueblos en resistencia los que facilitaron la apertura del ciclo progresista, incluso mostrando en algunos casos una fuerza telúrica *destituyente*, capaz de echar abajo gobiernos, transformando profundamente la fisonomía política de la región.

Rebeliones populares, crisis de la hegemonía neoliberal y ñgiro a la izquierdaò (2000-2006)

Hemos visto que, en los años noventa, los movimientos sociales populares antagónicos estuvieron cruzados por una fuerte demanda de autonomía, influenciados por las propuestas zapatistas de transformar el mundo sin tomar el poder del Estado (siguiendo las teorías de John Holloway[35]), insistiendo

[34] François Polet (coordinador), *Etat des résistances dans le Sud ï 2008*, Syllepse, Paris, 2008.

[35] *Cfr.:* John Holloway, *Change the World without Taking Power: The Meaning of Revolution Today*, Pluto Press, London, 2002, y John Holloway, *Contra y más allá del Capital. Reflexiones a partir del debate sobre el libro ´Cambiar el mundo sin tomar el poder´*, Universidad Autónoma de Puebla/Ediciones Herramienta, México/Argentina, 2006. Hemos

más en el ñpoder hacerò (*potentia)* de la auto-organización local y concreta que en el ñpoder sobreò (*potentas)* de los proyectos estatales y partidarios de la izquierda. Una mirada que se vio reforzada y justificada por el naufragio social-liberal del conjunto de la socialdemocracia y por la conversión neoliberal de los populismos históricos, con ciertos ejemplos ñextremosò: los gobiernos de la concertación en Chile (1990-2010), de Menem en Argentina (1989-1999) y el último gobierno de Paz Estenssoro (1985-1989) del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) en Bolivia (que invitó al economista Jeffrey Sachs a reestructurar toda la economía para frenar la inflación). Sin embargo, los límites de una perspectiva de construcción de alternativas centradas en exclusiva en lo social aparecieron rápidamente entre las y los militantes que querían acabar con la hegemonía neoliberal. Muchos llegaron a la conclusión de que se debía buscar los caminos de una transformación del poder desde abajo y desde el Estado, incluso utilizando el espacio electoral para conquistar influencia y espacios

En síntesis, los años dos mil se caracterizan por el regreso de fuerzas sociopolíticas partidarias y por una creciente unificación de movimientos conduciendo algunos de ellos a la fundación de fuerzas partidarias que disputaron las elecciones locales y/o nacionales, y pretendieron acceder por las urnas a los gobiernos y transformar la sociedad desde ahí también (más o menos radicalmente). Por supuesto, este vínculo entre el espacio de los movimientos populares y el campo político tiene temporalidades muy diferentes según los países: se produjo con una brusca ruptura y aceleración ñdisruptivaò en países como Bolivia y Ecuador; y después de una larga trayectoria de participación-institucionalización en Brasil, Uruguay y Nicaragua. También con situaciones ñintermediasò que combinaron la insurrección en las calles con la continuidad peronista como en Argentina o con la emergencia de una figura militar ñpopulista de izquierdaò como en Venezuela.

Así, siguiendo diferentes caminos, los movimientos populares abrieron el siglo al progresismo y al regreso del anti-imperialismo político, utilizando

---

presentado ampliamente y discutido este debate en: Franck Gaudichaud, ñAmérica Latina actual. Geopolítica imperial, progresismos gubernamentales y estrategias de poder popular constituyenteò, entrevista de Bryan Seguel en Grupo de Estudios Sociales y Políticos (coordinadores), *Movimientos sociales y poder popular en Chile. Retrospectivas y proyecciones políticas de la izquierda latinoamericana*, Tiempo robado editoras, Santiago de Chile, 2015, pp. 237-278.

una ñestructura de oportunidad políticaò[36] que fue bastante favorable. Con el mantenimiento de los regímenes constitucionales representativos y con sistemas electorales pluralistas (a pesar de todas sus debilidades), el fin de la Guerra Fría, un contexto económico internacional más favorable que en el pasado, y, en fin, una crisis de legitimidad creciente de los dirigentes políticos tradicionales, que permitieron un alineamiento creciente de sectores de la población con las reivindicaciones de los movimientos populares, el escenario parecía abierto para vientos de cambio.[37] La acumulación de fuerza desde la calle y desde los movimientos facilitó de varias maneras la ola de victorias que transforma América Latina como la única región del mundo gobernada mayoritariamente por la centro-izquierda y el nacionalismo popular durante más de diez años.[38] Por un lado, gracias a sus poderosas movilizaciones ï a veces insurrecciones como en Argentina, en Bolivia o en Ecuador a comienzos de 2000ï contra los regímenes políticos, los partidos y las oligarquías económicas. Por otra parte, por la formulación de reivindicaciones, demandas colectivas y participación en la elaboración de los programas de los candidatos progresistas, sobre temas tan diversos como sistemas democráticos, recursos naturales, modelos económicos, derechos indígenas, relaciones laborales, etc. Por último, los movimientos también han constituido fuertes bases de apoyo durante las campañas electorales. En algunos países son los movimientos populares los que han impulsado la formación de partidos o han contribuido a ello: en Bolivia, el Movimiento al Socialismo (MAS) se apoya sobre el movimiento campesino-indígena, en Ecuador, la coalición Alianza PAIS se ha beneficiado de un fuerte apoyo de los movimientos indígenas, en Brasil, el movimiento sindical y obrera participó (aunque en un periodo anterior) en la fundación del Partido de los Trabajadores (PT). Entre las coyunturas más espectaculares y explosivas del momento plebeyo de las últimas décadas, se

[36] Sidney Tarrow, *Power in Movement: Collective Action, Social Movements and Politics*, Cambridge University Press, 1994.

[37] Carlos Moreira, Diego Raus y Juan Carlos Gómez Leyton, *La nueva política en América Latina. Rupturas y continuidades*, ed. Trilce, Montevideo, 2008.

[38] *Cfr.:* Patrick Barrett, Daniel Chavez, and Caeser Rodriguez-Garavito (eds.), *The Latin American Left: Utopia Reborn*, Pluto Press, Londres, 2008; Eric Hershberg, Fred Rosen (eds.), *Latin America after Neo Liberalism: Turning the Tide in the 21st Century*, The New Press / NACLA, Nueva York, 2007, y Christophe Ventura, ñBrève histoire contemporaine des mouvements sociaux en Amérique latineò, *Mémoire des Luttes*, 2 août, Paris, 2012.

pueden citar lo que el marxista argentino Claudio Katz nombra, con razón, las ñcuatro rebeliones popularesò.[39] Encontramos entonces estas ñfiguras de la revueltaò que tienen sus raíces en la historia profunda del continente y marcan con hierro rojo el comienzo del nuevo siglo, una temporalidad de la fractura que parece ser capaz de barrer todo momentáneamente y refundar la sociedad: ñpor diferentes razones, los mecanismos de control social y político se encuentran ï por un momentoï desbordados e inadecuados y luego se abre por un tiempo indeterminado otro espacio-tiempo donde los códigos y normas vigentes hasta ese momento se encuentran suspendidas y dejan de ser actualesò.[40]

Estas brechas son momentos de ñcoyunturas estratégicasò en el sentido de Gramsci, en el que se condensan numerosas contradicciones sociales, capaces de abrir (o de cerrar) ciclos políticos de transformación.

La primera gran rebelión en estos países se va a encarnar ï por un tiempoï en la principal ruptura anti-imperialista del continente, Venezuela. El incendio inicial se dio en 1989 con el *Caracazo* (mencionado con anterioridad). Desde la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y la firma del Pacto de Punto Fijo (1958) ï una alianza del partido socialcristiano (COPEI) y de Acción Democrática (AD, socialdemócrata), excluyendo al Partido Comunistaï , Venezuela estuvo presente como un ejemplo de ñestabilidad democráticaò. El *Caracazo* es el momento en el que las mayorías olvidadas de la población entran en escena, dejando el telón de fondo del régimen político. Como ya lo vimos, la revuelta fue reprimida ferozmente, pero se prolongó de cierta manera ñdesde arribaò con la tentativa de golpe de Estado (fallido) nacional-progresista, que, en 1992, intentó el joven teniente-coronel paracaidista Hugo Chávez Frías, con el apoyo del MBR (Movimiento Bolivariano Revolucionario). Pero este fracaso inicial finalmente condujo a una sorpresiva victoria electoral de Chávez en las elecciones presidenciales de 1998 con el apoyo del Movimiento Quinta República y de partidos de izquierda como ñPolo Patrióticoò: comenzando así la larga experiencia de la ñRevolución Bolivarianaò, excepcional y

[39] Claudio Katz, *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2008.

[40] Nicolas Pinet, ñIntroduction: Éléments pour une grammaire de la révolte ñ, en Nicolás Pinet (coordinador), *Figures de la révolte: Rébellions latino-américaines (XVIe-XXe siècles), Syllepse*, Paris, 2016, pp. 7-29.

contradictoria. En este caso, se articula el colapso del sistema de partidos dominantes de la Cuarta República con el surgimiento de una figura carismática, nacionalista y popular, que *encarna* corporal, simbólica y discursivamente al *Pueblo,* en un Estado rentista, petrodependiente con una tradición débil de movimientos de masa o revolucionarios.

Fue en Argentina donde surgió la segunda grande ñinsurrecciónò del periodo anti-neoliberal. Así, a finales del 2001, explotó, después de años de alineamiento de la economía con el dólar, una crisis de liquidez severa, la reducción drástica de los salarios públicos y privados, privatizaciones, la explosión del desempleo, y finalmente el establecimiento del *corralito,* impulsado por el ministro de Economía Domingo Cavallo, que limitó los retiros bancarios y buscaba salvar a los grandes banqueros antes que a las clases medias. Después de una jornada de huelga general, varios días de ñcacerolazoò y disturbios (con muertos incluidos), los días 20 y 21 de diciembre de 2001 quedaron grabados en la memoria de los argentinos,[41] obligando al presidente De la Rúa a huir en helicóptero de la Casa Rosada (el palacio presidencial). Su sucesor sólo duró cinco días en el poder. Se movilizaron especialmente las clases medias urbanas empobrecidas, junto con algunos de los más precarios, el movimiento sindical tradicional que había quedado desgranado. El siguiente gobierno, de Duhalde, también tuvo que enfrentar las luchas y la indignación popular y continuó con la represión al movimiento ñpiqueteroò. En 2002, Argentina era sin duda un laboratorio de nuevas formas de acción colectivas, visible en las movilizaciones de los desocupados, la aparición de asambleas barriales, fábricas recuperadas por los trabajadores y la multiplicación de centros culturales, jardines, comedores y guarderías colectivas autogestionadas. Una dinámica que venía emergiendo desde mediados de los años noventa con el desarrollo del movimiento ñpiqueteroò y de los ñtrabajadores desocupadosò. En la efervescencia de 2001-2002, la necesidad de la solidaridad y las experiencias cooperativas tendieron a imponerse. Sin embargo, en 2003, se dio una declinación de las resistencias, la fragmentación del movimiento piquetero y sindical, y los intentos peronistas por ñdomarò y canalizar estas fuerzas dieron paso a una aspiración por regresar ñal ordenò. Ante la falta de una alternativa coherente de izquierda (a diferencia de Bolivia) y sin un líder carismático (como en Ecuador o en Venezuela), los sectores *progresistas* del

[41] Ver el documental de Pino Solanas, *Memoria del saqueo,* Argentina, 2003.

peronismo ganaron las elecciones, con la llegada de Néstor Kirchner y su ñFrente por la Victoriaò al poder del Estado. El nuevo gobierno justicialista impuso la consigna de ***ñ****Por un país serio, por un país normal****ò***, para intentar responder en parte a las exigencias de las clases medias, desarrolló un discurso latinoamericanista y acabó con la ley de ñpunto finalò y la impunidad para los responsables de la dictadura.[42]

La tercera rebelión, fue en Ecuador con los pueblos indígenas. Ya hemos mencionado el papel central que jugó la CONAIE. De hecho, por lo menos dos gobiernos fueron literalmente ñabatidosò por las organizaciones indígenas y sus aliados en los noventa. Después de las movilizaciones de 1994 por ñla vida y la reforma agrariaò que paralizaron Quito por dos semanas, la Confederación provocó la caída del presidente Bucaram en 1997, y permitió la creación del Fondo Nacional por el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. Mientras tanto, se estaba intentando el paso de lo social a lo político, como en el resto de la región, de esta forma la CONAIE creó (junto con organizaciones campesinas) el partido Pachakutik (1995), formación que ganó rápidamente varias elecciones a nivel local y parlamentario, pero perdió en las presidenciales. Por último, en el año 2000, frente a la grave crisis económica, la corrupción y la dolarización de la economía, el presidente neoliberal Mahuad fue destituido, luego de seis meses de intensos enfrentamientos callejeros y de una disidencia creciente en el seno de las fuerzas armadas. La dirección de la CONAIE se vio entonces embarcada en un proyecto político populista cuando apoyó al ex-coronel Gutiérrez en las elecciones del 2002 e, incluso, formó parte de su gobierno con dos ministros. El idilio fue breve, pero el costo político de esta participación catastrófica se dio a largo plazo (y se extiende, en parte, hasta hoy). En abril 2005, fue una revuelta esencialmente de las clases medias urbanas, de estudiantes y de ciudadanos de a pie que provocaron la caída de Gutiérrez, indignados por una serie de escándalos de corrupción e irregularidades institucionales y jurídicas perpetradas por el presidente (entre ellas, la intervención en la Corte Suprema de Justicia para permitir el regreso de Bucaram que estaba exiliado).[43] La CONAIE estaba paralizada y fraccionada.

[42] *Cfr.:* Maristella Svampa, ñLas fronteras del gobierno de Kirchnerò, *Revista Crisis*, núm. 0, Argentina, diciembre de 2006, y Ana Soledad Montero, *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*, Prometeo, Buenos Aires, 2011.

[43] Franklin Ramírez Gallegos, *La insurrección de abril no fue sólo una fiesta,* Taller el Colectivo-Abya Yala, Quito, Ecuador, 2005.

Este nuevo derrocamiento presidencial abrió espacio a nuevos actores e iniciativas. Permitió ï indirectamenteï la creación de *Alianza País* (2006), y ï el mismo añoï la sorpresiva victoria presidencial del cristiano humanista, economista heterodoxo y ex-ministro, Rafael Correa. Con sus victorias electorales y el llamado a crear una Asamblea Nacional Constituyente, en enero de 2007:

> Se abría un ciclo político atravesado por el contradictorio despliegue del más ambicioso proyecto de transformación social experimentado desde el retorno democrático de 1979. Cambio y conflicto se entrelazaron durante una década en una dinámica que puso frente a frente a lógicas populistas y movimientistas de comprensión de la política, el Estado y la acción colectiva en vertiginosos tiempos de reforma.[44]

Pero es en Bolivia donde la explosión plebeya fue la más profunda, radical y en donde la articulación entre participación y movimiento, el ñsaltoò del movimiento al partido, de la movilización popular a las elecciones y de las calles al palacio fueron más espectaculares.[45] Fundado a finales de los años noventa, el MAS-IPSP (Movimiento al Socialismo-Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos), dirigido por Evo Morales, sindicalista cocalero de origen aymara, se situó precisamente en la frontera entre lo social y lo político. Este ñinstrumentoò fue completamente original, porque se basaba en la representación ñorgánicaò de numerosos sindicatos que adherían de manera *colectiva* al MAS: como fue el caso, entre otros, de la CSUTCB (Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia), Federación Nacional de Mujeres Campesinas de Bolivia (FNMCB) y de la Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia (CIDOB). La organización sindical era la única puerta de entrada al partido y así el MAS fue un partido basado en la organización sindical rural durante todo el periodo 1995-2006. El MAS se consideraba entonces como un aparato que permitía el acceso a recursos y financiamientos (en una lógica corporativa y clientelar). Pero la rápida transformación del panorama político cambió el juego. En efecto, el país andino vivió en esos años numerosos

[44] Franklin Ramírez Gallegos, ***ñ****Ascenso, des-fragmentación y desperdicio. Luchas sociales, izquierda y populismo en el Ecuador (2007-2017*), <*CETRI.be*>, Bélgica, 25 de agosto de 2017.

[45] Hervé Do Alto y Pablo Stefanoni, *Evo Morales de la coca al Palacio. Una oportunidad para la izquierda indígnea*, Malatesta, La Paz, 2006.

levantamientos campesinos e indígenas (y de mineros), centrados particularmente en la fuerza de las organizaciones comunitarias, por controlar los recursos naturales que condujeron a la destitución del presidente Sánchez de Lozada en octubre de 2003. En 2000, los movimientos populares de Cochabamba organizaron la Coordinadora de Defensa del Agua y de la Vida y se movilizaron contra el espectacular aumento del precio del agua luego de la concesión otorgada por 40 años a la multinacional estadounidense Bechtel. Después de seis meses de lucha y una represión feroz, el movimiento ganó la *Guerra del Agua* y expulsó a la empresa trasnacional. En enero del 2005, una segunda *Guerra del Agua* iniciada en El Alto, una zona popular autoconstruida que domina La Paz, expulsó también a la filial de Suez, *Aguas del Illimani* y obligó al nuevo gobierno boliviano a desmercantilizar el agua. Pero fue finalmente la cuestión del gas la que constituyó el trasfondo del acceso al poder de Evo Morales, con las movilizaciones de 2003 y de 2005, que se soldaron por la muerte de varias decenas de personas. El primero de mayo de 2006, Evo Morales, recientemente electo como presidente, anunció la nacionalización de los hidrocarburos, como una señal al mundo: ñBolivia ya no tiene dueños, sino socios**ò**. Las ñmultitudesò indígenas y populares (de las que hablaba García Linera en sus escritos[46]), constituyeron un ñbloque de acción colectivaò subalterna que, finalmente, acabó con el poder de la vieja oligarquía blanca, racista y neocolonial para poner en su lugar un proyecto nacional, inclusivo, con pretensiones decoloniales: un proyecto nacional que se inscribe en una larga historia de resistencias contra la opresión. Este ñsaltoò estratégico de las calles al palacio fue producto de múltiples formas de poder popular, no estatal, como las juntas de vecinos de El Alto y de diversas experiencias acumuladas por parte de organizaciones en resistencia, populares, como las de las comunidades aymaras, rurales y urbanas.

> Profundamente enraizado en la historia boliviana, ese proceso combina la herencia de tres ñmemoriasò de luchas: la ñmemoria largaò de la resistencia indígena de

[46] Según García Linera, las multitudes designadas son un ñbloque de acción colectiva, que articula estructuras organizadas autónomas de las clases subalternas en torno a construcciones discursivas y simbólicas de hegemonía, que tienen la particularidad de variar en su origen entre distintos segmentos de clases subalternasò. *Cfr.:* Álvaro García Linera, *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, CLACSO-Prometeo Libros, Buenos Aires, 2008.

> los siglos XVII y XIX contra el Imperio colonial español, luego contra la República, expresada en nuestros días a través de la voluntad de los movimientos rurales convocantes de la Asamblea Constituyente; la ñmemoria intermediaò de la Revolución nacional de 1952, que contribuyó a modernizar al Estado boliviano con la nacionalización de las minas, la reforma agraria y el sufragio universal; y finalmente la ñmemoria cortaò de un ciclo de movilizaciones antiliberales surgido a fines de los años noventa [é]. Lejos de los referentes marxistas que en otro tiempo dominaron el paisaje político nacional de la izquierda, esta ñrevolución democrática y culturalò deja ver una ñBolivia insurrectaò con múltiples rostros, nacida de los escombros de un movimiento obrero pulverizado por la ñterapia de choqueò puesta en obra desde 1985 por un gobierno convertido entonces a las virtudes del *free market*. El sincretismo ideológico del MAS, hecho de nacionalismo, indianismo y anticapitalismo, resulta en gran parte de la articulación contingente de esas diferentes herencias de lucha, encontrándose al mismo tiempo en el origen de innumerables tensiones que atraviesan ese proceso.[47]

Venezuela, Ecuador, Argentina y Bolivia: más allá de estas cuatro rebeliones, si hacemos un análisis regional, son sobre todo las versiones más ñgradualistasò o moderadas de los progresismos de gobierno que se impusieron en la mayor parte de los países.

La más importante entre ellas por su influencia geopolítica es Brasil, un país que representa casi el 50% del PIB de Sudamérica y tenía 180 millones de habitantes, en 2002, cuando Lula da Silva ganó las elecciones. La historia del Partido de los Trabajadores (PT), igual que la de Lula, nació en el corazón de los bastiones de la clase obrera y metalúrgica de la ABC (São André, São Bernardo, São Caetano), al mismo tiempo que la CUT (fundada en 1983). Un partido que en 1990 anunciaba: ñEl socialismo que queremos construir se hará realidad sólo si crea una verdadera democracia económicaò. Pero el PT que conquista el gobierno federal ya no era así: después de tres derrotas en las elecciones presidenciales (de 1988, 1994 y 1998), el partido se había considerablemente desplazado hacia el ñcentroò y hacia la social-democracia, en particular bajo el impulso del liderazgo de su candidato presidencial. El partido ya había ganado muchos espacios en importantes ayuntamientos del país, algunos gobiernos estatales de la federación, con un aparato cada vez más profesionalizado y lejos de su base. Además, para conquistar la presidencia

[47] Hervé Do Alto, ñLa revolución de Evo Morales o las sinuosas vías de la refundación de Boliviaò en Franck Gaudichaud (coordinador), *El volcán latino-americano, op. cit.*, pp. 99-110.

y, luego, enfrentar a un Congreso con fuerzas estructuralmente dispersas y dominadas por los sectores conservadores, Lula impuso una larga política de alianzas con algunos partidos de las clases dominantes. Esta alianza fue tan lejos que, como candidato a la vicepresidencia, se nombró a José Alencar, un industrial y dirigente del Partido Liberal (de derecha). Finalmente, el dirigente petista fue electo en la segunda vuelta con el 61% de los votos, contra José Serra, el candidato del Partido Social-demócrata Brasileño (PSDB), con un programa abiertamente social-liberal. En su ñcarta al pueblo brasileñoò de junio del 2002, el ex-sindicalista le confirmó a la nación (y sobre todo a las élites locales e internacionales), su metamorfosis al abandonar cualquier discurso de crítica a las injerencias del FMI, se comprometió a no poner en marcha la moratoria de la deuda y a respetar los acuerdos económicos internacionales que ya estaban en vigor. El eslogan de su campaña fue ñPaz y amorò y pidió ñtener pacienciaò a los brasileños. El objetivo declarado del lulismo fue doble. Primero, responder a la urgencia social gracias al plan ñhambre ceroò y a la reorientación de numerosos programas creados por Fernando Henrique Cardoso. Segundo, y al mismo tiempo, favorecer la llegada del capital extranjero (notablemente el de los agrocombustibles) y el desarrollo capitalista interno. Esta estrategia de alianza de clases fue la que dominó y ordenó, con algunas inflexiones notables, la presidencia lulista (2003-2011), y luego la de Dilma Rousseff que le sucedió de 2011 a agosto de 2016.[48]

Dentro de las experiencias de centro-izquierda fuertemente institucionalizadas sería también necesario mencionar la victoria del Frente Amplio en Uruguay (Tabaré Vázquez ganó en 2004 con el 56.63% de los votos en la segunda vuelta): el FA abre así un periodo de varios gobiernos de carácter social-demócrata en el pequeño país coñosureño, con una impronta muy lejana del ñnacionalismo plebeyoò boliviano o del anti-imperialismo civico-militar venezolano, pero ï por lo menos al principioï con algunas pretensiones de reformas sociales y refundación del Estado y sus políticas públicas.

Para resumir, fundamentalmente en América del Sur, la dinámica socio-política *destituyente*, eso es de rechazo popular al neoliberalismo, de los años noventa, se tradujo ï de manera muy desigual y diferenciadaï en el plano

[48] *Cfr.:* Laurent Delcourt, ñLe Brésil de Lula: une dynamique de contradictionsò en *Alternatives Sud, Le Brésil de Lula: un bilan contrasté*, Syllepse, Paris, 2010, pp. 7-34, y Frédéric Louault, ñLula, père des pauvres ?ò, *La Vie des idées*, Paris, 29 octubre 2010.

instituyente y electoral en los años dos mil, en particular con la multiplicación de gobiernos ganados por organizaciones políticas que se reclamaban (más o menos abiertamente) de los movimientos sociales, de la izquierda, críticas del neoliberalismo e incluso, a veces, con una retórica abiertamente anti-imperialistas o postneoliberal. Recordemos, las elecciones de Tabaré Vásquez, de Evo Morales, Daniel Ortega y Rafael Correa, la reelección de Chávez en 2006, la de Lula que pasa la prueba en Brasil ese mismo año, y, en 2007, la de Cristina Kirchner en Argentina (sucediendo a su marido). También podríamos agregar la de Michele Bachelet en Chile (2006), y la del ex obispo Lugo en Paraguay en 2008, e insistir en la importancia simbólica y democrática del arribo a los gobiernos de la región de mujeres, antiguos sindicalistas, cristianos de liberación y ex-guerrilleros, fenómenos impensables, en esta magnitud, unos años antes.

Esta secuencia refleja una profunda crisis de la hegemonía neoliberal en América Latina, así como de las formas de dominación tradicionales de las clases dirigentes.[49] Y si podemos hablar de un ñgiro a la izquierdaò es para observar cómo estas numerosas elecciones sucesivas se contraponen a la unanimidad derechista de los años noventa, dándole mayor importancia a la cuestión social, al retorno de un Estado redistributivo y a la soberanía nacional. Resurgió en el imaginario geopolítico del continente el sueño de Bolívar y la integración regional alternativa, que intentaban recuperar un espacio de autonomía frente a las grandes potencias del Norte y del imperialismo. Retomando la expresión de Rafael Correa, más que una ñépoca de cambiosò, lo que se vivió en América Latina parecía ser un ñcambio de épocaò.

No obstante, los partidos progresistas que ganaron las elecciones presidenciales en este periodo estaban muy lejos de las referencias revolucionarias, anticapitalistas o guevaristas que agitaban a las izquierdas en la década de los setenta. Después de los años noventa, lo que algunos tomaron por una edad de la razón, se tradujo en muchas organizaciones partidarias en un claro proceso de *social-liberalización*, empezando e incluyendo al gobierno sandinista de Daniel Ortega en Nicaragua (con su imbricación de autoritarismo, clientelismo y gestión patrimonial del Estado). Esta nueva vía se tradujo también en la lógica reformista del ñForo de Sao

[49] Emir Sader, ñAmérica Latina, ¿el eslabón más débil?: el neoliberalismo en América Latinaò, *New Left Review*, núm. 52, Reino Unido, 2008, pp. 5-28.

Pauloò (creado en 1991). Incluso encontramos ahí a organizaciones tan disimiles como el Partido Comunista Cubano y el Partido Socialista Chileno.[50] Un ejemplo paradigmático de este fenómeno ï visible a escala planetariaï son los 20 años de gobiernos neoliberales de la ñConcertaciónò en Chile, una tendencia confirmada en los mandatos de la ñsocialistaò Michelle Bachelet. Una evolución que también alcanzó a uno de los partidos obreros más importantes del planeta: el Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil. Parece que la ñmosca azul del poderò descrita por el teólogo de la liberación Frei Betto, durante un tiempo cercano a Lula, ha hecho su trabajo socavándolo con las necesidades de la *realpolitik*, de la ñgestiónò y de sus arreglos, haciendo que los ideales del socialismo democrático de los ochenta desaparezca poco a poco en el discurso petista.[51] Fenómenos que detallaremos en las líneas siguientes. Sin embargo, estas victorias políticas y electorales cuando surgieron, aparecían a los ojos de grandes sectores de las clases populares como una posible salida del túnel del autoritarismo, de la regresión social del neoliberalismo y de sus formas más violentas (que Pablo González Casanova ha denominado ñneoliberalismo de guerraò[52]).

Institucionalización de los progresismos, políticas sociales redistributivas y capitalismo de Estado (2006-2013)

Durante los años que siguieron a la reelección de Chávez, el ñgiro a la izquierdaò en Latinoamérica parecía estar consolidado, y generó entusiasmo en todo el mundo por el posible final del famoso TINA *(There is no alternative*) que en sus tiempos había sido proclamado, con soberbia, por Margaret Thatcher. ¿Estaba el subcontinente mostrando el camino sobre cómo articular voces de las urnas y voces de las luchas en la construcción de modelos

[50] Ahí también encontramos a los sandinistas del FMLN, al PT de Brasil, al Frente Amplio de Uruguay, a la Causa R de Venezuela o al Partido de la Revolución Democrática (PRD) de México.

[51] Frei Betto, *A mosca azul*: *reflexao sobre o poder,* Rocco, Brasil, 2006.

[52] Pablo González Casanova, ñDemocracia, liberación y socialismo: tres alternativas en unaò, *Observatorio Social de América Latina*, núm. 8, CLACSO, Buenos Aires, 2002. Para una perspectiva feminista sobre la violencia neoliberal: Jules Falquet, *Pax Neoliberalia. Perspectivas feministas sobre (la reorganización de) la violencia*, Madreselva, Buenos Aires, 2017.

democráticos e incluso ñrevolucionariosò? La euforia del momento y la multiplicación de los análisis ditirámbicos (o al menos no distanciados) tendieron a generar un retrato unánime de realidades complejas, y que tenían contradicciones desde sus orígenes. De manera simplificadora, se pueden destacar tres variantes de los regímenes latinoamericanos para el periodo 2006-2013. Junto a la alternativa neoliberal conservadora y pro-estadounidense de Colombia y México, encontramos un segundo bloque de países que no coincide plenamente con los Estados Unidos, basado en partidos con una trayectoria de varias décadas, que defienden ciertas posiciones de autonomía de sus burguesías locales y más orientados a la centro-izquierda con sus variantes socioliberales (Brasil y Uruguay) o ñpopulistas de izquierdaò (Argentina, Nicaragua). Y, finalmente, nació un último bloque, que oscilaba ï por lo menos en sus iniciosï entre nacionalismo popular, anti-imperialismo y neodesarrollismo, con gobiernos opuestos a muchas posiciones de Washington, a las oligarquías locales y a las fuerzas políticas tradicionales que quedaban de los escombros de los sistemas políticos anteriores. Estos últimos gobiernos eran dirigidos por líderes carismáticos, a veces tildados de ñoutsidersò, con procesos de cambio alimentado por niveles de participación ciudadana importantes pero controlados ñdesde arribaò en una lógica ñbonapartistaò o cesarista progresiva (Venezuela, Bolivia y Ecuador esencialmente). Sin embargo, entre estos tres tipos de regímenes, la posición de los gobiernos y de los partidos oficiales, en tal o cual tema, tenía fluctuaciones en función de la correlación de fuerzas internacionales, los conflictos con la oposición y la lucha de clases interna.[53]

La única manera de comprender la ñgramática del poderò de los gobiernos progresistas es la de pasarlos por la crítica de su *praxis*, más allá de sus discursos, y de su relación con los movimientos populares, con el capital y también con las grandes potencias. Como sugiere el sociólogo Immanuel Wallerstein, en particular, es indispensable tomar en cuenta su posición y sus acciones en relación con Washington.[54] En este punto, está claro que las tres

[53] Maristella Svampa propone distinguir entre un ñpopulismo *de clase media*ò ï con los presidentes Kirchner en Argentina y Rafael Correa en Ecuadorï y un ñpopulismo *plebeyo*ò con Evo Morales en Bolivia y Hugo Chávez en Venezuela. *Cfr.:* Maristella *Svampa, Del cambio de época al fin de ciclo: gobiernos progresistas, extractivismo, y movimientos sociales en América Latina*, Edhasa, Buenos Aires, 2017.

[54] Immanuel Wallerstein, ñHow far left has latin America moved?ò, *Commentary*, núm. 187, New Haven, 15 de junio de 2006; ver igualmente el análisis del mismo autor, ñ9 años

experiencias que más tuvieron que enfrentar la hostilidad y el intervencionismo de los Estados Unidos son igualmente los tres países que revivieron el simbolismo revolucionario y más defendieron otras lógicas de integración regional: la ñrevolución bolivarianaò con su ñsocialismo del siglo xxiò en Venezuela, la ñrevolución ciudadanaò y su ñbuen vivirò en Ecuador y el Estado plurinacional y el ñsocialismo comunitarioò en Bolivia.

Más allá de la retórica y de las fuertes contradicciones entre discurso radical y *realpolitik* desarrollista, es innegable que el imperialismo intentó desestabilizar estas tres experiencias, comenzando con el chavismo en tanto que principal proceso nacional-popular del periodo, pero también (y especialmente) porque Venezuela tiene la mayor reserva de petróleo del planeta, un tesoro de guerra que antes estaba bajo control estadounidense. El golpe de Estado en abril de 2002 en contra de Hugo Chávez, fue apoyado activamente por la cia y las federaciones patronales locales (*Fedecamaras*), así como el paro petrolero de dos meses a finales de 2002. Fueron desestabilizaciones que sólo pudieron frustrarse gracias a la formidable movilización popular y al firme apoyo de las Fuerzas Armadas Bolivarianas (fab). Después, con diversas técnicas de intervención mediática y en el seno de la ñsociedad civilò (*soft power*), también a través de un *boicot* económico cada vez más estricto y de amenazas de invasión militar por parte de varios responsables de la Casa Blanca y del Pentágono, los eeuu intentaron acorralar y presentar a Venezuela como una ñamenazaò para su seguridad estratégica y aislando aún más el país en el plano internacional. Pero, al mismo tiempo, Caracas continuó siendo un buen cliente comercial y energético para el gigante del Norte, y sus multinacionales. La ñrevolución bolivarianaò salió, a pesar de todo, fortalecida de los enfrentamientos con el imperialismo en 2002-2003 y se radicalizó en 2004-2005, consolidando su base electoral, y sobre todo su carácter cívico-militar, con las fab en el centro del dispositivo del poder central. Durante los últimos años de Barack Obama (desde 2015), el ñbloqueoò fue escalando a través de varias medidas unilaterales y sanciones ilegales (en lo que concierne el derecho internacional): decretos extraterritoriales paralizando las operaciones financieras de Venezuela en el exterior, bloqueo

más tarde, sobre las dificultades de las izquierdas en el sub-continenteò: Immanuel Wallerstein, ñThe Latin American left moves rightwardò, *Commentary*, núm. 404, New Haven, 1 de julio de 2015.

de intermediarios que quisieran realizar transacciones con Venezuela, presión sobre las agencias de riesgo para descalificar el país y guerra informativa impulsada por grandes corporaciones mediáticas. Este cerco internacional ha sido radical y desastroso para la economía venezolana, profundizando la crisis que estalló a partir del 2013. En Bolivia, fue durante el año de 2008, cuando el gobierno de Evo Morales tuvo que pasar la prueba, teniendo que enfrentar las amenazas de secesión territorial de la oligarquía blanca y mestiza de la media luna (Este y Sur del país), el Pando, Beni, Santa Cruz y Tarija, apoyados por el embajador de los Estados Unidos, Philip Goldberg. De hecho, mientras el gobierno estaba en plena consolidación de la nueva hegemonía campesino-indígena, confirmada por la victoria en el referéndum revocatorio de agosto del 2008 (con un 67% de los votos para Evo), la burguesía de los grandes terratenientes y agroindustriales, con los prefectos de la oposición a su lado, desafió al poder con un ñparo cívicoò racista, clasista y pro-imperialista. Pero de nuevo, la derrota de estas desestabilizaciones se dio con la movilización colectiva (en este caso miles de indígenas y campesinos) en un nuevo bloque de poder y con la acción decidida del gobierno para sofocar la rebelión reaccionaria. Finalmente, el embajador de los Estados Unidos fue expulsado del país, junto con la DEA, la agencia anti-drogas. Y en 2013, fue la USAID (Agencia de los Estados Unidos para el ñdesarrollo internacionalò) la que se convirtió en *persona non grata*, condenada por su injerencia en los asuntos internos de Bolivia.

Aunque en menor medida, la Revolución Ciudadana también tuvo sus problemas con Washington, particularmente cuando Correa decidió no renovar la concesión de la base de Manta para las fuerzas militares de Estados Unidos. El gobierno también realizó una auditoria histórica a la deuda de Ecuador, que tuvo como consecuencia el desconocimiento de las deudas ilegitimas del país, y la suspensión unilateral de los títulos comerciales que vencían en 2012 y en 2030 (luego de canjear estos títulos a menos del 35% de su valor).[55] Esto motivó la hostilidad de Estados Unidos y del Banco Mundial, cuyo representante fue expulsado del país.

Estos, son casos emblemáticos de una relación Norte-Sur que estaba cambiando su estructura con nuevas formas de integración regional autónomas

[55] Eric Toussaint, ñLes leçons de lôÉquateur pour lôannulation de la dette illégitimeò, *CADTM.org* Bélgica, 29 de mayo 2013.

(ALBA, UNASUR, CELAC).[56] Sin embargo, hay que enfatizar de nuevo que no existió ninguna homogeneidad en este proceso regional de los ñprogresismosò, ni siquiera en las políticas públicas que desarrollaron. Más bien, podemos observar diversas irrupciones socio-políticas que enfrentaron a un modelo hegemónico neoliberal en crisis, con gobiernos que van del ñrosa pálidoò y el social-neoliberalismo (Bachelet en Chile) hasta fuerzas nacional-populares plebeyas (el chavismo) pasando por partidos socialdemócratas ya más consolidados (como el Frente Amplio uruguayo). Es necesario señalar que, aunque estos procesos estuvieron todos incorporados a sistemas políticos fuertemente presidencialistas (herencia en parte de las independencias del siglo XIX), lo hicieron en contexto de regímenes con niveles de institucionalización y estabilidad diferenciados: relativamente en Uruguay, bajo tensión en Brasil o y muy débil y precario en Venezuela o en Nicaragua. Además, no podemos olvidar que varios países estratégicos por su peso, comenzando por Colombia y México, permanecieron a lo largo de la década 2000-2010 gobernados por la derecha. Por lo tanto, es correcto, como ya lo han hecho varios observadores, matizar ampliamente la imagen simplista de un ñgiro a la izquierdaò más o menos armónico. Lo mismo pasa con el debate que tuvieron los intelectuales sobre la existencia de ñdos izquierdasò de gobierno: una supuestamente ñmodernaò o ñsocial-liberalò (según el punto de vista) que pretende complementar al mercado mediante reformas sociales o societales moderadas (como en Chile, Uruguay y Brasil) y la otra calificada de ñpopulista y arcaicaò o ñradical y anti-imperialistaò (también según la orientación política de los autores), encabezada por la Venezuela Bolivariana, Ecuador y Bolivia.[57] Desde el 2006, algunos observadores cuestionaron el mito de las ñdos izquierdasò en favor de una lectura de múltiples izquierdas, reflejando las diferentes realidades nacionales que se manifestaron en el seno de un mismo movimiento, de un mismo partido y un mismo gobierno. Este carácter plural justifica los diagnósticos más contradictorios, con la percepción

[56] Ver el segundo capítulo de este libro sobre este tema.

[57] Para una interpretación conservadora de estas dos izquierdas, ver: Jorge Castañeda, ñLatin Americaôs left turnò, *Foreign Affairs*, New York, mayo-junio 2006; para un análisis ñbolivarianoò ver: Katu Arkonada y Paula Klachko, *Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares, op. cit.* También se puede consultar: Jeffery Webber and Barry Carr (editores), *The New Latin American Left: Cracks in the Empire*, Rowman and Littlefield Publishers, Maryland, 2013.

de un giro ñrevolucionarioò en gestación en contraste con la constatación de una normalización gestionaria y ñpragmatistaò de los progresismos, hecha de renuncias y moderación.[58]

Sin embargo, en la mayoría de los casos, los primeros pasos de los presidentes progresistas y nacional-populares estuvieran orientados a permitir el ñretornoò del Estado social-asistencial y de las políticas redistributivas, aprovechando el alto precio de las materias primas, la renta de las exportaciones y un contexto económico mundial favorable.[59] Según la CEPAL, 70 millones de personas salieron de la pobreza en una década, mientras que, en 1990, el 22.6% de los latinoamericanos eran considerados indigentes y 48.4% como pobres, en 2014 ñsóloò eran el 12% y el 28% respectivamente.[60]

Y fue precisamente en los países ñprogresistasò en donde los resultados fueron más pronunciados. En Bolivia, la pobreza pasó del 66.4% (2005) al 39.3% (2014), mientras la desigualdad disminuía. Lo mismo sucedió en Ecuador (la pobreza se redujo al 22.5% (2014) contra un 37.6% en 2006). Los resultados fueron espectaculares en Venezuela, en el periodo 1998-2011, fue el país que más redujo las desigualdades (con un índice de Gini que pasó del 0.486 al 0.390), mientras que la pobreza se redujo de 10 puntos y la pobreza extrema de 14.[61] Durante ese periodo se dio un aumento constante en el presupuesto estatal y el gasto público destinado en lo social, todo mientras el PIB de los países crecía, con casos excepcionales como Bolivia (cuyo PIB aumentó de $8 mil millones en 2002 a $30 mil millones en 2013). Además, se dio un mayor control sobre el producto derivado de la extracción y de la explotación de los recursos naturales, y algunos gobiernos realizaron nacionalizaciones en varios sectores claves (que habían sido privatizados). Es el caso, por su puesto, de la revolución bolivariana: a partir de 2007, Chávez emprendió una serie de estatizaciones de sectores considerados como estratégicos, la nacionalización de compañías de las telecomunicaciones, de la electricidad,

[58] Franklin Ramírez Gallegos, ñMucho más que dos izquierdasò, *Nueva Sociedad*, núm. 205, Buenos Aires, septiembre-octubre 2006.

[59] Mabel Thwaites Rey (editora), *El Estado en América Latina: Continuidades y rupturas*, Editorial Arcis/CLACSO, Santiago de Chile, 2012.

[60] CEPAL, *Panorama Social de América La-tina*, Cepal, Santiago de Chile, 2015.

[61] Constanza Moreira, ñEl largo ciclo del progresismo latino-americano y su freno. Los cambios políticos en América Latina de la última década (2003-2015)ò, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 3, núm. 93, São Paulo, 2017.

de la zona petrolífera del río Orinoco, de la industria siderúrgica más grande del país y de tres empresas cementeras, todo con el apoyo decisivo de las Fuerzas Armadas Nacionales Bolivarianas (FANB). En Argentina, Kirchner se hizo cargo de los servicios postales y de comunicaciones, de la compañía aérea *Aerolíneas Argentinas* y re-estatizó los fondos de pensiones de los jubilados (en 2008). Estas nacionalizaciones se dieron sin romper con la legalidad y en un marco de negociaciones para llegar a indemnizaciones de acuerdo a un proceso de arbitraje internacional. También podemos mencionar la ñreforma del aguaò en Uruguay con la nacionalización de los servicios de agua potable (2011). El Estado ñprogresistaò neodesarrollista fue un Estado que invirtió en los sectores populares designados como ñvulnerablesò, que cubren al 40% de la población, como en el Ecuador de la Revolución Ciudadana.

Una vez al frente del Estado, el PT fusionó los programas anteriores (el bono escolar, la carta de alimentación, la ayuda de gas y el bono de alimentación) en un programa único: la ñBolsa Familiaò, que beneficiaba a un cuarto de la población brasileña (los más pobres). Concedido a las y los ciudadanos que no ganaban más de 60 euros mensuales, este programa estaba en la línea de las recomendaciones del Banco Mundial y, finalmente, fue bastante cercano a algunos programas impulsados por gobiernos de derecha (por ejemplo, el programa *Oportunidades* del gobierno mexicano). En esta lógica, se conceden, por ejemplo, bonos a las madres de familia a cambio de la escolarización de los niños de la casa y la inscripción en los planes de salud primaria. En Brasil, tales programas permitieron (entre 2004 y 2014) que millones de brasileños salieran de la pobreza más extrema: el 88% del apoyo financiero recibido se utilizaba directamente en el consumo diario de alimentos de base. Esto también explica la base electoral en extremo sólida que construyó el PT ï y Lula particularmenteï en la franja más precaria de la población, principalmente en el nordeste, y esto con un costo muy bajo para el Estado central: el 0.5% del PIB (algunos estudios incluso muestran que generó más ganancias económicas de lo que costó porque estimuló el consumo popular y los impuestos directos).[62]

[62] Luciana Mourão y Anderson Macedo de Jesus, ñóBolsa famíliaôProgramme: an analysis of Brazilian income transfer programmeò, *Field Actions Science Reports*, Special Issue 4, Brasil, 2012.

Este tipo de transferencias condicionadas se estableció de manera significativa en toda la región durante la ñera progresistaò. También estuvieron acompañadas por nuevas políticas públicas para mejorar las infraestructuras (por ejemplo, con carreteras y aeropuertos en Ecuador), acceso gratuito a la educación primaria, la salud y la vivienda. En 2008, Bolivia se convirtió en la tercera nación latinoamericana, después de Cuba y Venezuela, en lograr uno de los ñobjetivos del milenioò propuestos por las Naciones Unidas: erradicar el analfabetismo.

Otro elemento importante, fue que los gobiernos progresistas organizaron mejor la presión fiscal sobre las rentabilidades provenientes de la extracción de materias primas a través de la renegociación de los *royalties* pagados por las multinacionales. Sin embargo, no participaron en proyectos ambiciosos para reformar los impuestos y controlar y redistribuir parte del patrimonio de las clases dominantes: la imposición y fiscalidad sigue siendo estructuralmente baja y desigual en la región, cuando que debería ser la primera de las medidas de una izquierda en el poder, por más moderada que esta sea.[63] Y en el momento en que un gobierno, como el de Correa, intentó una reforma fiscal real (2015) que incluía impuestos sobre las herencias, tuvo que enfrentar una violenta campaña de los empresarios en la opinión pública que, finalmente, lo obligó a recular. Lo mismo sucedió con Cristina Kirchner que, en 2008, enfrentó un largo conflicto (muy costoso políticamente) con los principales sindicatos patronales agrarios cuando propuso un proyecto de ley para gravar la exportación de los granos.

El tercer campo de intervención de una parte de los progresismos fueron los derechos de los trabajadores. Muchos autores han señalado que es el punto central para iniciar una transformación estructural de las situaciones de pobreza y de desigualdad en el ingreso, más allá del simple (re)despliegue del Estado asistencialista.[64] En los países con una fuerte tradición sindical y en donde el movimiento de los trabajadores acompañó el crecimiento de las fuerzas electorales de izquierda, se tomaron varias medidas, aunque a menudo muy

[63] Bernard Duterme, ñRecherche percepteurs désespérémentò, *Le Monde Diplomatique*, Paris, Francia, abril de 2018.

[64] Pierre Salama, ñ¿Cambios en la distribución del ingreso en las economías de América Latina?ò en *Foro Internacional*, vol. LII, núm. 209, México, 2012, pp. 628-657; y Pierre Salama, *Les Économies émergentes latino-américaines, entre cigales et fourmis*, Paris, Armand Colin, 2012.

tímidas, para no hacer huir a los principales capitales de sus países. Se consiguieron aumentos en los salarios mínimos en Brasil, Venezuela, Uruguay y Argentina (aunque fueron desafiados por la inflación, y totalmente dilapidados por la hiperinflación de Venezuela). También podemos notar el apoyo para extender los sistemas y la cobertura de la seguridad social (en Bolivia), esfuerzos claros para fortalecer la negociación colectiva a nivel de las ramas económicas y para consolidar la legislación laboral, el derecho de huelga y la sindicalización en varios países (a diferencia de Chile en donde los gobiernos de la Concertación gestionaron la ley laboral neoliberal de 1979, heredada por Pinochet). Uno de los límites evidentes en esos avances es la proporción muy alta de trabajadores del sector informal, a menudo más del 30% o el 50% de la población, siendo un sector que se mantuvo en parte al margen de estas políticas sociales. La legislación laboral de 2012 en Venezuela ha sido citada como un ejemplo a seguir y, a veces, como una señal verificable de la ñtransición al socialismoò. Medidas como el fortalecimiento de los derechos de las trabajadoras y la igualdad entre hombres y mujeres, la prohibición del *outsourcing*; el anuncio del desarrollo de ñconsejos de trabajadoresò en la gestión de algunas empresas y del derecho al control de los trabajadores en caso de cierre ilegal, son *en teoría* medidas audaces. Pero, como muchas veces en la experiencia bolivariana, del discurso a la práctica hay un abismo: las pocas experiencias concretas de control obrero y de cogestión fueron rápidamente ahogadas de raíz por el propio ministerio del Trabajo (notablemente en el gran complejo siderúrgico del estado de Guyana) y la burocracia.[65] En cuanto a las condiciones de trabajo reales, sólo mejoraron relativamente poco y se degradaron de manera dramática con la crisis a partir del 2013, mientras se multiplicaban diversas formas de represión patronal, pero también estatal, contra los dirigentes sindicales combativos.

A partir del 2003, en un contexto de fuerte polarización socio-política, la ñRevolución Bolivarianaò, intentó proponer formas originales de intervención social a través de la creación de *misiones*: la misión ñMercalò para la distribución de alimentos subvencionados, ñBarrio Adentroò (servicios de salud de atención primaria), la misión òRobinsonò (de alfabetización y educación

[65] Para una visión que a pesar de todo es positiva: Dario Azzelini, ñClass struggle in the bolivarian process workersô control and workersô councilsò, *Latin American Perspectives*, vol. 44, núm. 1, enero de 2017.

primaria), ñRibasò (de educación secundaria) y ñSucreò (de educación superior), por citar sólo las principales. Estas políticas respondieron sobre todo a la urgencia social, mientras que se fortalecían las bases políticas y electorales del chavismo. Las misiones buscaban también fortalecer la participación popular, particularmente ñBarrio Adentroò, un servicio de salud primaria que cubría muchos barrios populares en todo el país, encabezado por miles de médicos cubanos enviados a cambio de petróleo. Para funcionar estas misiones requerían el apoyo de las comunidades articuladas en diferentes formas de organización local: según Edgardo Lander, ñse consideraba a la comunidad como co-constituyenteò en el desarrollo de las políticas públicas.[66] Las misiones pudieron permitir pasar por alto a una parte del aparato burocrático del Estado rentista, pero finalmente dependían de modo directo de la presidencia, es decir que no rompían ni con el clientelismo, ni con las diversas formas verticales de poder que acompañaron a ese ñ*by-pass*ò institucional, por esencia poco estabilizado. También tuvieron el defecto de no impulsar una mejora estructural, planificada a largo plazo, en el equipamiento público *existente*, (por ejemplo, en el campo de la salud, muchos hospitales continuaron deteriorándose drásticamente a lo largo de estos años).

Pese a sus límites, las misiones o los ñconsejos de tierras urbanasò respondían a los temas más urgentes y esenciales que habían sido abandonados por las élites de la Cuarta República (entre 1958 y 1998). Durante la presidencia de Chávez el gasto social llegó a representar hasta el 60% del presupuesto estatal: muchos indicadores vitales de la población (y sobre todo de las clases populares) mejoraron de inmediato, como el índice de mortalidad o la altura y el peso de los niños más pobres. Indicadores que por desgracia empezaron a degradarse, con el verdadero colapso económico que se inicia a partir del 2013, revelando las fragilidades de una política social poco anclada de manera institucional.

Obviamente, existen muchos otros problemas que pueden diferenciar la naturaleza de las políticas de los gobiernos progresistas y sus distintas trayectorias hasta hoy. No podemos nombrarlas todas en este corto ensayo. Pero seguiremos algunas que, en nuestro punto de vista, son cruciales.

Primero, la cuestión de la reforma agraria y la lucha contra el latifundio.

[66] *Cfr.:* Franck Gaudichaud, ñAmérique latine: fin dôun âge dôor? Progressismes, post-néolibéralisme et émancipation radicale. Entretien avec Edgardo Lander et Miriam Langò <*ContreTemps.eu*>, Francia, 17 de abril de 2018.

Esto se dio en un momento importante de la explosión en el mercado de los agrocombustibles, de una reactivación de las luchas campesinas, destacando la necesidad de políticas audaces que permitieran a los productores participar de manera efectiva en la organización de la producción y la consolidación de la soberanía alimentaria. También en esta área, las investigaciones más recientes muestran cómo, al final, los gobiernos progresistas acabaron aliados con las agroempresas, más que con los pequeños campesinos.[67]

En ese marco, el gobierno de Lula no cumplió sus promesas de realizar una redistribución importante de la tierra, incluso durante su mandato el líder brasileño repartió menos hectáreas que el gobierno anterior (Cardoso, centro-derecha). En un país en el que el 1% de la población posee el 46% de las tierras cultivables, el PT había prometido instalar, entre 2003 y 2006, a 100,000 familias en una parcela de tierra, pero en 2006 sólo 40,000 familias habían sido beneficiadas. En 2010, la reforma agraria ya estaba enterrada, una decisión que fue confirmada durante los gobiernos de Dilma Rousseff en los que la política agraria se centró en el desarrollo de los agro-negocios, la facilitación de reglas para el cultivo de OGM (Organismos Genéticamente Modificados) y el cultivo intensivo de exportación, de la mano de empresas como Monsanto. En respuesta, la dirección del Movimiento de los Sin Tierra (MST) se volvió crítica del gobierno del Partido de los Trabajadores, aunque renovó su voto por esa organización política, por considerarla como el ñmal menorò frente a unas derecha y extrema-derecha arrogantes, racistas y represivas.

En contraste, si miramos el caso de Bolivia, la famosa ñrevolución agraria, productiva y comunitariaò que fue anunciada, todavía está en espera, pero los avances en términos de titularización de la tierra son evidentes, por la presión del movimiento campesino y a pesar de las numerosas tensiones entre los habitantes de las tierras bajas y las regiones andinas. Este proceso de consolidación legal enfatizó el reconocimiento de las tierras comunitarias indígenas. En el gobierno de Evo Morales, de los 106 millones de hectáreas que tiene Bolivia, se titularizaron 32 millones en propiedad colectiva, un gran avance comparado con el periodo anterior. Sin embargo, y aquí es donde radica la contradicción entre el discurso y la práctica: Bolivia es un país en el que el

[67] Cristóbal Kay y Leandro Vergara-Camus Volver (coordinadores), *La cuestión agraria y los gobiernos de izquierda en América Latina Campesinos, agronegocio y neodesarrollismo*, CLACSO, Buenos Aires, 2018.

87% de las tierras cultivables está en manos del 7% de los grandes propietarios. Además, en julio de 2013, el gobierno boliviano firmó un acuerdo con empresarios agroindustriales de Santa Cruz en el cual se comprometió a aumentar el área cultivable en un millón de hectáreas por año hasta 2025, el año del bicentenario de Bolivia. En la línea neodesarrollista y de un nuevo pacto social que el nuevo ñevismoò hizo con los sectores dominantes, el agro-productivismo y el cultivo de los OGM en las regiones bajas fueron favorecidos, en nombre de la soberanía alimentaria. Eso sucede mientras se consolidaba la pequeña agricultura familiar en los Andes y en las tierras comunitarias ya existentes. Pero esta dualidad es muy desigual: la soja de Santa Cruz representó el 66% del total de las hectáreas cultivables del país. Como señaló el director de la ONG Tierra, ñEn realidad, el gobierno oscila entre un discurso a favor de la reforma agraria distributiva y una política económica a favor de la acumulación capitalistaò.[68] Es la razón por la que el ex vice-ministro de Tierras, Alejandro Almaraz, denunció el fortalecimiento de una agricultura productivista destinada a la exportación.

El segundo tema esencial es el control de las materias primas y de los bienes comunes naturales (petróleo, gas, minerales, y más aún, agua y biodiversidad). En ese ámbito, las políticas venezolanas y bolivianas fueron más osadas que las de sus vecinos, aunque sin dejar de cumplir con las reglas del mercado y con políticas bastante moderadas si las comparamos con las nacionalizaciones (sin indemnización) que, por ejemplo, practicó Allende en 1971 con el cobre, ñel sueldo de Chileò. Sin embargo, mientras la ñsocialistaò Bachelet, en sus dos mandatos, favoreció con sus políticas públicas el desarrollo de concesiones mineras a los grandes grupos privados (incluso con respecto a un mineral considerado estratégico como el litio), Evo Morales les impuso a las trasnacionales que se convirtieran en ñsociasò, y ya no en ñdueñasò de Bolivia, con un impuesto del 50 a 70% de sus ganancias en la extracción del gas y hidrocarburos. En el mismo sentido Chávez recuperó el control de PDVSA (Petróleos de Venezuela S.A.), la gigante petrolera (pública desde 1975), para convertirla en un actor clave de la política social, en salud y en educación, multiplicando los acuerdos con empresas extranjeras de varios países para

[68] Virginie Poyetton, ñBolivie: Une réforme agraire mi-figue mi-sojaò, *Tierra.org* La Paz, 13 de octubre de 2014; ver también: Bruno Fornillo, ñ¿Existe una reforma agraria en la Bolivia del Movimiento al Socialismo?ò, *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 42, Quito, Ecuador, enero 2012, pp. 153-166.

diversificar su origen (China, Rusia, Europa, etc.). Esta recuperación también pasó por el despido (la ñpurgaò) de miles de empleados y ejecutivos de la empresa que habían participado en el *lock out* petrolero de 2003, una medida que desorganizó por mucho tiempo a la empresa energética. En varios casos, los gobiernos tuvieron que llegar a acuerdos con las multinacionales para acceder a sus capacidades tecnológicas y de capital o redes de distribución muy necesarias para acceder a capital fresco y desarrollar las políticas sociales prometidas. En otros casos, los presidentes le abrieron las puertas al capital extranjero con el entusiasmo de un converso, a través de deducciones fiscales, concesiones y con facilidades de todo tipo.

Mencionemos, por último, la cuestión de la ñdemocracia participativaò, los derechos de pueblos originarios y la descolonización de regímenes oligárquicos ñblancosò. Podemos constatar, efectivamente, un nuevo ñcolor del poderò en la región, con innovaciones democráticas en la materia, ya sea en el plano institucional, simbólico o del Estado social. Los países que experimentaron crisis políticas reales fueron los mismos que se vieron inmersos en batallas por realizar, y llevar a buen puerto, Asambleas Constituyentes innovadoras, que permitieran la creación de Estados ñplurinacionalesò, que suponían el nacimiento de un nuevo modelo estatal con objetivos decoloniales (al menos simbólicamente), que incluían la diversidad de los pueblos-nacionales autóctonos en el seno de la república, y también el reconocimiento de sus derechos consagrados en la nueva *Carta Magna*. Entre otros: el derecho a la consulta previa de las comunidades originarias ante cualquier proyecto en sus territorios históricos, derecho a la autonomía y la descentralización de los poderes, respeto de las costumbres indígenas incluso en el caso de la justicia (aunque con algunos límites) y el establecimiento de sus lenguas como oficiales (junto con el castellano). Esta plurinacionalidad se articuló con otras creaciones jurídicas en términos de la democracia participativa en constituciones que fueron aprobadas en referéndum y elaboradas después de largos debates, con una participación de los movimientos populares (aunque muy controlados por los partidos oficiales) y con fuertes enfrentamientos con las fuerzas conservadoras. Las nuevas constituciones se aprobaron en Venezuela (1999), en Ecuador (2008) y en Bolivia (2009).[69] En los tres países se instaló o reforzó

[69] Sobre Bolivia ver: Salvador Schavelzon, *El nacimiento del Estado plurinacional. Etnografía de una Asamblea Constituyente*, Plural/CLACSO/CEJIS, La Paz, 2012.

en el sistema político el referéndum revocatorio de las autoridades,[70] junto con la idea de un modelo de economía mixta, que combinaba la propiedad privada capitalista con la estatal, y también con la ñsocialò (cooperativa y/o comunitaria). Además, se incorporó una nueva generación de derechos, particularmente con la noción de derechos de la naturaleza y con el buen vivir (*Sumak Kawsay* en quechua), entendido como el establecimiento necesario de nuevas interacciones entre todos los seres vivos dentro de la biósfera y, en teoría, como un desafío radical a las nociones tradicionales de progreso y desarrollo (incluso el concepto de ñBiosocialismoò fue propuesto en Ecuador por el ministro René Ramírez).[71]

La ñRevolución Bolivarianaò fue la que más acentuó la ñdemocracia protagónicaò y el ñpoder popularò, en particular tras la victoria de Chávez en el referéndum revocatorio de 2004, su reelección en 2006 y en 2012. A diferencia del PT en Brasil que tuvo que aliarse con la centro derecha para tener mayorías parlamentarias (en un Congreso históricamente muy fragmentado), el líder bolivariano gozó del control absoluto del parlamento entre 2005 y 2010, y de una legitimidad política confirmada en las urnas, en múltiples ocasiones. Por eso impulsó sus propuestas de un ñsocialismo del siglo XXIò (inspiradas, durante un tiempo, en el controvertido intelectual Heinz Dietrich), que sin embargo fue un lastre en el referéndum constitucional ñsocialistaò de 2007, cuando Chávez trataba de desarrollar su ñdemocracia comunalò y perdió (por poco) esa contienda electoral. En esos años, la participación popular pasó, en primer lugar, por la creación de miles de ñconsejos comunalesò, que reagrupan entre 200 y 400 familias en los espacios urbanos (menos en el campo) y encarnan la voluntad del poder central de ñpermitir al pueblo organizarse para ejercer directamente la gestión de las políticas públicasò (Ley de Consejos Comunales, 2006). Los consejos se volvieron también una vitrina política internacional para el chavismo: pueden administrar un presupuesto de varios miles de dólares, asignado por ñcomisiones presidencialesò para establecer varios proyectos comunitarios (carreteras, salud, cultura, seguridad, servicios locales, etc.), discutidos, votados

[70] En el caso de Ecuador, existía desde 1998, pero la novedad en la nueva Constitución fue la flexibilización de los requisitos para poder activar dicho mecanismo participativo.

[71] Matthieu Le Quang, ñLe Bien Vivre, une alternative au développement en Equateur?ò <*Journal du MAUSS.net*>, Paris, 4 de octubre 2016.

y ï normalmenteï controlados en asamblea barrial. Según varios autores, con esa innovación estábamos presenciando una original ñradicalización de la democraciaò y experiencias locales del poder popular en acción.[72] Sin embargo, los consejos permanecieron prisioneros de una dinámica que osciló entre la política de participación territorial original, fundada en la autoorganización parcial y una fuerte subordinación vertical hacía el poder presidencial, que controla *in fine* el financiamiento, la delimitación de los consejos y su sobrevivencia en la actualidad. El poder popular proclamado aquí ñen efecto, se enfrentaba a la inercia de la organización y el funcionamiento del aparato estatal que buscaba mantener el viejo modelo de gestión pública reproduciendo las viejas prácticas clientelistas y tecnocráticasò.[73] En ese sentido, como señala la historiadora Margarita López Maya, los consejos comunales, bajo un manto de democracia directa, también fueron una forma para que el chavismo centralizara el poder en Miraflores (el palacio presidencial), sin tener que depender y consensuar con los ñcuerpos intermediosò (alcaldías, sindicatos, etc.). A medida que la crisis económica y alimentaria se extendió fueron desactivados por el gobierno de Maduro, y substituidos ï òdesde arribaò y con el control cívico-militarï por los organismos de suministro y urgencia alimenticia como lo son los CLAP (Comités Locales de Abastecimiento y Producción).[74]

Globalmente, ese difícil y complejo vínculo o articulación entre los movimientos populares, partidos, Estado y gobiernos progresistas es una clave de la ñgramática política movimentistaò del periodo, donde se discutieron la dicotomía entre lo social y lo político, nuevas formas de mediación entre la sociedad civil y regímenes políticos, como también las formas de participación, los mecanismos de representación y los dispositivos de legitimación que conforman una comunidad política.[75] Pero se trata de una participación

[72] *Cfr.:* George Ciccariello Maher, *Building the Commune. Radical Democracy in Venezuela*, Verso, London, 2016 y Dario Azzellini, *Communes and Workersô Control in Venezuela. Building 21st Century Socialism from Below*, Haymarket, Chicago, 2018.

[73] Citado por Mathieu Uhel en: ñLa démocratie participative entre subordination et autonomisation politique. Les Conseils communaux à Maracaibo (Venezuela)ò, *Cahiers des Amériques latines*, Paris, 26 de diciembre de 2013.

[74] Margarita López Maya, *El ocaso del chavismo. Venezuela 2005-2015*, Editorial Alfa, Caracas, 2015 y ñSocialismo y comunas en Venezuelaò, *Nueva Sociedad*, núm. 274, marzo - abril 2018.

[75] Siguiendo a Ana Natalucci, una ñgramática políticaò define las pautas de ñinteracción

subordinada al poder estatal y el periodo es marcado por un momento de institucionalización relativa e inestable de muchos movimientos y, a menudo, de cooptación y burocratización de una parte significativa de líderes sociales. En Bolivia, el gobierno, bajo el impulso del vice-presidente y sociólogo García Linera, se proclamó el ñgobierno de los movimientos socialesò. Y si observamos la composición de los ministerios, se veían efectivamente muchos líderes sindicales o campesinos indígenas: una revolución política y etno-social inimaginable sólo dos décadas antes, lo que explica el sentimiento de despojo de la oligarquía blanca tradicional, acostumbrada a controlar el aparato estatal a su gusto desde la independencia. La base del gobierno está formada por campesinos indígenas, los cocaleros, colonos rurales y también por cooperativistas mineros y algunos sindicatos obreros (principalmente por los petroleros), aunque las relaciones con la COB han sido más complejas y tensas. Movimientos como el CONAMAQ (Consejo Nacional de Ayllus y Markas del Qullasuyu), organización de los indígenas de las tierras altas y también la Confederación de Indígenas de Bolivia fueron esenciales para explicar la promulgación de la Constitución en 2009. Sin embargo, estas organizaciones fueron volviéndose poco a poco más críticas del modelo económico del MAS y se vieron progresivamente marginalizadas e incluso señaladas por el poder como adversarios y traidores. Este creó en 2007, la Coordinación Nacional por el Cambio (CONALCAM) para coordinar los lazos políticos entre el ejecutivo y los movimientos populares que apoyaban la acción del MAS, algunos autores la describieron como el ñbrazo sindical del partido en el poderò. Y es el propio Evo Morales quien preside esta organización, siendo reelecto continuamente como dirigente de la Coordinación de las seis federaciones de productores cocaleros del Trópico de Cochabamba, función que acumulaba con la de presidente de la República, mostrando bien la transposición de roles.[76]

intersubjetivas ï ligando espacio y tiempoï como las combinaciones de acciones y recursos (de actitudes o autoridad) para coordinar, articular e impulsar intervenciones públicas, dirigidas a cuestionar, transformar o ratificar el orden Socialò. La ñgramática movimentistaò correspondería, según la socióloga argentina, a un ñnuevo *ethos* participativoò y a una articulación entre movimientos, partidos y Estado. Natalucci distingue gramática ñmovimentistaò de las gramáticas ñautonomistaò y ñclasistaò, que son desplazadas o negadas por las lógicas populistas y nacional-populares. *Cfr.:* Ana Natalucci, *Los dilemas políticos de los movimientos sociales (Argentina, 2001-2010)*, serie Documentos de Trabajo del Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca, España, 2012.

[76] Roxana Liendo, ñBolivie. Vivir bien, Evisme et Mouvements sociauxò en Bernard

Esta mezcla de cooptación, retribución simbólica y material, e institucionalización de los movimientos estuvo presente en todas las experiencias progresistas, en diversos grados y siguiendo varias lógicas de ida y vuelta, cálculos individuales o colectivos y varias zonas ñgrisesò e intermedias.[77] Esto se realizó a cambio de una mayor y real influencia de los movimientos en la orientación de las políticas públicas y el acceso de sus cuadros y militantes a las prebendas del Estado, a diferentes fondos y puestos como asesores de ministros, parlamentarios y otros. Para los dirigentes sindicales o sociales, este nuevo poder institucional encarna una conquista que los movimientos deberían preservar. Pero esto también tiene efectos en términos de desmovilización, control social y la multiplicación de casos de corrupción, que han ido en *crescendo* en el curso de la década. Si nos mantenemos enfocados en el caso boliviano, mencionemos la gestión del Fondo de Desarrollo Indígena y Campesino (administrado por organizaciones sociales), resultante del impuesto a los hidrocarburos, y del cual 15 millones de dólares habrían desaparecido.[78] El problema de la corrupción, la malversación de fondos y la patrimonialización del Estado es aún más descomunal y un tema central para explicar la desafección de fracciones cada vez más grandes del ñchavismo popularò en Venezuela hacia sus líderes durante los últimos años de Chávez y aún más bajo Maduro. Lo mismo durante los gobiernos del PT en Brasil o con Cristina Kirchner en Argentina, problemas a los que volveremos en el siguiente párrafo. La tensión autonomía-cooptación-integración también se vio acompañada de una marginación-neutralización o incluso represión, para las organizaciones que no se alineaban con la agenda del progresismo. Lo vemos claramente en la división del movimiento *piquetero* en Argentina, cuya ala ñautonomistaò y radical fue aislada por el kirchnerismo gracias a un uso específico de los planes sociales y una restricción permanente de sus acciones a escala local. En cambio, un líder *piquetero* como Luís DôElía se convirtió en subsecretario de Vivienda Social durante el primer gobierno de Kirchner, mientras tanto era utilizado como ñtropa de choqueò al servicio del

Duterme, *Etat des résistances dans le Sud ï Amérique Latine*, Editions Syllepse/Centre Tricontinental, vol. XXIV, núm. 4, Paris, 2017, pp. 31-39.

[77] Jeffery Webber, *The Last Day of Oppression, and the First Day of the Same: The Politics and Economics of the New Latin American Left*, Haymarket, Chicago, 2017.

[78] Roxana Liendo, ñBolivie. Vivir bien. Evisme et Mouvements sociauxò, *op. cit.*

gobierno, en la calle, en contra de las disidencias. Desde 2009, Dõ Elía pareció distanciarse de Cristina K. en lo que él llamó ñmalos tratosò de ella hacia el movimiento popular, y finalmente fue apartado del ñFrente de la Victoriaò durante las campañas electorales de 2016-2017. El movimiento de los Derechos Humanos experimentó los mismos dilemas, comenzando por las ñMadres de la Plaza de Mayoò, del cual una parte apoyó a brazos abiertos la política de los K de poner fin a la impunidad para los torturadores de la dictadura (después de años de luchas de las familias de las víctimas), mientras que otra parte conservó su independencia frente al justicialismo, generando una división del movimiento en dos tendencias (Hebe de Bonafini, fundadora legendaria del movimiento de las ñMadres de la Plaza de Mayoò y ferviente kirchnerista fue acusada por financiamiento ilícito de las campañas del partido Justicialista y malversación de fondos públicos).

El movimiento sindical obrero también experimentó este mismo tipo de problemas durante la época dorada del progresismo.[79] Así, en Brasil, la CUT fue una de las principales causantes del auge del PT y de sus victorias electorales: a cambio, muchos de sus dirigentes fueron integrados al aparato del Estado, empujando así a la central a la moderación, y creando una creciente incomodidad entre los activistas de base movilizados, algunos de los cuales recurrieron a centrales autónomas y radicales como la Central Sindical y Popular (CSP-CONLUTAS) o *Intersindical*. En Argentina, las confederaciones sindicales inicialmente brindaron un apoyo entusiasta a Néstor Kirchner, pero, durante el primer mandato de Cristina Fernández de Kirchner, la CGT y la CTA tuvieron escisiones entre fracciones favorables y opositoras al gobierno, mientras que un líder sindical peronista como Hugo Moyano combinó la integración burocrática y la crítica en los medios contra el justicialismo.[80] Como bien lo anota la socióloga Ana Natalucci, el movimiento sindical bajo el kirchnerismo se encontró fuertemente tensionado por el dilema entre tendencia al corporativismo, favorecido por conquistas laborales sectoriales y politización desde abajo:

[79] *Cfr.:* Franck Gaudichaud y Thomas Posado (coordinadores), Dossier ñSyndicalismes et gouvernements progressistesò, *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 86, Paris, 2017.

[80] *Cfr.:* Ana Natalucci, ñEl modelo sindical debatido por el sindicalismo peronista: tópicos y límites (Argentina, 2009-2015)ò en *Revista PolHis*, Programa Interuniversitario de Historia Política, año 8, núm. 16, Buenos Aires, pp. 95-123. Las diferentes CGT decidieron reunificarse en agosto del 2016, con una dirección colegiada que ahora encabeza a la histórica confederación.

> el gobierno incentivó un proceso de revitalización acotado y orientado a la restitución del poder de negociación corporativo en el marco de su estrategia neodesarrollista. Sin embargo, aquel despertó expectativas en algunos nucleamientos sindicales (como la Corriente Nacional del Sindicalismo Peronista y la Juventud Sindical) que pensaron posible recuperar su estatuto de sujeto político, produciéndose una tensión entre lo corporativo y lo político.[81]

No obstante, el Kirchnerismo hizo todo lo posible para contener ese ñdespertarò político y mantener el sindicalismo como actor integrado, dividido y subordinado a su estrategia ñpopulistaò.

En Venezuela, la UNT (Un Nuevo Tiempo) implosionó en torno al clivaje de autonomía *versus* dependencia frente al gobierno bolivariano, oscilando entre reivindicaciones económicas corporativas y prioridad a la defensa del proceso político. Incluso, el poder chavista creó una nueva confederación, la Central Bolivariana Socialista de Trabajadores y Trabajadoras de la Ciudad, el Campo y la Pesca (CBST-CCP): ñuna central político-sindical para realizar la continuidad entre el alto gobierno y la clase obreraò, según Wills Rangel, presidente de la CBST-CCP (agosto de 2013).[82] En Ecuador, Correa promovió una Central Unitaria de Trabajadores de Ecuador frente a la coordinación de centrales sindicales históricas, el Frente Unitario de Trabajadores (FUT), que se movilizó en contra de las políticas del gobierno. Así, los gobiernos crearon organizaciones sindicales paralelas *ad hoc* y dividieron las organizaciones de los trabajadores dependiendo de su adhesión o no a las decisiones de los gobiernos. Encontramos las mismas características en Nicaragua, donde se impuso la heteronomía del campo sindical, con el control del Frente Nacional de los Trabajadores por el Orteguismo y sindicatos fueron puestos al servicio de una alianza de clases impulsada por el gobierno:

> Desde el regreso al poder de Daniel Ortega, la recomposición del rol protector e integrador del Estado se tradujo en políticas inclusivas para los trabajadores. Imbricado con las estructuras partidarias del Estado y con el aparato institucional del Estado, el sindicalismo participó activamente en la revalorización

[81] Ana Natalucci, ñCorporativismo y política: dilemas del movimiento obrero durante el kirchnerismoò en *Revista Población & Sociedad*, Instituto Superior de Estudios Sociales, vol. 22, núm. 2, Buenos Aires, 2015, pp. 5-25.

[82] Thomas Posado, ñRenouvellement et institutionnalisation des centrales syndicales au Venezuela sous Chávez (2001-2011)ò <*revue IdeAs*>, núm. 10, Vanves, 15 de junio del 2015.

> bianual del salario mínimo y en la protección social de los trabajadores. Pero es un sindicalismo que cubre un repertorio de funciones para acompañar políticamente al modelo económico en vigor a través de un pacto Estado/sindicato/empresarios.[83]

Pero, desde los años 2007-2008, con las críticas al modelo extractivista y productivista (ver el capítulo 2 sobre economía política de esta obra), se comenzaron a reorganizar algunas fracciones de los movimientos indígenas y de los movimientos socio-ambientales, marcando las primeras grandes rupturas entre, por una parte, la visión hegemónica neo-desarrollista progresista o de populismo de izquierda (basada en la exportación de minerales, hidrocarburos y productos derivados de los agronegocios) y, por la otra, las reivindicaciones (minoritarias) de un postneoliberalismo que sería igualmente post-extractivista, incluso anticapitalista, respetuoso de los ecosistemas y de los derechos indígenas.[84] Basándose en las cifras de la CEPAL, Maristella Svampa contó 226 conflictos, entre 2010 y 2012, en América Latina en contra de megaproyectos extractivos y de luchas por el respeto al medio ambiente y de las tierras indígenas, luchas que fueron reprimidas por el Estado o por actores privados, y que aceleraron el divorcio entre los movimientos y los gobiernos.[85] Una constante, muy bien documentada por organismos no gubernamentales como el OLCA (Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales) en Chile, el OEP (Observatorio de Ecología Política) de Venezuela o el OCRN (Observatorio de Conflictos por los Recursos Naturales) en Argentina.[86] En muchos casos, el derecho a la consulta previa y pública de las comunidades locales fue violado o manipulado; en otras situaciones, autoridades locales o territoriales enteras fueron cooptadas y puestas al servicio de los megaproyectos a cambio de algún financiamiento, servicios para las comunidades, la promesa de trabajos y el pago de prebendas. Los dirigentes de movimientos sociales, indígenas o

[83] Julien Dufrier, ñLe syndicalisme au Nicaragua depuis le retour du *Frente Sandinista de Liberación Nacional* (2007-2016)ò, *Cahiers des Amériques latines*, núm. 86, Paris, 1 de febrero de 2018.

[84] Eduardo Gudynas, ñSi eres tan progresista, ¿por qué destruyes la naturaleza? Neoextractivismo, izquierda y alternativasò, *Ecuador Debate*, núm. 79, Quito, 2010, pp. 61-82.

[85] Maristella Svampa, *Del cambio de época al fin de ciclo*, *op. cit.*

[86] Por ejemplo, consultar página web del Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales, Santiago.

ecologistas fueron criminalizados y denunciados públicamente por oponerse a esa lógica implacable. Este divorcio fue muy claro en las relaciones que se instalaron entre buena parte de la dirección nacional de la CONAIE y el presidente Correa, quien, en diciembre de 2007, declaró en la televisión nacional: ñno crean a los ambientalistas románticos, todo el que se opone al desarrollo del país es un terroristaò. En Chile, la legislación antiterrorista ï herencia de la dictadura de Pinochetï fue aplicada por la socialista Bachelet, en contra de las luchas de los Mapuche, a pesar de las huelgas de hambre de varios prisioneros políticos y militantes indígenas asesinados por los Carabineros en los últimos años. El hecho de que la Corte Interamericana de Derechos Humanos haya denunciado reiteradamente el derecho a un juicio justo para aquellos que continúan reclamando la devolución de sus tierras usurpadas y denuncian al Estado chileno como racista y colonial no pareció perturbar al gobierno de centro-izquierda, que continuó ï mal que bienï defendiendo los intereses de las grandes empresas forestales contra el pueblo Mapuche.[87] En Bolivia y en Ecuador, organizaciones ecologistas de renombre, reconocidas por su experiencia en el plano internacional y cercanas a las organizaciones indígenas, son objeto de enjuiciamiento e incluso fueron prohibidas, mientras que García Linera buscó desacreditarlas metiéndolas en el mismo saco que las ONG financiadas por las grandes potencias ñal servicio de un imperialismo verdeò que quieren transformar el Sur en ñguardiaparquesò del Norte.[88] Una deriva que empeoró a partir de 2013 (volveremos sobre esto más adelante). Pero los conflictos socio-territoriales con las minas, la fracturación hidráulica o alrededor de grandes represas (como en Belo Monte en Brasil o con el proyecto del canal en Nicaragua) se multiplicaron a medida que afloraban los límites en los equilibrios precarios del capitalismo de Estado y del neodesarrollismo.

El objetivo declarado de varios líderes progresistas, cuando llegaron al gobierno, era restaurar el papel social del Estado, mientras se modernizaba al capitalismo, gracias en particular al alza de la renta de las materias primas: se invocó el capitalismo ñandino-amazónicoò (García Linera), el capitalismo

[87] Leer especialmente: Fernando Pairican, *Malón. La rebelión del movimiento mapuche 1990-2013*, Pehuén Editores, Santiago, 2014.

[88] Alvaro García Linera, *El Oenegismo, enfermedad infantil del derechismo. (O como la reconducción del proceso de cambio es la restauración neoliberal)*, Vicepresidencia del Estado, Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional, La Paz, 2011.

ñen serioò (Néstor Kirchner) o considerado el capital como ñherramienta de prosperidad económicaò (Pepe Mujica). Empero, estas diversas fórmulas reformistas entraron en crisis a partir del 2012 bajo el martilleo de la gran crisis mundial, de la caída brusca en el precio de las materias primas y de la reorganización de las derechas neoliberales con el apoyo de Washington.

Los progresismos en su laberinto: derivas autoritarias, crisis de la ñRevolución Bolivarianaò, regreso de las derechas neoliberales y nuevas dinámicas de las luchas (2013-2018)

El continente entró en un nuevo periodo político debido a diversos acontecimientos: la muerte de Hugo Chávez en marzo de 2013 (quien fue sustituido por Nicolás Maduro); la derrota del kirchnerismo en la elección presidencial de Argentina en noviembre de 2015 un mes más tarde; la victoria de la oposición en las elecciones legislativas de Venezuela, y el golpe de Estado institucional contra la presidenta Dilma Rousseff en Brasil en agosto del 2016, seguida por la derrota del PT en las elecciones municipales de octubre y finalmente la derrota de Evo en el referéndum sobre su posible reelección en Bolivia (febrero del 2016). Este reflujo corresponde a la época de caída de los precios de los *commodities* y de crisis (más o menos aguda) del modelo económico extractivista ñredistribuidorò de los progresismos, que se vio profundamente impactado por la coyuntura mundial. El impacto fue aún mayor por la ausencia de una transformación de fondo en las relaciones sociales de producción y de distribución, mientras el poder económico y mediático de las clases dominantes se mantuvo, en gran medida, intacto e incluso se fortaleció en varios ámbitos, en particular en el sector financiero y agroextractivo. No obstante, como lo veremos, la situación económica mundial no puede terminar de explicar el conjunto de factores que condujeron al ñfin del ciclòò progresista, al contrario es necesario considerar temporalidades y procesos muy fragmentados y diferentes según los países: golpe parlamentario y llegada de la extrema-derecha en Brasil, giro conservador *sui generis* en Ecuador, colapso acelerado y amenaza imperialista en Venezuela, relativa estabilidad ñnacional popular modernizadoraò en Bolivia, deriva represiva en Nicaragua, consolidación social-liberal en Uruguay. Una demostración de este periodo turbulento y variado para América Latina es que países que habían quedado fuera de la ola progresista de los años dos mil conocen inflexiones más

recientes. Es el caso de Colombia con el crecimiento notable de la centro-izquierda en torno a la candidatura presidencial de Gustavo Petro en 2018. Y, sobre todo, con la elección de Manuel López Obrador en México en julio 2018: un triunfo histórico del candidato de la coalición ñJuntos haremos historiaò pues es la primera vez que gana la presidencia de los Estados Unidos Mexicanos un candidato de izquierda (moderada).

A grandes rasgos, se puede afirmar que ï en general- el gran capital se vio beneficiado durante el periodo del progresismo. Así, por ejemplo, en Ecuador, en 2006, con un PIB de $ 46.8 mil millones de dólares, las 300 empresas más grandes del país concentraban el 43.6% del PIB; mientras que, en 2012, representaban el 46.4%, al mismo tiempo en que la riqueza nacional casi se había duplicado, confirmando hasta qué punto las clases dominantes se vieron beneficiadas por la gestión neodesarrollista.[89] Podríamos mostrar las mismas cifras para la mayor parte de los países involucrados. El momento de reflujo o de ñfin de cicloò postneoliberal llega, de hecho, para confirmar cuántas de estas fuerzas políticas en lugar de preocuparse por la implementación de las estrategias poscapitalistas organizaron ï con sus diversos repertoriosï una cohabitación con el gran capital y las fracciones más dinámicas de la burguesía, al mismo tiempo que promovían una redefinición del papel del Estado, favoreciendo la democratización del consumo popular con servicios sociales básicos, programas asistenciales y auge del mercado interno.

Esta proximidad y el nivel del ñpactoò con una o más fracciones de las clases hegemónicas variaron en el tiempo y según los países (basta comparar los enfrentamientos regulares de Chávez con parte de la oligarquía de su país y con los Estados Unidos, con la gestión neoliberal globalizadora de Michele Bachelet en Chile para resaltar esas diferencias). Pero podemos constatar un fenómeno en común: una separación cada vez mayor del partido o partidos presidenciales del resto de la sociedad, en un proceso clásico de *oligarquización* estudiado en sus tiempos por Robert Michels a propósito de la social-democracia europea[90] y el nacimiento de una ñtecnoburocraciaò cada vez más

[89] Decío Machado, ñEl progresismo latinoamericano en su laberintoò en Eduardo Gudynas, *et al.*, *Rescatar la esperanza. Más allá del neoliberalismo y el progresismo*, Entrepueblos, Barcelona, 2016, p. 106.

[90] Robert Michels, *Les partis politiques, essai sur les tendances oligarchiques des démocraties*, Flammarion/Bibliothèque de philosophie scientifique, Paris, 1914.

asimilada a los diversos círculos del poder económico. Esto combinado con un ñhiperpresidencialismoò carismático y una presencia del líder que tiende a imponerse en todos los espacios del poder central por sobre todas las otras formas de toma de decisiones más horizontales o asamblearias. Desde 2005-2007, un comentario bastante difundido era afirmar que si los izquierdistas y los progresistas latinoamericanos (en sus diversas variantes) ganaban el gobierno (por las urnas), aún no habían ganado el poder, todavía en manos de capitalistas, grandes grupos mediáticos, grandes terratenientes, iglesias, etc. Se hablaba de ñgobiernos en disputaò que quedaban por conquistar, y cruzados por tendencias opuestas: por una parte, la búsqueda de militantes a favor de una democratización radical y soberanía popular postneoliberal, por la otra, el peso del ñEstado profundoò y de corrientes políticas oportunistas rápidamente corruptibles.[91] Sin embargo, 20 años después, parece que, al estar a la cabeza del aparato estatal capitalista (incluso reformado por nuevas constituciones) y al considerar todos los problemas a través de un prisma estadocentrado, fue el poder el que gangrenó las acciones, las políticas públicas y la visión del mundo de los progresismos, incluso de las y los militantes honestos que provenían de las izquierdas y del nacionalismo popular anti-imperialista. Así, maquinarias electorales como la del PSUV (Partido Socialista Unificado de Venezuela, creado en 2007) se convirtieron en inmensos aparatos burocráticos autoritarios, con varios millones de miembros, pero gobernado por un puñado de ministros y cercanos al presidente, sin democracia ni debates internos, nombrando a los candidatos locales para las urnas ña dedoò y despidiendo a cualquier disidente crítico del chavismo: un militante como Gonzalo Gómez de la organización ñMarea Socialistaò pagó los costos en varias ocasiones de esta situación, hasta que finalmente rompió en definitiva con el gobierno de Maduro y lo denunció incluso como contra-revolucionario. Ahora toda una serie de ex-ministros e incluso generales retirados camaradas de Chávez, son muy críticos con el *madurismo* y tratados como parias, y hasta detenidos como sospechosos de colusión con ñel enemigoò.

Esta nueva élite progresista continental produjo una casta *sui generis*, incluso nuevas fracciones de las clases dominantes, a veces en conflicto con

[91] Eric Toussaint, *El Banco del Sur y nueva crisis internacional*, Abya-Yala/UPS, Quito, 2008, y Eric Toussaint, ñVenezuela, Equateur et Bolivie: la roue de lôhistoire en marcheò <*CADTM.org*>, Bélgica, 2 de noviembre 2009.

otros sectores ñhistóricosò de la burguesía. En Venezuela, este proceso fue denunciado, en parte, por el propio Hugo Chávez antes de su fallecimiento, aunque haya sido corresponsable de este proceso como principal dirigente, en su autocrítica pública y particularmente con su texto *El golpe de timón* de octubre del 2012 donde el *Comandante* abogaba por la profundización de la Revolución Bolivariana en torno al ñEstado Comunalò y denunció el alcance de la corrupción y prevaricación económica. En realidad, una verdadera ñBoliburguesíaò (ñlumpenburguesíaò para otros) ha colonizado el Estado y se beneficia del control de los ingresos petroleros como también de las numerosas actividades auxiliares en torno a la industria del hidrocarburo, del acero, o a través del control burocrático de las divisas extranjeras desde el 2003. Analistas marxistas como Manuel Sutherland o Michael Roberts, el antiguo ministro de industrias Víctor Álvarez (y muchos otros), han demostrado una y otra vez cómo cientos de millones de dólares fueron ñcapturadosò y privatizados por una minoría burocrático-militar, pero también por sus aliados, los nuevos empresarios bolivarianos, junto con militares y funcionarios de alto rango. Este fenómeno regresivo también estuvo acompañado por una gigantesca fuga de capitales, evaluada por el exministro de Planificación y Finanzas de Chávez, Jorge Giordani, en más de $300 mil millones desde 2003 (¡equivalente a un año del PIB del país!), beneficiando directamente a muchos empresarios que eligieron el enriquecimiento fácil basado en la sobrevaloración del bolívar, la posibilidad de defraudar los controles de divisas y el Sistema de Transacción de valores en Monedas Extranjeras (SITME), a escala industrial al momento de declarar importaciones.[92] Los múltiples casos de corrupción relacionados se han incrementado bajo Maduro (pero existían desde antes), a medida que la deuda externa explota, el precio del petróleo cae en picada y la oposición de la Mesa de Unidad Democrática (MUD) busca desestabilizar violentamente al gobierno en la calle:

> Maduro favoreció principalmente a las fuerzas armadas (o al menos a sus cuadros) que tomaron posesión de empresas en todos los sectores de la economía: los transportes, la energía, las telecomunicaciones, los fondos de inversión, los bancos, etc. A esta política se agregó la creación de Zonas Económicas Especiales por

[92] Manuel Sutherland incluso señala la cifra de 700 mil millones de dólares. *Cfr.:* Aporrea, ñEconomista Manuel Sutherland: El control cambiario propició pérdida de $700 mil millonesò <*Aporrea.org*>, Venezuela, 5 de febrero de 2018.

> parte de Maduro en noviembre de 2014, que permite a las empresas incluidas, y en particular a las controladas por los miembros del régimen y a las que tienen acuerdos con ellos, en particular las corporaciones multinacionales, abstenerse de respetar los derechos sociales y ambientales, así como los de los pueblos indígenas, en nombre de los mejores intereses de la nación. Para participar más activamente en este rubro de los recursos naturales, el Estado mayor de las fuerzas armadas creó, en febrero del 2016, la Compañía Anónima Militar de Industrias Mineras, Petrolíferas y de Gas que podía acceder directamente a las zonas para explotar los recursos.[93]

Esta política se inscribe dentro de la fundación del ñArco Minero del Orinocoò, un vasto proyecto en el sur del país, en tierras en partes protegidas debido a la gran biodiversidad y donde viven comunidades indígenas, pero que también es rico en oro, diamantes, hierro, bauxita y otros minerales (además de la lutita bituminosa). La iniciativa, inaugurada en 2011 por el presidente Chávez estaba oficialmente destinada a ñmeter en ordenò una región en la que convivían miles de pequeñas explotaciones mineras muy pujantes, junto con mafias y contrabandistas. Finalmente, se trata de una ñZona de Desarrollo Estratégico Nacionalò, basada en una vasta concesión que, en última instancia, debería afectar al 12% del territorio nacional (¡un área igual a la de Cuba!). Los acuerdos de explotación firmados entre decenas de multinacionales (especialmente de China y Rusia), empresas controladas por los militares y la boliburguesía se supone que ayudarían a salir de la descomposición económica que el país ha estado viviendo desde el 2013 y a sortear la brutalidad del cerco financiero y mediático internacional, orquestado por los EEUU (tema desarrollado en el capítulo dos).

Estas nuevas castas en el poder también han sido descritas en los otros países. Huascar Salazar Lohman muestra la reconstitución del capitalismo de Estado y nuevas formas de dominación a través del MAS en Bolivia, contra las fuerzas comunitarias antineoliberales.[94] Una nueva élite nació y favoreció el surgimiento paralelo de burguesías comerciantes indígenas (aymaras particularmente) y de pequeños patrones mineros cooperativistas, estos últimos

[93] Patrick Guillaudat, ñVers un thermidor au Venezuela?ò, *ContreTemps.eu* Paris,16 de enero 2018.

[94] Huáscar Salazar Lohman, *Se han adueñado del proceso de lucha: horizontes comunitario-populares en tensión y la reconstitución de la dominación en la Bolivia del MAS*, Cochabamba, Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos, 2015.

llegando a morder la mano de quienes habían llevado al poder: durante los disturbios de agosto de 2016 contra la regulación del sector propuesta por el ejecutivo, los mineros cooperativistas golpearon a muerte al viceministro del Interior, Rodolfo Illanes, luego de los asesinatos policiales de dos manifestantes. En lo que respecta a la Nicaragua de Daniel Ortega el panorama parece más cruel: hay una instalación gradual de un verdadero ñrégimen gansterilò en el poder, bajo el control de la pareja presidencial, que controla varios conglomerados empresariales, casi la mitad de los medios y tiene control sobre los tres poderes del Estado. El ñorteguismoò se declara ni de derecha, ni de izquierda; favorable a una ñalianza corporativa gobierno-empresarios-sindicatosò, se abstuvo de denunciar el tratado de libre comercio con los Estados Unidos y propone gobernar con base en una alianza improbable con la iglesia conservadora y los viejos contra-revolucionarios (incluyendo a Edén Pastora).[95] En abril-noviembre del 2018, la represión contra las movilizaciones que se oponían inicialmente a una contra-reforma del sistema de seguridad social en bancarrota ha resultado en centenares de muertos, la mayoría en manos de la policía o de grupos paramilitares de la juventud sandinista: 325 muertos (el régimen reconoce 199), 2,000 heridos, 600 presos políticos, decenas de desaparecidos, 350 médicos despedidos de los hospitales públicos, más de 30,000 exiliados en Costa Rica.[96] Una masividad de la violencia política que era inédita desde la dictadura de Somoza. Los partidarios del orteguismo invocan la mano negra intervencionista de los Estados Unidos y de una ñRevolución de Coloresò para explicar la desestabilización en curso, negando el alcance del autoritarismo represivo interno que está en el poder.

Quizás es en Brasil donde se puede describir la versión más estable de una fusión entre los cuadros dirigentes del PT y de la CUT con ejecutivos financieros. En este caso, el gobernante PT no sólo ha integrado a decenas de miles de cuadros en funciones políticas en el centro del aparato estatal:[97] este partido de sindicalistas también recibió millones de dólares para financiar sus campañas y alimentar sus arcas. En 2010, el PT es el primero de la lista (con $ 15 millones)

[95] Bernard Duterme, *Toujours sandiniste, le Nicaragua?*, Couleur Livres, Bruselas, 2018.

[96] Ernesto Herrera, ñNicaragua La normalización de un régimen gansterilò, *Viento Sur*, Madrid, 5 de enero del 2018.

[97] En Brasil existen más de 80,000 cargos ñpolíticosò de los que 47,000 son directamente nombrados por el poder presidencial.

en donaciones a partidos políticos por parte de empresas constructoras, incluidas ñmultilatinasò como OAS u Odebrecht. Las mismas empresas que se vieron involucradas en gigantescos escándalos de corrupción, donde estuvo también la empresa semi-pública Petrobras, y no solamente en Brasil, sino en toda América Latina, salpicando a más de 10 países[é] Estos escándalos afectaron al PT en varios niveles, en especial en el contexto de la extensa operación ñ*Lava-Jato*ò, hábilmente instrumentalizada por la derecha (cuando en realidad sus dirigentes parecen mucho más involucrados en la corrupción masiva que el mismo PT[é]).[98] El partido de Lula, junto con la CUT, su aliada principal, ha forjado en 20 años de poder, una verdadera casta sindical que co-administra con los empresarios los fondos de pensiones (estatales y privados) de todo el país, en una de las entidades financieras más importantes de América Latina, generando varias decenas de miles de millones de dólares anuales y presentados por el PT como una excelente herramienta para ñcomplementarò las exiguas pensiones de los trabajadores. Algunos autores (Francisco de Oliveira, Joao Bernardo, Luciano Pereira, María Chávez Jardim) que han trabajado el ascenso social de esta cúpula sindical en otras esferas de la sociedad proponen la noción de ñcapitalismo sindicalò o de una nueva ñclase socialò porque las proporciones han sido desmesuradas.[99] Y una de las consecuencias observadas, es que a medida que se producía esta expansión de la élite gobernante, se reforzaba una estructura sindical que dependía cada vez más de los beneficios estatales. Y si la CUT efectivamente ha recurrido más a la huelga en el periodo (2003-2013) que durante el decenio anterior, fue centrando sus demandas en reivindicaciones corporativas, abandonando sus luchas políticas más generales a costa de una moderación creciente impulsada de manera activa por numerosos dirigentes sindicales del PT. Se desdibuja así un modelo ñPT-CUTistaò de integración y desmovilización-despolitización de las luchas de los trabajadores.[100] Un escenario que se ha calificado de ñneoliberalismo per-

[98] André Singer, *Os sentidos do lulismo. Reforma gradual e pacto conservador*, Cia das Letras, São Paulo, 2012, y André Singer e Isabel Loureiro (directores), *As contradições do Lulismo: a que ponto chegamos?*, Boitempo, São Paulo, 2016.

[99] Maria Chavez Jardim, *Entre a solidariedade e o risco: sindicatos e fundos de pensão em tempos de governo Lula*, Annablume, São Paulo, 2009, y el trabajo de síntesis realizado por Raúl Zibechi sobre este tema en *Brasil Potencia. Entre la integración regional y un nuevo imperialismo*, PDTG, Lima, 2013, pp. 61-87.

[100] *Cfr.* Armando Boito y Andréa Galvão (directores), *Política e classes sociais no Brasil*

fectoò,[101] porque combina políticas favorables al capital local y global, tiende a controlar la actividad sindical de la clase trabajadora, mientras se crea una base electoral (o clientelar) muy fuerte en las mismas filas de las principales víctimas del capitalismo. Esto ha sido también descrito con crudeza por exasesores de Lula como André Singer, quien describió, con cierta acidez, un ñpacto conservadorò que recuerda al periodo populista de Getulio Vargas. Eso es un proyecto centrado en la personalización del poder, la conciliación de clases, el nacionalismo y la integración de los sectores populares a través del acceso al consumo de masa. Un proyecto que multiplicó las alianzas con la derecha y se inclinó cada vez más hacia el conservadurismo durante el mandato de Dilma Rousseff, que terminó gobernando con los adversarios de ayer, a saber el PMDB (*Partido do Movimiento Democrático Brasileiro)*, los notables locales y los representantes del sector bancario en torno a una política económica de austeridad y recortes presupuestarios.

En una escala muy diferente, en un país pequeño como Uruguay, Ernesto Herrera también subraya un fenómeno similar, con un Frente Amplio que se convirtió en un defensor entusiasta de la inversión privada, del FMI, y enemigo de la reforma agraria, relegando el problema de la pobreza a un ñproblema personalò y abogando por un Estado punitivo reforzado: Pepe Mujica aparecía entonces como la encarnación jovial de un pensamiento crítico humanista a nivel mundial, mientras ofrecía a la burguesía de su país lo que nunca se había atrevido a soñar.[102] También podríamos dar el ejemplo del segundo mandato de la ñNueva Mayoríaò en Chile. Después de la gran explosión social de 2011 a favor de una educación ñgratuita, pública y de calidadò y en lucha contra la herencia maldita de los ñChicago Boysò de Pinochet, la dirigente socialista Bachelet comenzó por integrar a su programa de campaña promesas de gratuidad en la educación, con una reforma constitucional y una reforma fis-

dos anos 2000, Alameda, São Paulo, 2012; Armando Boito, Andréia Galvão y Paula Marcelino, ñLa nouvelle phase du syndicalisme brésilien (2003-2013)ò, *Cahiers des Amériques latines*, núm. 80, Paris, 21 julio 2016.

[101] Francisco Cunha Lima Cintra y Rémy Herrera, ñDe Lula à Dilma, quel développement pour le Brésil? O menor dos males?ò, *Marché et organisations*, núm. 20, LôHarmattan, 2014, París, pp. 183-205.

[102] Ernesto Herrera, ñUruguay. El cerrojo progresistaò, <*Rebelion.org*>, Madrid, 19 de marzo de 2018. Ver igualmente: Diego Castro, ñCierre del ciclo progresista en Uruguay y América Latina. Balance para relanzar horizontes emancipatoriosò, *LASA*, Lima, 2017.

cal. Y fue con este discurso progresista de cambio que fue capaz de capturar, en parte, la energía liberada por la calle, integrando por primera vez al Partido Comunista a su coalición, manteniendo la alianza con la Democracia-Cristiana y ganándole a la derecha las elecciones presidenciales en 2012. Sin embargo, si hacemos un balance de este gobierno, veremos cómo la ñNueva Mayoríaò de Bachelet fue un *transformismo social-liberal:* gratuidad parcial en la educación superior, mediante un sistema de ñvoucherò para inscripciones en las universidades privadas financiado con dinero público; una reforma mínima a la Constitución enterrando los deseos de una Asamblea Constituyente de millones de ciudadanos; una reforma fiscal indolora para las grandes fortunas del país y las principales trasnacionales, etc. Y si se tomaron algunas medidas importantes, como por ejemplo el derecho al aborto, de inmediato, se redujo su alcance: la interrupción voluntaria del embarazo no sería posible más que en casos extremos (riesgo inminente para la madre, violación o inviabilidad del feto), dejando a médicos e instituciones católicas de salud (que son muchas) el derecho de no aplicarlo por razones de convicción religiosa. Así, las principales fisuras del neoliberalismo chileno, que se habían ido ampliando de manera constante durante algunos años, fueron ñtapadasò una vez más por el progresismo y sus aliados: una casta política profundamente amarrada a la oligarquía empresarial, mediática y financiera del país.[103] Y esto también explica la tasa de abstención récord (que superó el 50% del electorado) en las elecciones nacionales, la emergencia de una fuerza de izquierda antineoliberal encabezada por la nueva generación (con el Frente Amplio) y la victoria presidencial del empresario multimillonario Sebastián Piñera para un segundo mandato. Entre el original y la copia, los electores prefirieron la versión original.

Desde esta perspectiva, el post-neoliberalismo ñprogresistaò aparece a menudo en continuidad con lógicas heredadas del período anterior a pesar de los cambios de figuras políticas y simbólicas. Las trayectorias dependientes (*path dependence*) saltan a la vista en varios campos socioeconómicos: la ideología desarrollista y el extractivismo, el pago de la deuda externa, la desregulación financiera y los cambios desde arriba ñen la medida de lo posibleò, discursos y prácticas que regresaron con fuerza y explican la metamorfosis

[103] Franck Gaudichaud, *Las fisuras del neoliberalismo chileno. Trabajo, crisis de la ñdemocracia tuteladaò y conflictos de clase*, CLACSO, Buenos Aires, 2015.

ñestatalistaò en el discurso de ñintelectuales de palacioò de renombre como García Linera.[104]

Ciertamente, para explicar los reveses, las contradicciones y regresiones, los líderes han argumentado los inmensos obstáculos por superar de sus economías dependientes, el peso de la inercia económica, cultural e institucional, incluso invocaron las ñtensiones creativas de la revolucióònò (García Linera),[105] el poder global de la ofensiva imperialista (sobre todo contra Venezuela), o incluso ï según las palabras de Rafael Correaï la ñtormenta perfectaò que tuvieron que enfrentar algunas naciones. En el caso de Ecuador, se combinaron los factores externos tras la crisis mundial, la fragilidad de una economía dolarizada y la caída en el precio de los hidrocarburos con el violento sismo de abril del 2016 que destruyó parte del país. Sin embargo, las maniobras del ogro imperialista o los caprichos de la economía mundial no pueden ocultar que el reflujo de la hegemonía progresista y los rápidos avances de las derechas se alimentaron también de los retrocesos políticos, de las derivas autoritarias y de la metástasis conservadora de los progresismos. Un debate necesario y muchas veces escamoteado dentro del campo militante que se reclama del ñpopulismo de izquierdaò o del anti-imperialismo ñcampistaò.

No detallaremos aquí la historia del golpe de Estado institucional o parlamentario contra Dilma Rousseff en Brasil, la victoria de la derecha *new-look* de Macri en las elecciones presidenciales argentinas, ni tampoco el crecimiento electoral de la MUD en los barrios populares históricos del chavismo en Caracas. Es cierto que esta ofensiva pretende utilizar todos los espacios que dejaron o abandonaron los progresistas para reconquistar, violenta y/o electoralmente, el poder del Estado. No es que las clases dominantes fueran maltratadas en sus intereses fundamentales durante la edad de oro progresista, como hemos visto, es más bien todo lo contrario. Pero eso no importa: esta oligarquía siempre consideró que la experiencia nacional-popular o de centro-

[104] *Cfr.:* Decio Machado y Raúl Zibechi, *Cambiar el mundo desde arriba. Los límites del progresismo*, Ediciones desde abajo, Bogotá, 2016; o desde un enfoque plural sobre este mismo fenómeno en: Gerardo Szalkowicz y Pablo Solana (compiladores), *América Latina. Huellas y retos del ciclo progresista*, Editorial El perro y la rana, Caracas, 2018.

[105] Para una crítica de la visión de la Revolución de García Linera, un actor esencial de los progresismos en la región: *cfr.:* Salvador Schavelzon, ñTeoría de la revolución en Álvaro García Linera: centralización estatal y elogio de la derrotaò, <*Rebelión.org*>, Madrid, 23 de abril de 2018.

izquierda no era más que un paréntesis, lo más corto posible, y que el Estado republicano es *suyo*, una creatura a su servicio y bajo su control, ya sea en sus formas autoritarias o en las democrático-liberales. Así, el arribo presidencial de diferentes líderes carismáticos populares, viejos sindicalistas, mujeres progresistas o presidentes indígenas y sus adeptos fue visto como una herejía insoportable que tenía que ser, sin importar cómo, terminada. Este ñfin de cicloò con sus golpes de Estado ñlightò, apoyados, más o menos directamente por Washington, se dio primero en los eslabones débiles del progresismo: contra el liberal Zelaya en Honduras en 2009, contra Lugo en Paraguay en 2012, y luego, una vez esas victorias consumadas en un país central de la política mundial como es Brasil. Como ha señalado Michael Löwy, este atentado contra la democracia brasileña que representó la destitución de Rousseff es profundamente reaccionario y surge del pasado más sombrío del país:

> Un *affaire* tragicómico, en el que vimos a unos parlamentarios reaccionarios y notablemente corruptos, deponer a una presidenta democrática electa por 54 millones de brasileños. En nombre de unas ñirregularidades contablesò. Esta alianza estaba compuesta por partidos de la derecha y un bloque parlamentario (no partidario) que fue conocido como ñlas tres Bò: Bala ï diputados ligados a la Policía Militar, los escuadrones de la muerte y otras milicias privadasï Buey ï los grandes terratenientes ganaderosï y Biblia: los neo-pentecostales integristas, homófobos y misóginos. Entre los partidarios más entusiastas de la destitución de Dilma estaba el diputado Jair Bolsonaro, que dedicó su voto a los oficiales de la dictadura militar y especialmente al Coronel Unstra, un famoso torturador, entre cuyas víctimas estuvo la propia Dilma Rousseff.[106]

La judicialización de la política (*lawfare*), encabezada por el juez Moro (y futuro ministro de Bolsonaro), para impedir una nueva candidatura de Lula en 2018 forma parte de este proceso. De nuevo, fueron las alianzas ñcontra naturaò y las decisiones de austeridad presupuestaria del PT las que se volvieron en su propia contra: Michel Temer el presidente de facto interino era, ni más ni menos, el ex-vicepresidente de Dilma.

Para muchos militantes e intelectuales del proceso bolivariano, la ñbatalla de Caracasò, sería, en esta coyuntura, la madre de todas las batallas contra el imperialismo, incluso un verdadero ñStalingradoò (sic) para América Latina

[106] Michael Löwy, ñBrésil. Le coup dõEtatò, <*Mediapart.fr*>, Paris, 14 de mayo 2016.

retomando la expresión poco afortunada del argentino Atilio Borón. Las declaraciones bélicas de la administración Trump, su decisión de aumentar las sanciones financieras,[107] sólo agregaron combustible al fuego, y de hecho tienen consecuencias catastróficas diarias para la economía doméstica bolivariana y los más humildes. En primer lugar, desde 2014, los sectores de oposición ñdurosò, con el apoyo decidido del Pentágono, han desatado una ola de violencia dirigida a derrocar a Maduro, encabezando las *guarimbas* (barricadas y bloqueos) con dirigentes como Leopoldo López y Antonio Ledezma. La estrategia de la *Salida* dejó 43 muertos y más de 800 heridos e hizo recordar de nuevo la responsabilidad de esta radical derecha venezolana en el intento de golpe de 2002. La violencia callejera que se reanudó en 2017, al igual que las sanciones adicionales de Trump, alimentaron un endurecimiento del poder, y una mezcla explosiva de manifestaciones y contra-manifestaciones, represión del Estado contra grupos de choque de la extrema derecha y desfiles armados de ñcolectivosò de chavistas motorizados. Las amenazas de Trump de una posible intervención militar de los Estados Unidos (por lo menos indirecta), apoyado por diferentes actores de la derecha mundial o la actuación diplomática del ñgrupo de países de Limaò, el fracaso de solución negociada en República Dominicana desembocó ï en enero 2019ï en la tentativa de golpe de Juan Guaidó, joven dirigente de ñVoluntad Popularò, presidente de la Asamblea Nacional (inhabilitada por Maduro) y figura de los sectores ñdurosò de la oposición neoliberal, apoyados por el Departamento de Estado. La situación venezolana se volvió efectivamente catastrófica, dramática incluso.

Pero, la tentación de los círculos progresistas y de izquierda (por ejemplo desde el foro de Sao Paulo) de resumir ï desde una clara lógica ñcampistaòï el colapso bolivariano a un enfrentamiento binario entre agresión imperial y socialismo en construcción es una simple negación de una realidad más bien compleja. La polarización violenta, las tentativas externas de desestabilización reales no pueden esconder la fuga autoritaria hacia adelante del gobierno, los

[107] Con estas sanciones, Venezuela no ha podido mantener cuentas en dólares americanos, se encareció la deuda pública externa que Venezuela mantiene en el mercado financiero internacional y se ha dificultado la adquisición de alimentos, medicamentos y todo tipo de productos importados. En 2016, el presidente Maduro admitió una caída de importaciones del más de 50% respecto a 2015. El costo de esas sanciones era evaluado en más de 700 mil millones de dólares sólo para el año 2017: un costo descomunal para una economía en crisis y una práctica injerencista denunciada por la ONU.

problemas de corrupción, la ausencia en la diversificación productiva y la descomposición económica interna casi total. En un momento en que la escasez masiva, el mercado negro, la inflación de cinco dígitos o la crisis del sistema de salud hacen que los logros sociales de la época de Chávez ahora parezcan cosa del pasado: después del 2015, tres cuartas partes de la población venezolana vivían en la pobreza. La esperanza del ñsocialismo del siglo XXIò para millones de personas, o por lo menos un proyecto de dignidad y de soberanía nacional frente a la injerencia ñyankeeò ya no es más que un fantasma del pasado.[108] En lugar de favorecer la industria nacional, pública o privada, el gobierno ha preferido satisfacer las diversas necesidades con importaciones masivas. El sector público, por ejemplo, aumentó sus importaciones en 1,033% entre el 2003 y el 2013 con un crecimiento anual del 51% (2007) en vez de invertir en la creación de sus propias empresas. El rentismo bonapartista ha sido consolidado, en vez de ser desmantelado y el ñpoder popularò resumido a eslóganes ministeriales:

> La política económica bolivariana no tiene nada que ver con un cambio revolucionario anticapitalista, ni con una metamorfosis de las relaciones sociales de producción. El proceso bolivariano es una variante de las políticas económicas propuestas por el ñrentismo petroleroò, que se experimentó durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez (1974-1979). Los componentes ideológicos, antiimperialistas y anticorporativos de muchos discursos engañaron a la mayoría de los analistas que estudian los discursos presidenciales y no la política sobre el terreno. Si bien el gobierno bolivariano ha incrementado el gasto social, nacionalizado empresas, desarrollado políticas de transferencia directa para los más pobres y subsidiado los servicios públicos, la orientación principal de su política económica no ha sido más que la búsqueda de la apropiación parásita de los ingresos petroleros y su desperdicio, con una escalada de políticas de control que no han hecho más que acelerar la destrucción de la agricultura, de la industria y del comercio en beneficio del capital de importación y financiero y del engorde de una casta militar y burocrática muy corrupta que saquea a la nación, al punto de empobrecerla a niveles nunca vistos en esas latitudes.[109]

[108] Para un primer balance de la crisis venezolana, a partir de opiniones plurales: Daniel Chávez, Hernán Ouviña y Mabel Thwaites Rey (compiladores), *Venezuela: Lecturas urgentes desde el Sur*, CLACSO/TNI, Buenos Aires, 2017.

[109] Manuel Sutherland, ñLa ruina de Venezuela no se debe al ósocialismoô ni a la órevoluciónôò, *Nueva Sociedad*, núm. 274, Buenos Aires, abril 2018..

Esta situación crítica también explica en qué medida los intelectuales y militantes pudieron oponerse: la traducción de esta polarización cristalizó, por ejemplo, en torno a dos llamados internacionales. Primero, en mayo del 2017, el ñLlamado Internacional Urgente a Detener la Escalada de Violencia en Venezuelaò que denunció la concentración de poder, la falta de respeto a la Constitución de 1999 por Maduro y afirmaba: ñno creemos, como afirman ciertos sectores de la izquierda latinoamericana, que hoy se trate de salir a defender a un gobierno popular anti-imperialista. Este apoyo incondicional de ciertos activistas e intelectuales no sólo revela una ceguera ideológica, sino que es perjudicial, pues contribuye lamentablemente a la consolidación de un régimen autoritarioò.[110] Y, en seguida, la respuesta de la ñRed de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad (REDH)ò titulada: ñ¿Quién acusará a los acusadores?ò, que centraba sus argumentos en señalar que la crisis venezolana era producto de una agresión imperialista, una insurrección de la derecha neoliberal y de una ñguerra económicaò que organiza el desabastecimiento. Estos últimos insistieron en que estábamos en un contexto regional de regreso de las derechas, que obligaba a las izquierdas a cerrar filas con sus gobiernos, dejando de lado las ñcontradicciones secundariasò.[111] Para el sociólogo Edgardo Lander, sin negar la agresión imperialista, este regreso del argumento de las ñcontradicciones secundariasò, muy utilizado en los tiempos del estalinismo y de la Guerra Fría, muestra una tendencia regresiva acelerada que busca evitar un debate sobre las tensiones internas de los procesos. Especialmente en un momento en que la Asamblea Constituyente es utilizada como instrumento del ejecutivo, con la intención de neutralizar a la Asamblea Nacional (en manos de la oposición) pero también todas las disidencias sociales y populares:

> Se impide la realización del referéndum presidencial revocatorio en el año 2016, se postergan inconstitucionalmente las elecciones de gobernadores de diciembre

[110] ñLlamado internacional urgente a detener la escalada de violencia en Venezuela. Mirar a Venezuela, más allá de la polarizaciónò, 30 de mayo 2017, http: //llamadointernacionalvenezuela.blogspot.com/2017/05/llamado-internacional-urgente-detener_30.html [consulta: 18 de diciembre de 2018].

[111] REDH, ñ¿Quién acusará a los acusadores? Respuesta a la solicitada de intelectuales contra el proceso bolivariano de Venezuelaò, 1 de junio 2017, http: //www.resumenlatinoamericano.org/2017/06/01/la-red-de-intelectuales-redh-responde-a-una-declaracion-en-la-que-se-ataca-al-proceso-bolivariano-de-venezuela/ [consulta: 18 de diciembre de 2018].

> del mismo año, se desconocen las atribuciones de la Asamblea Nacional y éstas son usurpadas entre el Tribunal Supremo de Justicia y el Poder Ejecutivo. A partir de febrero 2016, el Presidente comienza a gobernar por la vía de un estado de excepción (ñemergencia económicaò), violando expresamente las condiciones y límites temporales establecidos en la Constitución del año 1999. Asumiendo atribuciones que de acuerdo a la Constitución corresponden al pueblo soberano, Maduro convoca a una Asamblea Nacional Constituyente y se definen mecanismos electorales destinados a garantizar el control total de esa asamblea. Se elige una Asamblea Nacional Constituyente monocolor, sus 545 integrantes están identificados con el gobierno. Esta asamblea, una vez instalada, se autoproclama como supraconstitucional y plenipotenciaria. La mayoría de sus decisiones son adoptadas por aclamación o por unanimidad sin debate alguno.[112]

El 10 de enero 2019, Maduro asumió la presidencia para un segundo mandato: fue reelegido en 2018 y relegitimado con el 67% de los votos, pero después de un proceso electoral plagado de irregularidades y cuando la mayor parte de la oposición (muy dividida) decidió no acudir a las urnas. El PSUV ganó también 20 de las 24 gobernaciones, 310 de las 335 alcaldías (más la totalidad de la Asamblea Nacional Constituyente). Pero, el país tiene la inflación más elevada del mundo y, como en la Cuba del ñPeriodo Especialò, se destruyó casi el 50% del PIB nacional entre 2013 y 2018: un récord absoluto en la historia económica reciente. Nicolás Maduro tuvo que reconocer la tragedia afirmando que reina en Venezuela ñun falso modelo de socialismoò, en particular en las empresas bolivarianas nacionalizadas, pero sin que su propuesta de ñrecuperación económicaò (ñPlan de la Patriaò) pueda rendir algunos frutos positivos, en un marco en que la deuda soberana del país está fuera de control. Así como lo resumió el periodista y politólogo José Natanson, después de la autoproclamación de Juan Guaidó como ñpresidente interinoò, la experiencia bolivariana se caracteriza hoy más que nunca por ser ñun régimen híbrido que combina elementos democráticos y autoritarios y que va mutando de acuerdo al contexto internacional, los precios del petróleo, el ánimo del gobierno y la correlación de fuerzas con la oposiciónò.[113] Una situación desastrosa, que sigue

[112] Franck Gaudichaud, ñAmérique latine: fin dôun âge dôor?ò, *op. cit.* Ver también: Edgardo Lander, *La implosión de la Venezuela rentista*, TNI, Ámsterdam, 2016.

[113] José Natanson, ñVenezuela, esa herida absurdaò, *Revista Anfibia*, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, enero 2019. Consultar también las declaraciones de la ñPlataforma Ciudadana en Defensa de la Constituciónò en <*Apporea.org*>.

alimentando el desencanto popular y la ñbolsonarizaciónò de América Latina, pues la extrema-derecha regional utiliza a destajo el ejemplo venezolano como argumento caricaturesco para sus campañas de odio.

Frente al caso ñextremoò bolivariano, el final del ciclo o el reflujo no siempre ha tomado el giro tan radical y existen múltiples situaciones intermedias. Incluso, en varios países, asistimos a una estabilización social-liberal (Uruguay), a una alternancia electoral junto con una ofensiva neoliberal (Argentina, Chile) o a un nacionalismo-popular ñcontinuadoò pero de un modo ñdegradadoò o incluso regresivo. En Ecuador, la victoria del sucesor de Rafael Correa, Lenín Moreno condujo a una guerra entre los líderes de Alianza País (el movimiento presidencial), y a acusaciones fratricidas, de intentos de dilapidar la herencia postneoliberal (según los partidarios de Correa) y, de la otra parte, de autoritarismo, corrupción e ineficacia burocrática en el gobierno de Correa (según los partidarios de Moreno). Según Franklin Ramírez, Lenín Moreno realizó gestos de apaciguamiento con la CONAIE y algunos movimientos sociales, mientras forjaba alianzas con los magnates de los medios de comunicación y los grandes empresarios para ñdescorreizarò la política nacional con una perspectiva de normalización y de ñpacificación post-populistaò, que se confirmó con el agotamiento de la retórica populista del gobierno anterior y el combate contra los casos de corrupción más connotados.[114] Sin embargo, parece que este distanciamiento con Correa también significó abandonar las perspectivas de transformación social que animaban en sus primeros días Alianza País: la agenda de Moreno está ahora fijada por un giro promercado, dictado por las élites empresariales (de Guayaquil en particular) y encarnada por un equipo de ministros mucho más devotos del libre comercio neoliberal.[115] La experiencia nacional-popular en Bolivia se destaca más bien como una excepción, donde estabilidad macroeconómica, democratización del consumo, modernización de los servicios públicos y nacionalismo popular con tintes indigenistas mantienen cierto equilibrios a pesar de la crisis mundial y explican la longevidad de Evo Morales en el poder (una sorpresa en relación con la caótica historia

[114] Franklin Ramírez, ñEl 4 de febrero y la descorreización de Ecuadorò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, enero 2018.

[115] John Cajas Guijarro, ñ¿Hacia dónde va el Ecuador de Lenín Moreno? Entre una crisis persistente y un nuevo neoliberalismoò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, junio 2008.

institucional boliviana). Este éxito económico, la ortodoxia gestionaría y una tasa de cambio fija con el dólar, a miles de años luz del desmoronamiento venezolano, han sido incluso elogiados por el FMI y grandes instituciones financieras mundiales. Lejos de los discursos sobre el ñsocialismo comunitarioò, se trata de consolidar un capitalismo nacional, donde el Estado controla o regula parte importante del PIB (más allá de los hidrocarburos). Evo, consiente de su fuerza y de las debilidades de la oposición (con Carlos Mesa a la cabeza), y después de perder el referéndum en 2012 sobre su posible reelección, consiguió el acuerdo del Tribunal Constitucional para reelegirse en un cuarto mandato, en una lógica que Maristella Svampa define como la de un ñpopulismo plebeyoò y cesarista.

Es cierto que, en toda la región, a imagen de lo que está ocurriendo en el plano mundial, el Estado autoritario, incluso el Estado de excepción, se fortalece e incluso se normaliza y legaliza. Y es evidente que el regreso de las derechas confirma el mantenimiento de la gran influencia política de éstas, su capacidad para adaptarse y utilizar las muchas debilidades de la izquierda e incluso para ocupar la calle mediante manifestaciones masivas durante días.

Esta reconquista de las derechas también fue de las iglesias conservadoras, en particular las evangélicas, que ahora pudieron conquistar gobiernos locales (como el alcalde de Río de Janeiro) o hacer o deshacer gobiernos. Estos movimientos religiosos incluso se convirtieron en las únicas ñorganizaciones de masasò insertadas en la sociedad civil en varios territorios, y sus corrientes más reaccionarias son feroces oponentes de cualquier objetivo emancipatorio en el mediano o en el largo plazo.[116] La vuelta a la derecha fue también el regreso de un neoliberalismo ñde combateò, particularmente en el Brasil de Bolsonaro o en la Argentina de Macri, sobre todo en su cara represiva: con el asesinato en agosto de 2017 de Santiago Maldonado, un joven activista pro-Mapuche, en el sur de Argentina y también en marzo del 2018 en Brasil de la militante afrolesbo-feminista Marielle Franco simbolizando una represión que ha golpeado a miles de militantes. Además, países como Colombia y México se hunden cada vez más en la barbarie y cuentan por miles las muertes cada año de los líderes sociales, sindicalistas o habitantes de barrios obreros (en este sentido, el desafío de López Obrador es considerable y sus propuestas aparecen muy tímidas). El período de consolidación del progresismo había

[116] Lamia Oualalou, *Jésus t'aime! La déferlante évangélique*, Cerf, Paris, 2018.

sido de una notable caída en las formas de represión estatal, sin embargo, nuevamente, a partir de 2012-2013 observamos un uso creciente de la ñmano duraò que contradice la imagen internacional ñamigableò de los gobiernos de izquierda.[117] Así, una legislación anti-terrorista se aplicó en Ecuador en contra del pueblo Shuars y sus protestas en contra de las mineras en el sur del país. Los asesinatos de líderes ecologistas como José Tendetza, Freddy Taish y Bosco Wisuma permanecen marcados por el sello de la impunidad. En Brasil, el actual gobierno Bolsonaro multiplica la militarización de las favelas, en una lógica de ñlimpiezaò social racializada, dirigida principalmente a los habitantes negros de estos barrios, pero que ya estaba muy presente antes, especialmente a partir de la aprobación de una nueva ley antiterrorista bajo Dilma Rousseff. Podemos citar la criminalización de las luchas en 2013 o durante el mundial de futbol en 2014 e incluso durante los Juegos Olímpicos de Río 2016. En el mismo sentido, la impunidad frente a la criminalización de las luchas sindicales en Venezuela, e incluso la posposición de las elecciones sindicales de PDVSA en el complejo siderúrgico nacionalizado por el ministro del Trabajo, son parte de la misma tenencia. Eso sin mencionar la explosión de muertes violentas en Caracas y en numerosas ciudades del país con la respuesta de militarización de las áreas urbanas más pobres a través de un plan nacional titulado OLP (Operación Liberación del Pueblo). En Chile, Michele Bachelet mantuvo, e incluso profundizó, los niveles de represión en contra de las movilizaciones del pueblo Mapuche en el Sur del país, y continuó aplicando la ley antiterrorista de la dictadura. Para algunos pudo encarnar el rostro amable de la ñmadreò de la madre patria, sin embargo, reprimió con extrema violencia muchas expresiones de demandas sociales, sindicales y estudiantiles. Una represión confirmada con fuerza por la administración derechista de Piñera.

A medida que la ñmano derechaò del Estado progresista o populista de izquierda se desarrolló, aumentó también la distancia ï o el enfrentamiento directamenteï con los movimientos populares. Los signos que avisaban de un divorcio entre las izquierdas sociales y las izquierdas en el gobierno fueron múltiples. Hay que recordar que, en Bolivia, esto se reflejó en 2011 por el largo conflicto sobre el proyecto para construir una carretera en el *Tipnis*

[117] Emiliano Terán Mantovani, ñAmérica Latina en el cambio de época: ¿normalizar el estado de excepción?ò, *ALAI*, Quito, 22 de marzo de 2018.

(Territorio indígena y parque nacional Isiboro-Sécure), un espacio que normalmente estaba protegido y en el que vivían entre 7,000 y 12,000 indígenas nativos (pero también miles de colonos favorables al proyecto del gobierno). Supuestamente esta ruta ayudaría a abrir el territorio para un desarrollo capitalista en dirección de Brasil. El autoritarismo del gobierno, con el rechazo a una consulta previa y a una negociación sobre el trazado de la ruta llevó a los indígenas y a los sindicatos a una larga marcha de protesta de 66 días, hacia La Paz. En septiembre de 2011, estos 1 000 manifestantes fueron arrestados al pie de los Andes y reprimidos de manera violenta por la policía, lo que provocó la renuncia del viceministro de desarrollo rural y una fuerte conmoción en la opinión pública boliviana e internacional. La COB también se incorporó con una fuerte movilización. Por último, Evo tuvo que abandonar ï momentáneamenteï el proyecto, que volvió a aparecer en 2017é para finalmente ser aprobado:

> Bolivia aparece atrapada en sus propias contradicciones: contradicción entre el posicionamiento ecologista e indígena y la realidad de su política nacional; contradicción entre la protección de sus espacios orientales y la voluntad de participar plenamente en la integración continental; y finalmente, contradicción entre las promesas de cambio sociopolítico y la realidad de un regreso del Estado centralizado.[118]

Para la ñrevolución ciudadanaò en Ecuador, lo que aceleró el divorcio con los ecologistas y las comunidades indígenas, fue el abandono del proyecto Yasuní ITT (Ishpingo-Tambococha-Tiputini) en agosto del 2013. La idea consistía en dejar bajo tierra el 20% de las reservas de petróleo de Ecuador en el Parque Nacional Yasuní, región con una de las reservas de biodiversidad más grandes del mundo y hogar de dos pueblos en aislamiento voluntario (Tagaeri y Taromenane). Por su originalidad este proyecto le había dado a Correa prestigio internacional. A cambio, Ecuador esperaba una compensación financiera parcial por parte de la comunidad internacional en nombre de los ñderechos de emisión de gases de efecto invernaderoò. Pero enfrentado al egoísmo de las grandes potencias (se esperaban más de 3,000 millones de dólares, se recogieron algo más de 10 millones), el presidente tiró la toalla.

[118] Laetitia Perrier-Bruslé, òLe conflit du Tipnis et la Bolivie dôEvo Morales face à ses contradictions: analyse dôun conflit socio-environnementalò, *EchoGéo*, Paris, 26 de enero 2012.

Sin embargo, para muchos activistas e incluso antiguos familiares de Correa como Alberto Acosta, el proyecto era viable a pesar de todo: Correa, un economista con una visión productivista y extractivista jamás lo habría creído. Desde sus orígenes, esta iniciativa sin precedentes oscilaba entre el capitalismo verde y el ecosocialismo,[119] su abandono abrió un poco más la Amazonía a las empresas mineras. Las 757,636 firmas de votantes ecuatorianos entregadas al Consejo Nacional Electoral (CNE) por el colectivo ñYasunidosò para una iniciativa popular de referéndum no lograron nada. Finalmente, el 2014 terminó con un intento de expulsión de la CONAIE de su sede histórica, hecho denunciado internacionalmente.[120]

El descontento popular o la creciente decepción con el progresismo también se reflejaron en renovadas luchas y en cierta reactivación de los repertorios de movilización, con la aparición de una nueva generación de activistas nacidos a finales de los años noventa. Los ejemplos son múltiples, los actores en juego también: campesinos, jóvenes urbanos, sindicatos estudiantiles y de trabajadores, mujeres, indígenas, etc. Encontramos la misma pluralidad plebeya que se movilizó a finales de los años noventa. También se podría mencionar la creciente revitalización del sindicalismo en Chile, e incluso su politización, a pesar de las condiciones en extremo precarias. Además, debemos mencionar la fuerza renovada del movimiento feminista, radical y dinámico, popular y masivo, claramente internacionalista, con ñ*Ni una menos*ò: un movimiento que se inició en Argentina (en 2015) contra los feminicidios, el patriarcado y la violencia hacia las mujeres y que reunió a cientos de miles de manifestantes. Y que después se extendió por toda América Latina. La ñrevolución feministaò de mayo-junio del 2018 en Chile, con la ocupación de más de 20 universidades y varias semanas de movilizaciones juveniles contra la violencia de género y por la igualdad mostró que se trata de un movimiento profundo. En Brasil, estas nuevas resistencias se tradujeron ï entre otrasï en la creciente fuerza de organizaciones como el Movimento dos Trabalhadores Sem Teto (MSTS), que protesta contra los problemas de acceso a la vivienda,

[119] Matthieu Le Quang, ñLa trajectoire politique de lõinitiative Yasuní-ITT en Équateur: entre capitalisme vert et écosocialismeò, *Cahiers dõhistoire. Revue dõhistoire critique*, núm. 130, Paris, 1 de enero de 2016.

[120] Sobre Ecuador y la coyuntura de luchas abiertas en 2013-2015: Alejandra Santillana Ortiz y Jeffrey R. Webber, ñCracks in Correísmo?ò, *Jacobin Magazine*, New York, 14 de agosto de 2015.

especialmente en el estado de Sao Paulo, y también con el MAB, el Movimiento de Afectados por las represas. Pero fueron las grandes movilizaciones juveniles en junio del 2013 las que constituyeron el primer gran enfrentamiento entre el PT y el movimiento de masas, inaugurando una reconfiguración de las luchas sociales, con otra relación con el Estado, así como un nuevo ciclo de protestas que rompió con la desmovilización y el pacto conservador que se había instalado en el modelo ñPT-CUTò de control/integración de las organizaciones desde arriba:

> Como todas las movilizaciones de este tipo, las Jornadas de Junio, fueron una mezcla de voces, actores y reivindicaciones diferentes. Son parte de una gramática de movilizaciones muy contemporánea, ya sea en términos de sus consignas, su organización y del vínculo que se crea entre los individuos, el movimiento y la sociedad. [é] El estallido de estas grandes manifestaciones no provino de las grandes organizaciones de la sociedad civil sino de una red relativamente pequeña de jóvenes ñalter-activistasò: el movimiento ñPasse Livreò que luchaba por el transporte público gratuito. Contra el aumento de las tarifas de las compañías de camiones (muy privatizadas en Brasil), y que abrieron un amplio campo de conflictos en torno a la movilidad urbana y que se extendió progresivamente hacia otros servicios públicos (educación, salud, abusos policiales, etc.), y luego a la relación entre el Estado y la sociedad, al punto de convertirse en un espacio de expresión de una indignación latente y relativamente generalizada en la sociedad brasileña en su conjunto. Una difusión viral, con organizaciones reticulares, de identidades múltiples y una transversalización de las agendas que finalmente reunió a millones de ciudadanos.[121]

Posteriormente, estas diversas protestas, en gran parte urbanas, abrieron el camino para la expresión de una mayor insatisfacción hacia el PT con sus reivindicaciones muy particulares, diferentes, incluso claramente opuestas entre sí. Así en las jornadas de junio se movilizaron militantes de la izquierda anticapitalista, que denunciaron al gobierno desde la izquierda, pero también se movilizó la derecha y la extrema-derecha que aprovecharon la grieta para movilizarse en forma masiva, preparando la desestabilización del gobierno de Dilma Rousseff, y, como segundo paso, la encarcelación ilegal de Lula. Es una de las paradojas y dificultades de la época del ñfin de cicloò: tal como está, no benefició ï sino todo lo contrarioï a la izquierda radical o

[121] Bruno Bringel y Geoffrey Pleyers, ñLes mobilisations de 2013 au Brésil: vers une reconfiguration de la contestationò, *Brésil(s)*, Paris, 26 de mayo de 2015.

revolucionaria que con sus fuerzas minoritarias, dispersas, a veces dogmáticas y poco creíbles, no pudieron encarnar una alternativa concreta de poder, más aún en una situación donde la incorporación ñpopulistaò de las clases trabajadoras se ha hecho la mayor parte del tiempo de una manera asistencialista y con la extensión del acceso al crédito, al consumo y al mercado en lugar de hacerlo a través de la politización, la construcción de conciencia de clase y de la organización comunitaria autogestionaria. La frase de Cristina Kirchner se hizo famosa: ñ¿a mi izquierda saben qué hay? ¡La pared!ò (2014). Una frase aún más provocativa en un país en el que, mal que bien, se logró construir en los últimos años un Frente de la Izquierda y de los Trabajadores (FIT) que reagrupó a tres pequeñas organizaciones históricas del trotskismo y que, en las elecciones legislativas del 2017, logró más de un millón 300,000 votos, tres diputados y sobre todo implantarse fuertemente en muchos bastiones del sindicalismo combativo del país. Lo mismo sucedió en Brasil con el PSOL (Partido Socialismo e Liberdade), que conserva tres diputados, dos senadores, y que sobre todo busca impulsar un espacio anticapitalista, feminista y ecosocialista a la izquierda del PT, presentando un candidato en las elecciones presidenciales como Guilherme Boulos, proveniente de las luchas populares y líder del MTST. Sin embargo, estas fuerzas fueron marginadas, en gran medida, por los progresismos y, por el momento, tienen todavía muchas dificultades para enfrentar la aplanadora de las derechas y de los medios de comunicación dominantes.

Es particularmente el caso cuando parecen abrumados por una confusión total, como la abigarrada coalición de izquierda y ecologista que se opuso al heredero de Correa en las presidenciales de 2017, dirigido por el antiguo militar social-demócrata Paco Moncayo y cuyo candidato y una parte de sus dirigentes (la mayoría de ellos indígenas), terminaron llamando a votar (en la segunda vuelta) por el banquero neoliberal Lasso, por el odio a la ñdictadura de Correaò, perdiendo toda credibilidad y brújula política. Por lo tanto, en muchos casos, la caída en la popularidad de los líderes no se tradujo, al menos a corto plazo, en la reconstrucción de una perspectiva política de izquierda alternativa. Fenómeno acentuado por los obstáculos sistemáticos que se pusieron en el camino de aquellos que fueron tratados como ñdisidentesò, ñtraidoresò o considerados como unos ñrevolucionarios de pacotillaò al servicio de la derecha, vistos como enemigos, por los progresismos de gobierno. Así, en la Venezuela bolivariana, los candidatos independientes del chavismo ñcríticoò,

los sectores libertarios o trotskistas y algunos viejos aliados del chavismo opuestos a Maduro tuvieron que hacer frente a la manipulación electoral, y a la confusión impulsada desde el poder que los intimidó, los procesó e incluso los arrestó, así como Miguel Rodríguez Torres, ex-ministro del interior puede testificarlo. Más profunda, es la ruptura entre el gobierno bolivariano y parte de los sectores populares que ha crecido con la crisis económica. Porque si Maduro ha logrado demostrar que fue capaz de retomar la iniciativa en el proceso político, mientras neutraliza a gran parte de la oposición, ahora son algunos de los bastiones históricos del chavismo popular los que se han alejado o que se movilizan en contra. El hecho de que un barrio histórico de las resistencias populares en Caracas como el ñ23 de eneroò ya no este con el gobierno es muy simbólico, y más aún que este mismo distrito fue el lugar de manifestaciones violentas contra el Consejo Nacional Electoral por proclamar elegidos a la Asamblea Nacional Constituyente a los candidatos únicos del PSUV, en detrimento de los candidatos independientes de la izquierda chavista.[122] Por otro lado, más de dos millones 300 mil personas ñvotan con los piesò y han huido del país, con más de 800 mil en la vecina Colombia, un exilio predominantemente económico con venezolanos pobres y de las clases medias que huyen del caos: la migración más importante de la historia de América Latina en un periodo tan corto.

Globalmente, ante el regreso, más o menos violento, de las derechas proimperialistas y el reflujo en el impulso inicial antineoliberal, parece que la clave del periodo, para buscar de nuevo una perspectiva emancipatoria pasará de nuevo por ñabajo y a la izquierdaò, buscando superar los límites y derivas del ciclo progresista, sin alinearse con las fuerzas conservadoras y oligárquicas. El regreso de la resistencia de las clases populares y de los trabajadores, con una agenda propia, augura la posibilidad de recomposiciones en la lucha de clases. Un índice de todo esto podría ser la gran huelga general de finales de abril de 2017 en Brasil en contra de la reforma laboral del gobierno ilegítimo de Temer o el movimiento ñEle Nãoò en contra de la elección de Bolsonaro, que provocó una protesta que fue más allá de las direcciones de la CUT y del PT. En el mismo sentido las protestas en contra de la reforma a las jubilaciones de Mauricio

[122] Otro caso simbólico fue el de la comuna *El Maizal* en el estado de Lara, el dirigente de la comuna, Ángel Prado, derrotó al candidato del PSUV pero el CNE finalmente invalidó su elección y otorgó los votos obtenidos al candidato del PSUV.

Macri en diciembre del 2017 fueron masivas y se enfrentaron a una represión sin precedentes desde diciembre del 2001. Mauricio Macri, que ha sido confirmado en las elecciones parlamentarias, no ha dejado de perder popularidad desde entonces. En contra de las interpretaciones basadas en el ñpopulismo de izquierdaò (inspiradas en Ernesto Laclau[123]), se trata de renovar la capacidad de autoorganización y de autogestión de los movimientos populares, rompiendo la visión únicamente Estado-céntrica institucional e hiperdependiente de la figura del caudillo-líder. A contrapelo de la lógica populista, el desafío sería también volver a poner en el centro de las luchas por la emancipación, los antagonismos sociales de clases, de raza y de sexo. De hecho:

> Explicitar el universo de clase es vital en la actual coyuntura latinoamericana porque los diferentes proyectos que están en debate, el neoliberal, neodesarrollista y radical antiimperialista, expresan intereses de clase que deben ser aclarados. Cada una de estas ideas sostienen proyectos muy diferentes de renovación de las plutocracias actuales o de construcción de un nuevo sistema político.[124]

El pensamiento crítico latinoamericano está llamado a revitalizarse, negándose a seguir las instrucciones del poder, retomando su larga tradición de acompañar a las resistencias populares, a pesar de un contexto difícil de reconquista de la gubernamentalidad neoliberal y / o el surgimiento del Estado autoritario.[125] La crisis de las experiencias progresistas señala que un proyecto de transformación social no puede, en ningún caso, limitarse a ñreformar por arribaò y a un rediseño del Estado basado en una redistribución de la renta de las materias primas. El fin de ciclo confirma, a la vez, que los obstáculos son gigantescos. En primer lugar, el peso histórico de las herencias del colonialismo y del imperialismo, la dependencia estructural de la economía y la imposibilidad de una ruptura de largo alcance en un solo país, sin una integración solidaria regional (las dificultades de la Revolución Cubana lo

[123] Ernesto Laclau, *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

[124] Claudio Katz, ñEstrategias socialistas en América Latinaò, *Viento Sur*, núm. 94, España, enero de 2007.

[125] Decío Machado, ñRevitalizar el pensamiento crítico en América Latinaò, *Brecha.com* Montevideo, 15 de febrero 2018.

[126] Emilio Taddei, ñ*Relegitimación de la gobernabilidad neoliberal, resistencias populares y desafíos emancipatorios en la Argentina y en Nuestra América*ò en *Fórum Social Mundial 2016*, Ação Educativa, Canadá, 2016, pp. 5-37.

confirman de alguna manera).[126] Por otro lado, destacan la resiliencia del capitalismo, de las instituciones neoliberales, así como la profundidad del poder de las clases dominantes y sus aparatos ideológicos y mediáticos para frenar cualquier indicio de cambio, por pequeños y moderados que sean. Por último, hay que asumir las múltiples contradicciones y tensiones existentes en el seno del campo popular, los reflejos corporativos, oportunistas o conservadores, las divisiones entre organizaciones y líderes, el peso de las iglesias reaccionarias, de la precariedad individual, de la violencia cotidiana y del crimen organizado.

Sin embargo, las políticas de la emancipación de ñNuestra Américaò están en construcción y en reelaboración permanente, y los caminos de un anticapitalismo democrático, ecosocial, feminista e internacional siguen abiertos, a pesar del desencanto del mundo actual. El eclipse del período abierto a fines de los noventa está lleno de peligros, pero también de potencialidades si se retoman las lecciones críticas de las experiencias recientes, enfrentando con resolución, en las calles y en las urnas, al neoliberalismo y a las derechas extremas en pleno desarrollo. Frente a la corrupción generalizada, los autoritarismos, la política oficial, el mal desarrollo y el mal-vivir, el patriarcado y la destrucción de los ecosistemas, las salidas del ñlaberinto capitalistaò no sólo son posibles, sino indispensables.[127] Ahora se trata de no sólo pensar en términos del ñpostneoliberalismoò: el fin de ciclo forma parte de una crisis más amplia de la civilización capitalista, que nos obliga a repensar radicalmente, desde la raíz, las alternativas ecosocialistas, con una sociedad de los comunes y del ñbuen vivirò,[128] y no sólo contra el orden dominante existente, sino para restaurar el ñprincipio de la esperanzaò al servicio de las futuras generaciones humanas.

[127] Alberto Acosta, Ulrich Brand, *Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y Postextractivismo*, Fundación Rosa Luxemburg, Quito, 2017.

[128] Michael Löwy, *Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*, Ediciones Herramienta y Editorial El Colectivo, Buenos Aires, 2011; Jorge Riechmann, *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*, Los libros de la catarata, Madrid, 2012; Jérôme Baschet, *Adiós al capitalismo. Autonomía, sociedad del buen vivir y multiplicidad de mundos*, Ned Ediciones, España.

Bibliografía

Acosta, Alberto y Brand, Ulrich (2017), *Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo*, Fundación Rosa Luxemburg, Quito.

Ali, Tarik (2008), *Piratas del Caribe. El eje de la esperanza*, Foca ediciones, España.

Arcary, Valerio (2016), ñQuatro critérios para definir se uma mobilização social é progressiva ou reacionáriaò, *Esquerdaonline.com.br*, Brasil.

Arkonada, Katu y Klachko, Paula (2016), *Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina*, Editorial Caminos, La Habana.

Azzellini, Dario (2018), *Communes and Workersô Control in Venezuela. Building 21st Century Socialism from Below*, Haymarket, Chicago.

Barrett, Patrick; Chavez, Daniel y Rodriguez-Garavito, Caeser (2008), *The Latin American Left: Utopia Reborn*, Pluto Press, Londres.

Baschet, Jérôme (2005). *La rébellion zapatiste. Insurrection indienne et résistance planétaire,* Flammarion, Paris.

Baschet, Jérôme (2015), *Adiós al capitalismo*. *Autonomía, sociedad del buen vivir y multiplicidad de mundos*, Ned Ediciones, España.

Betto, Frei (2006), *A mosca azul*: *reflexao sobre o poder,* Rocco, Brasil.

Berins Collier, Ruth y Handlin, Samuel (directores) (2009), *Reorganizing Popular Politics: Participation and the New Interest Regime in Latin America*, University Park, Pennsylvania.

Boito, Armando y Galvão, Andréa (directores) (2012), *Política e classes sociais no Brasil dos anos 2000*, Alameda, São Paulo.

Boito, Armando, Galvão, Andréa y Marcelino, Paula (2016), ñLa nouvelle phase du syndicalisme brésilien (2003-2013)ò, *Cahiers des Amériques latines*, núm. 80, París.

Borón, Atilio (2000), *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, FCE/CLACSO, Buenos Aires.

Bringel, Bruno y Pleyers, Geoffrey (2015), ñLes mobilisations de 2013 au Brésil: vers une reconfiguration de la contestationò, *Brésil(s)*, París.

Cajas Guijarro, John (2008), ñ¿Hacia dónde va el Ecuador de Lenín Moreno? Entre una crisis persistente y un nuevo neoliberalismoò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires.

Castañeda, Jorge (1993), *Utopia Unarmed*: *The Latin American Left After the Cold War*, Knopf, New York.

Castañeda, Jorge (2006), ñLatin Americaôs left turnò, *Foreign Affairs*, New York.

Castro, Diego (2017), ñCierre del ciclo progresista en Uruguay y América Latina. Balance para relanzar horizontes emancipatoriosò, *LASA*, Lima.

CEPAL (2015), *Panorama social de América Latina*, CEPAL, Santiago.

Chávez, Daniel; Ouviña, Hernán y Thwaites Rey, Mabel (compiladores), (2017), *Venezuela: Lecturas urgentes desde el Sur*, CLACSO/TNI, Buenos Aires.

Chávez Jardim, Maria (2009), *Entre a solidariedade e o risco: sindicatos e fundos de pensão em tempos de governo Lula*, Annablume, São Paulo.

Ciccariello Maher, George, (2016), *Building the Commune. Radical Democracy in Venezuela*, Verso, London.

Cunha Lima Cintra, Francisco y Herrera, Rémy (2014), ñDe Lula à Dilma, quel développement pour le Brésil? O menor dos males?ò, *Marché et organisations*, LôHarmattan, núm. 20, París.

Delcourt, Laurent (2010), ñLe Brésil de Lula: une dynamique de contradictionsò en *Alternatives Sud, Le Brésil de Lula: un bilan contrasté*, Syllepse, París.

Do Alto, Hervé y Stefanoni, Pablo (2006), *Evo Morales de la coca al Palacio. Una oportunidad para la izquierda indígena*, Malatesta, La Paz.

Do Alto, Hervé (2010), ñLa revolución de Evo Morales o las sinuosas vías de la refundación de Boliviaò en Gaudichaud, Franck (coord.), *El Volcán Latinoamericano: izquierdas, movimientos sociales y neoliberalismo*, Escaparate, Santiago de Chile.

Dufrier, Julien (2018), ñLe syndicalisme au Nicaragua depuis le retour du *Frente Sandinista de Liberación Nacional* (2007-2016)ò, *Cahiers des Amériques latines*, núm. 86, París.

Duterme, Bernard (2016), ñAmérique latine: 20 ans dôéchec du néolibéralismeò, *Revue Démocratie.be* Bélgica.

Duterme, Bernard (2018), ñRecherche percepteurs désespérémentò, *Le Monde Diplomatique*, París.

Duterme, Bernard (2018), *Toujours sandiniste, le Nicaragua?*, Couleur Livres, Bruselas.

Ellner, Steve (1990), ñMemories of february 27: uncovering the deadly truthò, *Commonweal*, vol. 117, núm 22, New York.

Falquet, Jules, (2010), ñAnálisis del movimiento feminista latinoamericano y del Caribe frente a la globalizaciónò en: *El Volcán Latinoamericano: izquierdas, movimientos sociales y neoliberalismo*, Escaparate, Santiago de Chile.

Falquet, Jules (2017), *Pax Neoliberalia. Perspectivas feministas sobre (la reorganización de) la violencia*, Madreselva, Buenos Aires.

Fornillo, Bruno (2012), ñ¿Existe una reforma agraria en la Bolivia del Movimiento al Socialismo?ò, *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, núm. 42. Quito.

García Linera, Álvaro (2008), *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, CLACSO-Prometeo Libros, Buenos Aires.

García Linera, Alvaro (2011), *El Oenegismo, enfermedad infantil del derechismo. (O como la reconducción del proceso de cambio es la restauración neoliberal)*, Vicepresidencia del Estado, Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional, La Paz.

Gaudichaud, Franck (director) (2010), *El Volcan Latinoaméricano. izquierdas, movimientos sociales y neoliberalismo*, Escaparate, Santiago de Chile.

Gaudichaud, Franck (coord.) (2015), *Américas Latinas. Emancipaciones en construcción*, Tiempo Robado Editoras y América en movimiento, Santiago de Chile.

Gaudichaud, Franck (2015), *Las fisuras del neoliberalismo chileno. Trabajo, crisis de la ñdemocracia tuteladaò y conflictos de clase*, CLACSO, Buenos Aires.

Gaudichaud, Franck (2016), *Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende*, LOM, Santiago de Chile.

Gaudichaud, Franck y Posado, Thomas (2017), ñIntroduction. Syndicats et gouvernements latino-américains : une réinstitutionnalisation?ò, *Cahiers des Amériques latines*, núm. 86, París.

Gaudichaud, Franck y Posado, Thomas (coords.) (2017), Dossier ñSyndicalismes et gouvernements progressistesò, *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 86, París.

Gaudichaud, Franck (2018), ñAmérique latine: fin dôun âge dôor? Progressismes, post-néolibéralisme et émancipation radicale. Entretien avec Edgardo Lander et Miriam Langò <*ContreTemps.eu*>, Francia.

GESP (coord.) (2015), *Movimientos sociales y poder popular en Chile. Retrospectivas y proyecciones políticas de la izquierda latinoamericana*, Tiempo robado editoras, Santiago.

González Casanova, Pablo (2002), ñDemocracia, liberación y socialismo: tres alternativas en unaò, *Observatorio Social de América Latina*, núm. 8, CLACSO, Buenos Aires.

Grupo de Estudios Sociales y Políticos (coordinadores) (2015), *Movimientos sociales y poder popular en Chile. Retrospectivas y proyecciones políticas de la izquierda latinoamericana*, Tiempo robado editoras, Santiago.

Gudynas, Eduardo (2010), ñSi eres tan progresista, ¿por qué destruyes la naturaleza? Neoextractivismo, izquierda y alternativasò, *Ecuador Debate*, núm. 79, Quito.

Guevara, Gustavo Carlos (coord.) (2017), *Sobre las revoluciones latinoamericanas del siglo XX*, Newen Mapu, Buenos Aires.

Guillaudat, Patrick (2018), ñVers un thermidor au Venezuela?ò <*ContreTemps.eu*>, París.

Herrera, Ernesto (2018), ñNicaragua la normalización de un régimen gansterilò, *Viento Sur*, Madrid.

Herrera, Ernesto (2018), ñUruguay. El cerrojo progresistaò, *Rebelion.org* Madrid.

Hershberg, Eric y Rosen, Fred (eds.) (2007), *Latin America after Neo Liberalism: Turning the Tide in the 21st Century*, The New Press / NACLA, Nueva York.

Holloway, John (2002), *Change the World without Taking Power: The Meaning of Revolution Today*, Pluto Press, London.

Holloway, John (2006), *Contra y más allá del Capital. Reflexiones a partir del debate sobre el libro* ***ñ****Cambiar el mundo sin tomar el poder****ò***, Universidad Autónoma de Puebla/Ediciones Herramienta, México/Argentina.

Houtart, François (2016), ñAmérique latine: fin dôun cycle ou épuisement du post-néolibéralisme?ò <*CADTM.org*>, Bélgica.

Katz, Claudio (2004), ñAu-delà du néolibéralismeò en Daniel Bensaïd y Braulio Moro, *Lô Amérique latine rebelle: contre lô ordre impérial*, Contretemps, núm. 10, Textuel, París.

Katz, Claudio (2007), ñEstrategias socialistas en América Latinaò, *Viento Sur*, núm. 94, España.

Katz, Claudio (2008), *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires.

Kay, Cristóbal y Vergara-Camus Leandro (compiladores) (2018), *La cuestión agraria y los gobiernos de izquierda en América Latina. Campesinos, agronegocio y neodesarrollismo*, CLACSO, Buenos Aires.

Knight, Alan (2005), *Revolución, democracia y populismo en América Latina*, Centro de Estudios Bicentenario y Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.

Konder, Bruno (2004), *Lô action politique des sans-terre au Brésil*, Lô Harmattan, París.

Laclau, Ernesto (2005), *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, México.

Lander, Edgardo (2016), *La implosión de la Venezuela rentista*, TNI, Ámsterdam.

Le Quang, Matthieu (2016), ñLa trajectoire politique de lôinitiative Yasuní-ITT en Équateur: entre capitalisme vert et écosocialismeò, *Cahiers dô histoire. Revue dô histoire critique*, núm. 130, París.

Le Quang, Matthieu (2016), ñLe Bien Vivre, une alternative au développement en Equateur?ò <*Journal du MAUSS.net*>, Paris.

Liendo, Roxana (2017), ñBolivie. Vivir bien, Evisme et Mouvements sociauxò en Bernard Duterme, *Etat des résistances dans le Sud ï Amérique Latine*, vol. XXIV, núm. 4, Editions Syllepse/Centre Tricontinental, París.

López Maya, Margarita (2015), *El ocaso del chavismo. Venezuela 2005-2015*, Editorial Alfa, Caracas.

López Maya, Margarita (2018), ñSocialismo y comunas en Venezuelaò, *Nueva Sociedad*, núm. 274.

Louault, Frédéric (2010), ñLula, père des pauvres ?ò, *La Vie des idées*, París.

Löwy, Michael (2007), *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909 hasta nuestros días*, LOM, Santiago.

Löwy, Michael (2011), *Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*, Ediciones Herramienta y Editorial El Colectivo, Buenos Aires.

Löwy, Michael (2016), ñBrésil. Le coup dôEtatò <*Mediapart.fr*>, París.

Machado, Decío (2016), ñEl progresismo latinoamericano en su laberintoò en Eduardo Gudynas *et al.*, *Rescatar la esperanza. Más allá del neoliberalismo y el progresismo*, Entrepueblos, Barcelona.

Machado, Decio y Zibechi, Raúl (2016), *Cambiar el mundo desde arriba. Los límites del progresismo*, Ediciones desde abajo, Bogotá.

Machado, Decío (2018), ñRevitalizar el pensamiento crítico en América Latinaò, *Brecha.com* Montevideo.

Massal, Julie (2005), *Les mouvements indiens en Equateur. Mobilisations protestataires et démocratie*, Karthala, París.

Mazzeo, Miguel (2007), *El sueño de una cosa (introducción al poder popular)*, Editorial El Colectivo, Buenos Aires.

Michels, Robert (1914), *Les partis politiques, essai sur les tendances oligarchiques des démocraties*, Flammarion/Bibliothèque de philosophie scientifique, París.

Mires, Fernando (2001), *La rebelión permanente: las revoluciones sociales en América Latina*, Siglo XXI, México.

Modonesi, Massimo (2010), *Subalternidad, antagonismo, autonomía*, Editorial Prometeo-CLACSO, Buenos Aires.

Montero, Ana Soledad (2011), *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*, Prometeo, Buenos Aires.

Moreira, Carlos; Raus, Diego y Gómez Leyton, Juan Carlos (2008), *La nueva política en América Latina. Rupturas y continuidades*, Ed. Trilce, Montevideo.

Moreira, Constanza (2017), ñEl largo ciclo del progresismo latinoamericano y su freno. Los cambios políticos en América Latina de la última década (2003-2015)ò, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 3, núm. 93, São Paulo,

Mourão, Luciana y Macedo de Jesus, Anderson (2012), ñóBolsa Famíliaô Programme: an analysis of Brazilian income transfer programmeò, *Field Actions Science Reports*, Special Issue 4, Brasil.

Muñoz Ramírez, Gloria (2004), *EZLN: 20 et 10, le feu et la parole*, Nautilus, París.

Natalucci, Ana (2012), *Los dilemas políticos de los movimientos sociales (Argentina, 2001-2010)*, serie Documentos de Trabajo del Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca, España.

Natalucci, Ana (2015), ñCorporativismo y política: dilemas del movimiento obrero durante el kirchnerismoò, *Revista Población & Sociedad*, vol. 22, núm. 2, Instituto Superior de Estudios Sociales, Buenos Aires.

Natalucci, Ana, ñEl modelo sindical debatido por el sindicalismo peronista: tópicos y límites (Argentina, 2009-2015)ò, *Revista PolHis*, núm. 16, Programa Interuniversitario de Historia Política, Buenos Aires.

Natanson, José (2019), ñVenezuela, esa herida absurdaò, *Revista Anfibia*, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.

Oualalou, Lamia (2018), *Jésus t'aime! La déferlante évangélique*, Cerf, París.

Pairican, Fernando (2014), *Malón. La rebelión del movimiento mapuche 1990-2013*, Pehuén Editores, Santiago.

Perrier-Bruslé, Laetitia (2012), ñLe conflit du Tipnis et la Bolivie d'Evo Morales face à ses contradictions: analyse d'un conflit socio-environnementalò *<EchoGéo>*, París.

Petras, James y Veltmeyer, Henry (editores) (2017), *The Class Struggle in Latin America. Making History Today*, Critical Development Studies, Routledge, London.

Pinet, Nicolas (2016), ñIntroduction: Éléments pour une grammaire de la révolteò en *Figures de la révolte: Rébellions latino-américaines (XVIe-XXe siècles)*, Syllepse, París.

Pleyers, Geoffrey (2010), *Alter-Globalization. Becoming Actors in the Global Age*, Polity Press, Cambridge.

PNUD (2004), *La democracia en América latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Organización de las Naciones Unidas, New York.

Polet, François (coord.) (2008), *Etat des résistances dans le Sud*, Syllepse, París.

Posado, Thomas (2013), ñItinéraire d'un syndicaliste devenu candidat à la présidentielle: Utilisation et contention d'un militant ouvrier dans

le Venezuela de Chávezò, *Amérique Latine Histoire et Mémoire*, núm. 28, París.

Posado, Thomas (2015), ñRenouvellement et institutionnalisation des centrales syndicales au Venezuela sous Chávez (2001 ï 2011)ò, *revue IdeAs*, núm. 10, Vanves.

Poyetton, Virginie (2014), ñBolivie: Une réforme agraire mi-figue mi-sojaò <*Tierra.org*>, La Paz.

Ramírez Gallegos, Franklin (2005), *La insurrección de abril no fue sólo una fiesta*, Taller el Colectivo-Abya Yala, Quito.

Ramírez Gallegos, Franklin (2006), ñMucho más que dos izquierdasò, *Nueva Sociedad*, núm. 205, Buenos Aires.

Ramírez Gallegos, Franklin (2017), ñAscenso, des-fragmentación y desperdicio. Luchas sociales, izquierda y populismo en el Ecuador (2007-2017)ò <*CETRI.be*>, Bélgica.

Ramírez, Franklin (2018), ñEl 4 de febrero y la descorreización de Ecuadorò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires.

Riechmann, Jorge (2012), *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*, Los libros de la catarata, Madrid.

Rocchietti, Ana María (2001), ñEl Movimiento de los Trabajadores sin Tierra (MST) del Brasil: sus orígenes y el carácter de su luchaò <*Revista Herramienta.com.ar*>, Buenos Aires.

Sader, Emir (2008), ñAmérica Latina, ¿el eslabón más débil?: el neoliberalismo en América Latinaò, *New Left Review*, núm. 52, UK.

Salama, Pierre (2012), ñ¿Cambios en la distribución del ingreso en las economías de América Latina?ò, *Foro Internacional*, vol. LII, núm. 209, México.

Salama, Pierre (2012), *Les économies émergentes latino-américaines, entre cigales et fourmis*, Armand Colin, Paris.

Salazar Lohman, Huáscar (2015), *Se han adueñado del proceso de lucha: horizontes comunitario-populares en tensión y la reconstitución de la dominación en la Bolivia del MAS*, Sociedad Comunitaria de Estudios Estratégicos, Cochabamba.

Santillana Ortiz, Alejandra y Webber, Jeffrey (2015), ñCracks in Correísmo?ò, *Jacobin Magazine*, New York.

Schavelzon, Salvador (2012), *El nacimiento del Estado plurinacional. Etnografía de una Asamblea Constituyente*, Plural/CLACSO/CEJIS, La Paz.

Schavelzon, Salvador (2018), ñTeoría de la revolución en Álvaro García Linera: centralización estatal y elogio de la derrotaò <*Rebelión.org*>, Madrid.

Seoane, José; Taddei, Emilio y Algranati, Clara (2013), *Desafíos para los movimientos sociales y los proyectos emancipatorios de nuestra América,* Ediciones Herramienta y El Colectivo, Buenos Aires.

Singer, André (2016), *Os sentidos do lulismo. Reforma gradual e pacto conservador*, Cia das Letras, São Paulo.

Singer, André e Loureiro, Isabel (2016), *As contradições do Lulismo: a que ponto chegamos?*, Boitempo, São Paulo.

Sutherland, Manuel (2018), ñLa ruina de Venezuela no se debe al «socialismo» ni a la «revolución»ò, *Nueva Sociedad*, núm. 274, Buenos Aires.

Svampa, Maristella (2006), ñLas fronteras del gobierno de Kirchnerò, *Revista Crisis*, núm. 0, Argentina.

Svampa, Maristella (2006), ñMovimientos sociales y nuevo escenario regional: Las inflexiones del paradigma neoliberal en América Latinaò, *Sociohistórica*, núm. 19-20, Argentina.

Svampa, Maristella (2017), *Del cambio de época al fin de ciclo: gobiernos progresistas, extractivismo, y movimientos sociales en América Latina*, Edhasa, Buenos Aires.

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Editorial Biblos, Buenos Aires.

Szalkowicz, Gerardo y Solana, Pablo (2018), *América Latina. Huellas y retos del ciclo progresista*, Editorial El perro y la rana, Caracas.

Taddei, Emilio (2016), ñ*Relegitimación de la gobernabilidad neoliberal, resistencias populares y desafíos emancipatorios en la Argentina y en Nuestra América*ò en *Fórum Social Mundial 2016*, Ação Educativa, Canadá.

Tarrow, Sidney (1994), *Power in Movement: Collective Action, Social Movements and Politics*, Cambridge University Press.

Terán Mantovani, Emiliano (2018), ñAmérica Latina en el cambio de época: ¿normalizar el estado de excepción?ò, *ALAI*, Quito.

Thwaites Rey, Mabel (editora) (2012), *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas*, Editorial Arcis/CLACSO, Santiago.

Toussaint, Eric (2009), *El Banco del Sur y nueva crisis internacional*, Abya-Yala/UPS, Quito.

Toussaint, Eric (2009), ñVenezuela, Equateur et Bolivie: la roue de lôhistoire en marcheò <*CADTM.org*>, Bélgica.

Toussaint, Eric (2013), ñLes leçons de lôÉquateur pour lôannulation de la dette illégitimeò, <*CADTM.org*>, Bélgica.

Ventura, Christophe (2012), ñBrève histoire contemporaine des mouvements sociaux en Amérique latineò, *Mémoire des Luttes*, Paris.

Wallerstein, Immanuel (2006), ñHow Far Left Has Latin America Moved?ò, *Commentary*, núm. 187, New Haven.

Wallerstein, Immanuel (2015), ñThe Latin American Left Moves Rightwardò, *Commentary*, núm. 404, New Haven.

Webber, Jeffery (2017), *The Last Day of Oppression, and the First Day of the Same: The Politics and Economics of the New Latin American Left*, Haymarket, Chicago.

Webber, Jeffery y Carr, Barry (editores) (2013), *The New Latin American Left: Cracks in the Empire*, Rowman and Littlefield Publishers, Maryland.

Zibechi, Raúl (2013), *Brasil potencia. Entre la integración regional y un nuevo imperialismo*, PDTG, Lima.

Capítulo 2

Mercado mundial, desarrollo desigual y patrones de acumulación: la política económica de la izquierda latinoamericana

Jeffery Webber

Traducción del inglés, Mario Arellano González

Introducción

La política y la economía, según el economista político argentino Claudio Katz, han estado fuera de sincronía en la política latinoamericana del siglo xxi. Si bien las dos dimensiones están estrechamente relacionadas, con mutaciones en una que siempre inciden en la otra, no siempre proceden al mismo ritmo, o incluso se mueven en la misma dirección.[1] Políticamente, el giro de la izquierda ï o ñmarea rosaöï que comenzó en el cambio de milenio interrumpió los regímenes de ciudadanía elitista asociados con el anterior modelo neoliberal de desarrollo económico.[2] Hubo importantes conquistas democráticas, como las asambleas constituyentes y las nuevas constituciones en Bolivia, Ecuador y Venezuela.[3] Las leyes que otorgan impunidad a figuras

[1] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, Batalla de Ideas, Buenos Aires, 2016, p. 74.

[2] Jeffery R. Webber, *The Last Day of Oppression, and the First Day of the Same: The Politics and Economics of the New Latin American Left*, Haymarket, Chicago, 2017; Kenneth M. Roberts, *Changing Course in Latin America: Party Systems in the Neoliberal Era*, Cambridge University Press, New York, 2015; Steven Levitsky y Kenneth M. Roberts (editores), *The Resurgence of the Latin American Left*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2011; Claudio Katz, *Las disyuntivas de la izquierda en America Latina*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2008.

[3] George Ciccariello-Maher, *We Created Chávez: A Peopleôs History of the Venezuelan Revolution*, Duke University Press Books, Durham, 2013; Salvador Schavelzon, *El nacimiento*

destacadas de la dictadura argentina (1976-1983) fueron anuladas por ser inconstitucionales.[4] Los gobiernos de izquierda también han permitido espacio de maniobra, aunque a regañadientes, para los movimientos sociales de abajo. Incluso una comparación superficial con los regímenes represivos de derecha de Colombia, Perú, Honduras y México a este respecto es instantáneamente reveladora. En muchos países donde la izquierda ha avanzado, ha habido una recuperación ideológica de las tradiciones antiimperialistas y el renacimiento de concepciones más profundas de la soberanía popular.[5] En algunos países, la cuestión de cómo se vería el socialismo en el mundo contemporáneo, si no se actualizó, al menos se planteó. También hubo experimentos importantes en proyectos alternativos de integración regional para contrarrestar el dominio de los EEUU en la región.[6]

Sin embargo, estos avances políticos e ideológicos no se tradujeron en una transformación de las estructuras de clase ni en una alteración de la inserción subordinada de América Latina en la división internacional del trabajo. Los gobiernos de derecha, como los de Colombia (en el régimen de Álvaro Uribe y Juan Manuel Santos) y Perú (en el régimen de Alejandro Toledo, Alan García y Ollanta Humala), utilizaron el *boom* de las materias primas (2003-2011) para consolidar aún más los pilares neoliberales de su economías. Los gobiernos de centro-izquierda, como el de Luiz Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff en Brasil y Nestor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, entraron en modesta confrontación con algunos preceptos neoliberales, dejando intactos otros. En procesos más radicales, como los de Bolivia y Venezuela, bajo Hugo Chávez y Evo Morales, respectivamente, se produjeron mayores rupturas con el orden heredado pero fueron realizadas parcialmente y en pocas ocasiones. La desincronización de la política y la

del Estado plurinacional de Bolivia: Etnografía de una Asamblea Constituyente, BCLACSO, uenos Aires, 2013; Salvador Schavelzon, *Plurinacionalidad y vivir bien/buen vivir: Dos conceptos leídos desde Bolivia y Ecuador post-constituyentes*, CLACSO, Buenos Aires, 2016.

[4] Salvador Schavelzon, ñEl fin del relato progresista en América Latinaò, *La Razón.com* La Paz, 21 de junio de 2015.

[5] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, *op. cit.*, pp. 386-87.

[6] Carlos Eduardo Martins, ñLa integración regional en América Latina y sus desafíos contemporáneosò, *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, núm 12, CLACSO, Buenos Aires, mayo de 2014, pp. 1-3; Daniele Benzi, *ALBA-TCP: Anatomía de la integración que no fue*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2017.

economía es una expresión, en este caso, de las rebeliones populares que mitigan el frenesí del torbellino neoliberal, sin desarraigar su base. Eran revueltas lo suficientemente fuertes como para evitar su propio rumbo, pero demasiado débiles para madurar y convertirse en una revolución triunfalista anticapitalista, o incluso en una profunda reforma estructural.[7]

En los años de auge, América del Sur en particular, logró tasas agregadas anuales de crecimiento real del ingreso per cápita relativamente altas: entre 2003 y 2011, 4.1%. Esto se traduce en una mejora del 78 % en la tasa del 2.3 % de la era neoliberal alta (1990-2002).[8] Los gobiernos progresistas utilizaron los ingresos provenientes de la exportación de minerales, productos agroindustriales, gas natural y petróleo para financiar políticas sociales específicas para estratos pobres, aumentar y mantener las tasas de empleo (aunque típicamente en empleos inseguros y mal remunerados), y aumentar el consumo interno. Hubo mejoras en las condiciones de vida de los sectores populares de la sociedad. Hubo una reducción en la pobreza y la desigualdad de ingresos se redujo ligeramente (aunque esto también ocurrió en algunos países de la región liderados por los gobiernos de derecha, al mismo tiempo que la región continúa siendo la más desigual del mundo).[9] El ritmo de las privatizaciones se ralentizó e incluso se revirtió en algunos sectores económicos en unos pocos países. El aumento del gasto en servicios sociales básicos y en infraestructura en barrios urbanos pobres y zonas rurales marginadas mitigó parte del daño social residual del período neoliberal. Se amplió el acceso a la educación gratuita básica y, en algunos casos, se democratizó el acceso a la universidad.[10] Estas limitadas ganancias sociales han estado en peligro desde

[7] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, *op. cit.*, p. 74.

[8] James M. Cypher y Tamar Diana Wilson, ñIntroduction - China and Latin America: Processes and Paradoxesò, *Latin American Perspectives*, vol. 42, núm. 6, noviembre de 2015, p. 6.

[9] Giovanni Andrea Cornia, ñInequality trends and their determinants: Latin America over the period 1990ï 2010ò en Giovanni Andrea Cornia (editor), *Falling Inequality in Latin America: Policy Changes and Lessons*, Oxford University Press, Oxford, 2014, pp. 24-49; Giovanni Andrea Cornia, ñRecent distributive changes in Latin America: an overviewò en Giovanni Andrea Cornia (editor), *Falling Inequality in Latin America: Policy Changes and Lessons*, Oxford University Press, Oxford, 2014, pp. 4-23; Kenneth M. Roberts, ñThe politics of inequality and redistribution in Latin Americaôs post-adjustment eraò en Giovanni Andrea Cornia (editor), *Falling Inequality in Latin America: Policy Changes and Lessons*, Oxford University Press, Oxford, 2014, pp. 50-71.

[10] Pablo Ospina Peralta, ñEl reformismo progresistaò, *Nueva Sociedad*, mayo de 2016.

el final del *boom* de las materias primas, con las consecuencias de la crisis económica global que afecta a América Latina desde 2012, y en una nueva era de bajo crecimiento y austeridad estatal.

En este capítulo se analiza la política económica de la izquierda latinoamericana mediante un examen de las tendencias regionales, al tiempo que vincula dichas tendencias con la dinámica más amplia del mercado mundial, incluida la geopolítica del imperialismo. La discusión está dividida en ocho partes. Primero, en el capítulo se presentan las complejidades teóricas del mercado mundial, el desarrollo desigual y la división internacional del trabajo en relación con la historia del desarrollo capitalista latinoamericano. En segundo lugar, se proporciona un balance sobre el ascenso y la decadencia de la ortodoxia neoliberal (1980-2000) en la región, con el fin de situar el giro de izquierda latinoamericano en el siglo XXI como la respuesta por excelencia a la crisis específica en la que entró el capitalismo regional en el final de su fase neoliberal. En tercer lugar, en el capítulo se exploran las consecuencias político-económicas de la coincidencia de los partidos de centro izquierda e izquierda que asumieron cargos en gran parte de América del Sur y partes de América Central justo en el mismo momento en que iniciaba el floreciente auge internacional de las materias primas (2003-2011). En esta sección se examina la dinámica específica de la intensificación del capitalismo extractivo bajo los gobiernos de la izquierda en las áreas de minería, gas natural y petróleo y agroindustria. Cuarto, basándose en un concepto desarrollado por el economista político uruguayo Eduardo Gudynas, en el capítulo se examina la forma de *Estado compensatorio* que se convirtió en el predominante de los gobiernos de centro izquierda y de izquierda durante el llamado superciclo de las materias primas.[11] Después de mapear los contornos generales del Estado compensatorio, se conceptualiza esta forma de Estado como un continuo, posicionando a Venezuela en el polo más radical y a Brasil en lado de mayor moderación. Después de trazar las tendencias regionales asociadas con el aumento del Estado compensatorio, en la quinta sección se mapean los límites político-económicos de la ruptura con el neoliberalismo que intentaron una variedad de gobiernos progresistas en la región; es decir, resalta las continuidades neoliberales en la América Latina del siglo XXI. En

[11] Eduardo Gudynas, ñEstado compensador y nuevos extractivismos: Las ambivalencias del progresismo sudamericanoò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, enero-febrero de 2012.

sexto lugar, en el capítulo se exploran los efectos retardados de la crisis económica mundial de 2008 en América Latina, primero en toda la región, y luego con un enfoque particular en Venezuela y Brasil. En la séptima sección se sitúan los amplios patrones de acumulación en la región discutidos en secciones anteriores dentro de la dinámica de influencia del imperialismo y, en particular, las tendencias dominantes en la inversión extranjera directa y las estrategias imperiales de los Estados Unidos y China en relación con América Latina. Finalmente, en la octava sección se exploran los intentos realizados por la izquierda latinoamericana en el siglo xxi para forjar proyectos novedosos de integración regional como un contrapeso a la dominación imperial en general y la dominación estadounidense en particular.

Mercado mundial, desarrollo desigual y la división internacional del trabajo

Las modalidades de interconexión entre los Estados nacionales y el mercado mundial están doblemente determinadas. En primer lugar, las formas estatales están condicionadas por los ciclos históricos de acumulación a escala global que impulsan la producción, distribución y consumo de bienes y servicios específicos, en zonas geográficas y regiones específicas, para el mercado mundial, es decir, el papel de la división internacional del trabajo. Existe una unidad subyacente a los procesos globales de acumulación, que ayuda a determinar la dinámica central de la división internacional del trabajo e influye en las formas políticas nacionales específicas que median en esos procesos globales a nivel nacional.[12] La economía mundial tiene un impacto disciplinario en las configuraciones institucionales locales, regionales y nacionales.[13]

Por ejemplo, todas las partes constitutivas de la economía capitalista mundial experimentaron la expansión antes de la Primera Guerra Mundial, la depresión de entreguerras, el auge posterior a la Segunda Guerra Mundial y la crisis estructural de fines de la década de los sesenta; aunque las experiencias

[12] Greig Charnock y Guido Starosta, ñIntroduction: the new international division of labour and the critique of political economy todayò en Greig Charnock y Guido Starosta (editores), *The New International Division of Labour: Global Transformation and Uneven Development*, Palgrave Macmillan, London, 2016, p. 4.

[13] Robert Brenner y Mark Glick, ñThe regulation approach: theory and historyò, *New Left Review*, vol. 188, núm. 1, julio-agosto de 1991, pp. 45-119.

fueron desiguales, hay una unidad subyacente. ñA pesar de los modos heterogéneos de regulación de sus partes constituyentesò, señalan los economistas políticos Robert Brenner y Mark Glick:

> La economía mundial en su conjunto [desde al menos 1900] ha poseído una cierta homogeneidad, de hecho la unidad, en términos de su sucesión de fases de desarrollo. Parece que la economía mundial ha podido imponer su lógica general, si no precisamente en la misma medida, en todos sus elementos componentes, a pesar de sus modos muy particulares de regulación.[14]

Analíticamente, esto significa que la interdependencia global, debido a los mecanismos disciplinarios de la acumulación competitiva de capital global en el tiempo, en lugar de la independencia nacional, se convierte en el punto de partida axiomático.

Sin embargo, al identificar de manera correcta la unidad subyacente de la acumulación de capital a escala global, Brenner y Glick prestan muy poca atención a la desigualdad y la jerarquía. Se captura el tiempo abstracto homogéneo del capital, pero se pone poco énfasis en la temporalidad heterogénea del desarrollo capitalista en formaciones sociales específicas, determinadas en parte por el momento y la naturaleza de la transición al capitalismo y la inserción en el mercado mundial de países específicos y regiones, en relación con otros. Para decirlo crudamente, es significativo si éste o aquel país fue un desarrollador ñtempranoò o ñtardíoò en el tiempo histórico mundial, o si pasó a la parte superior de la jerarquía mundial de Estados o se insertó en la parte inferior. Si bien hay componentes genéricos para los procesos de acumulación de capital en los Estados nación a través de las fases sucesivas del capitalismo global, la jerarquía y la desigualdad del sistema mundial producen dinámicas políticas distinguibles en las sociedades situadas en los estratos subordinados de los Estados, dinámicas que pueden considerarse en términos de desarrollo ñcatch-upò.[15] En situaciones de este tipo de desarrollo ñcatch-upò, los Estados subordinados se ven obligados a actuar para superar el ñatrasoò, para ñponerse al díaò a los Estados situados más adelante.

[14] *Ibid.*, p. 112.

[15] Hae-Yung Song, ñMarxist critiques of the developmental State and the fetishism of national developmentò, *Antipode*, vol. 45, núm. 5, noviembre de 2013, p. 1265.

No obstante, existen límites determinados para la capacidad del Estado en estos entornos. Mientras que el Estado de desarrollo ñcatch-upò parece ser el principal actor y determinante de los resultados nacionales del desarrollo, es más bien ñel posicionamiento y el momento del desarrollo dentro del sistema mundial [que] realmente condicionan el fracaso o el éxito del desarrollo capitalistaò.[16] Ideológicamente, el Estado desarrollista en tales sociedades tiende a presentarse como neutral, o incluso como representativo de las clases populares, pero más típicamente como la expresión institucional de la nación y sus intereses como un todo. Debajo de tales apariencias superficiales, sin embargo, la esencia del último Estado desarrollador, ñinvolucra principalmente [é] un aparato para proteger a la burguesía nacional de la competencia de la burguesía más avanzada y para otorgar a la burguesía nacional la libertad de explotar el trabajo doméstico, típicamente ï explotación, por ejemplo, largas jornadas de trabajo y bajos salarios en las condiciones de ´desarrollo catch up´ en la economía mundial jerárquicaò.[17] Estos síntomas de desarrollo ñcatch upò se han manifestado de manera discernible en la mayoría de los Estados latinoamericanos ocupados por las administraciones de izquierda y centro izquierda desde el cambio de siglo.

Así, en primer lugar, las formas estatales están condicionadas por los ciclos históricos de acumulación a escala global que forman una unidad esencial, inscrita en una división internacional particular del trabajo que evoluciona como parte de las fases sucesivas del capitalismo mundial, y que es caracterizado por jerarquía y desigualdad. En segunda instancia, la forma de inserción de los Estados nacionales en el sistema internacional de Estados y en el mercado mundial está determinada por el equilibrio de fuerzas entre las clases centrales que operan dentro del territorio nacional de Estados específicos.[18] Desde la primera dirección, entonces, esta interconexión tiene que ver con el rol productivo de Estados particulares dentro del mercado mundial (las principales actividades productivas de su economía, su capacidad de exportación, su nivel de endeudamiento, etc.). Desde la segunda dirección,

[16] *Ibid.*, p. 1270.
[17] *Ibid.*, p. 1270.
[18] Benjamin Selwyn, *The Global Development Crisis*, Polity, Cambridge, 2014; Liam Campling, *et al.*, ñClass dynamics of development: a methodological noteò, *Third World Quarterly*, vol. 37, núm. 10, agosto de 2016, pp. 1745-1767.

la forma de interdependencia está determinada por los intereses y las percepciones de las clases antagónicas fundamentales dentro de los territorios nacionales, pero también a través de las escalas de nación, región y mundo, reverberando y condicionando el ciclo histórico de acumulación en una escala global.[19] La fuerza de las clases trabajadoras con respecto al capital se puede medir a través de estas diferentes escalas y sus relaciones internas.

El desarrollo capitalista en gran parte de América Latina, como es bien sabido, involucró la subsunción histórica de esta región a los circuitos globales de acumulación a través de la producción agrícola y minera, resultando en Estados capitalistas que han dependido de la renta del suelo para su reproducción. Esta situación persiste, en muchos sentidos, en América del Sur, mientras que en América Central, México y partes de la cuenca del Caribe, una divergencia con el patrón de acumulación de América del Sur comenzó a raíz de la crisis de la deuda de los ochenta, como parte de cambios más amplios en la economía global asociada con la llamada Nueva División Internacional del Trabajo, que se remonta a la década de los sesenta.[20] El nuevo modelo de acumulación adoptado por América Central y México era en efecto un marco maquilador compartido, enraizado en la mano de obra relativamente barata y disciplinada para la producción de exportaciones de manufacturas, y una imbricación completa con la economía de los EEUU.[21] La mano de obra barata de Centroamérica y México también fue utilizada por el capital de EEUU en forma mediada, a través de la migración documentada e indocumentada de trabajadores a los Estados Unidos.[22] En el Caribe en general, el turismo se convirtió en el sector de servicios más importante en el

[19] Mabel Thwaites Rey y Hernán Ouviña, ñLa estatalidad latinoamericana revisitada: Reflexiones e hipótesis alrededor del problema del poder politico y las transicionesò en Mabel Thwaites Rey (editora), *El Estado en América Latina: Continuidades y rupturas*, CLACSO, Buenos Aires, 2012, p. 61.

[20] Folker Fröbel, Jürgen Heinrichs y Otto Kreye, *The New International Division of Labour: Structural Unemployment in Industrialised Countries and Industrialisation in Developing Countries*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009; Alejandro Fitzsimons y Guido Starosta, *op. cit.*, p. 4.

[21] James Cypher y Tamar Wilson, *op. cit.*, p. 7.

[22] Alejandro Fitzsimons y Guido Starosta, *op. cit.*, pp. 15-16; Susan Ferguson y David McNally, ñPrecarious migrants: gender, race and the social reproduction of a global working classò, *Socialist Register*, vol. 51, núm. 51, 2014, pp. 1-23; James M. Cypher y Raúl Delgado Wise, *Mexicoõs Economic Dilemma: The Developmental Failure of Neoliberalism*, Rowman & Littlefield, Lanham, 2010.

corazón de la acumulación de capital, mientras que, excepcionalmente, las exportaciones de bauxita y aluminio siguieron siendo importantes para la economía de Jamaica.

Tomando en consideración los diversos elementos que condicionan la forma del Estado y los resultados nacionales del desarrollo capitalista, la especificidad histórica del Estado en América Latina puede entenderse como derivada de su incorporación histórica subordinada en el mercado mundial, mientras que la multiplicidad de Estados nacionales que se forma dentro de la región es la consecuencia de los procesos concretos de formaciones de clases históricas particulares en las condiciones concretas de distintos países. Este incluye la especificidad de la forma de los intereses antagónicos, la política y las ideologías de las clases clave de cada sociedad. Estas especificidades nacionales existen en tensión con la manera en que cada Estado ha sido incorporado en los ciclos históricos de acumulación a escala global.[23]

Neoliberalismo

Al evaluar los límites político-económicos del reciente ascenso y declive de la izquierda en América Latina, es útil comenzar con la dinámica del período anterior de corte neoliberal. Se pueden establecer continuidades y rupturas en las últimas cuatro décadas, así como interrupciones dentro de la continuidad. El período neoliberal ortodoxo en la región se extendió desde la crisis de la deuda de principios de la década de los ochenta hasta la fuerte recesión de finales de la década de los noventa y principios de la del dos mil. El desempeño económico errático durante este período tumultuoso comienza con una profunda recesión de 1982-83, y atraviesa una recuperación de corta duración en el crecimiento per cápita positivo de 1984 a 1987, un período de reformas de ampliación y profundización entre 1988 y 1991, y una serie de medidas de consolidación ï òreformas de segunda generaciónòï a lo largo de la década de los noventa y principios de la del dos mil, en medio de una secuencia de crisis financieras agudas ï México en 1994, Brasil en 1998 y Argentina en 2001.[24]

El crecimiento fue pobre en la era neoliberal en comparación con décadas anteriores de industrialización por sustitución de importaciones (1930-1980).

[23] Mabel Thwaites Rey y Hernán Ouviña, *op. cit.*, p. 71.

[24] Duncan Green, *Silent Revolution: The Rise and Crisis of Market Economics in Latin America*, Monthly Review Press, New York/ London, 2003, pp. 72-118.

Si entre 1933 y 1980 la tasa anual promedio de crecimiento económico de Brasil y México era 6.3% y 6.4%, respectivamente, entre 1981 y 2000 estas cifras cayeron a 2.1% y 2.7%.[25]1990-2001 es considerada a veces otra ñdécada perdidaò para América Latina, después de que la totalidad de la década de los ochenta se perdió por la crisis de la deuda. El crecimiento promedio en la segunda década perdida fue de tan solo 1.6%, en comparación con el 0.8% entre 1980 y 1990.[26] La deuda total de la región para el 2002, de US$25 billones, fue el doble de lo que había sido al comienzo de la crisis a principios de la década de los ochenta. Los recursos financieros ï flujos de deuda neta, Inversión Extranjera Directa (IED), bonos y capital accionarioï que llegaron a América Latina entre 1990 y 2001 alcanzaron US$1.0 trillones. Sin embargo, las salidas ï servicio de la deuda, pagos de intereses y remesas de utilidadesï incrementaron de manera simultánea, lo que significó que las entradas netas finalmente ascendieron a sólo US$108.3 billones. Esta cifra no pudo cubrir el déficit de inversión catalizado por la aguda disminución en gasto público y la tasa de ahorro, ambos prescritos por los defensores de la política de ajuste estructural neoliberal a lo largo de las décadas de los ochenta y noventa.[27] A medida que el crecimiento titubeó, la proporción de la población pobre de la región aumentó de 40.5% en 1980 a 44% en 2002.[28] En términos absolutos, esto significó que 84 millones adicionales ingresaron a la pobreza en la región entre 1980 y 2002. Aún la región más desigual del mundo, en 2003 el 10% de la población capturó el 48% de todos los ingresos.[29]

[25] Alfredo Saad-Filho, ñThe political economy of neoliberalism in Latin Americaò en Alfredo Saad-Filho and Deborah Johnston (editores), *Neoliberalism: A Critical Reader*, Pluto, London, 2005, pp. 222ï 229.

[26] ECLAC, *Economic Survey of Latin America and the Caribbean 2017: Dynamics of the Current Economic Cycle and Policy Challenges for Boosting Investment and Growth*, United Nations Economic Commission for Latin America and the Caribbean, Santiago de Chile, 2017, p. 93.

[27] Alfredo Saad-Filho, ñThe political economy of neoliberalism in Latin Americaò, *op. cit.*, p. 227.

[28] Araceli Damián y Julio Boltvinik, ñA table to eat on: the meaning and measurement of poverty in Latin Americaò in Eric Hershberg y Fred Rosen (editores), *Latin America after Neoliberalism: Turning the Tide in the 21st Century?* The New Press, New York, 2006, p. 145.

[29] Luis Reygadas, Eric Hershberg y Fred Rosen, ñLatin America: persistent inequality and recent trasnformationsò in Eric Hershberg y Fred Rosen (editores), *Latin America after Neoliberalism: Turnign the Tide in the 21st Century? op. cit.*, p. 122.

A final de los noventa, el neoliberalismo entró en una severa crisis económica, que pronto marcó el comienzo de una crisis paralela de gobierno político (Webber y Carr 2013). Hubo dinámicas a mediano y largo plazos ante este doble dilema de la economía y política neoliberal. La subyacente dinámica de mediano plazo se asoció con el impacto socioeconómico de dos décadas de restructuración neoliberal ï bajo crecimiento, aguda inestabilidad financiera, y disparada desigualdad. Este conjunto de factores sustentó e hizo más dramático el problema a corto plazo de la fuerte recesión económica entre 1998 y 2002. En términos agregados, la región en conjunto sufrió un crecimiento per cápita negativo durante este interregno de cuatro años. A raíz de dos décadas de empeoramiento de las condiciones sociales, la pobreza y el desempleo se dispararon aún más en el contexto de la recesión. Los síntomas de la creciente politización de la desaceleración económica comenzaron a hacerse visibles en todas partes ï la disminución en el apoyo a los partidos en el poder (principalmente de derecha, pro-mercado) en toda la región; un resurgimiento de movimientos sociales extraparlamentarios que impugnan el neoliberalismo a través de disturbios, huelgas, bloqueos de carreteras, tomas de fábricas, ocupación de tierras y una infinidad de repertorios adicionales de acción colectiva; y un declive general de la legitimidad del neoliberalismo ante la opinión pública, como se indicó en una gran encuesta de Latinobarómetro que mostró que el 70% de la población latinoamericana estaba insatisfecha con el desempeño de la economía de mercadoï .[30]

Después de un par de años del final de la recesión entre 1998-2002, la temprana militancia extraparlamentaria del movimiento social que estaba ganando terreno en gran parte de la región, comenzó a encontrar una traducción política al menos silenciada en el terreno de los ciclos electorales formales. Los gobiernos de centro-izquierda e izquierda comenzaron a reemplazar a los gobiernos de derecha y centro-derecha a lo largo de Sudamérica y en partes de América Central, de modo que el mapa electoral para mediados del 2000 se había reconfigurado fundamentalmente. Sólo unas cuantas resistencias

[30] Steven Levitskyy y Kenneth M. Roberts, ñIntroduction - Latin Americaôs ñleft turnò: a framework for analysisôen Steven Levitsky y Kenneth M. Roberts (editores), *The Resurgence of the Latin American Left*, Johns Hopkins University Press, Baltimore: 2011, pp. 1-29; Jeffery R. Webber y Barry Carr, ñIntroduction: the Latin American left in theory and practiceò en Jeffery R. Webber and Barry Carr (editores), *The New Latin American Left: Cracks in the Empire*, MD: Rowman & Littlefield, Lanham, 2013, pp. 1-29.

residuales y conservadoras de los noventa quedaron intactas ï entre ellas destacan los regímenes de México, Colombia, Perú y Chile.

El auge de las materias primas y el capitalismo extractivo

En términos de economía política, la característica más significativa del nuevo periodo de ascenso electoral de la izquierda fue el hecho de que coincidió con un renovado crecimiento capitalista en la región. El periodo de 2001-2008 registró el crecimiento regional más alto (3.7%) desde el periodo de 1970-1980 (3.2%).[31] El auge internacional de materias primas, impulsado más que nada por la demanda industrial de China, inició en 2003 y continuó hasta el 2011. Este auge explica gran parte del repunte del crecimiento económico. La demanda china como proporción del consumo mundial en una gama de materias primas ï desde aluminio, petróleo y soyaï incrementó dramáticamente entre 2002 y 2012. Como resultado, a lo largo de Sudamérica, y en menor medida en partes de América Central e incluso partes de México, hubo una intensificación significativa de monocultivos agroindustriales (en particular de soya), minería, y extracción de gas natural y petróleo.[32]

El hecho de que esta profundización del capitalismo extractivo era impulsada por la demanda china tuvo un impacto importante en los patrones de comercio agregados, particularmente en Sudamérica. China se convirtió el destino principal de las principales exportaciones de Sudamérica, reemplazando a los Estados Unidos, incluso si este último seguía siendo el destino dominante de las exportaciones de América Latina y el Caribe en general. América Central y, en especial, México se mantuvieron profundamente entrelazados con la economía estadounidense, afectando tendencias agregadas de América Latina y el Caribe. México en 2015, por ejemplo, envió 81.6% de sus principales exportaciones a Estados Unidos, y otro 2.7% a Canadá, con China como un tercer punto de destino distante, representando un magro 1.3%.[33]

[31] ECLAC, *Economic Survey of Latin America and the Caribbean 2017*, *op. cit.*, p. 93.

[32] José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati, *Extractivismo, despojo y crisis climática: desafíos para los movimientos sociales y los proyectos emancipatorios de nuestra América*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2013; Anthony Bebbington y Jeffrey Bury (editores), *Subterranean Struggles: New Dynamics of Mining, Oil, and Gas in Latin America*, University of Texas Press, Austin, 2014.

[33] ECLAC, *Economic Survey of Latin America and the Caribbean 2017*, *op. cit.*, p. 113.

América Latina y el Caribe estaban en una posición única para proveer muchas de las materias primas que requería China. La región contiene 25% de los bosques del mundo y 40% de su biodiversidad. También alberga el 85% de todas las reservas conocidas de litio, y un tercio del cobre, bauxita, y plata. América Latina y el Caribe son de igual forma ricos en carbón, petróleo, gas y uranio, con 27%, 25%, 8% y 5%, respectivamente, de todos los yacimientos descubiertos en el mundo en explotación. Mientras tanto, nuevas reservas submarinas de petróleo se están descubriendo regularmente a lo largo de las extensas líneas costeras de la región. Por último, la región contiene el 35% de la potencial hidroelectricidad mundial y las más grandes reservas de agua dulce bajo su suelo.[34]

Aprovechando la abundancia de recursos naturales y los regímenes de inversión relativamente libres, que persistieron desde la era del neoliberalismo, las corporaciones transnacionales (ETN) incrementaron su presencia en América Latina. Hubo un fuerte repunte de la IED que fluyó particularmente hacia la subregión de Sudamérica entre 2010 y 2012, tras lo cual la desaceleración económica amortiguó esta tendencia de manera significativa. Las crecientes inversiones por parte de las transnacionales en Sudamérica fueron alentadas tanto por los gobiernos de derecha como los de izquierda, facilitando ambos la acelerada apropiación de recursos naturales por parte del capital ï aunque con diversos regímenes tributarios y de regalías sobre ese capitalï en un esfuerzo por capitalizar en el auge de las materias primas. El control de estos recursos naturales y la importancia estratégica que implicaba su explotación para la reproducción económica de los Estados sudamericanos permitió a las transnacionales incrementar su poder político y social frente a las instituciones estatales.[35]

Durante la recesión neoliberal de comienzos de siglo, las inversiones transnacionales en América Latina y el Caribe sufrieron un brusco descenso.

[34] José Seoane, ñEl retorno de la crisis y la ofensiva extractivistaò en José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati (editores), *Extractivismo, despojo y crisis climática: desafíos para los movimientos sociales y los proyectos emancipatorios de nuestra América*, Herramienta, Buenos Aires, 2013, p. 23.

[35] Graciela Galarce Villavicencio, ñLas transnacionales en América Latina y el Caribe: economía mundial y crisisò en Jairo Estrada Álvarez (editor), *América Latina en medio de la crisis mundial: trayectorias nacionales y tendencias regionales*, CLACSO, Buenos Aires, 2014, p. 151.

Estas inversiones se recuperaron en 2004 y 2005 y continuaron creciendo hasta 2008, después de lo cual hubo una desaceleración breve inmediatamente después de la crisis mundial. Sin embargo, el dinamismo se recuperó y las inversiones transnacionales se incrementaron en 2010 alcanzando un máximo de US$206.9 billones en 2011, una cifra que excedió los niveles ya elevados antes de la crisis.[36] La IED de flujo interno creció en Latinoamérica entre 2009 y 2011 a una tasa más alta (45.2%) que cualquier otra región en el mundo ï Rusia (44.9%), Asia (34.2%) y todos los países desarrollados juntos (23.4%).[37]

Vale la pena abrir un paréntesis para detenernos sobre la reciente intensificación del capitalismo extractivo, impulsado por la IED multinacional en recursos naturales en el contexto histórico más profundo del siglo pasado. Los defensores del liberalismo en los años ochenta y noventa, invocando a la noción de ventaja comparativa de David Ricardo, abogaban por la especialización exportadora de productos primarios para el mercado mundial en América Latina, para corregir el agotamiento del importante modelo de industrialización por sustitución en los años setenta. De alguna manera, ésta fue la inauguración de un retorno a ciertas características del periodo liberal clásico de aceleración de exportaciones a finales del siglo XIX y principios del XX en la región. Incluso antes del más reciente auge de las materias primas, la transición al neoliberalismo, alejada del ISI, ya había implicado una fuerte reorientación de la producción agrícola hacia las exportaciones y un reenfoque de las mentes gubernamentales en la extracción minera y de gas natural y petróleo.[38] Irónicamente, el último ciclo de gobiernos progresistas ha consolidado esta trayectoria en un contexto de altos precios. Si bien la contribución de los productos primarios al PIB de América Latina aumentó en el siglo XXI, la contribución del sector industrial disminuyó de 12.7% en 1970-74 a 6.4% en 2002-06. De manera simultánea, la productividad de América Latina, su innovación tecnológica, el ritmo de registro de patentes, y los niveles de inversión y desarrollo en la industria se debilitaron en relación con la aceleración de estas áreas en el Este de Asia.[39]

[36] *Ibid.*, p. 153.

[37] *Ibíd.*, p. 155.

[38] Williams Robinson, *Latin America and Global Capitalism*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2008.

[39] Claudio Katz, ñDualities of Latin Americaò, *Latin American Perspectives*, vol. 42, núm. 4, 2015, p. 12.

Para Maristella Svampa, una de las más críticas observadoras de este ñnuevo extractivismoò, ñel cambio subregional en Sudamérica hacia la exportación de productos primarios destinados a China debe caracterizarse como un alejamiento del ñConsenso de Washingtonò del neoliberalismo en los ochentas y noventas, hacia el ñConsenso de las Materias Primasò en el presenteò.[40] El renovado enfoque en la exportación de productos primarios trajo consigo megaproyectos a través de la minería, la explotación petrolera, y la agroindustria intensiva en capital ï incluida la infraestructura energética de apoyo, como megapresas hidroeléctricasï diseñada para extraer y exportar recursos naturales con poco valor agregado. Los proyectos de minería a cielo abierto proliferaron, la explotación del petróleo avanzó en áreas tropicales, se introdujo la fracturación hidráulica (ñfrackingò) y se extendió la superficie dedicada al monocultivo.[41]

La lógica común en estas distintas áreas de extracción es su escala expansiva, su orientación hacia las exportaciones, la monopolización de la tierra y el territorio, la predominancia del capital transnacional, y la ausencia de un control democrático desde abajo. Además, se caracterizan por una creciente devastación ecológica y consecuencias sociales y sanitarias negativas.[42] El otorgamiento de concesiones al capital privado para la explotación de recursos minerales e hidrocarburos transforma territorios y paisajes, tanto en términos de proyectos inmediatos que se ponen en marcha, como de sus infraestructuras energéticas adyacentes, mientras que los permisos que permiten la extensión de fronteras agrícolas también reconfiguran territorios ecológicamente frágiles para la búsqueda fugaz de ganancias de capital mientras los precios se mantienen elevados.[43] La extensión de las fronteras mineras, agroindustriales y de gas natural y petróleo ha implicado ñuna dinámica cada vez más profunda de despojo o saqueo de tierras, recursos, y territorios, y produce nuevas formas de dependencia y dominación.ò[44]

[40] Maristella Svampa, ñ«Consenso de los Commoditiesô y lenguajes de valoración en América Latinaò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, marzo-abril de 2013.

[41] Eduardo Gudynas, ñLos ambientalismos frente a los extractivismosò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, marzo-abril de 2017.

[42] Maristella Svampa, ñCuatro claves para leer América Latinaò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires, marzo- abril de 2017.

[43] Eduardo Gudynas, ñLos ambientalismos frente a los extractivismosò, *op. cit.*

[44] Maristella Svampa, ñ«Consenso de los Commoditiesô y lenguajes de valoración en

También ha sido acompañada por la contaminación del suelo, la pérdida de biodiversidad y la contaminación de las vías fluviales usadas para las prácticas socioeconómicas campesinas e indígenas y sus estrategias socio-reproductivas.[45]

El extractivismo como modelo de acumulación ha significado también una reconfiguración de las cosmovisiones ideológicas, en las que un productivismo fetichista reina de nuevo a lo largo de América Latina, independientemente de las importantes diferencias políticas entre los gobiernos progresistas y conservadores. Las premisas axiomáticas compartidas entre genealogías políticas distintas, por ejemplo, incluyen el compromiso de utilizar en forma productiva los recursos naturales para aprovechar los altos precios de productos básicos en conjunto. Como la monetización de los recursos naturales se mantiene como el objetivo primordial de la gestión estatal existe una simultánea ñdescalificación de otras lógicas de valorización de territoriosò, territorios que son considerados por los administradores estatales y los inversores privados como ñsocialmente vacíosò, hasta que han sido hechos ñútilesò por las métricas de valor de cambio, o ganancia.[46]

Política e ideológicamente, el consenso en torno a las materias primas establece los parámetros para un debate ñrealistaò, solidificando como sentido común la comprensión de que no hay alternativa al capitalismo extractivo en América Latina. Los fundamentos ideológicos del capitalismo extractivo, incluso bajo gobiernos progresistas, ha alentado la resignación popular ante la aparente ausencia de alternativas; existe la sensación de que es el papel predestinado de América Latina en la división internacional del trabajo como proveedor de materiales primarios para el mercado mundial. Esos movimientos indígenas, campesinos y ecologistas que se oponen a la aceleración del modelo de acumulación se presentan sólo como expresiones de anti-modernidad, la

---

América Latinaò, *op. cit.* Aunque la noción de Svampa de re-primarización de las economías latinoamericanas exagera la magnitud del declive industrial, no obstante capta características importantes de la actual coyuntura político-económica y sus expresiones políticas e ideológicas. Para una crítica reflexiva de Svampa, ver: Juan Grigera, ñLa insoportable levedad de la industrializaciónò en *Batalla de Ideas*, núm. 4, octubre de 2013, pp. 46-57.

[45] Eduardo Gudynas, ñLos ambientalismos frente a los extractivismosò, *op. cit.*

[46] Maristella Svampa, ó"Consenso de los Commoditiesô y lenguajes de valoración en América Latinaò, *op. cit.*

negación del progreso, irracionalidad, y fundamentalismo ecológico, cuando no son blanco de gobiernos progresistas como aliados peligrosos del imperialismo y la derecha doméstica.[47] Debido a las contradicciones socio-ecológicas del capitalismo extractivista intensificado, la ecología se ha convertido en un vector clave a través del cual convergen una infinidad de luchas sociales, tanto rurales como urbanas, indígenas y multiétnicas. Los movimientos sociales con una inflexión ecológica se enfrentan cada vez más al capital privado, así como a los diferentes niveles e instituciones de los Estados capitalistas específicos en cuestión.[48]

En las discusiones centradas en los precios de las materias primas durante el auge, a menudo se olvida el volumen total de extracción involucrado. Una forma de conceptualizar esto es a través de concepto de déficit comercial físico, definido como el total de exportaciones de recursos naturales medido en toneladas de minerales o granos, menos el total de importaciones. Este déficit comenzó a incrementarse en 1980, pero, como era de esperarse, su ritmo de crecimiento se aceleró en el último periodo de crecimiento extractivo, llegando a los 700 millones de toneladas en el 2005. Se estima que el mayor exportador extractivo, Brasil, exportó 500 millones de toneladas de recursos naturales desde el 2010.[49] Los altos precios de las materias primas por lo general han significado un ñmayor porcentaje de volumen de exportaciones ï particularmente en Bolivia (donde el índice de volumen aumentó 119% desde 2002 hasta 2013), Colombia (con un salto de 98.5% en el mismo periodo), Ecuador (con un límite de 95.5%), Perú (hasta 73.4%), Uruguay (con un aumento de 71%), Brasil (66%) y Chile (expandiéndose 52%).ò[50] Venezuela representa una desviación significativa de esta tendencia. Por un lado, los precios del petróleo aumentaron entre 2002 y 2013, pero las exportaciones por volumen cayeron en Venezuela 1.84% anual durante el mismo periodo, debido principalmente a disputas internas dentro de las compañía petrolera estatal PDVSA que, por supuesto, estaban vinculadas a disputas políticas más grandes entre la derecha nacional y el gobierno de Chávez. [51]

[47] *Ibid.*
[48] *Ibid.*
[49] Eduardo Gudynas, ñLos ambientalismos frente a los extractivismosò, *op. cit.*
[50] James Cypher y Tamar Wilson, *op. cit.*, p. 8.
[51] James Cypher y Tamar Wilson, *op. cit.*, p. 9.

Estados compensatorios

Los gobiernos progresistas utilizaron abundantes rentas de recursos para establecer una variedad de ñEstados compensatoriosò en diferentes países, en los que la legitimidad política se basaba en los modestos resultados redistributivos logrados en parte a través de programas específicos de transferencia de efectivo a los sectores más pobres de la sociedad, mientras que las estructuras de clase subyacentes y las relaciones de propiedad social permanecieron en esencia intactas.[52] El gasto público, relativamente alto en el contexto de alto crecimiento, lubricó políticas de consenso en estos nuevos Estados compensatorios, a pesar del hecho de que los programas de transferencia de efectivo nunca estuvieron diseñados para confrontar las causas estructurales de la reproducción de la pobreza y la desigualdad en las sociedades de América Latina.[53] Por lo tanto, los Estados compensatorios, rompieron con elementos específicos de la caja de herramientas de la política neoliberal ortodoxa en términos de la escala del gasto público, pero dejaron intactas las bases estructurales de la economía. Mientras el gasto público en los pobres, junto con mejores oportunidades de empleo generadas a través del crecimiento económico relativamente alto, alivió la pobreza en cierto grado en muchos países, tales mejoras modestas para las clases populares coexistieron con ganancias netas sin precedentes para el capital privado extranjero y nacional invirtiendo en sectores de recursos.[54] No obstante, en América Latina en su conjunto la desigualdad de ingresos entre los más ricos y los más pobres ha caído a lo largo de la mayoría del siglo XXI. Entre 2002 y 2012, la parte del ingreso total del quintil más pobre de la población creció del 4.8 al 6.2 por ciento, mientras que el del quintil más rico cayó del 50.7 al 45 por ciento. Entre el 2012 y el 2016, esta tendencia positiva continuó a un ritmo menor, al punto que para 2016 la porción del quintil más alto era del 44.2 por ciento

[52] Eduardo Gudynas, ñEstado compensador y nuevos extractivismos: Las ambivalencias del progresismo sudamericanoò, *op. cit.* Ver también: Eduardo Gudynas, *Extractivismos: ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo la naturaleza*, CEDIB, Cochabamba, 2015.

[53] Julio C. Gambina y Germán Pinazo, ñLa crisis y las trayectorias de América Latina: neoliberalismo, neo-desarrollismo y proyectos alternativosò en Jairo Estrada Álvarez, *América Latina en medio de la crisis mundial: trayectorias nacionales y tendencias regionales*,CLACSO, Buenos Aires, 2014, p. 95.

[54] Julio Gambina y Germán Pinazo, *op. cit.*, pp. 102-103.

mientras que el más bajo era de 6.5 por ciento. Esta tendencia positiva región fue en particular marcada en los Estados compensatorios.[55]

La coincidencia de altos precios y volúmenes de exportación, por un lado, y bajas tasas de endeudamiento y alta liquidez internacional, por el otro, facilitaron mayores tasas de producción nacional y expansión del crédito, que a su vez impulsaron la demanda interna a través del consumo doméstico, inversión de capital y gasto público en servicios sociales e infraestructura pública.[56] Los casos de Venezuela y Brasil, como se mostrará en las siguientes secciones, son ejemplos útiles de dos polos opuestos a lo largo del *continuum* político-económico del Estado compensatorio. Venezuela es el Estado compensatorio que rompió más a fondo con el neoliberalismo, mientras que Brasil es el que modificó mínimamente el orden político-económico anterior. Sin embargo, a pesar de sus diferencias, hay estrechas similitudes estructurales en cada caso, lo que resalta los límites del más reciente giro a la izquierda de América Latina en las transformaciones de las relaciones de propiedad social heredadas y la inserción subordinada de la región en la división internacional del trabajo.

Venezuela

La Venezuela contemporánea manifiesta, de forma extrema, tres características comunes del Estado compensatorio en América Latina. Primero, exhibe esta forma de dependencia exagerada del Estado en las exportaciones de productos primarios, por lo tanto, aumentando la vulnerabilidad a fluctuaciones en el mercado mundial. Segundo, refleja las fortalezas momentáneas de esta forma de Estado en un entorno internacional propicio, especialmente con respecto a los beneficios distributivos que pueden acumularse para las clases populares en el corto plazo. Tercero, exhibe la vulnerabilidad de estos Estados, dadas las estructuras productivas subyacentes de sus economías, a las crisis periódicas correspondientes a giros negativos en el mercado global.

Como ha sido el caso de muchos otros países sudamericanos durante el auge de las materias primas, Venezuela, durante los regímenes de Chávez y

[55] Pedro Mendes Loureiro, ñReformism, class conciliation and the pink tide: material gains and their limitsò en *The Social Life of Economic Inequalities in Contemporary Latin America: Approaches to Social Inequality and Difference*, ed. Margarit Ystanes and Iselin &sedotter Strønen, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2018, pp. 41-42.

[56] James Cypher y Tamar Wilson, pp. 6-7.

Maduro, ha profundizado en lugar de romper su inserción subordinada en la división internacional del trabajo como productor primario de materia prima.[57] Aumentar la dependencia en la exportación de petróleo era la movida política más sencilla disponible por parte de los administradores estatales para asegurar la reproducción a corto plazo de las políticas públicas redistributivas que, a su vez, facilitaron la longevidad política del Chavismo en la oficina. Para capitalizar en las ventajas políticas de una bonanza petrolera a corto plazo, el modelo de exportación primaria heredado fue profundizado y extendido.[58] La increíble expansión de gasto público vista bajo Chávez fue posible precisamente por tal extractivismo petrolero, mientras que la falta de modificación de la estructura productiva del país hizo simultáneamente que la reproducción de estas políticas públicas fuera agudamente susceptible a una disminución del elevado precio internacional del petróleo.[59] En 1988, el año en que Chávez fue electo, 68.7% del total de la exportaciones venezolanas correspondió al petróleo, mientras que en 2013, año en que la crisis global comenzó a afectar de manera grave la economía venezolana, esa cifra se había incrementado hasta el 96%. Concomitantemente, la contribución de la producción industrial al PIB nacional cayó de 17% en el 2000 a sólo 13% en 2013.[60]

En igualdad de condiciones, cuando los precios del petróleo eran altos, la economía se disparó. Después de un serio colapso en el crecimiento del PIB en 2002 (-8.9%) y 2003 (-7.8%) debido a las crisis políticas traídas por un intento de golpe de derecha en abril del 2002 y un bloqueo petrolero en 2002-2003, el crecimiento subió 18.3%, 10.3%, 9.9% y 8.2% en los años 2004-2007. Hubo una caída 5.6% en 2008, correspondiente a una caída en el cuarto trimestre en el precio del barril de petróleo desde US$118 a US$58, en sí mismo una consecuencia de la turbulencia global en el pico de la crisis económica internacional.[61] La economía sufrió gravemente en 2009 (-3.2) y 2010 (-1.5), antes de una reanudación de tres años de un crecimiento moderado del PIB de

[57] Edgardo Lander, ñVenezuela: la experiencia bolivariana en la lucha por trascender al capitalismoò, ponencia presentada en el taller del *Grupo de Trabajo Global ñMás allá del Desarrolloò*, Fundación Rosa Luxemburg, Quito, 2017, pp. 14-15.

[58] *Ibid.*, p. 15.

[59] *Idem.*

[60] *Idem.*

[61] Mark Weisbrot y Jake Johnston, *Venezuelaõs Economic Recovery: Is It Sustainable?*, Center for Economic and Policy Research, Washington, 2012, p. 7; EIU, *Venezuela: Country Report*, Economist Intelligence Unit, London, March 2013, p. 8.

4.2%, 5.6%, y 1.3% en 2011, 2012 y 2013 respectivamente, a medida que se recuperaban los precios del petróleo. Una crisis petrolera entre 2014-2015, en el que el precio del barril cayó de US$130 a US$30, marcó el inicio de una recesión sostenida, con tasa de crecimiento negativas en 2014 (-3.9%) y 2015 (-5.7%).[62]

El vínculo íntimo entre las rentas al petróleo y el gasto público facilitó un incremento de cinco veces en el gasto público por habitante durante el segundo término de Chávez en relación con los niveles de gasto en la década de los noventa.[63] Gran parte de este gasto público fue canalizado a través de varios programas de servicios, conocidos como misiones, en los campos de la salud, educación y la vivienda.[64] Entre 1999 y 2011 ï un periodo que abarca las crisis del 2002 y 2003 y los años clave del augeï la pobreza medida por los ingresos en efectivo cayó del 42.8% a 26.7% de los hogares, o un descenso de 37.6%. La pobreza extrema cayó de 16.6% a 7% durante el mismo periodo, lo que significa un descenso de 57.8%. La mejora en los medios de subsistencia de los pobres mejoró aún más de los que estás cifras impresionantes sugieren, porque las mejoras en el ingreso de efectivo fueron acompañadas por un mejor acceso a los servicios de educación y sanidad, que son más difíciles de cuantificar.[65] Las campañas de alfabetización, expansión de la atención médica, extensión de la matrícula universitaria, subsidios a la vivienda, bajo desempleo, y una proporción decreciente de empleo formal contra informal fueron algunas de las características más importantes de los beneficios de bienestar del Estado expansivo durante la era del petróleo, impulsada por la expansión económica. Según algunas estimaciones, la inversión pública total entre 1999 y 2013 ascendió a US$650 billones. Las clases populares estaban mejor alimentadas, eran más saludables, tenían más educación y eran más políticamente activas que en el pasado. El país trepó de nivel ñmedianoò a nivel ñaltoò en el índice

[62] Daniel Hellinger, ñOil and the Chávez legacyò, *Latin American Perspectives*, vol. 44, núm. 1, 2017, pp. 54ï 77.

[63] Fernando Dachevsky y Juan Kornblihtt, ñThe reproduction and crisis of capitalism in Venezuela under Chavismoò, *Latin American Perspectives*, vol. 44, núm. 1, 2017, p. 84.

[64] Gregory Wilpert, *Changing Venezuela by Taking Power: The History and Policies of the Chavez Government*, Verso, London/New York, 2007; Steve Ellner, *Rethinking Venezuelan Politics: Class, Conflict, and the Chavez Phenomenon*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 2009; Iain Bruce, *The Real Venezuela: Making Socialism in the 21st Century*, Pluto Press, London, 2008.

[65] Mark Weisbrot y Jake Johnston, p. 26.

de desarrollo humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). De acuerdo a la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe, junto con Uruguay, Venezuela se convirtió en el país más igualitario de la región.[66]

Sin embargo, la economía venezolana ha estado dominada por la dualidad estructural, que consiste en un sector petrolero altamente productivo e internacionalmente competitivo, y un sector industrial improductivo orientado al mercado interno. La subvención del primero a este último ha sido una característica estándar de la dinámica de la economía.[67] El sector petrolero fue nacionalizado en 1976, con la creación de la petrolera estatal Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima (PDVSA),

> pero el control estatal de la renta del petróleo en el suelo no involucró la rectificación de la estructura dual. Incluso con la propiedad estatal de los yacimientos petrolíferos y el principal capital de explotación petrolera, la economía se mantiene atada a los ciclos de renta del petróleo. La renta del petróleo sigue siendo, como lo ha sido desde al menos desde la década de 1930, la base de acumulación de capital.ò[68]

Los mecanismos de transferencia de la renta petrolera a otros sectores incluyen políticas estatales como impuestos y regalías, pero también una política monetaria que permite una moneda sobrevaluada. El pago por exportación de petróleo en una moneda sobrevaluada resulta en la transmisión de poder adquisitivo internacional a sectores importadores que compran divisas, mientras benefician el capital extranjero que opera en el país y repatria beneficios al exterior.[69]

Venezuela fue devastada durante la crisis de la deuda de América Latina durante la década de los ochenta. El PIB real disminuyó un 26% entre 1978 y

[66] Edgardo Lander, *Venezuela: Terminal Crisis of the Rentier Petro-State Model?*, Transnational Institute, Amsterdam, 2014, p. 1.

[67] Fernando Dachevsky y Juan Kornblihtt, p. 79. Ver también, el texto clásico: Fernando Coronil, *The Magical State: Nature, Money, and Modernity in Venezuela*, University of Chicago Press, Chicago, 1997. Para saber más sobre estas dinámicas, vease el panorama de Kristin Ciupa, ñThe struggle continues: oil, class conflict and the State in Venezuela from 1999 to 2016ò, unpublished PhD, Queen Mary University of London, 2017.

[68] Fernando Dachevsky y Juan Kornblihtt, *op. cit.*, p. 79.

[69] *Ibid.*, pp. 79-81.

1986, tocando fondo en 2003 a 38% por debajo de su máximo en 1978.[70] La reestructuración neoliberal inició en 1989, durante la segunda administración de Carlos Andrés Pérez, y se consolidó durante la administración de Rafael Caldera entre 1994 y 1999.[71] Las reforma neoliberales involucraron, entre otras cosas, la apertura e internacionalización de la empresa petrolera estatal PDVSA, de tal forma que se transformó en algo semejante a un Estado dentro de un Estado. En un esfuerzo por revertir estas tendencias, la administración de Chávez realizó esfuerzos concentrados para restablecer una participación estatal en la economía petrolera, incluida la conducción de una exitosa campaña diplomática para rehabilitar a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), introduciendo reformas de política fiscal para permitir que el Estado capturara más del incremento extraordinario en las rentas de petróleo a la vez que los precios internacionales se disparaban y estableciendo un control estatal mayoritario sobre las empresas conjuntas con compañías privadas en el sector petrolero.[72]

El movimiento más decisivo para establecer control mayoritario en las empresas conjuntas vino como parte de una serie de decretos presidenciales en noviembre del 2001, en los que Chávez utilizó poderes nuevos y temporales concedidos por el Congreso para introducir una nueva ley del petróleo. La ley dictaba un nuevo conjunto de arreglos a través de los cuales el capital predominantemente extranjero podía acceder al petróleo Venezolano.[73] Estas reformas, porque amenazaron la autonomía de la administración de PDVSA, fueron fundamentales para animar al intento golpista de derecha en abril del 2002, que comenzó como una marcha en la sede de PDVSA en oposición a la aparente politización de la empresa estatal, seguida por el bloqueo petrolero de fines del 2002 y principios del 2003.[74] En 2006, Chávez reforzó y extendió la autoridad de la ley del petróleo del 2001 e incrementó la participación mínima del Estado en empresas conjuntas a un 60%.[75] Mientras que Conoco-

[70] Mark Weisbrot y Luis Sandoval, *The Venezuelan Economy in the Chávez Years*, Center for Economic and Policy Research, Washington, 2007, p. 4.

[71] Kenneth M. Roberts, ñSocial polarization and the populist resurgence in Venezuelaò en Steve Ellner y Daniel Hellinger, *Venezuelan Politics in the Chávez Era: Class, Polarization, and Conflict*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 2003, pp. 55-72.

[72] Steve Ellner y Daniel Hellinger, *op. cit.*, pp. 54 y 64.

[73] *Ibid.*, p. 65.

[74] *Ibid.*, p. 66.

[75] *Ibid.*, p. 66.

Phillips y Exxon-Mobil llevaron al Estado venezolano a un arbitraje internacional, sus esfuerzos fueron efímeros en este sentido, ya que se descubrió que las propias compañías estaban violando sus contratos. Además de estas dos excepciones, el resto de las compañías petroleras extranjeras llegaron a nuevos acuerdos con el Estado venezolano, entre otras cosas porque continuaron disfrutando de abundantes ganancias netas durante este periodo.[76]

Los esfuerzos del gobierno de Chávez para reafirmar una autoridad estatal significativa en el sector petrolero permitieron desviar grandes proporciones del extraordinario incremento en la renta del petróleo y redirigir parte de él hacia programas sociales que mejoraron los medios de subsistencia de las clases populares. Sin embargo, las políticas de Chávez no corrigieron la dependencia de los sectores no petrolíferos y relativamente no productivos de la economía Venezolana en el sector petrolero.[77] Por lo tanto, como se señaló, la producción industrial disminuyó y PDVSA falló en convertirse en una empresa estatal productiva; en cambio, sólo fue capaz de funcionar en cooperación con la inversión extranjera y acumulando deuda con China. Al mismo tiempo, los problemas estructurales asociado con la sobrevaloración de la moneda pesaron rápidamente en toda la economía. ñSi bien la sobrevaloración del bolívar amplió el poder adquisitivo en el exteriorò, como Fernando Dachevsky y Juan Kornblihtt resaltan, ñtambién fomentó el vuelo del dólar y generó restricciones en su sostenibilidad en el tiempo. Por esta razón, el gobierno tuvo que restringir la demanda de dólares a través de asignaciones de divisas, lo que contribuyó a una brecha entre los tipos de cambio oficiales y paralelos.ò[78]

Durante el Chavismo, a pesar del increíble aumento en la renta del suelo, el gobierno no fue capaz de llevar a cabo suficientes cambios estructurales para que los sectores no petroleros pudieran sobrevivir a las inevitables fluctuaciones de los ciclos del petróleo.[79] Las bancarrotas se aceleraron en los sectores industriales, mientras que los intentos de nacionalización de la administración de Chávez y las cooperativas respaldadas por el Estado no pudieron revertir los niveles estructuralmente bajos de productividad.[80] Para

[76] *Ibid.*, p. 69.
[77] Fernando Dachevsky y Juan Kornblihtt, *op. cit.*, p. 89.
[78] *Ibid.*, p. 89.
[79] *Ibid.*, p. 90.
[80] Thomas Francis Purcell, ñThe political economy of social production companies in Venezuelaò, *Latin American Perspectives*, vol. 40, núm. 3, 2013, pp. 146-68.

secciones significativas de la economía, se volvió más barato importar que producir a nivel nacional. Fuera del petróleo, se podían producir pocas mercancías a precios suficientemente competitivos para hacer que la exportación fuera una posibilidad. Por lo tanto, si bien los programas sociales y los aumentos salariales durante el auge petrolero incrementaron la capacidad de gasto de las clases populares, las crecientes necesidades no fueron satisfechas por los aumentos productivos nacionales, sino más bien por un acelerado ritmo de importaciones.[81]

Finalmente, incluso antes de que la economía venezolana fuera absorbida la crisis mundial que inició en el 2013 (más sobre eso abajo), la profundización de la dependencia del petróleo tuvo importantes implicaciones para la forma del Estado venezolano. En particular, una vez que el proceso bolivariano fue asociado con ñel socialismo del siglo XXIò, iniciando en el 2005, hubo una tendencia creciente de confundir el socialismo con el estatismo ï es decir, la extensión de la autoridad Estatal en la economía y la sociedad.[82] La antigua lógica estadocentrista existente de un capitalismo petrolero rentista en el país se profundizó durante la era de Chávez.

Como era de esperarse, esa combinación de socialismo y estatismo permitió el crecimiento de la burocracia y la corrupción.[83] Debido a que el proceso Bolivariano priorizó una lógica redistributiva en lugar de una lógica de transformación de la estructura productiva de la economía, la redistribución estatal ha adquirido a menudo un carácter clientelista. Esta tendencia general se fortaleció por la difuminación relacionada del partido y el Estado, siguiendo por la creación descendente del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) en el 2007. Desde la fundación del partido, éste ha utilizado, en repetidas ocasiones, recursos estatales para promover su propia propaganda, organizar movilizaciones de apoyo y reuniones de patrocinadores, en violación a la Constitución de 1999. La lealtad al PSUV también se ha convertido en un mecanismo de filtrado para alcanzar y retener el empleo en el sector público.[84] La fusión Partido-Estado ha mejorado la corrupción porque ha facilitado la

[81] Edgardo Lander, ñVenezuela: la experiencia bolivariana en la lucha por trascender al capitalismoò, *op. cit.*, p. 15.

[82] *Ibid.*, p. 18.

[83] *Ibid.*, p. 20.

[84] *Ibid.*, p. 25.

disminución de transparencia en la administración pública. A medida que el Estado y el partido se combinan, el acceso a la información de las operaciones de los aparatos institucionales del Estado se vuelve cada vez más opaco, y para los funcionarios estatales operando en los oscuros corredores, se abren ventanas a oportunidades extraordinarias de enriquecimiento.[85]

Así como el redoblar del estatismo ha acompañado el aumento en el peso del petróleo dentro de la economía Venezolana bajo el Bolivarianismo, el papel del ejército en asuntos estatales ha crecido paralelamente a la convergencia del Estado y el partido. Dada la historia personal de Chávez, era de esperarse que a través del proceso Bolivariano, personal militar activo y retirado asumiera una variedad de altos cargos públicos ï como ministros, miembros de la Asamblea Nacional, gobernadores estatales, y gerentes de empresas estatales.[86] Esta prominente tendencia fue reforzada bajo el sucesor de Chávez, Nicolás Maduro, desde el 2013. Para febrero del 2017, por ejemplo, 35% del gabinete de Maduro estaba compuesto de personal militar activo o retirado, incluido el propio presidente. Las plazas ministeriales otorgadas a dichos individuos incluían el Ministerio de Interior, Justicia y Paz, el Ministerio de Obras Públicas, y el Ministerio de Ecosocialismo y Agua. El Ministerio de Defensa también ha obtenido un control inusualmente autónomo sobre sus propios asuntos. En el régimen de Chávez, varios oficiales militares ejercieron su autoridad en áreas que han sido señaladas por tener niveles particularmente graves de corrupción: acceso a monedas subsidiadas; control sobre puertos; distribución de alimentos; regulación de fronteras nacionales y regulación de zonas mineras ilegales.[87] La presidencia de Maduro ha propiciado la continuidad de esas prácticas, así como la consolidación del control militar sobre algunas empresas estatales. [88]

En resumen, el estado compensatorio venezolano durante los años de auge de Chávez exhibió una mayor dependencia en las exportaciones de productos primarios. Mientras los precios eran altos, la renta de la riqueza petrolera financió ganancias distributivas ï aunque clientelistasï para las clases populares

[85] *Ibid.,* p. 26.

[86] *Ibid.,* p. 29.

[87] Lander, ñVenezuela: la experiencia bolivariana en la lucha por trascender al capitalismoò, *op. cit.,* p. 29.

[88] Lander, ñVenezuela: la experiencia bolivariana en la lucha por trascender al capitalismoò, *op. cit.,* p. 30.

de alcance y profundidad significativos. La incapacidad del proceso Bolivariano para transformar la estructura productiva de la economía venezolana significó que la reproducción de beneficios distributivos para los pobres fue siempre vulnerable a una desaceleración en las condiciones del mercado internacional. La antigua tendencia por la centralidad del petróleo en la economía venezolana para amplificar los poderes totalizadores del Estado en el mercado y la sociedad tomó una forma exagerada con Chávez. Para el 2005, este creciente estatismo se confundió ideológicamente con socialismo. El desdibujamiento de las fronteras entre el PSUV y una miríada de aparatos estatales fue una dinámica constante después del 2007. Todo esto facilitó relaciones clientelistas entre el Estado y organizaciones populares, con estas últimas siendo reducidas a clientes ante la ausencia de una transformación del sector productivo de la economía. Las oportunidades de corrupción por parte de los funcionarios del Estado se expandieron a través de varios medios, incluidas las oportunidades para el creciente número de militares activos y retirados asumiendo altos cargos públicos.

Brasil

Si Venezuela durante el gobierno de Chávez representó la expresión más radical del Estado compensatorio en la América Latina del siglo XXI, Brasil con Lula fue quizá su rostro más moderado. Un programa de desarrollo del neodesarrollo, con diferentes inflexiones en momentos particulares, se desenvolvió a través de las dos administraciones de Lula (2003-2006, 2007-2011) al igual que las de su sucesora Dilma Rousseff (2011-2014, 2015-2016). La política brasileña durante esta época mostró significativamente menos rupturas con el modelo neoliberal heredado que el modelo de acumulación adoptado en Venezuela con Chávez, sin embargo hubo algunas superposiciones con la trayectoria venezolana, en particular con respecto a los límites de transformación de la estructura productiva de la economía, la creciente importancia de lo exportación de productos primarios, los éxitos temporalmente limitados de las ganancias distributivas para las clases populares y la vulnerabilidad de la economía a la crisis.

Así como en la mayoría de países sudamericanos, las condiciones en el mercado internacional a mediados de los dos mil eran propicias para el crecimiento económico en Brasil. El crecimiento económico promedió 5.4% entre

2004 y 2013, la expansión más rápida en décadas.[89] El PIB en 2008 era alto, cuando la crisis mundial comenzó, en 5.1%. Luego de una breve caída en 2009 hasta -0.1%, el crecimiento se recuperó a 7.5, 4.0, 1.9 y 3 por ciento entre 2010 y 2013. El impacto retrasado de la crisis en Brasil comenzó realmente en 2014, cuando el crecimiento decayó, contrayéndose a 0.5%, seguido de una fuerte recesión en 2015 y 2016, con una contracción de -3.8% y -3.6% respectivamente. La demanda impulsada por China incrementó los precios de los productos primarios, acelerando el sector agroindustrial de Brasil durante el periodo de auge, y particularmente la producción de soya para exportación, aunque la exportación de minerales y petróleo también fueron importantes.[90] El entorno internacional fue en especial importante durante la primera administración de Lula. El crecimiento de las exportaciones constituyó el 43.5% del aumento en la demanda agregada entre 2001 y 2005, y fue el catalizador clave del cambio en el crecimiento del PIB de 1.1% en 2003 a 5.8% en 2004.[91] Las exportaciones agrícolas constituyeron el 42% de las exportaciones totales entre 1999 y 2010. En 2014, las exportaciones agrícolas netas alcanzaron US$96.76 billones. En 2013, la soya representó un 23.2% del total de exportaciones agrícolas, y la comida de soya constituyó un 8.8% adicional. El sector de la soya ampliamente concebido ascendió, entonces, a 32% de las exportaciones totales. También fueron importantes las exportaciones de azúcar (13.3%), aves de corral (9.6%), y carne de res (7.6%). El poder económico del agronegocio puso, en consecuencia, límites políticos extremos al alcance de la reforma agraria durante la totalidad de la era Lula-Rousseff.[92]

[89] Nicolás Grinberg, ñFrom populist developmentalism to liberal neodevelopmentalism: the specificity and historical development of brazilian capital accumulationò, *Critical Historical Studies*, vol. 3, núm. 1, 2016, pp. 65-104, p. 96.

[90] Leandro Vergara-Camus, ñSugarcane ethanol: the hen of the golden eggs? Agribusiness and the State in Lulaôs Brazilò en Susan Spronk y Jeffery R. Webber (editores), *Crisis and Contradiction: Marxist Perspectives on Latin America in the Global Political Economy*, Historical Materialism Book Series Leiden, Brill Academic Publishers, 2014, pp. 211-35.

[91] Pedro Mendes Loureiro y Alfredo Saad-Filho, ñThe limits of pragmatism: the rise and fall of the Brazilian Workers Party (2002-2016)ò en *Latin American Perspectives*, Forthcoming, p. 5.

[92] Sérgio Sauer y George Mészáros, ñThe political economy of land struggle in Brazil under workers party governmentsò, *Journal of Agrarian Change*, vol. 17, núm. 2, 2017, p. 401.

La expansión de la renta brasileña de suelo en agricultura, minería, y petróleo fue aprovechada por las administraciones de Lula, que introdujeron un conjunto de políticas Estatales que transfirieron parte de esta renta al capital industrial y de servicios, así como a programas distributivos para los pobres.[93] Entre 2006 y 2012, el salario mínimo se incrementó un 27% en términos reales, con efectos de arrastre en términos de pensiones, seguridad social, y beneficios de desempleo. El número de personas beneficiándose de los programas de transferencia de efectivo también aumentó entre 1995 y 2011, de 14.5 millones a 24.4 millones, mientras que el gasto social agregado aumentó de 11.0% a 16.2% del PIB durante el mismo periodo.[94] La faceta más importante de la matriz de transferencia de efectivo durante el gobierno del PT fue la Bolsa Familia, que se enfocaba en familias en extremo pobres con una modesta transferencia de efectivo asociada a la asistencia escolar regular de los niños. Para el 2010, el programa Bolsa Familia se había extendido a 12.7 millones de familias, o el 25% de la población total del país.[95]

Como en Venezuela, hubo repercusiones positivas importantes para los pobres y los trabajadores urbanos. En 1993, de acuerdo a línea de pobreza oficial, había 600 millones de pobres en el país, o 41% de la población. En 2003, al inicio del primer gobierno de Lula, la cifra absoluta no había cambiado, pero debido al crecimiento demográfico, la proporción de personas pobres había disminuido a 35%. Para el 2012, la pobreza había caído a 30 millones de personas, o simplemente a 15% de la población. El aumento del gasto público durante el periodo de expansión económica también mejoró los sectores de infraestructura, vivienda, educación, salud, y servicio civil.[96] Entre el 2002 y el 2012, la matrícula universitaria como proporción de adultos brasileños aumentó de 16.6% a 28.7%.[97] Estas ganancias sociales explican el índice de aprobación sin precedentes de Lula (90%) al finalizar su segundo mandato en 2010.[98]

La desigualdad, sin embargo, fue más estable. Un examen de las

[93] Nicolás Grinberg, *op. cit.*, pp. 96-97.

[94] Pedro Mendes Loureiro y Alfredo Saad-Filho, *op. cit.*, p. 8.

[95] Sean Purdy, ñBrazilôs june days of 2013: mass protest, class, and the leftò, *Latin American Perspectives*, 19 de abril de 2017, p. 3.

[96] Pedro Mendes Loureiro y Alfredo Saad-Filho, *op. cit.*, p. 9.

[97] Sean Purdy, *op. cit.*, p. 3.

[98] *Idem.*

declaraciones de impuestos y las encuestas a hogares muestran que el coeficiente de Gini se mantuvo estable en alrededor 0.69 entre 2006 y 2012, debido principalmente a las ganancias e intereses acumulándose al capital, que no son gravados en el país.[99] Un indicador de esta dinámica se ve reflejado en las ganancias registradas por los cuatro bancos más grandes de Brasil en 2013, que en conjunto sumaron más que el PIB de 83 países combinados.[100] La expansión de las pensiones públicas, el impulso de los programas de transferencias monetarias condicionadas y los incrementos salariales en el mercado laboral impulsaron una mejora en las tasas de pobreza, en otras palabras, mientras que los más ricos mantuvieron su cuota de ingresos nacionales.[101]

Los gobiernos del PT implementaron políticas reformistas pragmáticas y no conflictivasò, señalan Pedro Mendes Loureiro y Alfredo Saad-Filho, ñes decir, la búsqueda de resultados progresivos a través de un ócamino de menor resistenciaô. Esta estrategia incluye el compromiso a las óreglas del juegoô, preservar la Constitución, y redistribuir los flujos de ingreso al margen mediante programas de transferencia y mejoras en mercados laborales, dejando al mismo tiempo la distribución (altamente desigual) de los activos y evitando la movilización extrainstitucional, la confrontación ideológica o apelaciones a política basada en la clase.[102]

En el periodo previo a las elecciones del 2002, la campaña de Lula indicó de manera temprana el carácter que asumiría su primer gobierno. El manifiesto electoral del PT no era comparable con los documentos radicales fundadores del partido en 1980. En el tramo final de la campaña en el 2002, Lula fue chantajeado por el gobierno actual, la prensa dominante y el FMI para reasegurar sus credenciales neoliberales. Él no sólo suavizó drásticamente su postura en política económica, sino que también escribió la infame óCarta al pueblo brasileñoô en la que se comprometía a honrar los compromisos financieros de Brasil y continuar con el legado económico dejado por la administración de Cardoso.[103]

La política económica del primer mandato de Lula preservó en gran medida los parámetros neoliberales introducidos por su predecesor Fernando Henrique

[99] Pedro Mendes Loureiro y Alfredo Saad-Filho, *op. cit.*, p. 10.
[100] Sean Purdy, *op. cit.*, p. 4.
[101] Pedro Mendes Loureiro y Alfredo Saad-Filho, *op. cit.*, p. 11.
[102] *Ibid.*, p. 2.
[103] Nicolás Grinberg, *op. cit.*, p. 96.

Cardoso (1995-2003) y Fernando Collor de Melo (1990-1992). En las certeras palabras de Ricardo Antunes, la primera administración de Lula dejó ñinalterada los rasgos estructurales constitutivos de la perversa exclusión brasileña burguesa de la formación social.ò[104] Los límites de la política fueron establecidos por un triple compromiso con la baja inflación y la independencia del banco central, la liberalización de flujos del capital, el tipo de cambio flotante y la austeridad fiscal.[105] Dentro de estas restricciones, la distribución a las clases populares se limitó a cierta formalización de los contratos laborales, aumentos limitados al salario mínimo, inyecciones en programas específicos de transferencia de efectivo, y la extensión del rol del financiamiento a través del Banco Nacional de Desenvolvimento Económico e Social (BNDES).[106]

Las elecciones del 2006 que condujeron al segundo mandato de Lula ocurrieron en un momento político diferente. El PT sufría de una aguda agitación interna debido a un explosivo escándalo de corrupción y casi fue derrotado en las urnas.[107] Un cambio en el curso político era necesario para la supervivencia de Lula y el PT por igual. Inicialmente, animado por el contexto internacional del auge de los productos primarios, Lula introdujo más elementos distributivos a su forma de gobierno en su segundo mandato, mientras mantenía la lealtad del gobierno a las varias secciones del capital ï agroindustria, finanzas, industria y la simbiosis de las últimas dos. Haciendo honor a su carácter de régimen de conciliación multiclasista, accedió a las demandas del capital mientras ofrecía bienestar focalizado a los estratos pauperizados dependientes del Estado para sobrevivir, en particular a través de la Bolsa Familia.[108] La educación superior se expandió durante esta administración y fueron introducidas cuotas universitarias para estudiantes negros.[109] Se crearon millones de empleos, aunque éstos fueron principalmente mal pagados, no calificados y precarios. El Estado invirtió en empresas estatales, en particular a través de la expansión de las actividades de Petrobras en 2009, después del descubrimiento por parte

[104] Ricardo Antunes, ñBrasil: el colapso del gobierno Dilma y el PTò, *Herramienta*, 2015.

[105] Alfredo Saad-Filho y Armando Boito, ñBrazil: the failure of the PT and the rise of the ñNew Rightòôen Leo Panitch y Greg Albo (editores), *Socialist Register 2016: The Politics of the Right*, Monthly Review Press, New York, 2015, p. 214.

[106] *Ibid.* p. 216.

[107] Perry Anderson, ñLulaôs Brazilò, *London Review of Books*, vol. 33, núm. 7, London, 31 de marzo de 2011.

[108] Ricardo Antunes, ñBrasil: el colapso del gobierno Dilma y el PTò, *op. cit.*

[109] Alfredo Saad-Filho, ñA coup in Brazil?ò, *Jacobin*, New York, 23 de marzo de 2016.

de la compañía de reservas en aguas profundas en el Atlántico.[110] Las políticas expansivas se introdujeron en 2009-2010 a raíz de la crisis mundial, aprovechando las reservas de divisas que se habían acumulado a tasas elevadas durante el auge de las materias primas. El marco de la política económica violó algunos preceptos neoliberales al introducir protecciones aisladas del mercado para el capital industrial, mientras se hacían recortes en las tasas de interés de los préstamos de los bancos estatales a productores y consumidores. Al mismo tiempo, el gasto del sector público se expandió de manera significativa.[111]

En el segundo mandato de Lula, el papel de las exportaciones en el dinamismo económico disminuyó. Las exportaciones representaron un incremento significativamente menor del 5.6% del PIB entre 2006 y 2011, con el consumo público, la inversión privada y, más importante, el consumo privado, en 59.2%.[112] Si las exportaciones había impulsado el crecimiento durante el primer mandato de Lula, el crédito personal lo impulsó en el segundo, a la par del gasto público dirigido a los pobres, que dependía de la expansión de las rentas agrícolas, mineras y petroleras en un contexto de alza en los precios de las materias primas. Ninguno de estos frágiles propulsores de la expansión podía perdurar. El patrón de deuda personal se extendió por un tiempo a los mandatos de Rousseff, de tal forma que, entre 2005 y 2015, ñla deuda total del sector privado se incrementó de un 43% a un 93% del PIBò,[113] señala Perry Anderson, con préstamos de consumo al doble del nivel de países vecinos. Para cuando Dilma fue reelegida a finales del 2014, los pagos de intereses sobre crédito familiar absorbían más de un quinto del ingreso promedio disponible. Junto con el agotamiento del auge de los productos primarios, la juerga del consumidor ya no era sostenible. Los dos motores de crecimiento se habían estancado.

Como concluyen Mendes Loureiro y Saad-Filho:

> La administración de Lula logró crecimiento y distribución a través de un conjunto limitado y no conflictivo de políticas basadas en el ingreso que, bajo condiciones

[110] Alfredo Saad-Filho y Armando Boito, *op. cit.*, pp. 217-218.

[111] Nicolás Grinberg, *op. cit.*, p. 98.

[112] Pedro Mendes Loureiro y Alfredo Saad-Filho, *op. cit.*, p. 11.

[113] Perry Anderson, ócrisis in Brazilô, *London Review of Books*, vol. 38, núm. 8, 21 de abril de 2016, pp. 15-22.

> externas favorables, se podían sostener mediante procesos de mercado. Sin embargo, la inversión privada no se recuperó, no hubo transformaciones significativas en la estructura productiva, la inversión pública fue insuficiente para modernizar la infraestructura del país y no se intentó abordar las desigualdades en la distribución de activos ni gravar los ingresos más altos.[114]

Como el caso de Venezuela, la política brasileña bajo los mandatos de Lula y Rousseff, perfeccionaron antiguas tradiciones de clientelismo y corrupción en el país. Esta dinámica fue alimentada, en parte, por las inestables y multifacéticas coaliciones del PT con aliados eclécticos en el Congreso, dado que el PT nunca logró la mayoría de escaños por sí solo. El fuerte énfasis en lubricar la estabilidad de la coalición a través de tratos clandestinos innumerables, ñen lugar de buscar la movilización de fuerzas extra-parlamentarias para transformar el sistema político, se convertiría en un factor decisivo en la caída de las administraciones del PT.ò[115] Las oficinas burocráticas y ministeriales fueron ñocupadas a través de negociaciones por los dirigentes del PT, muchos de ellos ex líderes sindicales, o por miembros de partidos políticos aliados, creando una verdadera máquina burocrática vinculada orgánicamente al partido.ò[116] Mientras que las recompensas burocráticas en expansión filtradas por el partido y la construcción de alianzas con partidos ideológicamente extraños aseguró la viabilidad electoral, también desmovilizó los movimientos sociales y los sindicatos, y ñalejó a muchos miembros del partido y esposó al gobierno incapacitándolo para avanzar en su programa general.ò[117]

Las limitantes estructurales del moderado Estado compensatorio en Brasil ya eran visibles durante los mandatos de Lula, a pesar de su popularidad sin precedentes. La economía brasileña siguió dependiendo, en gran medida, de las exportaciones de productos agrícolas y minerales, y aunque producía empleos, muchos de estos empleos eran informales e inseguros. Incluso donde se produjo el crecimiento del empleo en el sector formal, es importante señalar que ñlas dos categorías ocupacionales más grandes de Brasil son en trabajo doméstico (7.2 millones) y trabajo en telemarketing en centros de llamadas

[114] Pedro Mendes Loureiro y Alfredo Saad-Filho, *op. cit.*, p. 12.
[115] Pedro Mendes Loureiro y Alfredo Saad-Filho, *op. cit.*, p. 13.
[116] Sean Purdy, *op. cit.*, p. 5.
[117] *Idem.*

(1.4 millones).ò[118] El modelo de acumulación neodesarrollista y bastante liberal asumido por los gobiernos de Lula produjo un crecimiento constante aprovechando la coyuntura favorable en el mercado mundial, avivando el gasto público mediante la transferencia de rentas agrícolas, mineras y petroleras durante el auge de las materias primas, y permitiendo la acumulación de la deuda privada a niveles altos. Esta estrategia era estructuralmente vulnerable en varios niveles y las contradicciones internas del modelo se jugaron en forma decisiva durante los dos periodos de Rousseff en el cargo, el segundo terminando de manera prematura en un golpe parlamentario-judicial precisamente debido a estas contradicciones.

Regresaremos a los detalles de la política económica de la caída del gobierno de Rousseff en 2016 en adelante, una vez que se haya elaborado un mapa de los amplios contornos latinoamericanos de la crisis mundial. Primero, sin embargo, consideremos dar un vistazo a las amplias continuidades neoliberales que caracterizan la política económica regional de América Latina después de una década y media de gobiernos de centro-izquierda e izquierda.

Continuidades neoliberales en el siglo XXI

En retrospectiva, lo que quizá es más impactante son las significativas continuidades estructurales subyacentes ï con respecto a la posición de la región en el mercado mundial y sus estructuras internas de claseï entre periodo neoliberal ortodoxo y la era del Estado compensatorio. Un conjunto básico de observaciones, como hemos visto, tiene que ver con el veloz giro a la exportación de productos primarios ya en la década de los ochenta, durante el apogeo del neoliberalismo ortodoxo.[119] En agricultura, el enfoque renovado en la exportación de productos básicos transformó no sólo lo que se cultivaba, sino también las relaciones sociales propias en la vida rural de la región. Las corporaciones de agronegocios se convirtieron en los impulsores de la contrarreforma agraria, liderando la conversión a monocultivos intensivos en capital. Las antiguas oligarquías se hicieron aliadas a través de una estrecha asociación económica con los nuevos participantes ï las corporaciones transnacionales de agronegocios.[120] Los campos de soya ï en última instancia para aceite de cocina y

[118] *Ibid.*, p. 4.
[119] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo, op. cit.*, p. 34.
[120] Leandro Vergara-Camus y Cristóbal Kay, ñThe agrarian political economy of left-

alimentación animalï ahora dominan los paisajes de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Monsanto y otros gigantes multinacionales predominan en estas enormes operaciones, que generan en promedio un solo empleo por cada 100-150 hectáreas de producción.[121] Si el capital agroindustrial fue el que cambió el juego en la nueva dinámica, los pequeños productores fueron su subproducto desechable. La desposesión de los campesinos se manifestó a través de mayores costos de insumos, presiones competitivas, y riesgos asociados con los baches y caídas en el mercado internacional. Al intentar adaptarse a los novedosos imperativos de los insumos agroquímicos, refrigeración y rápido transporte, los pequeños productores se endeudaron con frecuencia, perdieron sus tierras y migraron a las ciudades, uniéndose a una creciente reserva de proletarios informales desempleados y subempleados.

El crecimiento del complejo agrominero ha acompañado al relativo declive de la industria. Como se señaló, el peso de la manufactura en el PIB latinoamericano en 2002-2006 fue aproximadamente la mitad de lo que fue en 1970-1974 y la direccionalidad no cambió bajo los gobiernos progresistas; de hecho, a menudo empeoraba. Pero en lugar de que la industria desapareciera por completo, fue reestructurada de manera subordinada al último ciclo de reproducción dependiente.[122] En Brasil, la productividad ha desacelerado, los costos han aumentado y le inversión industrial es escasa en un contexto de rápido deterioro en la infraestructura de energía y transporte. De manera similar, en Argentina, a pesar de pequeños retrocesos en la última década, la regresión industrial continúa, con un movimiento del 23% al 17% del PIB desde los ochenta, concentración de propiedad extranjera, y vínculos débiles con la producción nacional de componentes.[123] El ciclo político progresivo de inicios de siglo XXI en gran parte de las regiones no ha modificado la vulnerabilidad de América Latina ante los giros en el mercado mundial. Esta fragilidad persiste, en parte, debido a la relativa disminución de la industria y la expansión de las exportaciones primarias y la falta de diversificación productiva.[124]

---

wing governments in Latin America: agribusiness, peasants, and the limits of neodevelopmentalismò, *Journal of Agrarian Change*, vol. 17, núm. 2, 2017, pp. 415-37.

[121] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, *op. cit.*, p. 34.

[122] Juan Grigera, op. cit.

[123] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, *op. cit.*, p. 35.

[124] *Ibid.*, p. 387.

En los países más pequeños de la región, las remesas y el turismo se han vuelto cada vez más importantes en términos de generación de divisas. Latinoamérica se ha convertido en el mayor receptor regional de remesas, con varios países contándolas como su fuente primaria de divisas ï República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Guyana, Haití, Honduras, Jamaica y Nicaraguaï y varios otros países, y secundaria ï Belice, Bolivia, Colombia, Ecuador, Paraguay y Surinam.[125] Gran parte de esto proviene de los Estados Unidos, por supuesto, donde residen aproximadamente 30 millones de migrantes latinoamericanos, documentados e indocumentados.[126]

Las transformaciones en agricultura, minería, industria, remesas y turismo han tenido un impacto en la formación de clases, desde arriba y desde abajo. Los grupos capitalistas latinoamericanos más exitosos se han vuelto más concentrados e internacionalizados, estableciendo grupos regionales llamados *multilatinas*.[127] Estas multilatinas surgieron de familias adineradas con apellidos conocidos ï Slim (México), Cisneros (Venezuela), Noboa (Ecuador), Santo Domingo (Colombia), Andrónico Lucski (Chile), Bulgheroni y Rocca (Argentina), Lemann, Safra, y Moraer (Brazil)ï y se han vinculado a la gestión global, y extendido sus prioridades a una escala regional. Las multilatinas brasileñas y mexicanas están al frente, seguidas de las empresas argentinas y chilenas.[128] Aunque estas entidades son más poderosas que las corporaciones latinoamericanas en el pasado, la clase capitalista regional sigue siendo secundaria en una escala global y ha perdido terreno significativo ante la competencia de Asia.[129]

Mientras tanto, los mercados laborales urbanos, se han deteriorado con la privatización de las empresas estatales, el declive del empleo en el sector público, y el relativo decaimiento de la industria. Precariedad, una característica normal del capitalismo históricamente, está extendiendo su alcance en la fase actual. En una serie de países, la juventud marginada ha buscado refugio en la naciente economía del narcotráfico, en donde siempre terminan contribuyendo

[125] *Ibid.*, p. 36.
[126] *Ibid.*, p. 37.
[127] Javier Santiso, *The Decade of the Multilatinas*, Cambridge University Press, New York, 2014.
[128] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, *op. cit.*, p. 39.
[129] *Ibid.*, p. 40.

ï de una forma u otraï a las crecientes estadísticas de homicidios.[130] El modelo extractivo de acumulación ï agroindustria, minería, gas natural y petróleoï crea pocos empleos, mientras los empleos industriales permanecen cada vez más ñinformalizadosò, a través del uso, cada vez más extendido, de trabajadoras flexibles y no sindicalizadas.[131]

En la mayoría de las administraciones de izquierda ha habido una extensión de la asistencia social para atemperar lo peor del empobrecimiento. Pero la preparación de las transferencias de efectivo para aquellos en pobreza extrema sólo fue una solución temporal y transitoria, que no ofrecía una solución a las causas del problema. Crucialmente, estos programas persisten junto con la precariedad y la informalización del mundo del trabajo a lo largo de líneas neoliberales.[132] Si bien ha habido una disminución en la desigualdad de ingresos en el siglo xxi, el coeficiente Gini agregado de la región (51.6) se mantiene muy por encima del promedio mundial (39.5) y es el doble del promedio de las economías avanzadas.[133]

La crisis global llega a América Latina

La peor crisis del capitalismo mundial desde la década de los treinta estaba destinada a tener un impacto en la política y la economía de América Latina, incluso si su epicentro inicial en 2007-2008 fueron los Estados Unidos y, muy poco después, la Eurozona.[134] La crisis afectó de manera severa la región pero tomó casi cuatro años para que el efecto se manifestara a plenitud.[135] El crecimiento agregado en América Latina y el Caribe continuó a una tasa relativamente alta de 4.8% en 2008, seguido por una caída a -1.9% en 2009 y

[130] *Ibid.*, pp. 42-43.

[131] Alejandro Portes y Kelly Hoffman, ñLatin American class structures: their composition and change during the neoliberal eraò, *Latin American Research Review*, vol. 38, núm. 1, 2003, pp. 41-82; Amy Hite y Jocelyn S. Viterna, ñGendering class in Latin America: how women effect and experience change in the class structureò, *Latin American Research Review*, vol. 40, núm. 2, 2005, 50-82.

[132] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, *op. cit.*, p. 44.

[133] *Ibid.*, p. 44.

[134] David McNally, *Global Slump: The Economics and Politics of Crisis and Resistance*, PM Press, Oakland, 2010; Anwar Shaikh, ñThe first great depression of the 21st centuryò en Leo Panitch, Greg Albo y Vivek Chibber (editores), *Socialist Register 2011: The Crisis This Time*, Monthly Review Press, New York, 2010, pp. 44-63.

[135] Jeffery Webber, *op. cit.*, pp. 23-24.

una reanudación del crecimiento de 5.9% y 4.3% en 2010 y 2011, respectivamente.[136] El hecho de que los precios de las materias primas se mantuvieran estables debido al continuo dinamismo en China fue de importancia crítica. Además, la elevada liquidez internacional y las bajas tasas de endeudamiento (debido, en parte, a un contexto externo marcado por las políticas monetarias expansivas de la Reserva Federal y el Banco Central Europeo), un aumento de la IED que fluye hacia los sectores de recursos naturales de América Latina y el gasto anticíclico por parte de varios gobiernos en la región ï aprovechando las reservas acumuladas durante el augeï ayudaron a disminuir la gravedad inicial de la llegada de la crisis mundial a la región.[137] Por supuesto, este resumen general oculta la heterogeneidad entre subregiones y países en particular, que se aclarará más adelante. Por el momento, es suficiente señalar que, aunque el impacto inicial de la crisis en Sudamérica fue moderado, principalmente debido al cambio en la primera década del siglo XXI hacia relaciones comerciales más profundas con China, México, América Central y el Caribe permanecieron profundamente integrados a la economía norteamericana. Desde el comienzo de la crisis en Estados Unidos, las subregiones mencionadas fueron más dramáticamente afectadas que Sudamérica. Simultáneamente, sufrieron un colapso en su principal destino de exportación y una desaceleración en las remesas de trabajadores migrantes, así como el regreso de algunos trabajadores migrantes que habían sido despedidos en los Estados Unidos, lo que generó presión en los mercados laborales nacionales.[138]

[136] CEPAL, *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe, 2012*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, 2012, p. 77.

[137] Esteban Actis, ñAmérica Latina y su contexto externo: del doble al frágil boomò, *Nueva Sociedad*, diciembre de 2017, http://nuso.org/articulo/america-latina-y-su-contexto-externo/ [consulta: 16 de abril de 2018]; Martín Abeles y Sebastián Valdecantos, ñAmérica del Sur, recesión y despuésé ò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires,septiembre-octubre de 2016, pp. 14-21; Claudio Katz, ñLos atolladeros de la economía latinoamericanaò, *Herramienta*, 11 de noviembre de 2011; Claudio Katz, ñThe singularities of Latin Americaò en Leo Panitch, Greg Albo y Vivek Chibber (editores), *Socialist Register 2012: The Crisis and the Left*, Monthly Review Press, New York, 2011; Claudio Katz, ñThe three dimensions of the crisisò en Susan Spronk y Jeffery R. Webber (editores), *Crisis and Contradiction: Marxist Perspectives on Latin America in the Global Political Economy*, Historical Materialism Book Series, Brill Academic Publishers, Leiden, 2014.

[138] Jeffery Webber, *op. cit.*, pp. 20-21.

Los esfuerzos de gasto anticíclico en muchos países no pudieron resistir el impacto de la caída del auge de las materias primas, con una caída en los productos mineros y agroindustriales que inició en el 2011 y, poco después, un descenso en los precios del petróleo y el gas natural a mediados del 2014.[139] El crecimiento en China comenzó a tambalearse en forma significativa en 2011, incluso cuando el país continúa siendo una de las zonas de mayor crecimiento en el mundo. Al mismo tiempo, la falta de recuperación en los Estados Unidos y la Eurozona significó que no había áreas dinámicas de acumulación en el mercado mundial para compensar el retraso provocado por la desaceleración en China. La enorme caída del crecimiento anual promedio en China en los periodos entre 2003-2008 y 2010-2016, de 9.4% a 6.6% (una disminución total de 29.8%), fue acompañada de contracciones proporcionalmente más grandes en la Eurozona, de 1.5 a 0.9% (una disminución total del 43.2%), y en los Estados Unidos, de 2.4% 1 1.5% (un golpe total de 38.4%).[140]

El deterioro ininterrumpido del entorno externo no afectó a todas las subregiones de igual manera. El fin del auge de los precios de las materias primas tuvo un impacto devastador en América del Sur, y un efecto negativo en México, mientras que los importadores netos de petróleo y gas natural en gran parte del Caribe y Centroamérica se beneficiaron de la recesión de los precios en este sentido. La desaceleración en China afectó en particular las exportaciones en Sudamérica, mientras que la tendencia a la baja en Estados Unidos impactó en México, Centroamérica y el Caribe.[141] Si el mecanismo clave para la transmisión de la crisis a Sudamérica fue una caída en los precios de los productos impulsada por la disminución de la demanda en China, los mecanismos en México, Centroamérica y el Caribe fueron el decrecimiento en las remesas de mano de obra documentada e indocumentada en los Estados Unidos y una baja en las exportaciones a su principal destino de exportación, ya que la economía de los Estados Unidos se estancó.

Los efectos de la recesión global en curso se volvieron cada vez más claramente discernibles en Latinoamérica con el tiempo. Mientras que el

[139] James Cypher y Tamar Wilson, *op. cit.*, p. 6.

[140] ECLAC, *Economic Survey of Latin America and the Caribbean 2017*, *op. cit.*, p. 117.

[141] Luis Morano, *et al.*, ñBetween a rock and a hard place/: the monetary policy dilemma in Latin America and the Caribbeanò, *The World Bank*, Washington, 1 October 2017, pp. 1-62.

crecimiento agregado anual a lo largo de América Latina y el Caribe fue de 3.9% en el periodo 2003-2008, sólo fue del 2.8% entre 2010 y 2016. Aunque la mayoría de las regiones mundiales crecieron de manera más lenta en este último periodo, la desaceleración en América Latina y el Caribe fue notablemente más aguda que en otros lugares.[142]

Mientras que en 2011 el crecimiento agregado en América Latina y el Caribe alcanzó el 4.7%, esto fue seguido por un descenso a 2.9% en 2012 y 2013, con una fuerte caída a 1.1% en 2014, la tasa de crecimiento más baja desde el 2009. Por último, en 2015 y 2016, hubo tasas de crecimiento negativas en toda la región, a -0.4% y -0.1%, respectivamente, siendo Argentina, Brasil y Venezuela las economías más afectadas. La subregión de Sudamérica se contrajo en 1.2% y 2.9% en 2015 y 2016 respectivamente.[143]

Hubo una débil recuperación del crecimiento en 2017 de 1.3% en América Latina y el Caribe, así como estimaciones de crecimiento proyectado de 2.2% para el 2018, con un crecimiento más débil y un crecimiento proyectado en Sudamérica que en Centroamérica, México y el Caribe.[144] En 2017, una recuperación en extremo moderada significó que el crecimiento económico per cápita nunca pasó el cero.[145] Parte del crecimiento en 2017, tal como fue, puede explicarse por un aumento del 11% en el crecimiento de exportaciones con respecto al 2016, incluidos un incremento del 8% en precios de exportación y del 3% en el volumen de exportación. Debido a que los precios y volúmenes de las importaciones en 2017 aumentaron más lentamente que las exportaciones, los términos de comercio para el total de la región mejoraron en un 3%.[146] Estimados preliminares para el 2017, con respecto al 2016, revelan un incremento de 19% en los precios de energía, un aumento de 16% en precios de metales y minerales, y un aumento de 3% en precios de alimentos.[147] Sin embargo, los signos generales de la economía de América Latina y el Caribe siguen siendo deficientes. El desempleo siguió creciendo de 2016 a 2017, de

[142] *Ibid.* p. 11.

[143] *Ibid.* p. 5.

[144] CEPAL, *Explorando nuevos espacios de cooperación entre América Latina y el Caribe y China*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, 2018, p. 18.

[145] ECLAC, *Economic Survey of Latin America and the Caribbean 2017*, *op. cit.*, p. 15.

[146] CEPAL, *Explorando nuevos espacios de cooperación entre América Latina y el Caribe y China*, *op. cit.*, p. 18.

[147] ECLAC, *Economic Survey of Latin America and the Caribbean 2017*, *op. cit.*, p. 15.

8.9% a 9.4%.[148] Las características subyacentes de la economía regional entre 2009 y 2016, ñno han conducido ni a la acumulación de capital ni a la creación de capacidad, o por lo tanto a un crecimiento sostenido a largo plazo.ò[149]

Entre 2009 y 2016, a medida de que las exportaciones e inversiones perdieron importancia, el gasto gubernamental y el consumo privado impulsado por el crédito impulsaron un escaso crecimiento económico.[150] La liberalización financiera, iniciada en décadas precedentes, sigue permitiendo que los recursos financieros fluyan a la región, incluso a medida de que disminuye el IED. En particular, tales recursos internos fluyen en forma de crédito al sector privado. Por un lado, ha habido una expansión concertada en la deuda de los hogares. Por otro lado, el sector corporativo no financiero en Latinoamérica está aprovechando el creciente papel de los mercados de bonos internacionales y ha acrecentado sus niveles de endeudamiento sustancialmente.[151] Lo que es más evidente es que el crecimiento del crédito al sector privado y el incremento en los niveles de endeudamiento de los hogares están aumentando significativamente en Sudamérica; en particular resulta notable cómo estas tendencias se manifiestan más decididamente ñen algunas de las economías cuyas estructuras de producción son más vulnerables al impacto externo.ò[152] En Brasil, por ejemplo, la deuda promedio de los hogares aumentó en forma dramática en tan sólo una década, de 21% en 2006 a 42%, con el servicio de la deuda de los hogares creciendo en promedio de 15% a 22% del ingreso disponible 2016.[153] En términos de endeudamiento del sector corporativo no financiero, entre 2009 y 2016, las emisiones de bonos latinoamericanos se incrementaron de alrededor US$20 billones a US$90 billones, después de alcanzar los US$150 billones en 2015. Los pasivos por deuda externa para América Latina y el Caribe en el primer trimestre de 2016 ascendieron a US$716 billones, en comparación con una cifra aproximada de US$300 billones entre 2000 y 2009.[154]

[148] CEPAL, *Explorando nuevos espacios de cooperación entre América Latina y el Caribe y China*, *op. cit.*, p. 18.
[149] ECLAC, *Economic Survey of Latin America and the Caribbean 2017*, *op. cit.*, p. 145.
[150] *Ibid.*, p. 89.
[151] *Ibid.*, p. 87.
[152] *Ibid.*, p. 135.
[153] *Ibid.*, p. 136.
[154] *Ibid.*, p. 136.

Venezuela

La economía Venezolana fue golpeada pronto por la crisis, con el crecimiento del PIB en 3.2% y 1.5% en 2009 y 2010 respectivamente. Aun así, el impacto inicial fue breve y hubo una recuperación entre 2011 y 2013, tras la cual ocurrió la recesión más seria y continua, caracterizada por una contracción de 4.0% y 7.0% en 2014 y 2015 respectivamente.[155] Los dos pilares de cohesión del proceso Bolivariano ï el liderazgo carismático de Hugo Chávez y los elevados precios del petróleoï ahora faltaban.[156] En las elecciones de 2013, después de la muerte de Chávez a comienzos de ese mismo año, Nicolás Maduro fue electo por un estrecho margen, habiendo recibido 1.5% más votos que el candidato de la oposición unida, Henrique Capriles. Entre 2014 y 2016 la desaceleración continua del PIB fue acompañada por una aceleración en la inflación al nivel más alto del planeta. ñLa carencia de productos básicos, los cortes salariales, la creciente inseguridad, junto con el deterioro de los servicios públicos,ò señala Edgardo Lander, ñresultó en la rápida reversión de las mejoras en condiciones de vida que se habían alcanzadoò durante los años de la bonanza petrolera.[157]

Para mantener los altos niveles de gasto público, el gobierno recurrió fuertemente a las reservas internacionales, lo que resultó en la contracción del 60% de dichas reservas entre diciembre de 2012 y mayo del 2017.[158] Al mismo tiempo, los préstamos de China, que serán pagados principalmente con la extracción de petróleo, se han expandido de modo peligroso. Líneas de crédito alternativas se han vuelto casi imposibles de obtener, con demandas de pago cada vez más altas.[159] En términos políticos, la oposición de derecha se ha aprovechado de la recesión económica para avanzar en su propia agenda, con la Mesa de la Unidad Democrática (MUD) ganando dos tercios de los asientos de la Asamblea Nacional en las elecciones legislativas de diciembre de 2015.

[155] Economic Commission for Latin America and the ECLAC, *Preliminary Overview of the Economies of Latin America and the Caribbean 2017*, Economic Commssion for Latin America and the Caribbean, Santiago de Chile, 2017, p. 59.

[156] Edgardo Lander, ñVenezuela: la experiencia bolivariana en la lucha por trascender al capitalismoò, *op. cit.*, p. 10.

[157] *Ibid.*, p. 11.

[158] ECLAC, *Economic Survey of Latin America and the Caribbean 2017*, *op. cit.*, p. 81.

[159] Edgardo Lander, *Venezuela: Terminal Crisis of the Rentier Petro-State Model?*, *Aporrea*, 30 de octubre de 2014, pp. 12-13.

Los límites estructurales de la economía petrolera profundizada en los regímenes de Chávez y Maduro han surgido decisivamente a la superficie. Estos límites han encontrado expresión, primero, en la incapacidad de ñlos esfuerzos para promover la producción nacional, ya sea en el sector público, privado o socioeconómico,ò y segundo, en la ñhemorragia permanente e insostenible de divisas altamente subsidiadas para pagar por las importaciones de alimentos y otros bienes básicos de consumo, insumos intermedio y suministros, así como artículos de lujo y turismo en el exterior.ò[160] Al final, el aumento de la cinética rentista-capitalista ha llevado a ñsucesivos mecanismos burocrático-administrativosò que fueron ñcreados para controlar el uso de subsidios en el intercambio externoò, pero, ñhan llevado a graves cuellos de botella en importaciones, con un impacto significativo en precios y disponibilidad de productos, así como a niveles masivos de corrupción.ò[161] De hecho, la corrupción ha asumido una escala impresionante. Por ejemplo, el ex presidente del Banco Central señaló que en 2012, cuando aún ocupaba ese puesto, de un total de US$59 billones en divisas subsidiadas, aproximadamente US$20 billones fueron desviados a ñempresas ficticiasò por completo ñajenas a las actividades productivasò y en consecuencia a los bolsillos de burócratas civiles y militares bien posicionados y capitalistas conectados. Juntos, este triángulo se conoce despectivamente como *boliburguesía*.[162] La alta inflación, por su parte, ha socavado el poder adquisitivo de trabajadores y pobres de zonas urbanas, haciendo insignificantes los diversos aumentos ostensibles en los salarios legislados desde el inicio de la crisis.[163]

Según algunas versiones, Venezuela experimentó una fuga de capital de US$150 billones tan solo en el 2012, aproximadamente el 43% del PIB. Esto explica en parte la devaluación de la moneda nacional y el fortalecimiento de la especulación en el mercado negro paralelo en dólares estadounidenses (en donde los dólares se vendan alrededor a 15 veces la tasa de cambio oficial.[164] En el mercado interno, la tasa del mercado negro es la tasa utilizada por los vendedores comerciales para fijar sus precios, con la excepción de los pocos

[160] *Ibid.*, p. 5.
[161] *Ibid.*, p. 5.
[162] *Ibid.*, p. 5.
[163] Manuel Sutherland, ñSiete apuntes sobre las protestas en Venezuela, problemas económicos y medidas revolucionariasò, *Aporrea*, 17 de febrero de 2014.
[164] *Idem.*

productos sujetos a regulación. Por lo tanto, la escalada de precios, dejando de lado el tema del acaparamiento, seguiría siendo una problemática grande que necesita resolución. Esos actores comerciales que obtienen dólares legalmente a través de canales oficiales para comprar las importaciones de bienes del exterior no tienen en realidad ningún incentivo para usar los dólares obtenidos para este fin; en lugar de eso, tienen todos los incentivos para desviar esos dólares en forma ilegal al mercado negro con el fin de obtener ganancias extraordinarias. Esto provoca mayor escasez de bienes, incremento de precios y una caída en la calidad de los bienes y servicios.[165]

Para el 2014, la deuda de la compañía petrolera estatal PDVSA llegó a US$40 billones, con gran parte de su financiamiento prestado usado para sostener un bolívar sobrevaluado, así como la capacidad de la compañía para llevar a cabo sus servicios económicos y sociales designados.[166] El legado de Chávez de reafirmar el control del Estado sobre la dinámica de la economía petrolera está ñamenazada no sólo por la oposición política a los Chavistas, sino por las debilidades institucionales, el aumento de la deuda, el deterioro del progreso económico y la caída en el precio del petróleo.ò[167]

La respuesta preliminar del gobierno de Maduro parece ser un intento desesperado de intensificar el extractivismo en el sector minero, a pesar del significativo empeoramiento de las condiciones internacionales en los mercados minerales. El giro minero se refleja más en los planes para el desarrollo de la zona de extracción del Arco Minero del Orinoco. El 24 de febrero del 2016, Maduro emitió un decreto presidencial estableciendo una zona estratégica de desarrollo nacional llamada Arco Minero de Orinoco, un área que cubre 112 kilómetros cuadrados, o 12% del territorio nacional. Esta zona debe estar abierta a la inversión privada transnacional en la minería a cielo abierto. Significativamente, se le asignó a las fuerzas armadas una posición central en la implementación de este proyecto, tanto en términos de su capacidad para contener cualquier resistencia que llegue a surgir, así como a través de la creación de empresas mineras nacionales que operarán bajo gestión militar. El área del Arco Minero de Orinoco es territorio indígena, así como una región de gran biodiversidad. A pesar de la amplitud y alcance

[165] *Idem.*
[166] Daniel Hellinger, *op. cit.*, p. 71.
[167] Daniel Hellinger, *op. cit.*, p. 74.

obvios del proyecto de desarrollo para la trayectoria futura de la economía política venezolana, la decisión de proceder fue ejecutada por decreto presidencial, sin debate público ni consulta con la Asamblea Nacional.[168]

Brasil

La crisis global se trasmitió al contexto brasileño a inicios del 2011, con una caída constante y pronunciada del crecimiento a partir de entonces. En 2010, después de que se introdujera un paquete de estímulo anticíclico tras el cierre de la segunda administración de Lula, el crecimiento del PIB llegó a su clímax con un aumento de 7.6%. Los efectos del estímulo del gasto resultaron efímeros, ya que el crecimiento promedió tan solo 2.1% anualmente entre 2011 y 2014, comparado con un promedio de 4.4% en el periodo 2004-2010.[169] Mientras que se creó un promedio de 1.46 millones de empleos formales al año en el periodo 2004-2010, esta cifra cayó a un exiguo 829,000 en el 2001-2014, antes de caer de manera dramática a partir de entonces.[170] El crecimiento alcanzó tan solo 0.5% en 2014, antes de contraerse a un 3.8% y 3.6% en 2015 y 2016.

Rousseff tuvo la desgracia de llegar a la presidencia el 1 de enero del 2011, justo después de la cúspide de la expansión económica brasileña y justo al comienzo de un declive sostenido. A grandes rasgos, el primer programa político-económico de Rousseff reprodujo ampliamente el del segundo mandato de Lula. Hubo esfuerzos para estimular el crecimiento en el mercado interno, se diseñaron incentivos para la producción de productos de exportación ï en particular en el sector de los agronegociosï y se redujeron los impuestos para grandes capitales en los sectores industrial y de construcción, entre otros. Al mismo tiempo, se mantuvieron las tasas de interés muy altas, garantizando el continuo apoyo del sector financiero.[171]

Las condiciones internacionales para las exportaciones brasileñas se deterioraron bruscamente. Entre 2005 y 2011, los términos de intercambio

[168] Edgardo Lander, ñVenezuela: la experiencia bolivariana en la lucha por trascender al capitalismoò, *op. cit.*, p. 17.

[169] Franklin Serrano and Ricardo Summa, *Aggregate Demand and the Slowdown of Brazilian Economic Growth from 2011-2014*, Center for Economic and Policy Research, Washington, 2015, p. 1.

[170] Franklin Serrano y Ricardo Summa, *op. cit.*, p. 4.

[171] Ricardo Antunes, ñBrasil: el colapso del gobierno Dilma y el PTò, *op. cit.*

del país mejoraron significativamente. Los productos primarios como porcentaje del total de las exportaciones aumentaron del 28% al 41%, mientras que las manufacturas disminuyeron de 55% a 44%. La tendencia en la composición de las exportaciones continuó bajo Rousseff, con los productos primarios representando más de la mitad del valor de las exportaciones totales al final de su primer mandato en 2014. Sin embargo, iniciando en 2011, el precio en el mercado mundial de las exportaciones de materias primas brasileñas se disparó hacia abajo, con el mineral de hierro cayendo de US$180 a US$55 la tonelada, la soya de US$18 a US$8 el bushel, y el petróleo crudo de US$140 a US$50 el barril.[172] Mientras tanto, a flexibilización cuantitativa en los Estados Unidos, Reino Unido, Japón y la Eurozona encendió la salida de capital hacia Brasil, sobrevaluando la moneda, avivando la desindustrialización y ayudando a mantener una fuerte disminución en el PIB del país.[173]

Como se señaló, los impulsores de crecimiento durante la administración de Lula fueron las exportaciones y la demanda interna, que habían sido impulsadas por el gasto público, los modestos aumentos a los salarios, y la expansión del crédito privado. Sin embargo, la inversión y la productividad se habían rezagado durante estas dos administraciones, y esa limitación estructural del modelo acumulativo hizo a Brasil particularmente vulnerable a la variación en las condiciones internacionales.[174] Durante la primera administración de Rousseff, las políticas intervencionistas fallaron al intentar estimular la inversión privada y, mientras el crecimiento flaqueaba, la política fiscal del gobierno se volvió más contractiva.[175] Rousseff comenzó a ajustar las medidas de austeridad fiscal en un intento por ganar ñcredibilidadò ante los inversionistas privados.[176] El Banco Central independiente mantuvo su compromiso con la baja inflación, la liberalización de los flujos de capital, y la austeridad fiscal, elevando de nueva cuenta las tasas de interés en 2013. Simultáneamente, el Ministerio de Finanzas introdujo significativas reducciones en el gasto público, lo que intensificó la crisis económica.[177]

Desde que Rousseff asumió el cargo, las clases populares brasileñas, cuyas

[172] Perry Anderson, ñCrisis in Brazilò, *op. cit.*
[173] Alfredo Saad-Filho, ñA Coup in Brazil?ò, *op. cit.*
[174] Pedro Mendes Loureiro y Alfredo Saad-Filho, *op. cit.*, pp. 15-16.
[175] *Ibid.*, p. 17.
[176] *Ibid.*, p. 17.
[177] *Ibid.*, p. 18.

expectativas se habían incrementado, comenzaron a responder a la contracción económica con un número creciente de huelgas y movimientos sociales. En junio del 2013, se produjo un punto de inflexión cuando millones de brasileños, en su mayoría trabajadores y jóvenes, tomaron las calles para protestar contra las alzas de tarifas de tránsito en cientos de ciudades a lo largo del país, pero con las mayores concentraciones en São Paulo y Río de Janeiro. Las protestas fueron brutalmente reprimidas por la policía y el gobierno del PT se unió a la condena de los manifestantes junto con los partidos de derecha y, al menos en un inicio, los medios de comunicación.[178] Las protestas de junio del 2013 socavaron gran parte de la legitimidad del gobierno del PT.

De manera parcial, como consecuencia, la campaña presidencial de Rousseff en el 2014 se destacó por su carácter expresamente anti-neoliberal. Prometió rechazar los ajustes fiscales exigidos por varias secciones del capital y defender los derechos sociales de los trabajadores brasileños. La campaña del PT hizo hincapié en la agenda agresivamente derechista del principal oponente conservador, Aécio Neves, y pudo movilizar suficientes capas del apoyo del partido para ganar las elecciones por un estrecho margen. Una vez en el cargo, se volvió claro que Rousseff había realizado un clásico ñcebo y cambioò. Joaquim Levy, economista neoclásico formado en la Universidad de Chicago y con sede en Bradesco, uno de los bancos más grandes del país, fue nombrado ministro de Finanzas.[179] A Levy le fue permitido reinar libremente para llevar a cabo un paquete de austeridad de gran alcance. ñLos imperativosò, observa Perry Anderson, ñfueron recortar el gasto público, recudir el crédito de los bancos públicos, subastar bienes estatales, y aumentar los impuestos para que el presupuesto regresara a la plusvalía primaria.ò[180]

La apuesta de Rousseff por la credibilidad no logró convencer al capital, que regresó a su hogar tradicional en diferentes configuraciones políticas de derecha, mientras que la base popular del PT se desilusionaba cada vez más. Como consecuencia de renegar de sus promesas electorales, junto con la creciente recesión en el país, la popularidad de Rousseff ya había sufrido un deterioro importante cuando la presidenta se volvió blanco de la investigación anti corrupción *Lava Jato*. A pesar de la extendida corrupción de prominentes

[178] Sean Purdy, *op. cit.*, pp. 1-2.
[179] Alfredo Saad-Filho y Armando Boito, *op. cit.*, p. 222.
[180] Perry Anderson, ñCrisis in Braziló, *op. cit.*

políticos de derecha, *Lava Jato* proporcionó un pretexto para realizar una campaña específica contra Rousseff, que culminó con el golpe judicial-parlamentario de agosto del 2016, la destitución de Rousseff y la instalación del no electo Michel Temer en la presidencia. Profundamente impopular, Temer ha desplegado desde entonces un esfuerzo para profundizar las medidas de austeridad iniciadas durante la segunda administración de Rousseff.

Imperialismo

Hasta ahora, se ha argumentado que las variedades de desarrollo político-económico, patrones de acumulación y especificidades de las formas estatales en América Latina están determinadas tanto por el proceso de acumulación desigual y jerárquica de capital a escala global como por los equilibrios cambiantes de las fuerzas de clase y la lucha interna en los distintos países. Es importante ahora agregar a estos componentes el problema del imperialismo. Hacer esto nos permitirá enfatizar la forma en cómo el desarrollo jerárquico y desigual del capitalismo a escala mundial no sólo se desenvuelve en libertad según las leyes del movimiento del capitalismo. Sin duda, éstas son esenciales, pero el desarrollo desigual también se intensifica y reproduce a través de las especificaciones de los Estados capitalistas más poderosos del mundo, ya que cada uno busca reproducir (o alterar), en la medida de lo posible, las existentes jerarquías y desigualdades en su beneficio de su Estado y su capital nacional. Por lo tanto, la desigualdad y la jerarquía son resultados tanto de las dinámicas no intencionales de la acumulación de capital como de las actividades geopolíticas intencionales de los Estados más poderosos del orden mundial.[181]

En *Bajo el imperio del capital*, tal vez la teorización reciente más importante sobre el imperialismo proveniente de América Latina, Claudio Katz ofrece una cuidadosa periodización y caracterización de las distintas fases del imperialismo desde finales del siglo XIX ï clásico (1880-1914); post-guerra (1945-1975) y neoliberal (1980-presente).[182] La gran ventaja del esquema de Katz es la atención que presta al carácter subyacente de las épocas cambiantes del desarrollo del capitalismo global, junto con una cuidadosa

[181] Todd Gordon y Jeffery R. Webber, *Blood of Extraction: Canadian Imperialism in Latin America*, Fernwood Publishing, 2016, pp. 2-30.

[182] Claudio Katz, *Bajo el imperio del capital*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2011, pp. 41, 161.

defensa contra el crudo determinismo económico. Las dinámicas capitalistas en el sistema mundial en diferentes periodos históricos nunca son reducidas a abstracciones vacías, como si determinaran resultados políticos mecánicamente. Katz, siguiendo a Karl Marx en este sentido, se eleva de lo abstracto a lo concreto al introducir nuevas y específicas determinaciones y mediaciones a través de las fases capitalistas, a medida de que estas determinaciones y mediaciones surgen en diferentes regiones del mundo, de maneras específicas. La lucha de clases ï desde arriba y desde abajo, y dentro de los países dominantes y dominadosï se encuentra en el corazón de la narrativa histórica y las premisas teóricas de Katz. Por lo tanto, la historia está abierta, si no es que abierta de par en par.

Siguiendo *Empire of Capital* de Ellen Meiksins Wood, Katz enfatiza la relación análoga entre las formas específicas de relaciones sociales domésticas y varias formas del gobierno imperial.[183] La historia sugiere que ha habido una cercana asociación entre sociedades capitalistas y no capitalistas, por un lado, y sus imperialismos, por el otro. Los imperios coloniales no capitalistas del pasado ï como los imperios feudales portugués y español en América Latina entre finales del siglo XV y principios del XIXï como los señores feudales en sus relaciones con los campesinos, el territorio dominado y los súbditos de la conquista militar, dominio político directo frecuente y, por lo tanto, extensa coerción extra económica. En contraste, el imperialismo capitalista ñpuede ejercer su dominio por medios económicos, manipulando las fuerzas del mercado, incluida el arma de la deuda.ò[184] Es obvio, sin embargo, que el imperialismo capitalista sigue necesitando fuerza coercitiva. Como sugiere Colin Mooers, ñ*la fuerza* se mantiene indispensable tanto para alcanzar la óaperturaô del mercado donde aún no existe como para garantizar el cumplimiento continuo de los derechos del capital.ò[185]

El capitalismo neoliberal, enfatiza Katz, fue testigo de la transformación de la vieja división internacional del trabajo a través de la internacionalización de la producción y la modularización de las cadenas de valor globales. La transferencia sistemática de actividades manufactureras dirigidas a Asia

[183] Ellen Meiksins Wood, *Empire of Capital*, Verso, London/New York, 2005.
[184] *Ibid.*, p. 12.
[185] Colin Mooers, *Imperial Subjects: Citizenship in an Age of Crisis and Empire*, Bloomsbury Academic, New York, 2014, p. 5.

intensificó la competencia y redujo los costos de producción.[186] Corporaciones multinacionales masivas emergieron como agentes clave en este proceso. Sin embargo, en contraste con el capital monopólico,[187] el aumento del tamaño de las empresas no es sinónimo de control de monopolio o supresión de la competencia. En lugar de eso, el capitalismo recrea sistemáticamente la competencia y el oligopolio en formas complementarias a través del reciclaje recíproco. En ciertos momentos de intensa rivalidad entre empresas, compañías específicas introducen formas transitorias de supremacía, pero éstas no pueden mantenerse ante nuevas batallas competitivas a la vuelta de la esquina. Esta dinámica, insiste Katz, es constitutiva del capitalismo y persistirá mientras este particular modo de producción sobreviva.[188]

Tecnológicamente, una revolución de la información ha facilitado las diversas mutaciones neoliberales del capitalismo, con la generalización del uso de computadoras en la manufactura y la administración financiera y comercial de mega-corporaciones. La innovación radical ha incrementado la productividad, abaratado el transporte y ampliado las redes de comunicación.[189] Sin embargo, la internacionalización del capital también ha permitido una transmisión más rápida y total de los desequilibrios en el sistema global viendo Japón en 1993; México en 1994; el sureste de Asia en 1997; Rusia en 1998; la llamada ñburbuja de los punto-comò en 2000 en los Estados Unidos y Argentina en 2001. Esta lista de crisis que antecedieron la Gran Recesión del 2008 no es exhaustiva.[190]

El sistema actual del imperialismo se sostiene en parte a través de la intervención militar estadounidense. Con una red de bases militares (entre 700 y 1,000) a lo largo de 130 países, los Estados Unidos disfrutan de una presencia militar global histórica sin precedentes y capacidades acompañantes.[191] El cambio a China como punto de apoyo de dinamismo en el capitalismo global constituye una nueva característica del sistema imperial

[186] Claudio Katz, *Bajo el imperio del capital*, *op. cit.*, p. 45.

[187] Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital*, Harmondsworth, Middles Pelican / Penguin Books, 1973; John Bellamy Foster and Robert Waterman McChesney, *The Endless Crisis: How Monopoly-Finance Capital Produces Stagnation and Upheaval from the USA to China*, Monthly Review Press, New York, 2012.

[188] Katz, *Bajo el imperio del capital*, *op. cit.*, p. 143.

[189] *Ibid.*, p. 45.

[190] *Ibid.*, pp. 43, 51.

[191] *Ibid.*, p. 54.

neoliberal. Pero para Katz sería prematuro concluir sobre su potencial de rivalizar con el poder los Estados Unidos.[192] Estados Unidos mantiene la primacía del dólar en el comercio y las finanzas; 62% de las reservas y 85% de las transacciones globales están en moneda estadounidense. A pesar de la deuda elevada y el déficit comercial, el dólar se ha mantenido como el refugio preferido de los capitalistas en momentos críticos, como el periodo posterior a la crisis del 2008.[193] Otra señal del poder actual de Estados Unidos es el hecho de que este país ha sido capaz, a raíz de la crisis mundial del 2008, de rehabilitar el Fondo Monetario Internacional (FMI) como auditor clave de las economías nacionales y supervisor de los ajustes. Hace poco tiempo, el FMI era una institución profundamente desacreditada, pero ha recobrado su anterior estatura en asuntos financieros internacionales a instancias de la presión de Estados Unidos. Aunque Estados Unidos contribuye con relativamente poco dinero a la institución, mantiene una influencia predominante en su dirección.[194]

Al mismo tiempo, la hegemonía estadounidense en el siglo XXI es muy reducida en comparación con su dominación casi absoluta en la primera mitad del siglo XX. La efectividad de su superioridad militar es cada vez más dudosa, como demuestran en forma parcial las consecuencias de las guerras en Afganistán e Irak.[195] Parte de la explicación de la beligerancia militar de Estados Unidos en el periodo neoliberal, en general, y el carácter temporal y geográficamente indefinido de la ñguerra contra el terrorò, en específico, puede entenderse como una compensación de la disminución en la competitividad industrial y la productividad. En el presente, el poder militar de los Estados Unidos se emplea en parte para corregir el deterioro económico.[196] Estados Unidos debe reafirmar constantemente su liderazgo global a través de nuevas guerras, insiste Katz, pero los resultados de cada guerra son imposibles de anticipar, y la instrumentalización de cada sangriento conflicto se ha vuelto más difícil con la ausencia del reclutamiento obligatorio.[197]

[192] *Ibid.*, p. 50.

[193] Claudio Katz, ñLa nueva estrategia imperial de Estados Unidosò en Marco A. Gandásegui, (editor), *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional*, CLACSO, Buenos Aires, 2017, p. 120.

[194] *Ibid.*, p. 121.

[195] Katz, *Bajo el imperio del capital*, *op. cit.*, pp. 104-10.

[196] *Ibid.*, p. 64.

[197] *Ibid.*, p. 65.

Esos analistas de política exterior, como Leo Panitch y Sam Gindin, o Perry Anderson, que defienden una preponderancia estadounidense relativamente constante y continua son, por lo tanto, demasiado simplistas y unilaterales en sus representaciones del orden mundial contemporáneo.[198] Tal perspectiva del poder de Estados Unidos, ñasume implícitamente que la economía global capitalista es manejada de manera ordenada, en lugar de ser un sistema anárquico en donde países rivales buscan una posición,ò observa Tony Norfield. ñUn Estado dominante como lo es Estados Unidos es más capaz de influenciar eventos a su favor. Pero como muestra la confusión en Medio Oriente y África del Norte, no es lo mismo que administrar el mundo.[199] En lugar de eso, Norfield propone medir los Estados más poderosos a lo largo de un índice de poder de cinco dimensiones, volcándose en particular en ñel tamaño de la economía de un país, su propiedad de activos extranjeros, la prominencia internacional de su sector bancario, el estado de su moneda en el comercio de divisas, su nivel de gasto militar.ò[200] De acuerdo al índice de Norfield, que considera cada una de las cinco dimensiones igual de importantes, Estados Unidos sí encabeza la gráfica en cuatro de los cinco indicadores, quedando atrás de Reino Unido en términos de banca internacional. En total, en las cinco dimensiones, Estados Unidos lidera, seguido de manera lejana por Reino Unido, con China posicionada en el tercer lugar, pero con el mayor impulso que cualquier otro Estado poderoso.[201] De los aproximadamente 200 países del mundo, Norfield sugiere, sólo alrededor de 20 tienen poder e influencia significativos más allá de sus fronteras. Estos países selectos ñjuegan un papel importante en el comercio y las finanzas globales, y son el hogar de las empresas más grandes del mundo. Algunos de ellos también envían sus buques de guerra, bombarderos, misiles, drones, soldados, ó asesoresô, ayuda militar y mercenarios privados para amenazar o asesinar personas en otros países, de tal forma que este tipo de poder está lejos de ser únicamente económico.ò[202]

En lo que sigue, el foco se dirige al imperialismo en América Latina, en el cual se discute, en primer lugar, la dimensión particular del índice de poder

[198] Leo Panitch y Sam Gindin, *The Making of Global Capitalism: The Political Economy Of American Empire*, Verso, London/NY, 2012; Perry Anderson, *American Foreign Policy and Its Thinkers*, Verso, London, 2017.

[199] Tony Norfield, *The City: London and the Global Power of Finance*, Verso, London, 2017, p. 105.

[200] *Ibid.*, p. 105.

[201] *Ibid.*, pp. 110ï 11.

[202] *Ibid.*, p. 108.

de Norfield relacionada al control de activos extranjeros, medido por el IED, y en segundo y tercer lugar, las estrategias específicas en América Latina de la segunda y tercer potencias mundiales más importantes de Norfield, Estados Unidos y China (Reino Unido, la segunda potencia mundial en el esquema de Norfield, siendo un jugador relativamente menor en la región).

Tendencias en la Inversión Extranjera Directa

Si bien el comercio se ha incrementado como un elemento de la creciente interconexión de la economía global desde la década de los ochenta, la característica más importante de la creciente interpenetración de las economías ha sido el aumento de la IED.[203] Los agentes centrales que facilitan el IED, a su vez, son las Corporaciones Multinacionales (CMN) que emergieron en una nueva escala y con un nuevo alcance desde la década de los sesenta en adelante, mientras se solidificaba la nueva división internacional del trabajo. Si bien estos nuevos monstruos operan de manera transnacional, a lo largo de múltiples países, conservan sus sedes en países específicos y dependen de sus Estados de origen para promover y defender sus intereses nacional e internacionalmente. Los Estados imperialistas en el periodo contemporáneo buscan reproducir mercados seguros en su hogar, al mismo tiempo que establecen y/o mantienen el acceso libre a nuevos y viejos mercados en el extranjero.[204]

En América Latina, los elementos clave de las dinámicas del imperialismo económico se pueden discernir a través de una evaluación de la concentración de los principales Estados inversionistas de IED con activos acumulados en la región. Un vistazo de las cifras del 2016 es revelador en este aspecto. De la IED total en América Latina en ese año, Estados Unidos lideró los países de origen de los inversores con 20% del total, aunque la aglomeración de países que constituyen la Unión Europea en conjunto representó el 53%. En términos desagregados, los Países Bajos encabezaron el contingente de la Unión Europea con 12% de la IED total en la región, seguido por Luxemburgo y España, cada uno con 8%. Como los Países Bajos y Luxemburgo han sido reestructurados

[203] Peter Dicken, *Global Shift: Mapping the Changing Contours of the World Economy, Seventh Edition*, 7 edition, The Guilford Press, New York, 2015; William I. Robinson, *A Theory of Global Capitalism: Production, Class, and State in a Transnational World,* Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2004.

[204] Todd Gordon y Jeffery R. Webber, *Blood of Extraction, op. cit.,* pp. 2-30.

como paraísos fiscales, las cifras de IED que fluyen fuera de estos países son opacas. Son usadas como plataformas de lanzamiento por las multinacionales con sede en otros países, por lo que lo que aparece como IED holandesa o luxemburguesa no siempre debe considerarse como tal. A medida que se avanza más en la jerarquía, Canadá y Reino Unido representan el 5% de la IED en América Latina, Italia y Francia el 4%, y Japón el 3%. China fue responsable por sólo del el 1.1% de la IED total en América Latina en 2016.[205] Sin embargo, estas cifras oficiales son algo engañosas en el caso de China, como lo ha señalado el análisis de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe. Las cifras oficiales subestiman el flujo del capital chino porque excluyen el papel de las fusiones y adquisiciones. Con fusiones y adquisiciones incluidas, China se convierte en el cuarto inversor más grande de la región, a la cola de Estados Unidos, la Unión Europea y Canadá, y es el país con mayor impulso de avance, como veremos a detalle más adelante.[206] En cuanto a fusiones y adquisiciones transfronterizas en América Latina en 2016, más de la mitad del total fueron concluidas por firmas de Estados Unidos y los países de la Unión Europea, 29% y 24% respectivamente. Canadá era el siguiente, con 15%, seguido de China con 12%.[207] Las firmas chinas fueron responsables de tres de las 20 transacciones principales, con una concentración de compras en los sectores energético y minero brasileños, ñconsolidando así su papel como inversor líder en América Latina y el Caribe en los últimos años.ò[208]

Señalamos que el flujo de la IED en América Latina y el Caribe alcanzó su máximo en el 2011, en el apogeo de las materias primas, antes de disminuir cuando inició la recesión económica regional, bajaron los precios de las materias primas, y se agudizó la volatilidad de la moneda. En 2016, el quinto año consecutivo de contracción, las entradas disminuyeron un 14% desde los niveles de 2015 a US$142 billones, afectando a todas las subregiones.[209] Ha habido una disminución general de la IED de 16.9% desde el apogeo de 2011.[210]

[205] ECLAC, *Foreign Direct Investment in Latin America and the Caribbean 2017*, *op. cit.*, pp. 13, 40.

[206] *Ibid.*, p. 13.

[207] *Ibid.*, p. 40.

[208] *Ibid.*, p. 42.

[209] UNCTAD, *World Investment Report 2017: Investment and the Digital Economy*, United Nations Conference on Trade and Development, Geneva, 2017, p. 59.

[210] ECLAC, *Foreign Direct Investment in Latin America and the Caribbean 2017*, *op. cit.*, p. 11.

A pesar de este declive, las entradas de IED en América Latina y el Caribe aún representaron el 3.7% del PIB regional, superando el promedio mundial de 2.5%. Esto sugiere la centralidad actual de las multinacionales dentro de la economía regional.[211]

La estrategia imperial de los Estados Unidos

Durante los ochenta y noventa, los intereses extranjeros estadounidenses en América Latina se desarrollaron principalmente en torno a tres ejes: primero, a través de políticas de ajuste estructural aplicadas por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, y el Banco Interamericano de Desarrollo para asegurar la transición y consolidación del neoliberalismo en la región; segundo, bajo el disfraz de ñpromoción de la democraciaò, en especial mediante del financiamiento de partidos políticos aliados y organizaciones de la sociedad civil a través de los canales de la Fundación Nacional para la Democracia (NED), en un esfuerzo por contener a las nuevas democracias latinoamericanas dentro del perímetro del liberalismo, y en particular, la competencia de élite entre partes pro-mercado virtualmente indistinguibles;[212] y, tercero, mediante la ñGuerra contra las drogasò, un pretexto para la intervención casi tan flexible como la guerra contra el comunismo durante la Guerra Fría.[213]

Es evidente que durante gran parte del siglo XXI la sobreextensión imperial de los Estados Unidos en el Medio Oriente, bajo el manto de la guerra contra el terror, significó que América Latina se alejó del centro hacia la periferia de la estrategia geopolítica estadounidense. Más recientemente, bajo Barack Obama, se ha producido una reorientación de la doctrina de seguridad, incluyendo prioridades militares. El rediseño ha implicado una reducción en la presencia militar en el Medio Oriente, con el fin de aumentar el poder militar disponible para ejercer presión sobre China. En el Medio Oriente, esto ha significado la finalización de las guerras estadounidenses y la cesión del gobierno a los clientes locales, con la Agencia Central de Inteligencia (CIA) para preservar el control

[211] *Ibid.*, p. 11.

[212] William I. Robinson, *Latin America and Global Capitalism, op. cit.*; William I. Robinson, ñPromoting polyarchy in Latin America: the oxymoron of ñMarket Democracyò en Eric Hershberg y Fred Rosen, *Latin America After Neoliberalism*, The New Press, New York, 2006, pp. 96-119.

[213] Brian Loveman (editor), *Addicted to Failure: U.S. Security Policy in Latin America and the Andean Region*, Rowman & Littlefield Publishers, Lanham, 2006.

de las operaciones secretas, coordinar información, y proporcionar armas selectivamente a los aliados según sea necesario.[214] En la región de Asia y el Pacífico, el Pentágono está elevando el número de tropas ubicadas en toda la región, reforzando el asedio a Corea del Norte y monitoreando las disputas territoriales entre Japón y China. En otros lugares, Estados Unidos continúa entrenando personal militar aliado en 34 países africanos, y mantiene sus tensiones con Rusia a través de los estados fronterizos aliados, especialmente aquellos que se han incorporado a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).[215] Sin embargo, el ascenso de la izquierda en la mayor parte de Sudamérica a mediados de la década del dos mil, junto con el pivote en la estrategia para Asia y el Pacífico bajo Barack Obama y la importancia de la costa occidental de América Latina en este momento, revivió el interés de Estados Unidos por contener América Latina y el Caribe; a través de los mecanismos de las iniciativas de libre comercio, la oposición al ñpopulismo radicalò, y las continuas guerras contra las drogas y el terror, América Latina ha retomado su antigua posición en el corazón de la doctrina geopolítica estadounidense.

A inicios de este siglo, la principal iniciativa económica de Estados Unidos en la región fue la promoción del Área de Libre Comercio de América (ALCA), que preveía un bloque de comercio en inversión que uniría a todos los países desde Canadá en el norte, hasta Chile en el sur, con la excepción de Cuba.[216] Cuando el ALCA se detuvo en las Cumbre de las Américas en Mar de Plata, Argentina en 2005, como resultado de la oposición popular de los movimientos sociales y algunos gobiernos de izquierda en América Latina (más notablemente Venezuela, pero también Brasil y Argentina), Estados Unidos cambió a una estrategia de acuerdos comerciales bilaterales con países aliados ï Perú, Chile y Colombia, por ejemplo, con el TLCAN habiendo ya incorporado a México en 1994.[217]

[214] Claudio Katz, ó La nueva estrategia imperial de Estados Unidosô, *op. cit.*, p. 124.

[215] *Ibid.*, p. 124.

[216] Jairo Estrada Álvarez, ñAlianza del Pacífico: ¿Hacia una redefinición del campo de fuerzas en nuestra América?ò en Jairo Estrada Álvarez (editor), *América Latina en medio de la crisis mundial: Trayectorias nacionales y tendencias regionales*, CLACSO, Buenos Aires, 2014, p. 110.

[217] Darío Salinas Figueredo, ñCambios en la ecuación de poder, constantes estratégicas estadounidenses y procesos políticos en América Latinaò en Marco A. Gandásegui (editor), *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional*, CLACSO, Buenos Aires, 2017, p. 297.

Estos acuerdos forjaron la base para la llamada Alianza del Pacífico, que se convirtió en parte del plan de Asociación Transpacífico. La iniciativa de la Alianza del Pacífico se formalizó por primera vez a instancias del presidente peruano Alan García, quien convocó a una reunión con los jefes de Estado de Chile, Colombia y México en Lima en abril del 2011.[218] El objetivo, según en la Declaración de Lima que surgió en esa reunión, era ñavanzar progresivamente hacia una libre circulación de bienes, servicios, capital y personasò entre los Estados miembros de la alianza.[219] Sin embargo, la iniciativa se vinculó rápidamente con la estrategia de Estados Unidos, en particular porque los actores centrales de las iniciativas iniciales de la Alianza del Pacífico ï Perú, Chile, y Colombiaï ya eran signatarios de los acuerdos comerciales bilaterales con los Estados Unidos. Panamá, Costa Rica, Uruguay y Paraguay, se incorporaron después a la alianza como observadores. Bajo la guía de Estados Unidos, estos países se vincularían con 11 países asiáticos en un cerco comercial y político con China. El TTP se uniría a la iniciativa estadounidense para estrechar sus vínculos con la Unión Europea, a través de la Asociación Transatlántica de Comercio e Inversión (TTIP).[220] En el terreno geopolítico, la Alianza del Pacífico pretendía concretar los lazos entre Estados Unidos y los gobiernos de derecha regionales a fin de frustrar mejor las iniciativas de izquierda para desarrollar alianzas regionales contrahegemónicas, basadas en la soberanía y la autonomía.[221]

En abril del 2009, poco después de asumir por primera vez el cago, Obama asistió a la quinta Cumbre de las Américas en Puerto España, Trinidad y Tobago. Señaló entonces que la relación de Estados Unidos con América Latina sería redirigida hacia una alianza de iguales.[222] Es muy claro, en retrospectiva, que este gesto simbólico no tenía relación con la verdadera orientación geopolítica del Estado estadounidense bajo Obama frente a América Latina. Luis Suárez Salazar ha proporcionado un balance más realista y fundamentada

[218] Jairo Estrada Álvarez, *op. cit.*, p. 112.

[219] *Ibid.*, p. 113.

[220] Claudio Katz, ñLa nueva estrategia imperial de Estados Unidosò, *op. cit.*, p. 129.

[221] Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo, op. cit.*, pp. 51-51; Estrada Álvarez, *op. cit.*, p. 118.

[222] Leandro Morgenfeld, ñEstados Unidos y sus vecinos del sur en las cumbres de las Américas: de la subordinación al desafíoò en Marco A. Gandásegui (editor), *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional*, CLACSO, Buenos Aires, 2017, p. 349.

sobre las seis principales prioridades que, de hecho, impulsaron la política de Obama en América Latina.[223] Primero, hubo un esfuerzo para desestabilizar, y de ser posible derrotar, a través de medios institucionales de ser posible y otros medios de ser necesario, a aquellos gobiernos regionales identificados como en conflicto con los intereses de Estados Unidos. Vemos, por ejemplo, el apoyo estadounidense al ñgolpe parlamentarioò de Paraguay en 2012, que eliminó del poder al presidente electo democráticamente Fernando Lugo, o el golpe militar de Honduras en 2009, que derrocó al presidente Manuel Zelaya, elegido democráticamente. Las amenazas particulares identificadas por Estados Unidos fueron aquellas naciones que formaban parte de la iniciativa más radical de integración regional contrahegemónica, la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), uno de los motivos para derrocar a Zelaya, quien había llevado a Honduras a la US. A pesar de las objeciones planteadas en el Congreso sobre las violaciones a derechos humanos en el país, la administración de Obama proporcionó US$338,200,000 en ayuda económica, militar y policial al régimen de Porfirio Lobo entre 2009 y 2013.[224]

Segundo, hubo un esfuerzo por fortalecer y profundizar el control estadounidense polifacético sobre México, América Central, y el Caribe. Tercero, como se indicó, en cuanto a la Alianza del Pacífico, Obama buscó extender los intereses geopolíticos de Estados Unidos a lo largo del ñArco del Pacíficoò, forjando o consolidando lazos diplomáticos con Canadá, México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica, Panamá, Perú, y Chile. Cuarto, Obama buscó contrarrestar las amenazas planteadas a la hegemonía estadounidense en el hemisferio, tanto por el creciente poder regional de Brasil como por los regímenes ñpopulistas radicalesò de Bolivia, Ecuador y Venezuela. Quinto, Estados Unido buscó impedir cualquier mayor crecimiento del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), así como la consolidación de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), en la medida en que estos representaban contrapesos potenciales a la influencia de Estados Unidos en Sudamérica. Sexto y último, hubo un esfuerzo por parte de Obama de impedir la fundación, y posterior funcionamiento, de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y, afín, un esfuerzo para defender la centralidad de la

[223] Luis Suárez Salazar, *op. cit.*, pp. 312-338.

[224] *Ibid.*, pp. 323-24. Ver también: Todd Gordon y Jeffery R. Webber, ñPost-coup Honduras: Latin Americaôs corridor of reactionò, *Historical Materialism*, vol. 21, núm. 3, 2013, pp. 16-56.

Organización de Estados Americanos (OAS) y sus diversas comisiones ï particularmente, la Corte Interamericana de Derechos Humanos y la Junta Interamericana de Defensa.[225]

Estados Unidos ha acentuado su presencia militar en América Central de manera dramática, mientras mantiene su presencia en Sudamérica. Gran parte de esta militarización se lleva a cabo bajo el paraguas de le Guerra contra las drogas. ñMás de 40 años después de que se declarara la óguerra contra las drogasôò señala un reporte reciente, ñel consumo de drogas ilegales continua aumentando, el cultivo de coca, mariguana y opio sigue siendo alto, la violencia y el crimen organizado continúa extendiéndose, y las tasas de encarcelamiento se han disparado. Desde el 2000, Estados Unidos ha gastado alrededor US$12.5 billones en América Latina para detener las drogas en su ófuenteô.[226] Bajo Obama,

> la estrategia antinarcóticos no ha cambiado en gran medida. De hecho, en los últimos años, Estados Unidos ha ampliado su inteligencia militar y la participación directa de los organismos encargados de hacer cumplir la ley en las operaciones antinarcóticos en el hemisferio occidental. Esto ha sido particularmente verdad en Centroamérica, donde ha tenido un impacto perturbado en los derechos humanos.[227]

El Comando Sur, con sede en Miami, supervisa operaciones militares en América Latina y el Caribe, y tiene a más personal dedicado a asuntos latinoamericanos que todos los departamentos de Washington asignados a la misma región juntos.[228] La persistencia del Pentágono dentro de la estrategia latinoamericana de Estados Unidos se puede ver en la reciente instalación de siete bases militares en Colombia, el aliado más cercano de los Estados Unidos en toda Sudamérica por muchas décadas.[229] La Cuarta Flota de los Estados Unidos, que había sido disuelta en 1950, fue reintegrada en 2008, bajo el mando de la Marina estadounidense, para patrullar el Caribe. Más personal militar latinoamericano fue entrenado entre 1999 y 2011 (195,807) que en

[225] Luis Suárez Salazar, *op. cit.*, pp. 312-338.

[226] Adam Isacson, *et al.*, *Time to Listen: Trends in U.S. Security Assistance to Latin America and the Caribbean*, Washington Office on Latin America, Washington, D.C., 2013, p. 2.

[227] *Ibid.*, p. 1.

[228] Claudio Katz, ñLa nueva estrategia imperial de Estados Unidosò, *op. cit.*, p. 125.

[229] *Ibid.*, p. 126.

décadas pasadas. Mientras tanto, aproximadamente 4,000 efectivos militares uniformados de los Estados Unidos están operativos en la región a través de acciones permanentes de emergencia, mientras que drones estadounidenses operan en todo el hemisferio.[230]

Atilio Borón ofrece una cartografía útil de las actividades militares estadounidenses en curso en la región ï aunado a la mencionada construcción de las nuevas bases militares en Colombia y de la patrulla vigilante del Caribe mediante la rehabilitación de la Cuarta Flota, Borón señala el amplio rodeo de Venezuela con puestos militares estadounidensesï en el norte, en Colombia y las Antillas Holandesas (Aruba y Curaçao); en el sur, bases en Paraguay; al oeste, bases en Perú; en el este, aquellas en Guyana, Surinam y Guyana Francesa.[231] Demuestra como la expansión militar y los ejercicios militares en conjunto con las fuerzas armadas locales se han realizado exitosamente a través de Plan Colombia, Plan Puebla-Panamá, y Plan Mérida, entre otras iniciativas.[232] Borón también resalta algunas dificultades de enumerar las bases militares estadounidenses en décadas reciente con el movimiento del Comando Sur de los Estados Unidos hacia ñfuturas ubicaciones operativas,ò que son poco más que pistas de aterrizaje especializadas e infraestructuras de crudo anexas. Debido a las instalaciones locales de comunicaciones pueden ser habilitadas rápidamente por la enorme red de satélites de Estados Unidos alrededor del mundo y debido a la disponibilidad de enormes aviones de transporte C-17 Globemaster, lo que parecen ser sitios más o menos vacíos podrían ser modernizados, sostiene Borón, con tropas y tanques estadounidenses en cuestión de horas en la mayor parte de América Latina y el Caribe.[233]

Mientras que la ayuda directa de Estados Unidos a los países latinoamericanos ha disminuido en los años de austeridad estadounidense después de la crisis económica del 2008, Colombia se mantuvo en 2014 como el principal destino de ñasistencia militar y policialò, asistencia diseñada para ñconsolidarò los presuntos éxitos de los años anteriores de contener la ñsubversiónò, el ñnarcotráficoò y el ñnarcoterrorismo.ò[234] La tabla 2.10 señala la trayectoria general de la asistencia

[230] *Ibid.*, p. 126.

[231] Atilio Borón, *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, Hondarribia, Editorial Hiru, 2013, pp. 106-109.

[232] *Ibid.*, pp. 237-239.

[233] *Ibid.*, pp. 220-221.

[234] Luis Suárez Salazar, *op. cit.*, p. 317.

militar y policial fluyendo de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe entre 2008 y 2014. Como se señaló, Colombia se mantiene en la parte superior de la jerarquía, seguida por México, el Caribe, y Centroamérica. Curiosamente hubo un gran impulso en el gasto en México en 2010, elevándolo de manera breve al primer lugar, mientras que América Central es la única subregión que ha recibido cantidades cada vez mayores de gasto contante en asistencia militar y policial durante todo el calendario.

Tabla Asistencia militar y policial de los Estados Unidos a América Latina y el Caribe (Millones de dólares estadounidenses).

	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014
Colombia	402.1	441.5	434.2	336.8	280.5	279.5	257.7
México	437.0	422.8	507.9	117.2	165.8	154.4	127.0
Caribe	122.3	154.9	82.8	144.8	142.5	137.3	126.3
América Central		51.8	51.6	64.2	73.7	76.5	90.0

Fuente: Derivado de, Adam Isacson, Lisa Haugaard, Abigail Poe, Sarah Kinosian, y George Withers, *Time to Listen: Trends in U.S. Security Assistance to Latin America and the Caribbean*, Washington, D.C.: Washington Office on Latin America, p. 20.

La CIA, la Agencia Antidrogas (DEA), y otras agencias estatales de los Estados Unidos participan en forma directa en la violenta guerra contra las drogas en México, inaugurada en serio durante el mandato de Felipe Calderón en 2006, con la militarización de las estrategias antinarcóticos del país.[235] La guerra contra las drogas continúa a pesar de su evidente fracaso al tratar de reducir el flujo de narcóticos, y a pesar de la transparente hipocresía de Estados Unidos, dado el papel de este último como principal fuente de demanda y refugio financiero para el narcotráfico. Según algunas versiones, los bancos estadounidenses lavan aproximadamente 70% de las finanzas generadas por los narcóticos en las Américas.[236] A medida de que los programas de asistencia de seguridad del Departamento de Estado cambian su enfoque de costosas

[235] Peter Watt y Roberto Zepeda, *Drug War Mexico: Politics, Neoliberalism and Violence in the New Narcoeconomy*, Zed Books, London, 2012; Dawn Paley, *Drug War Capitalism*, AK Press, Oakland, CA, 2014.

[236] Claudio Katz, ñLa nueva estrategia imperial de Estados Unidosò, *op. cit.*, p. 126.

transferencias de equipo a programas de creación de capacidad de seguridad, las asociaciones entre agentes estadounidenses y unidades especiales locales entrenadas y examinadas por Estados Unidos probablemente aumentarán, enfatiza un reciente análisis:

Los fondos del Departamento de Estado de Narcóticos y Aplicación de la Ley (INCLE), entrenadores militares, y agentes de la DEA han ayudado a establecer unidades militares y policiales especializadas y otros cuerpos de élite ócexaminadosô que operan aislados del resto de sus fuerzas. Son apoyados por al menos media docena de pequeñas bases guatemaltecas, hondureñas, nicaragüenses y panameñas construidas, o renovadas, con fondos del Departamento de Defensa.ò[237]

La ñguerra contra las pandillasò en Centroamérica se basa en dinámicas similares, facilitando la militarización de gran parte del istmo que corre entre México en el norte y Colombia en el sur. Mientras tanto, las bases militares estadounidenses proliferan en sus posesiones coloniales, como las Islas Vírgenes y Puerto Rico, en Curazao, con la asistencia de los Países Bajos, y Martinica, con la asistencia de Francia.[238]

La estrategia imperial de China

Si los patrones de la estrategia imperial de Estados Unidos son bastante consistentes con el pasado reciente, esto no aplica al nuevo papel que China ha asumido en la región. Como sugiere Katz, hay pocas pruebas de que China represente ahora, o en un futuro cercano, un rival político-militar de los Estados Unidos en América Latina.[239] Sin embargo, en el transcurso del comienzo del siglo XXI, la potencia asiática dominante se ha convertido en el principal mercado para las exportaciones de materiales primarios de América Latina, absorbiendo el 40% de dichas ventas.[240] Antes del siglo XXI, China no era un importante punto de destino para las exportaciones de América Latina, ni una importante fuente de importaciones para América Latina. Por lo tanto, es un desarrollo bastante dramático que en el 2013 China ocupó el primer puesto como proveedor de importaciones para Brasil, Paraguay y Uruguay, segundo

[237] Adam Isacson, *et al.*, *op. cit.*, p. 8.
[238] Claudio Katz, ñLa nueva estrategia imperial de Estados Unidosò, *op. cit.*, p. 126.
[239] Claudio Katz, ñDualities of Latin Americaò, op. cit., p. 20.
[240] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, *op. cit.*, p. 50.

para Argentina, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Honduras, México, Panamá, Perú, y Venezuela, y tercero para Bolivia, Nicaragua, El Salvador y Guatemala. En cuanto a exportaciones, en 2015, China era el principal punto de destino para exportaciones brasileñas y chilenas, y segundo para exportaciones argentinas, colombianas, peruanas, uruguayas y venezolanas.[241]

China también es un inversor de creciente importancia, con una inversión total que sube de US$15 billones en 2000 a un estimado de US$400 billones en 2017. En paralelo a su papel como importador primario de materias primas e inversor extranjero directo, China se ha transformado en una línea de crédito crítica para los países de América Latina. Entre 2005 y 2011, prestó más de US$75 billones a América Latina, superando la suma adelantada por Estados Unidos y el Banco Mundial. Si bien las condiciones de los préstamos chinos son mejores que las ofrecidas por Estados Unidos y el Banco Mundial, también es cierto que están vinculadas a proyectos de minería, energía, y otras provisiones de materias primas, que amenazan con encerrar a América Latina en su reproducción dependiente dentro del sistema mundial.[242]

Un límite del giro a la izquierda en la región ha sido el fracaso de diferentes países para trabajar al unísono a través de foros regionales para forjar relaciones más propicias con China. La oportunidad de establecer vínculos inteligentes con la potencia asiática, en un esfuerzo por contrarrestar la influencia de los Estados Unidos, se perdió, y en su lugar los acuerdos bilaterales en áreas de crédito e inversión han sido innecesariamente asimétricos, con América Latina reforzando su posición como productor de productos primarios, con obligaciones de deuda crecientes.[243] Mientras que el 84% de exportaciones de los países de América Latina a China son materias primas, 63.4% de exportaciones chinas que fluyen a la región son productos manufacturados.[244] Las estimaciones para 2017 sugieren que el valor de intercambio comercial entre China y América Latina y el Caribe alcanzó los US$266 billones, muy cerca del máximo de 2013 de US$268 billones.[245] Para el mismo año, las estimaciones indican que China fue el destino de 10% del total de exportaciones

[241] Maristella Svampa, ñCuatro claves para leer América Latinaò, *op. cit.*, p. 57.
[242] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, *op. cit.*, p. 50.
[243] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, *op. cit.*, p. 388.
[244] Maristella Svampa, ñCuatro claves para leer América Latinaò, *op. cit.*, p. 58.
[245] CEPAL, *Explorando nuevos espacios de cooperación entre América Latina y el Caribe y China*, *op. cit.*, p. 39.

de la región (y 18% de sus importaciones), acercándose al inminente desplazamiento de la Unión Europea como el segundo destino más importante para las exportaciones regionales, después de Estados Unidos.[246] La proliferación de acuerdos comerciales bilaterales entre China y diferentes gobiernos latinoamericanos en los últimos años subraya los límites de los recientes intentos de construir un regionalismo contrahegemónico en América Latina. En lugar de consolidar la integración latinoamericana mediante el establecimiento de una autonomía relativa ante el poder de Estados Unidos, los acuerdos bilaterales con China han tendido a fortalecer la competencia interestatal en América Latina entre los productores de productos primarios por una participación en el mismo mercado de exportación, mientras que nuevas relaciones de dependencia bilateral con China están formalmente institucionalizadas en las próximas décadas.[247]

Tan solo hace una década, la IED de China que fluía al extranjero representaba sólo 1.3% del total de flujos globales, comparado con el 16.5% de Estados Unidos, el mayor inversor en el mundo. En 2016, la participación de China en la IED total creció a 12.6%, y el país se ubicó en segundo lugar en el mundo, detrás de Estados Unidos, que representó un 20.6% del total de flujos de IED ese año.[248] Asia fue la región más importante para las fusiones y adquisiciones chinas entre 2015 y 2016, representando el 23% del valor total de dichas adquisiciones. Europa y Estados Unidos juntos representaron el 16% del valor de las adquisiciones Chinas ese año, mientras que las adquisiciones en América Latina y el Caribe representaron sólo el 4% del total de China.[249]

Aunque este porcentaje es bajo, las adquisiciones chinas han tenido un impacto significativo en los sectores de recursos naturales en los que se concentran. Por ejemplo, el 88% de las adquisiciones chinas en América Latina y el Caribe entre 2015 y 2016 se concentraron en los sectores de energía y minería, lo que indica que la región se considera estratégicamente como una fuente futura importante de recursos naturales clave para fines industriales y geopolíticos.[250] A fines de 2014, el presidente mexicano Enrique Peña Nieto

[246] *Ibid.*, p. 39.

[247] Maristella Svampa, ñCuatro claves para leer América Latinaò, *op. cit.*, p. 59.

[248] CEPAL, *Explorando nuevos espacios de cooperación entre América Latina y el Caribe y China*, *op. cit.*, p. 51.

[249] *Ibid.* p. 52.

[250] *Idem.*

llegó a una serie de acuerdos de inversión con su homólogo chino, Xi Jinping. Si se llevan a cabo de acuerdo al plan,

> China invertirá US$14 billones en los sectores de infraestructura y energía de México. De esa cantidad, US$5 billones se destinaran a PEMEX, la compañía petrolera mexicana, que a principios de año había sido privatizada. China es el cuarto receptor más importante de exportaciones mexicanas, después de Estados Unidos, Canadá y España. Hasta el anuncio de 2014, China había invertido sólo US$83 millones en México desde 2010-2012, sólo el 0,25 por ciento de su inversión directa total. [251]

No obstante, hay otras señales que indican que dicha concentración sectorial de inversión en minería y combustibles fósiles está disminuyendo a cierto grado. Mientras que el 42% y el 18% de las inversiones planificadas chinas entre 2004 y 2010 apuntaron a los sectores de metales y combustibles fósiles, respectivamente, las cifras respectivas para el período 2011-2017 fueron sólo del 20% y 6%. En este último intervalo hubo un repunte de compensación en las inversiones planificadas de China en telecomunicaciones, bienes raíces, alimentos y energías renovables.[252]

En el período 2005-2016, la IED china en América Latina y el Caribe alcanzó la modesta cifra de US$90 billones, lo que representó alrededor del 5% de la IED que fluyó internamente en la región durante ese período. Sin embargo, hubo un repunte notable en 2017, con las cifras estimadas para la IED china alcanzando tan solo ese año los US$25 billones, o alrededor del 15% del total que ingresó a la región ese año.[253] Además de la concentración sectorial en recursos naturales, la mayoría de las inversiones chinas son recibidas por un pequeño número de países. Por ejemplo, entre 2005 y 2017, el 81% de toda la IED china en América Latina y el Caribe fluyó hacia Brasil, Perú y Argentina, con Brasil liderando por un amplio margen de 55% del total, seguido por Perú y Argentina, con 17% y 9%, respectivamente.[254]

Si bien la tendencia de la IED china en América Latina y el Caribe es un barómetro sugestivo del alcance y el impulso de las estrategias imperiales de

[251] James Cypher y Tamar Wilson, *op. cit.,* p. 14.

[252] CEPAL, *Explorando nuevos espacios de cooperación entre América Latina y el Caribe y China, op. cit.,* p. 57.

[253] *Ibid.,* p. 56.

[254] *Ibid.,* p. 56.

Pekín, esta información proporciona sólo una imagen parcial. Un examen más detallado del papel emergente de China como acreedor de la región es de igual importancia, e ilumina un espectro más amplio para el imperialismo chino. Aunque la información oficial de los bancos de desarrollo chinos ï particularmente el Banco de Desarrollo de China y el Banco de Importación y Exportación de Chinaï es difícil de desglosar a detalle ï en términos, por ejemplo, de los totales financieros para préstamos a países individualesï , las estimaciones del total de compromisos de préstamos a los de América Latina y el Caribe entre 2005 y 2006 supera los US$141 billones. Esto supera las cifras totales de préstamos a la región de cada una de las principales instituciones financieras de los Estados Unidos: el Banco Interamericano de Desarrollo (US$117 billones), el Banco Mundial US$85.5 billones) y el Banco de Desarrollo de América Latina US$55.1 billones).[255]

Fundamentalmente, los principales receptores de préstamos chinos han sido países con importantes sectores de hidrocarburos. Entre 2005 y 2016, la gran mayoría (93%) de los préstamos chinos fueron asignados a Venezuela, a Brasil (26%), a Ecuador (12%) y a Argentina (11%).[256] Como proporción de los préstamos de los bancos de desarrollo chinos en la región, más de la mitad son préstamos vinculados a proyectos de infraestructura, un tercio a hidrocarburos y sectores energéticos relacionados, y el resto al comercio, ayuda financiera general y una variedad de proyectos.[257] Además de los préstamos tradicionales, el Estado chino también utiliza ñpréstamos para petróleo,ò que representan aproximadamente el 50% del total de préstamos chinos a la región. A través de préstamos para el petróleo, los bancos de desarrollo chinos se aseguran de que los préstamos se reembolsen en especie, a través de envíos de petróleo.[258] El valor de dichos préstamos se incrementó hasta US$74 billones desde 2008; los seis préstamos petroleros a Venezuela en este período alcanzaron los US$44 billones; el préstamo de Brasil, US$10 billones y los cuatro préstamos a Ecuador, US$5 billones.[259] Los préstamos petroleros en América Latina y el Caribe constituyen una maniobra táctica importante que permite a China asegurar décadas de control sobre depósitos importantes del

[255] *Ibid.*, p. 22.
[256] *Idem.*
[257] *Ibid.*, p. 23.
[258] *Idem.*
[259] *Idem.*

producto más importante del poder industrial y militar moderno.

Finalmente, está la cuestión de los contratos de construcción vinculados a los préstamos de desarrollo chinos. Como se señaló, más del 50% de los préstamos chinos en la región están vinculados a proyectos de infraestructura. En muchos casos, dichos préstamos estipulan que los contratos de construcción que salen de los préstamos se adjudiquen a una empresa china. Como consecuencia, entre 2011 y 2016, una serie de empresas chinas obtuvieron contratos de construcción con un valor de US$40 billones. Estos contratos de construcción se concentran, como era de esperar, en los sectores de energía (incluidos, crucialmente, los proyectos hidroeléctricos) y transporte.[260] Esta es una estrategia imperial clásica para redirigir la asistencia de desarrollo aparente hacia los capitales privados de preferencia del poder imperial en cuestión.

En resumen, China aún no constituye un rival político-militar de los Estados Unidos en América Latina y el Caribe. Sin embargo, tiene flujos significativos y en expansión de IED en la región, relaciones comerciales sólidas y asimétricas con la región a su favor, y conexiones de préstamos que aumentan el endeudamiento de América Latina con China, lo que da a China control a largo plazo sobre los depósitos de hidrocarburos y canaliza los préstamos de desarrollo chino a empresas privadas chinas. Las declaraciones hechas por China en el Primer Foro del CELAC y China en 2015, sugieren que esta relación aumentará su importancia en el futuro a corto y mediano plazo. Para 2025, China espera que el comercio con la región se valúe en US$500 billones, mientras que las inversiones chinas acumuladas, particularmente en proyectos de infraestructura, ascenderán a US$250 billones.[261]

Contra-regionalismo

Un complejo conjunto de dinámicas que surgieron del giro de izquierda en América Latina ha sido el variado intento de forjar lazos más profundos de integración latinoamericana como un contrapeso a las formas imperiales de dominación en la región. Tal vez el hecho más significativo de los contradictorios procesos de construcción del contra-regionalismo en los últimos años fue la derrota del ALCA en Mar del Plata, Argentina en 2005, lo que obligó

[260] *Ibid.*, p. 58.
[261] *Ibid.*, p. 24.

a los EEUU a retirarse de manera temporal a una estrategia imperial mucho más modesta de acuerdos comerciales bilaterales, hasta que eventualmente se movió hacia la estrategia de la Alianza del Pacífico.[262]

Un vistazo a la Sexta Cumbre de las Américas, celebrada en Cartagena, Colombia en abril de 2012, proporciona un útil sentir de la intensificación de la polarización de los proyectos regionales en competencia en el siglo XXI, con dos bandos radicalmente opuestos, y una agrupación oscilante en el centro. En un lado en la Cumbre se observaron posiciones unificadas asumidas por un bloque de países aliados con Washington ï México, Honduras, Colombia, Chile y Costa Rica. Este bloque está unido por estrechos vínculos diplomáticos con Estados Unidos, una adhesión a los axiomas básicos de la política neoliberal y un compromiso para avanzar en la agenda conservadora de la Alianza del Pacífico.[263]

Antípoda para el bloque reaccionario, otro grupo de países ï Venezuela, Cuba, Ecuador, Bolivia y Nicaraguaï se unieron en torno a su compromiso con la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), que se forjó por primera vez en 2004.[264] Este bloque, animado principalmente por la dirección de Venezuela bajo Chávez, fue explícitamente antiimperialista desde el principio, con ambiciones de largo alcance, incluida la creación de moneda unitaria en toda la región (el Sucre), la formación de un Banco del Sur, y acuerdos comerciales entre los países miembros basados en principios de solidaridad en lugar de imperativos de mercado.[265] Inspirados por una nueva comprensión del Bolivarianismo ï nombrado en honor a la figura de la independencia, Simón Bolívarï los países de la ALBA buscaron recuperar y renovar una concepción radical de integración latinoamericana, reivindicando los principios de soberanía, autodeterminación y solidaridad y cooperación entre los pueblos.[266]

Un tercer grupo ï el centro oscilanteï está formado por los países del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), con Brasil a la cabeza. Están a favor de la integración, a través de iniciativas como la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC),

[262] Maristella Svampa, ñCuatro claves para leer América Latinaò, *op. cit.*, p. 58.
[263] Leandro Morgenfeld, *op. cit.*, pp. 351-353.
[264] *Ibid.*, p. 353.
[265] Maristella Svampa, ñCuatro claves para leer América Latinaò, p. 58.
[266] Jairo Estrada Álvarez, *op. cit.*, p. 111.

pero no están interesados en una abierta alianza contra Estados Unidos.[267] El MERCOSUR se estableció en 1991, como un típico acuerdo comercial multilateral, en el apogeo del período neoliberal. Sus miembros principales incluyen a Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay y, más recientemente, Venezuela, con estatus de miembro asociado extendido a Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Perú y Surinam. Con Brasil y, en menor medida, Argentina como sus actores centrales, el MERCOSUR fue desde el principio diseñado para funcionar como una zona de libre comercio con un papel clave para los inversionistas extranjeros, pero con estructuras arancelarias compartidas y un bloque común para negociaciones con partes externas para aumentar el poder de negociación de las naciones miembros individuales. Sin embargo, estas ambiciones no lograron converger en una integración coherente, como lo indica el hecho de que casi dos décadas en el siglo XXI, la organización ñno ha dado ningún paso hacia la coordinación macroeconómica,ò como ha señalado Katz. ñLas diferencias en moneda, tipos de intercambio y políticas fiscales entre sus miembros son enormes. No existen propuestas para reducir las asimetrías entre los países, y a medida que la industria declina, no hay planes para la coordinación de fabricación o el uso compartido de los beneficios de exportación.ò[268]

UNASUR, iniciado en 2008 y finalizado en 2011, reúne a 12 países sudamericanos, mientras que CELAC, iniciado en 2010 y concretado en 2011, se compone de 33 países miembros constituyentes de las Américas, con la notable exclusión de Canadá y los Estados Unidos, así como los territorios de ultramar de Francia, Países Bajos, Dinamarca y Reino Unido, mientras que incluye ostentosamente a Cuba.[269] Aunque es muy heterogénea en su composición política ï Cuba y Venezuela junto a México y Colombiaï , la CELAC y, en cierta medida, la UNASUR representan, como mínimo, un golpe simbólico y diplomático para Estados Unidos y Canadá de tal forma que ahora compiten con la Organización de Estados Americanos (OEA), largamente entendida en la izquierda latinoamericana como poco más que una extensión del aparato institucional del Estado norteamericano.[270] Mientras que UNASUR y

[267] Leandro Morgenfeld, *op. cit.*, p. 353.
[268] Claudio Katz, ñDualities of Latin Americaò, *op. cit.*, p. 25.
[269] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, *op. cit.*, p. 58.
[270] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, *op. cit.*, p. 58.

CELAC representaron un golpe simbólico a la hegemonía de Estados Unidos ante el declive de la autoridad de la OEA dominada por Estados Unidos, entre otros mecanismos, la extrema fragmentación política interna entre los eclécticos Estados miembros fue una limitación a la profundidad del contra-regionalismo que representarían desde el principio. En el interior de ambos proyectos regionales había perspectivas contundentes de aquellos gobiernos que buscaban expresiones alternativas genuinas de poder regional libre de la dominación estadounidense, y aquellos que buscaban precisamente acelerar nuevas formas de subordinación ante Washington.[271]

Para Darío Salinas Figueredo, el ascenso de la izquierda y la centro-izquierda en las dos primeras décadas de este siglo en América Latina marcó una época de bifurcación para estos ideales regionales rivales. Por un lado, el eje Bolivariano ha representado un énfasis en la autodeterminación y la soberanía nacional ï especialmente en Venezuela, Bolivia y Ecuadorï mientras que, por otro, los aliados latinoamericanos de Washington han tratado de recomponer fuerzas políticas conservadoras en la región para contrarrestar esfuerzos regionales para afirmar la relativa autonomía de los Estados Unidos. Estas contestaciones regionales son una expresión del hecho de que, si bien el neoliberalismo y su sistema de dominación entraron en crisis estructural en América Latina, las fuerzas anti-neoliberales no fueron lo suficientemente coherentes a nivel regional para articular una alternativa.[272]

Con una mayor coherencia política que CELAC o UNASUR, pero cargado con limitaciones estructurales acumuladas, la ALBA representó una apuesta más asertiva por la unidad antiimperialista. Las instituciones incipientes de la ALBA se concibieron como una ruptura más aguda y una crítica del poder de los Estados Unidos, y se orientaron hacia la promoción de un orden mundial multipolar. La ALBA lideró los experimentos, aunque limitados, con acuerdos comerciales y asociaciones económicas entre los Estados miembros basadas en principios de reciprocidad en lugar de normas de libre mercado de ventaja comparativa y competencia despiadada. Durante el auge del petróleo, los proyectos económicos clave de la ALBA, Petrocaribe y Petrosur, así como su empresa de comunicaciones, Telesur, se expandieron rápidamente, con impacto registrado en sus dominios relevantes. Iniciativas más ambiciosas, como el Banco del Sur y la moneda

[271] Jairo Estrada Álvarez, *op. cit.*, p. 112.
[272] Darío Salinas Figueredo, *op. cit.*, p. 302.

común, Sucre, nunca llegaron a despegar, y hoy están más o menos moribundas. Detrás de la implosión casi total de la ALBA en los últimos años se vislumbra el colapso próximo del precio internacional del crudo en 2014; pero la causa más profunda fue el hecho de que, de todos los Estados miembros ï Venezuela, Cuba, Bolivia, Nicaragua, Ecuador, Honduras (se retiró en 2009), Antigua y Barbuda, Dominica, San Vicente y las Grandinas, y Santa Lucíaï , sólo Venezuela tenía recursos materiales importantes para garantizar su reproducción. Sin embargo, incluso la economía venezolana no era comparable a las economías relativamente industrializadas de la región ï Brasil, Argentina y Méxicoï y, por lo tanto, era en extremo vulnerable a la llegada tardía de la crisis global del capitalismo que estalló en 2008. El mecanismo central que llevó la caída global a Venezuela fue, claramente, la caída del precio del petróleo, el pilar tanto de sus programas sociales nacionales como de su principal actividad geopolítica, la ALBA.[273]

Sin embargo, posiblemente el obstáculo más importante para una formación más completa del contra-regionalismo haya sido el papel subimperial asumido por la potencia más grande de la región, Brasil.[274] Como el Estado Sudamericano más poderoso, Brasil ha actuado como un intermediario vital entre las maquinaciones antiimperialistas e imperialistas en la región, un verdadero árbitro subimperial en América del Sur. Como no tiene que someterse a todos los deseos de Washington ï el lugar de Brasil en la división internacional del trabajo está más cerca de España que Nicaragua o Ecuadorï a veces ha trazado un curso político independiente. Sin embargo, el liderazgo moderado del gobierno del Partido de los Trabajadores (PT) desde 2003 también ha tratado de jugar ampliamente dentro de los parámetros aceptados en relación con los Estados Unidos. En su autonomía relativa, por ejemplo, Brasil buscó defender la expansión de sus 15 empresas capitalistas más grandes operando en la región, a menudo a través de los canales de su proyecto de integración estratégica (Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana, (IIRSA) y su Banco de Desarrollo Masivo, el BNDES. Las energías brasileñas detrás de BNDES eclipsaron rápidamente cualquier noción previa de un Banco del Sur robusto y regional.[275]

[273] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo, op. cit.,* p. 72.

[274] Raúl Zibechi, *Brasil potencia: entre la integración regional y un nuevo imperialismo*, Zambra / Baladre, Málaga, 2012.

[275] Claudio Katz, ñDualities of Latin Americaò, *op. cit.,* p. 24.

La cartera de préstamos del BNDES aumentó en un 3,000% desde que Lula asumió el cargo por primera vez en 2003. Los proyectos de infraestructura de IIRSA, suscritos por BNDES, siguen teniendo como prioridad ñla exportación de materias primas, en lugar de cualquier tipo de complementariedad productivaò a lo largo de Estados latinoamericanos desarrollados desigualmente.ò[276]

Los datos económicos regionales para el período 1985-2009 demuestran que cerca del 80% de las exportaciones de Brasil a otros países sudamericanos son productos industrializados de alta tecnología o (principalmente) de grado medio, mientras que otros países sudamericanos, en la medida en que exportan a Brasil, tienden a concentrarse en productos primarios y recursos naturales, reproduciendo patrones arraigados de alto desarrollo desigual.[277] Bajo Lula y Dilma, las grandes empresas brasileñas fueron respaldadas por el Estado y los gerentes estatales se convirtieron en sus embajadores en el extranjero. La inversión extranjera brasileña proliferó en toda la región, y el rol geopolítico del Estado brasileño asumió una posición típicamente subimperial en la región, promoviendo un proyecto independiente propio en América Latina, a veces compitiendo con Estados Unidos y otros imperialismos, pero subordinándose de manera simultánea a sí mismo al mayor poder de los Estados Unidos cuando sea necesario.

Los gerentes estatales brasileños modernizaron las fuerzas armadas del país, intentaron mediar en los principales conflictos en Medio Oriente, Irán y África, y buscaron un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. No hay otro Estado latinoamericano que opere con este nivel de poder regional e internacional. Al mismo tiempo, los gobiernos brasileños en el siglo XXI se han armonizado con la política exterior estadounidense, de tal forma que han permitido que las bases militares estadounidenses operen en coyunturas amazónicas estratégicas, y han jugado un papel de liderazgo en la ocupación colectiva de Haití. Mientras tanto, incluso en áreas donde la política exterior de Brasil ha sido, por un lado, relativamente independiente y ha estado en conflicto potencial con los Estados Unidos

[276] Raúl Zibechi, ñProgressive Fatigue?ò, *NACLA Report on the Americas*, vol. 48, núm. 1, 2016, pp. 22-27.

[277] Marcelo Dias Carcanholo y Alexis Saludjian, ñIntegração sul-americana, dependência da China e subimperialismo brasileiroò en Jairo Estrada Álvarez, *América Latina en medio de la crisis mundial: trayectorias nacionales y tendencias regionales*, CLACSO, Buenos Aires, 2014, p. 197.

ï IIRSA, BNDESï a menudo, por el otro, ha tenido el efecto involuntario de fortalecer la posición de los Estados Unidos. El ejemplo más claro en este sentido es la forma en que la búsqueda subimperial brasileña de los intereses de sus capitales más grandes ha significado a menudo socavar proyectos de integración más radicales, como la ALBA encabezado por Venezuela.[278]

Como ha argumentado Maristella Svampa, en la coyuntura actual, a pesar de las primeras señales de progreso de la ALBA y sus proyectos relacionados, las proclamaciones optimistas sobre los avances de un regionalismo desafiante parecen ser poco más que ilusiones.[279] Es cierto que la hegemonía estadounidense en la región se vio debilitada en las primeras etapas de este siglo. Sin embargo, los límites y las contradicciones internas de los regionalismos que compiten entre sí, resaltadas con anterioridad, siempre dejaron en claro que es poco probable que cualquiera de los bloques en competencia vea que su proyecto llegue a buen término. A mediados de la década de los dos mil, frente a enormes dificultades, hubo cierto impulso para la iniciativa contrarrevolucionaria más radical expresada por la ALBA. Sin embargo, ya no hay viento en esa vela, ya que las repercusiones de la crisis económica mundial han socavado la economía venezolana y han puesto a la izquierda política a la zaga en gran parte de Sudamérica.

Conclusión

En este capítulo se presentaron seis líneas principales de argumentación. En primer lugar, nos referimos a la doble determinación de las formas estatales de América Latina. Por un lado, se subrayaron las formas en que la inserción subordinada de América Latina en la división internacional del trabajo ha condicionado las formas Estatales en relación con los ciclos históricos de acumulación a escala global. Por otro lado, se señaló que las formas de Estado de América Latina están simultáneamente condicionadas por los intereses en conflicto de las clases sociales antagónicas y el equilibrio cambiante de fuerzas entre estas clases mientras compiten para defender sus intereses.

En segundo lugar, se destacó cómo, desde una perspectiva de la política económica, tal vez la característica más sobresaliente del último período de

[278] Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo, op. cit.*, pp. 55-56.
[279] Maristella Svampa, ñCuatro claves para leer América Latinaò, *op. cit.*, pp. 58-59.

éxito electoral de izquierda fue su coincidencia con el auge de las materias primas impulsado por el crecimiento chino. La dinámica del auge aceleró el monocultivo agroindustrial, la minería y la extracción de gas natural y petróleo en varios países gobernados por administraciones de centro-izquierda o izquierda, particularmente en América del Sur. Los principales actores en este capitalismo extractivo intensificado continuaron siendo las corporaciones multinacionales, incluso si se les obligaba a pagar impuestos y regalías más altos.

En tercer lugar, los recursos crecientes, disponibles gracias al auge de las materias primas, proporcionaron la base material para la formación de ñEstados compensatoriosò en varios países gobernados por la izquierda. La legitimidad política de estos gobiernos se logró en parte a través de modestos programas redistributivos financiados en gran parte por alquileres de recursos contingentemente altos. Mientras que el gasto público relativamente alto en un contexto de dinamismo capitalista redujo la pobreza en varios países, tales mejoras siempre fueron vulnerables y dependientes de los precios de las materias primas. Al mismo tiempo, los programas político-económicos gene-rales de los Estados compensatorios en la región no desafiaron las relaciones de propiedad social ni las estructuras económicas productivas heredadas. Las bases estructurales de estas economías quedaron fundamentalmente intactas. Esto fue cierto en Estados compensatorios moderados, como el ejemplo brasileño, así como en Estados compensatorios más radicales, como el ejemplo venezolano.

En cuarto lugar, la susceptibilidad estructural de gran parte de América Latina a una desaceleración de los precios de las materias primas se hizo evidente para el año 2012 en el retraso regional diferido de la peor crisis global del capitalismo desde la Gran Depresión. Debido a que China se desaceleró, a partir de 2011, y debido a que ni la Eurozona ni los Estados Unidos proporcionaron zonas alternativas de dinamismo en el mercado mundial, los precios de las materias primas se han mantenido bajos, a pesar de una pequeña recuperación en 2017. El efecto en las economías sudamericanas, donde la izquierda latinoamericana fue más fuerte, ha sido severo. Las principales recesiones recientes en Argentina, Brasil y Venezuela son manifestaciones de esta demora en la llegada de la crisis global en América Latina. La crisis económica en la región ha debilitado las bases materiales de los Estados compensatorios y ha abierto oportunidades políticas para la renovación de la derecha.

Quinto, las dinámicas desiguales y jerárquicas del capitalismo global y la división internacional del trabajo no son explicables sólo refiriéndose al desarrollo de las leyes del movimiento del capitalismo. Si bien estas leyes producen irregularidades y jerarquías involuntarias, ambos patrones también se reproducen y exacerban por las acciones intencionales de los poderosos Estados capitalistas cuando intentan defender sus posiciones en la cima de la jerarquía mundial, así como las posiciones de sus capitales nacionales específicos. Los patrones de la IED que fluye hacia América Latina, uno de los indicadores clave de la fortaleza imperial, fueron rastreados en detalle, al igual que las estrategias imperiales particulares en la región, asumidas por los Estados estadounidense y chino.

Sexto, en el capítulo se examinó la aparición de una serie de formaciones regionales que surgieron en el siglo XXI como parte del amplio proyecto de la izquierda de afirmar la autonomía relativa para América Latina y el Caribe de la dominación estadounidense. Expresiones más radicales de dicho contra-regionalismo incluyeron a la ALBA, el Banco del Sur y la moneda de Sucre. Estos existieron junto a proyectos más moderados, como MERCOSUR, UNASUR y CELAC. Como se demostró, la hegemonía de los Estados Unidos se debilitó a principios del siglo XXI en América Latina, en parte debido a los avances del contra-regionalismo. Al mismo tiempo, el ímpetu de las iniciativas más radicales se ha tambaleado junto con el colapso del auge de las materias primas y el surgimiento de nuevos derechos. Lenta pero decisivamente, los poderes imperiales tanto de los Estados Unidos como de China están aprovechando esta oportunidad para ejercer su influencia a través de caminos tradicionales y nuevos.

Bibliografía

Abeles, Martín y Valdecantos, Sebastián (2016), ñAmérica del Sur, recesión y después ò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires.

Actis, Esteban (2017), ñAmérica Latina y su contexto externo: del doble al frágil *Boom*ò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires.

Anderson, Perry (2011), ñLulaôs Brazilò, *London Review of Books*, vol. 33, núm. 7, London.

Anderson, Perry (2017), *American Foreign Policy and Its Thinkers*, Verso, London.

Andrea Cornia, Giovanni (2014), ñInequality trends and their determinants: Latin America over the period 1990ï 2010ò en Giovanni Andrea Cornia (editor), *Falling Inequality in Latin America: Policy Changes and Lessons*, Oxford University Press, Oxford.

Andrea Cornia, Giovanni (2014), ñRecent distributive changes in Latin America: an overviewò en Giovanni Andrea Cornia (editor), *Falling Inequality in Latin America: Policy Changes and Lessons*, Oxford University Press, Oxford.

Antunes, Ricardo (2015), ñBrasil: el colapso del gobierno Dilma y el PTò, *Herramienta*, Buenos Aires.

Baran, Paul y Sweezy, Paul (1973), *Monopoly Capital*, Middles Pelican / Penguin Books, Harmondsworth.

Bebbington, Anthony y Bury, Jeffrey (editores) (2014), *Subterranean Struggles: New Dynamics of Mining, Oil, and Gas in Latin America*, University of Texas Press, Austin.

Bellamy Foster, John y Waterman McChesney, Robert (2012), *The Endless Crisis: How Monopoly-Finance Capital Produces Stagnation and Upheaval from the USA to China*, Monthly Review Press, New York.

Benzi, Daniele (2017), *ALBA-TCP: Anatomía de la integración que no fue*, Imago Mundi, Buenos Aires.

Borón, Atilio (2013), *América Latina en la geopolítica del imperialismo*, Editorial Hiru, Hondarribia.

Brenner, Robert y Glick, Mark (1991), ñThe regulation approach: theory and historyò, *New Left Review*, vol. 188, núm. 1.

Bruce, Iain (2008), *The Real Venezuela: Making Socialism in the 21st Century*, Pluto Press, London.

Campling, Liam *et al.*, (2016), ñClass dynamics of development: a methodological noteò, *Third World Quarterly*, vol. 37, núm. 10.

CEPAL (2012), *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, 2012*, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile.

Charnock, Greig y Starosta, Guido (2016), ñIntroduction: the new international division of labour and the critique of political economy todayò en Greig Charnock y Guido Starosta (editores) *The New International Division of Labour: Global Transformation and Uneven Development*, Palgrave Macmillan, London.

Ciccariello-Maher, George (2013), *We Created Chávez: A People's History of the Venezuelan Revolution*, Duke University Press Books, Durham.

Cypher, James y Delgado Wise, Raúl (2010), *Mexico's Economic Dilemma: The Developmental Failure of Neoliberalism*, Rowman & Littlefield, Lanham.

Cypher, James y Wilson, Tamar Diana (2015), "Introduction - China and Latin America: processes and paradoxes", *Latin American Perspectives*, vol. 42, núm. 6.

Dachevsky, Fernando y Kornblihtt, Juan (2017), "The reproduction and crisis of capitalism in Venezuela under chavismo", *Latin American Perspectives*, vol. 44, núm. 1.

Damián, Araceli y Boltvinik, Julio (2006), "A table to eat on: the meaning and measurement of poverty in Latin America" en Eric Hershberg y Fred Rosen (editores), *Latin America after Neoliberalism: Turning the Tide in the 21st Century?*, The New Press, New York.

Dias Carcanholo, Marcelo y Saludjian, Alexis (2014), "Integração sul-americana, dependência da China e subimperialismo brasileiro" en Estrada Álvarez, Jairo, *América Latina en medio de la crisis mundial: trayectorias nacionales y tendencias regionales*, CLACSO, Buenos Aires.

Dicken, Peter (2015), *Global Shift: Mapping the Changing Contours of the World Economy, Seventh Edition*, The Guilford Press, New York.

ECLAC, (2017), *Economic Survey of Latin America and the Caribbean 2017: Dynamics of the Current Economic Cycle and Policy Challenges for Boosting Investment and Growth*, United Nations Economic Commission for Latin America and the Caribbean, Santiago de Chile.

Economic Commission for Latin America and the ECLAC (2017), *Preliminary Overview of the Economies of Latin America and the Caribbean 2017*, Economic Commssion for Latin America and the Caribbean, Santiago de Chile.

EIU (2013), *Venezuela: Country Report*, Economist Intelligence Unit, London.

Ellner, Steve (2009), *Rethinking Venezuelan Politics: Class, Conflict, and the Chavez Phenomenon*, Lynne Rienner Publishers, Boulder.

Estrada Álvarez, Jairo (2014), "Alianza del Pacífico: ¿Hacia una redefinición del campo de fuerzas en nuestra América?" en Estrada

Álvarez, Jairo (editor), *América Latina en medio de la crisis mundial: Trayectorias nacionales y tendencias regionales*, CLACSO, Buenos Aires.

Ferguson, Susan y McNally, David (2014), ñPrecarious migrants: gender, race and the social reproduction of a global working classò, *Socialist Register*, vol. 51, núm. 51.

Galarce Villavicencio, Graciela (2014), ñLas transnacionales en América Latina y el Caribe: economía mundial y crisisò en Estrada Álvarez, Jairo (editor), *América Latina en medio de la crisis mundial: Trayectorias nacionales y tendencias regionales*, CLACSO, Buenos Aires.

Gambina, Julio y Pinazo, Germán (2014), ñLa crisis y las trayectorias de América Latina: neoliberalismo, neo-Desarrollismo y proyectos alternativosò, en Estrada Álvarez, Jairo (editor), *América Latina en medio de la crisis mundial: trayectorias nacionales y tendencias regionales*, CLACSO, Buenos Aires.

Gordon, Todd y Webber, Jeffery (2013), ñPost-coup Honduras: Latin Americaôs corridor of reactionò, *Historical Materialism*, vol. 21, núm. 3.

Gordon, Todd y Webber, Jeffery (2016), *Blood of Extraction: Canadian Imperialism in Latin America*, Fernwood Publishing.

Green, Duncan (2003), *Silent Revolution: The Rise and Crisis of Market Economics in Latin America*, Monthly Review Press, New York/ London.

Grigera, Juan (2013), ñLa insoportable levedad de la industrializaciónò, *Batalla de Ideas*, núm. 4.

Grinberg, Nicolás (2016), ñFrom populist developmentalism to liberal neodevelopmentalism: the specificity and historical development of brazilian capital accumulationò, *Critical Historical Studies*, vol. 3, núm. 1.

Gudynas, Eduardo (2012), ñEstado compensador y nuevos extractivismos: las ambivalencias del progresismo sudamericanoò, *Nueva Sociedad*.

Gudynas, Eduardo, (2015), *Extractivismos: ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo la naturaleza*, CEDIB, Cochabamba.

Gudynas, Eduardo (2017), ñLos ambientalismos frente a los extractivismosò, *Nueva Sociedad*, Buenos Aires.

Hellinger, Daniel (2017), ñOil and the Chávez legacyò, *Latin American Perspectives*, vol. 44, núm. 1.

Hite, Amy y Viterna, Jocelyn (2005), ñGendering class in Latin America: how women effect and experience change in the class structureò, *Latin American Research Review*, vol. 40, núm. 2.

Jeffery R. Webber y Barry Carr, ñIntroduction: the Latin American left in theory and practiceò, en Jeffery R. Webber y Barry Carr (editores), *The New Latin American Left: Cracks in the Empire*, Rowman & Littlefield, Lanham, MD.

Katz, Claudio (2011), *Bajo el imperio del capital*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires.

Katz, Claudio (2011), ñLos atolladeros de la economía latinoamericanaò, *Herramienta*.

Katz, Claudio (2011), ñThe singularities of Latin Americaò en Leo Panitch, Greg Albo and Vivek Chibber (editores), *Socialist Register 2012: The Crisis and the Left*, Monthly Review Press, New York.

Katz, Claudio (2014), ñThe three dimensions of the crisisò en Susan Spronk y Jeffery R. Webber (editores), *Crisis and Contradiction: Marxist Perspectives on Latin America in the Global Political Economy*, Historical Materia-lism Book Series, Brill Academic Publishers, Leiden.

Katz, Claudio (2015), ñDualities of Latin Americaò, *Latin American Perspectives*, vol. 42, núm. 4.

Katz, Claudio (2016), *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, Batalla de Ideas, Buenos Aires.

Katz, Claudio (2017), ñLa nueva estrategia imperial de Estados Unidosò, en Marco A. Gandásegui (editor), *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional*, CLACSO, Buenos Aires.

Katz, Claudio (2018), *Las disyuntivas de la izquierda en America Latina*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires.

Lander, Edgardo (2014), *Venezuela: Terminal Crisis of the Rentier Petro-State Model?*, Transnational Institute, Amsterdam.

Lander, Edgardo (2014), *Venezuela: Terminal Crisis of the Rentier Petro-State Model?*, Aporrea.

Lander, Edgardo (2017), ñVenezuela: la experiencia bolivariana en la lucha por trascender al capitalismoò, ponencia presentada en el taller del *Grupo de Trabajo Global* ñMás allá del Desarrolloò, Fundación Rosa Luxemburg, Quito.

Levitsky, Steven y Roberts, Kenneth (editores) (2011), *The Resurgence of the Latin American Left*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.

Levitskyy, Steven y Roberts, Kenneth (2011), ñIntroduction - Latin Americaôs óleft turnô: A Framework for Analysisò en Steven Levitsky and Kenneth M. Roberts (editores), *The Resurgence of the Latin American Left*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2011.

Loveman, Brian (editor) (2006), *Addicted to Failure: U.S. Security Policy in Latin America and the Andean Region*, Rowman & Littlefield Publishers, Lanham.

Martins, Carlos Eduardo (2014), ñLa integración regional en América Latina y sus desafíos contemporáneosò, *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, núm 12, CLACSO, Buenos Aires.

McNally, David (2010), *Global Slump: The Economics and Politics of Crisis and Resistance*, PM Press, Oakland.

Meiksins Wood, Ellen (2005), *Empire of Capital*, Verso, London/New York.

Mendes Loureiro, Pedro y Saad-Filho, Alfredo, ñThe Limits of Pragmatism: The Rise and Fall of the Brazilian Workers Party (2002-2016)ò en *Latin American Perspectives*, Forthcoming.

Mendes Loureiro, Pedro (2018), ñReformism, class conciliation and the pink tide: material gains and their limitsò en Margarit Ystanes and Iselin &sedotter Strønen (editoras), *The Social Life of Economic Inequalities in Contemporary Latin America: Approaches to Social Inequality and Diffe-rence*, Palgrave Macmillan, Basingstoke.

Mooers, Colin (2014), *Imperial Subjects: Citizenship in an Age of Crisis and Empire*, Bloomsbury Academic, New York.

Morano, Luis *et al.* (2017), ñBetween a rock and a hard place: the monetary policy dilemma in Latin America and the Caribbeanò, *The World Bank*, Washington.

Morgenfeld, Leandro (2017), ñEstados Unidos y sus vecinos del sur en las cumbres de las Américas: de la subordinación al desafíoò en Marco A. Gandásegui (editor), *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional*, CLACSO, Buenos Aires.

Norfield, Tony (2017), *The City: London and the Global Power of Finance*, Verso, London.

Ospina Peralta, Pablo (2016), ñEl reformismo progresistaò, *Nueva Sociedad*.

Paley, Dawn (2014), *Drug War Capitalism*, AK Press, Oakland, CA.

Panitch, Leo y Gindin, Sam (2012), *The Making of Global Capitalism: The Political Economy of American Empire*, Verso, London/NY.

Portes, Alejandro y Hoffman, Kelly (2003), ñLatin American class structures: their composition and change during the neoliberal eraò, *Latin American Research Review*, vol. 38, núm. 1.

Purcell, Thomas (2013), ñThe political economy of social production companies in Venezuelaò, *Latin American Perspectives*, vol. 40, núm. 3.

Purdy, Sean (2017), ñBrazilôs June days of 2013: mass protest, class, and the leftò, *Latin American Perspectives*.

Roberts, Kenneth (2003), ñSocial polarization and the populist resurgence in Venezuelaò en Steve Ellner y Daniel Hellinger, *Venezuelan Politics in the Chávez Era: Class, Polarization, and Conflict*, Lynne Rienner Publishers, Boulder.

Roberts, Kenneth (2014), ñThe politics of inequality and redistribution in Latin Americaôs post-adjustment eraò en Giovanni Andrea Cornia (editor), *Falling Inequality in Latin America: Policy Changes and Lessons*, Oxford University Press, Oxford.

Roberts, Kenneth (2015), *Changing Course in Latin America: Party Systems in the Neoliberal Era*, Cambridge University Press, New York.

Robinson, William (2004), *A Theory of Global Capitalism: Production, Class and State in a Transnational World*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.

Robinson, William (2006), ñPromoting polyarchy in Latin America: the oxymoron of ñmarket democracyò en Eric Hershberg y Fred Rosen, *Latin America After Neoliberalism*, The New Press, New York.

Robinson, Williams (2008), *Latin America and Global Capitalism*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.

Saad-Filho, Alfredo (2005), ñThe political economy of neoliberalism in Latin Americaò en Alfredo Saad-Filho and Deborah Johnston (editores), *Neoliberalism: A Critical Reader*, Pluto, London.

Saad-Filho, Alfredo y Boito, Armando (2015), ñBrazil: the failure of the PT and the Rise of the óNew Rightòô en Leo Panitch y Greg Albo

(editores), *Socialist Register 2016: The Politics of the Right*, Monthly Review Press, New York.

Saad-Filho, Alfredo (2016), ñA coup in Brazil?ò, *Jacobin*, New York.

Salinas Figueredo, Darío (2017), ñCambios en la ecuación de poder, constantes estratégicas estadounidenses y procesos políticos en América Latinaò en Marco A. Gandásegui (editor), *Estados Unidos y La Nueva Correlación de Fuerzas Internacional*, CLACSO, Buenos Aires.

Santiso, Javier (2014), *The Decade of the Multilatinas*, Cambridge University Press, New York.

Sauer, Sérgio y Mészáros, George (2017), ñThe political economy of land struggle in Brazil under workers party governmentsò, *Journal of Agrarian Change*, vol. 17, núm. 2.

Schavelzon, Salvador (2013), *El nacimiento del Estado plurinacional de Bolivia: etnografía de una asamblea constituyente*, CLACSO, Buenos Aires.

Schavelzon, Salvador (2015), ñEl fin del relato progresista en América Latinaò, *La Razón.com* La Paz.

Schavelzon, Salvador (2016), *Plurinacionalidad y Vivir Bien/Buen Vivir: Dos conceptos leídos desde Bolivia y Ecuador post-constituyentes*, CLACSO, Buenos Aires.

Selwyn, Benjamin (2014), *The Global Development Crisis*, Polity, Cambridge.

Seoane, José (2013), ñEl retorno de la crisis y la ofensiva extractivistaò en José Seoane, Emilio Taddei y Clara Algranati (editores), *Extractivismo, despojo y crisis climática: desafíos para los movimientos sociales y los proyectos emancipatorios de nuestra América*, Herramienta, Buenos Aires.

Seoane, José; Taddei, Emilio y Algranati, Clara (2013), *Extractivismo, despojo y crisis climática: desafíos para los movimientos sociales y los proyectos emancipatorios de nuestra América*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires.

Serrano, Franklin y Summa, Ricardo (2015), *Aggregate Demand and the Slowdown of Brazilian Economic Growth from 2011-2014*, Center for Economic and Policy Research, Washington.

Shaikh, Anwar (2010), ñThe first great depression of the 21st Centuryò en Leo Panitch, Greg Albo y Vivek Chibber (editores), *Socialist Register 2011: The Crisis This Time*, Monthly Review Press, New York.

Song, Hae-Yung (2013), ñMarxist critiques of the developmental State and the fetishism of national developmentò, *Antipode*, vol. 45, núm. 5.

Sutherland, Manuel (2014), ñSiete apuntes sobre las protestas en Venezuela, problemas económicos y medidas revolucionariasò, *Aporrea*.

Svampa, Maristella (2013), ñóConsenso de los Commoditiesôy lenguajes de valoración en América Latinaò, *Nueva Sociedad*.

Svampa, Maristella (2017), ñCuatro claves para leer América Latinaò, *Nueva Sociedad*.

Thwaites Rey, Mabel y Ouviña, Hernán (2012), ñLa estatalidad latinoamericana revisitada: reflexiones e hipótesis alrededor del problema del poder politico y las transicionesò en Mabel Thwaites Rey (editora), *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas*, CLACSO, Buenos Aires.

UNCTAD (2017), *World Investment Report 2017: Investment and the Digital Economy*, United Nations Conference on Trade and Development, Geneva.

Vergara-Camus, Leandro (2014), ñSugarcane ethanol: the hen of the golden eggs? Agribusiness and the State in Lulaôs Braziló en Susan Spronk y Jeffery R. Webber (editores), *Crisis and Contradiction: Marxist Perspectives on Latin America in the Global Political Economy*, Historical Materialism Book Series Leiden, Brill Academic Publishers.

Vergara-Camus, Leandro y Kay, Cristóbal (2017), ñThe agrarian political economy of left-wing governments in Latin America: agribusiness, peasants, and the limits of neo-developmentalismò, *Journal of Agrarian Change*, vol. 17, núm. 2.

Watt, Peter y Zepeda, Roberto (2012), *Drug War Mexico: Politics, Neoliberalism and Violence in the New Narcoeconomy*, Zed Books, London.

Webber, Jeffery (2017), *The Last Day of Oppression, and the First Day of the Same: The Politics and Economics of the New Latin American Left*, Haymarket, Chicago.

Weisbrot, Mark y Sandoval, Luis (2007), *The Venezuelan Economy in the Chávez Years*, Center for Economic and Policy Research, Washington.

Weisbrot, Mark y Johnston, Jake (2012), *Venezuelaôs Economic Recovery: Is It Sustainable?*, Center for Economic and Policy Research, Washington.

Wilpert, Gregory (2007), *Changing Venezuela by Taking Power: The History and Policies of the Chavez Government*, Verso, London/New York.
Zibechi, Raúl (2012), *Brasil potencia: entre la integración regional y un nuevo imperialismo*, Zambra / Baladre, Málaga.
Zibechi, Raúl (2016), ñProgressive fatigue?ò, *NACLA Report on the Americas*, vol. 48, núm. 1.

Capítulo 3
El progresismo latinoamericano: un debate de época

Massimo Modonesi

La secuencia entre la irrupción en el escenario latinoamericano de los movimientos populares de los años noventa y los gobiernos progresistas de los dos mil (Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Uruguay y Venezuela),[1] además de modificar la ecuación estrictamente neoliberal entre Estado, mercado y sociedad, trastocó los equilibrios político- ideológicos y abrió importantes debates en el campo intelectual del pensamiento crítico latinoamericano. Sin embargo, mientras el antineoliberalismo fue un punto de articulación y consenso, la cuestión del progresismo ha sido un punto de desarticulación y disenso que sigue generando polémica y, bajo este rubro, quedará inscrito en la historia intelectual de la región. Por ello vale la pena, a pesar de las distorsiones propias de la cercanía temporal, tratar de delimitar de forma preliminar las coordenadas y el perímetro de un debate sobre la época y que está haciendo época.

I. Coordenadas y claves de lectura de una polémica

Del consenso antineoliberal al clivaje en torno al progresismo

Nos limitaremos a reseñar en este capítulo las principales coordenadas del debate en el campo de la intelectualidad de izquierda no sólo para acotar un

[1] No incluimos a Honduras y Paraguay que, bajo los gobiernos de Celaya y Lugo, durante un breve periodo, antes de que los llamados ñgolpes blancosò, fueron parte del ñcicloò, ni Perú ya que el gobierno de Ollanta Humala no tuvo un momento progresista suficientemente claro y duradero. Tampoco se puede agregar Chile por el perfil neoliberal de los gobiernos de la Concertación previos al más reciente de la Nueva Mayoría encabezada por Michelle Bachelet que, al margen de su caracterización, resulta desfasado cronológicamente respecto de la temporalidad procesual y el surgimiento coyuntural del ciclo.

perímetro demasiado vasto sino porque es allí donde se marcó el pasaje específico que señalamos en el párrafo anterior; es en este ámbito donde se produjeron rupturas y se dislocaron posturas enfrentadas sobre la base de culturas, tradiciones y lenguajes compartidos.[2] Por ello, se trató y se trata de un auténtico debate, no de un diálogo entre sordos o entre personas que no hablan el mismo idioma. Por lo mismo, también se trató y se trata de un proceso que fracturó un espacio que, sin ser propiamente comunitario, había sido de compañerismo y de acompañamiento compartido de las luchas de las décadas anteriores, en particular de los movimientos de los años noventa, es decir aquellos que generaron o propiciaron el llamado cambio de época.[3]

No hay que olvidar que la denominación *neoliberalismo* apareció a mediados de la década y se volvió punto de agregación en el encuentro *En defensa de la humanidad y contra el neoliberalismo*, convocado por el Ejercito Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas en 1996, que sintonizó un campo de luchas populares que, de allí en adelante, serán llamadas *antineoliberales*. A lo largo de esta misma década, en torno a la tensión neoliberalismo / antineoliberalismo, es decir de la caracterización crítica del neoliberalismo y la gestación del antineoliberalismo como opción antagonista y alternativa, se fue re-estructurando un campo intelectual de izquierda, rescatando y prolongando la tradición del pensamiento crítico latinoamericano.[4] Este universo, compuesto por diversas figuras híbridas de militantes y

[2] El perímetro integral del debate debería considerar las críticas de derecha o centristas que proliferaron en la prensa y en el mundo académico, que oscilan entre posturas franca y abiertamente reaccionarias o restauradoras y otras de tintes liberal, liberal-democrático, social-liberal o socialdemocrático.

[3] La noción de *cambio de época* surge de una expresión del presidente ecuatoriano Rafael Correa quien en 2007 sostuvo que lo que se vivía no era una ñépoca de cambios sino un cambio de épocaò. Esta idea fue retomada, este mismo año, por el título del Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) en Guadalajara donde presenté una ponencia asumiendo y desarrollando la temática: Massimo Modonesi, ñCrisis hegemónica y movimientos antagonistas en América Latina. Una lectura gramsciana del cambio de épocaò, publicada posteriormente en *A contracorriente*, vol. 5, núm. 2, University of Oregon, Oregon, 2008. Simultáneamente, Maristella Svampa publicó un libro cuyo título contribuyó a difundir esta noción en el debate académico: Maristella Svampa, *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, CLACSO-Siglo XXI, Buenos Aires, 2008.

[4] Elementos de esta conexión entre pasado y presente pueden encontrarse en la extensa reconstrucción de Maristella Svampa, *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo*, Edhasa, Buenos Aires, 2016.

universitarios, impulsó y sostuvo la crítica al neoliberalismo como modelo económico y a las transiciones a la democracia como su corolario político y se convirtió en un polo muy importante e influyente al interior de la galaxia intelectual latinoamericana en su conjunto, reconstituyendo o simplemente revitalizando una intelectualidad de izquierda que se había replegado, fragmentado y dispersado al calor de la derrota de la década de los setenta. Al interior de este reacomodo que constituye un episodio trascendental y un capítulo relevante de historia intelectual latinoamericana, en medio de distintas trayectorias individuales y grupales, destacan los autores y posturas que se articularon en torno al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), que se colocó como punto de referencia de la crítica antineoliberal durante las gestiones del filósofo argentino Atilio Borón y del sociólogo brasileño Emir Sader.

Hay que señalar que la convergencia en torno al antineoliberalismo se dio en el contexto defensivo de los años ochenta, de repliegue después la derrota de los setenta, en un ambiente muy diferente al anterior, cuando los debates vertían sobre la orientación y el sentido de la revolución venidera y se enfrentaban distintas corrientes revolucionarias y tradiciones marxistas, una variedad de izquierdas socialistas con mayores o menos venas antimperialistas y nacional populares, que se disputaban el papel de vanguardia y debatían ásperamente sobre la forma del evento revolucionario, del sujeto que lo encabezaría y el contenido del socialismo que inauguraría. No deja de ser significativo que precisamente en el contexto de un nuevo ascenso y una nueva oportunidad de cristalización de una alternativa ï en la frontera entre el antineoliberalismo y el anticapitalismoï , afloraron divisiones que, en cierta medida, evocan aquellas añejas fracturas gestadas entre los años sesenta y setenta aunque otras sean claramente hijas de nuevos clivajes ï como, por ejemplo, el ecoterritorial, el autonomista y el poscolonialï o del retorno renovado de antiguas cuestiones como la indígena y la campesina que habían sido subsumidas y proletarizadas en el altar del sujeto histórico obrero destinado a realizar el socialismo en nombre de la humanidad en su conjunto.

Como señalábamos al principio y queda asentado en el primer capítulo de este libro, la trascendencia histórica del debate en el seno de las izquierdas latinoamericanas de inicio del siglo XXI tiene que ver con un horizonte de época y de un pasaje en su interior: del antineoliberalismo al posneoliberalismo como cuestiones y horizontes estratégicos; de los movimientos a los gobiernos

como protagonistas de los procesos históricos y las dinámicas políticas. Cuestiones que marcan la época, el tiempo presente latinoamericano, como en el siglo anterior lo hicieron los temas y dilemas del desarrollo y la dependencia, de la revolución y de la democracia y los actores populares y clasistas.

La disputa por el sentido y la interpretación del progresismo se sitúa en la frontera de un proceso histórico y político protagonizado por actores de izquierda, movimientos, partidos y gobiernos, en orden de aparición en la escena, al interior de los cuales tiene relevancia la cuestión de la definición y distinción ideológica. En este sentido, tratar de reconstruir, aunque sea parcial y fragmentariamente, este debate remite a una disputa entre actores directamente involucrados o influyentes en el proceso político en curso. Dicho de otra manera, hay una relativa correspondencia entre una cartografía de las posturas intelectuales y la dislocación de fuerzas políticas, sean partidos o movimientos sociales.

Por la proximidad temporal y el alcance del fenómeno de los gobiernos progresistas no se cuenta con muchos estudios de carácter histórico-procesual, de historia del tiempo presente, o de alcance regional que dé cuenta de la sincronía y la transversalidad del fenómeno. Al mismo tiempo, trataremos de dar cuenta de los que existen, así como de algunos estudios sobre casos nacionales que tuvieron especial relevancia e influencia. Por otra parte, hay que reconocer que las hipótesis de mayor trascendencia sobre la naturaleza del fenómeno tienen que rastrearse en la frontera entre el género de la intervención u opinión política y la literatura académica, donde, por la vocación militante de buena parte de la intelectualidad latinoamericana, existen una serie de planteamientos que privilegian la incursión en el debate estrictamente político, aunque muchos de ellos busquen y logren combinarla con el rigor analítico e interpretativo. Destacan, en el centro del debate más álgido y público, las intervenciones por parte de intelectuales orgánicos de los gobiernos y movimientos progresistas, así como aquellas que formularon otros intelectuales de izquierda desde una perspectiva crítica. En medio se coloca una serie de intervenciones que pretenden ser equilibradas, aunque siempre tengan matices y tonos de gris más claro u obscuro o, en otros casos, están teñidas de academicismo y falta de compromiso con los procesos y las disputas en curso. En esta dislocación aparece la cuestión de fondo del papel y las tareas de los intelectuales comprometidos y su relación con la verdad, la crítica

y el poder instituido, una línea de debate que estuvo en el trasfondo, pero también se tensó conforme se exacerbó la contienda política.

El ejercicio que proponemos es, más allá de los géneros literarios, reconocer el perímetro del debate, sus líneas de tensión fundamentales y poner en evidencia las posturas más notables y originales. Para ordenar de la forma más sencilla posible el debate, optamos por distinguir posturas favorables y críticas y no separar y aislar los puntos álgidos de debate que, *grosso modo* y de manera convencional, son reconocibles en tanto fueron emergiendo a lo largo del debate: la cuestión socio-económica (posneoliberalismo, neodesarrollismo, anticapitalismo), la económico-ecológica (extractivismo y dependencia), la del Estado y la democracia (populismo, clientelismo, transformismo y revolución pasiva) y de la diversidad cultural (plurina-cionalismo y poscolonialidad).

Siendo que estos puntos tienden a entrecruzarse y combinarse de diferentes maneras,[5] sin dejar de ensayar una apretada síntesis de cada uno de ellos, resulta más esclarecedor reportar y reseñar los argumentos de las principales posturas tal y como fueron enunciados por algunos autores influyentes y representativos que intervinieron en el debate y se dieron a la tarea de producir textos de síntesis.

El progresismo y sus alrededores intelectuales

Los argumentos a favor del giro posneoliberal han circulado ampliamente ya que corresponden al discurso elaborado y difundido por los distintos gobiernos de la región bajo los rubros de revolución bolivariana, socialismo del XXI, socialismo comunitario, revolución ciudadana, proceso de cambio, progresismo o simplemente chavismo, kirchnerismo, evismo, lulismo, correismo y orteguismo. Al mismo tiempo es útil destacar y revisar aquellas lecturas que buscan sintonizarlos y, por lo tanto, dar definiciones positivas a escala latinoamericana del llamado ñcambio de épocaò.

[5] Hay que reconocer que, por ejemplo, la cuestión del populismo, así como la hipótesis de las revoluciones pasivas, tienden a integrar el tema del posneoliberalismo, el cual ï al mismo tiempoï se conecta con el del extractivismo en un punto de entrecruzamiento que corresponde a lo que se ha venido llamando neodesarrollismo. Svampa señala otros entrecruzamientos posibles: Maristella Svampa, *op. cit.*, 454-455.

Para empezar, hay que señalar que el chavismo ha ocupado un lugar central y dinámico al interior de la galaxia progresista latinoamericana tanto por haber originado el primer gobierno latinoamericano surgido del antineoliberalismo como por las iniciativas de articulación no sólo geopolíticas sino también ideológicas y también por la mayor radicalidad que se propuso y alcanzó. En el terreno de la marxiana ñbatalla de las ideasò, se concibió e instaló la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad, fundada por iniciativa de Hugo Chávez en 2004 ï cuyas finalidad principales son ñmostrar una actitud solidaria con los procesos de cambioò y ñoponerse al imperialismoòï fue un intento de crear un *think tank* para contrarrestar las poderosas campañas de los medios de comunicación de derecha, sostener la iniciativa bolivariana chavista, pero también ha servido para cubrir hacia la izquierda a los gobiernos progresistas.[6] Además de las diversas iniciativas de encuentros y declaraciones, su página web es una importante vitrina de artículos de apoyo a los gobiernos progresistas, en particular el venezolano. Otras páginas web latinoamericanas con tendencias favorables a estos gobiernos jugaron este papel de apoyo, pero abriendo espacios a posturas críticas como, por ejemplo, <rebelion.org> o <alai.net>.[7] Obviamente, en los medios de comunicación tradicionales, pero también en el web, proliferan los espacios que asumen de forma más o menos beligerante las posturas de las derechas latinoamericanas y norteamericanas.[8]

Entre muchas voces favorables a los gobiernos progresistas, algunas destacaron por asumir plena y ostensiblemente el papel de portavoces intelectuales y por tratar de sistematizar y legitimar en clave izquierdista el

[6] Ver página web: http://www.humanidadenred.org.ve

[7] A nivel nacional, la disputa ideológica también tiene su correlato a nivel de páginas web de información. Faltan investigaciones que documenten este plano de la disputa que rebasa a los medios tradicionales de comunicación masiva.

[8] Mientras que son pocos los espacios críticos con incuestionables credenciales de izquierda. A nivel nacional, en el caso venezolano la página *aporrea.org* jugó este papel, así como la revista web *lalineadefuego.info* en Ecuador o la *izquierdadiario.com* en Argentina. A nivel latinoamericano, la revista *Nueva Sociedad* (nuso.org), a pesar de su explícito origen socialdemócrata, abrió sus páginas a intervenciones de intelectuales de varias tradiciones de izquierda por iniciativa de su editor Pablo Stefanoni, quien, por lo demás, ha sido un autor importante y prolífico sobre la cuestión de los gobiernos progresistas, pasando del apoyo al gobierno de Evo en Bolivia a ser un crítico del progresismo en general, desde una posición difícilmente etiquetable pero ciertamente no homologable a la derecha ni a la socialdemocracia.

discurso oficial: el vice-presidente boliviano Álvaro García Linera y los ya mencionados dos ex secretarios generales de CLACSO, el brasileño Emir Sader y el argentino Atilio Borón.[9]

El discurso oficial, que estos autores traducen a un plano de mayor sofisticación intelectual, tiene una misma estructura y lógica de argumentación que parte de asumir como contradicción principal y sobredeterminante la del imperialismo-antiimperialismo. De allí que el enemigo y la contradicción principal sea con el gobierno de Estados Unidos y, en consecuencia, las derechas que, en cada país, son presentadas como su prolongación, sus cómplices o sus aliadas. De la cuestión *nacional* se deprende la cuestión *popular*, es decir la de la justicia social que es el otro pilar del discurso posneoliberal, esgrimiendo un argumento clásico: no hay desarrollo posible sin no se resuelve la dependencia. Tanto la cuestión nacional como la social, según el planteamiento progresista, deben ser atacadas a través de la intervención estatal en defensa de la soberanía y en pos de la redistribución de la riqueza. La toma del poder estatal y del uso de su aparato como dique soberano y como instrumento de intervención económica y social se convierte en el corazón y el motor de la estrategia progresista. Sobre este punto el consenso es absoluto y los matices sólo cuantitativos. Por otra parte, la urgencia de la tarea impone, según esta argumentación, como prioridad el uso del aparato de Estado más que su transformación, lo cual implicó poner en segundo plano o sacrificar la hipótesis de una reforma substancial de la forma-Estado,[10] aunque hubiese sido demandada por los movimientos antineoliberales, vislumbrada a nivel programático por las mismas fuerzas que llegaron a ser gobernantes o hasta sancionada constitucionalmente.

La opción estatal, por lo general acompañada de una exaltación del estatalismo ï de ñestatolatríaò, usando la fórmula de Gramsciï que caracteriza

[9] CLACSO mantuvo una postura ostensiblemente favorable hacia el progresismo latinoamericano, en particular en el periodo del secretario general Pablo Gentili, a través de declaraciones, invitaciones, publicaciones y eventos, aun respetando la diversidad de posturas en los grupos de trabajo y, durante unos años, el posicionamiento crítico que primó en la revista OSAL, ver: Libros Colección OSAL, CLACSO, https://www.clacso.org.ar/libreriala tinoamericana/libros_por_programa.php?campo=programa&texto=6 [consulta: 10 de abril de 2018].

[10] Salvo la iniciativa de Hugo Chávez de la creación de Consejos Comunales que implicó una discontinuidad formal, pero cuya profundidad y alcance real es, como veremos más adelante, objeto de debate y polémica.

el actuar de los gobiernos progresistas es un tema problemático y que suscitó críticas no sólo desde la derecha liberal sino también desde posiciones de izquierda al conectarse con la cuestión del populismo. Cuestión que rondó el debate por la emergencia del llamado populismo de izquierda ï o populismo nacional-popularï es decir una reivindicación explícita de las virtudes y la eficacia de la ñrazón populistaò, elaborada teóricamente por Laclau[11] y sostenida de forma implícita o explícita en diversos ambientes gubernamentales ï en particular el kirchneristaï y en algunos ámbitos intelectuales contiguos.[12]

Al mismo tiempo, sin guiño explícito a la teorización populista y al lenguaje laclausiano, pero recuperando tradiciones nacional-populares o de liberación nacional de las izquierdas socialistas, algunas coordenadas fundamentales de un planteamiento populista que combina elementos clásicos y *aggiornamentos* circulan con frecuencia y amplitud, argumentados desde andamiajes teóricos que remiten a tradiciones nacional-populares y marxistas, variando según el origen y la formación político-ideológica de los actores, las fuerzas políticas y sus intelectuales orgánicos.

En particular, la recuperación en clave estatalista del pensamiento y la obra de Lenin sorprende más en García Linera, que venía de una tradición marxista de corte autonomista,[13] que en Borón y Sader, quienes pertenecen a una generación anterior y se formaron en medios marxistas más ortodoxos. Obviamente este progresismo marxista-leninista es opuesto no sólo a las preocupaciones de las izquierdas autonomistas y libertarias, sino lejano a la opción por el deperimiento del Estado que el propio Lenin vislumbró en vísperas de la revolución bolchevique. Al mismo tiempo, sobre este punto, el discurso oficial se centra en la apasionada defensa del estatalismo que hace García Linera, de la mano de la primacía de la economía ï es decir del desarrollo y el crecimiento como factor determinanteï quien llega a sostener que el

[11] Ernesto Laclau, *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005. Hay que señalar que Laclau apoyó públicamente a los gobiernos kirchneristas y recibió de ellos el trato de ideólogo.

[12] Véase, como botón de muestra de un universo muy amplio y con cierta variación argumentativa en su interior, una reciente y bien planteada intervención de Valeria Coronel y Luciana Cadahia, ñPopulismo republicano más allá de Estado *vs* Puebloò en *Nueva Sociedad*, núm. 273, Buenos Aires, enero-febrero 2018, pp. 72-82.

[13] Pero este giro ocurrió muy tempranamente en el llamado ñproceso de cambioò boliviano, como registré en Massimo Modonesi, ñDe la autonomía a la hegemoníaò en *Contracorriente*, vol. 7, núm. 3, University of Oregon, EEUU, primavera de 2010.

ensanchamiento del Estado incluye la participación de la sociedad civil en tanto ha sido incorporada al ñEstado integralò.[14]

El Estado aparece, en estos análisis, no sólo como herramienta en vista de un desarrollo de las fuerzas productivas que permita vislumbrar un eventual futuro socialista, sino como catalizador del desarrollo, garante del equilibrio social, expresión de universalismo y afirmación de la nación. El antimperialismo progresista es formulado, en primera instancia, en clave nacionalista y en segunda latinoamericana, siguiendo en esto una tradición de pensamiento muy arraigada a lo largo y ancho de la región y, en particular, en Cuba en el entrecruzamiento de la tradición martiana y el pensamiento de Fidel Castro.[15] Por otra parte, no hay que olvidar que éste fue el lugar ideológico de un histórico encuentro entre la izquierda comunista y las corrientes nacionalistas populares desde los años treinta, con particular éxito en los cuarenta y colas que llegaron hasta finales de los cincuenta, cuando la revolución cubana marcó el punto de inflexión de este formato al asumir una perspectiva socialista bajo la denominación de la liberación nacional.

Esta misma evocación y renovación de argumentos propios de la tradición marxista nacionalista y latinoamericanista, así como en su versión edulcorada de tinte populista o social-demócrata, se refleja en otro aspecto crucial que atañe el desarrollo y la justicia social. Desarrollo y justicia social que se traducen en productivismo y redistribucionismo. El impulso al desarrollo de las fuerzas productivas, que justifica el recurso al extractivismo como mal necesario para sostener la acumulación de recursos para operar una redistribución por vía directa (salarial o bonos) o indirecta (derechos laborales o sociales) que fortalezca el mercado interno, estimule el consumo y, por lo tanto, la producción, siguiendo la receta clásica de matriz keynesiana y, según la versión cepalina, permita una reducción paulatina de la dependencia.

[14] Ver Álvaro García Linera, ñFin de ciclo o proceso por oleadas revolucionariasò, *Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia*, La Paz, 2017, y Álvaro García Linera, ñDel Estado aparente al Estado integralò en Carolina Scotto, María Teresa Piñeiro, *et al.*, *Actas del III Seminario Internacional Universidad, Sociedad y Estado: a 400 años de la Universidad en la Región*, Universidad de Córdoba, Córdoba, 2014, pp. 24-40.

[15] Sobre este vínculo es particularmente insistente Atilio Borón, quien asocia explícitamente el castrismo y la revolución cubana hecha Estado con el ciclo actual de progresismos latinoamericanos. Atilio A. Borón y Paula Klachko ñSobre el ópost-progresismoô en América Latina: aportes para un debateò <*Rebelión.org*>, 24 de septiembre de 2016.

Desgranando datos que dan cuenta de avances económicos y sociales, en particular antes del impacto de la crisis mundial de 2008 y de la baja de los precios de las materias primas, el argumento fundamental que soporta la defensa de los gobiernos progresistas son los logros de la política social: el combate a la pobreza y la mejoría de las condiciones materiales de vida de las clases populares, lo cual pasa sustancialmente por el acceso al consumo de bienes y servicios y una movilidad social ascendente.

Si algunos se contentan con los logros del desarrollo capitalista con redistribución más o menos sensible de la riqueza ï el ñcapitalismo en serioò que invocaba Néstor Kirchnerï para los más izquierdistas se trata de una etapa que no niega la posibilidad de una transición al socialismo. Esta hipótesis se sostiene partiendo de las experiencias y las declaraciones de los gobiernos de Venezuela y Bolivia, en el primer caso como proceso en curso (el socialismo del siglo XX), en el segundo como horizonte futuro (el socialismo comunitario después del capitalismo andino).

En esta segunda óptica, García Linera desgrana un clásico planteamiento etapista:[16]

> No estamos hablando todavía de propuestas postcapitalistas, pues éstas sólo podrán prosperar a escala universal; nos estamos refiriendo a propuestas posneoliberales que permiten que el Estado retome un fuerte protagonismo en la producción de la riqueza y en el ordenamiento de la gestión económica, priorizando los intereses nacionales y a las clases populares.[17]

Así que, como reconocen tanto sus apologetas como sus críticos, las políticas públicas de los gobiernos progresistas, vistas en su conjunto, no rebasan el horizonte neodesarrollista.[18]

[16] Siguiendo este planteamiento Arkonada y Klachko ï colaboradores respectivamente de García Linera y Borónï quienes elaboraron una defensa de la ñlucha desde arribaò a partir de citas de Lenin, sostienen, a través de una conceptualización que recuerda planteamientos de los frente populares de los años 30, que se está realizando ñuna revolución democrático-burguesa basada en una alianza interclasista que retoma tareas pendientesò, Katu Arkonada y Paula Klachko, *Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina*, Editorial Caminos, La Habana, 2016.

[17] Alvaro García Linera, *Socialismo comunitario, un horizonte de época*, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, Bolivia, 2015.

Una vez establecidas estas coordenadas comunes respecto de la matriz estatal-desarrollista que caracteriza el progresismo latinoamericano, es necesario registrar algunas diferencias y matices interpretativos que afloraron a lo largo y ancho del debate.

En primer lugar, se esgrimió el argumento de la diferencia en contra de la generalización. Más allá de las obvias especificidades que caracterizan cada caso nacional, la diferenciación se dislocó en torno a antinomias y tipologías clásicas: revolucionarios / reformistas; radicales / moderados; izquierda / centro-izquierda. En el centro de toda taxonomía, se sitúa la singularidad venezolana por ocupar un lugar central y de vanguardia en toda convergencia progresista y antimperialista, por haber albergado el primer gobierno antineoliberal de la región (1998), porque Hugo Chávez, desde su desbordante presencia carismática,[19] formuló y lanzó una iniciativa regional y apadrinó a los gobiernos posteriores, porque allí se llegó más lejos en clave antineoliberal, anticapitalista y socialista y porque se rebasó, por lo menos intencionalmente, el marco del Estado liberal propiciando ï pero canalizandoï la participación popular a través del esquema del Poder Comunal. Al epicentro venezolano se asimilan Bolivia y Ecuador, más por la virulencia de su postura antiimperialista que por la orientación socialista o por la apuesta hacia la participación desde abajo, que no es propia de ninguna de las dos.

Esta defensa de los gobiernos considerados revolucionarios no corresponde directamente a cuestiones ideológicas ya que entre el social cristianismo de Correa y el socialbolivarismo de Chávez existen diferencias importantes (aunque el mismo Chávez ostente una fuerte vena católica), sino a cierta radicalidad antineoliberal atribuida al proceso de transformación social promovido desde el Estado y a un alineamiento geopolítico en sentido antimperialista.[20]

---

[18] Salvo, como veremos más adelante, algunos aspectos del socialismo bolivariano. Por ejemplo, Claudio Katz sostiene una crítica a profundidad del neodesarrollismo y, al mismo tiempo, resalta algunos elementos socialistas y anticapitalistas en las políticas emprendidas por los gobiernos venezolano y boliviano, Claudio Katz, *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, Batalla de ideas, Buenos Aires, 2017.

[19] Ver interesantes abordajes sobre esta cuestión en Alba Corosío, Indhira Libertad y Leonardo Bracamonte (coordinadores), *Chavismo: genealogía de una pasión política*,CLACSO/Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos/Centro Internacional Miranda/Escuela Venezolana de Planificación, Buenos Aires-Caracas, 2017.

[20] Ver, por ejemplo, Atilio Borón quien establece una distinción: ñentre los gobiernos

Esta línea de demarcación estrictamente ideológica delimita el campo intelectual ya que una parte importante de intelectuales marxistas apoyan al chavismo por ser revolucionario y critican a los demás gobiernos progresistas por ser reformistas, sean socialdemócratas como en el caso de lulo-petismo o del frente amplio uruguayo o populistas y nacional-populares como en el caso del kirchnerismo.

La crisis venezolana, de 2015 en adelante, incrementó la tensión en el universo de la intelectualidad de izquierda y extremó la tendencia a la polarización que ya estaba instalada en el debate. En uno de sus momentos más álgidos, se dio una confrontación entre desplegados firmados por numerosos intelectuales y, al calor de la crisis, se simplificó un debate que tenía muchos matices por lo cual en ambos listados aparecían firmantes con posturas matizadas junto con algunos adversarios declarados de la Revolución bolivariana y, por el otro lado, con defensores incondicionales y acríticos de la misma.[21]

En los casos de Argentina y Brasil, el debate se complicó menos porque la izquierda intelectual, salvo contadas excepciones de algunos ideólogos petistas de larga militancia que no abandonaron el barco y de cierta *inteligentsia peronista setentista* se decantó rápidamente por una posición crítica. En el caso del Uruguay, en particular durante la presidencia del exguerrillero tupamaro Pepe Mujica, los gobiernos del Frente Amplio, en cuyo seno participaban tupamaros y comunistas, mantuvieron cierto atractivo hacia la izquierda intelectual e universitaria.

---

bolivarianos y los que se constituyeron en el Cono Sur; entre proyectos políticos empeñados en, o encaminados hacia, la construcción de un socialismo del siglo xxi ï casos de Venezuela, Bolivia y Ecuadorï y aquellos que, por el contrario, se propusieron fundar un ñcapitalismo serio y racionalò, como lo intentaron los sucesivos gobiernos de Argentina, Brasil y Uruguayò, Atilio Borón, ñUna reflexión sobre el progresismo latinoamericanoò en Gerardo Szalkowicz y Pablo Solana (compiladores), *América Latina. Huellas y retos del ciclo progresista*, El perro y la rana, Caracas, 2018, pp. 21. En la misma tónica, Arkonada y Klachko establecen la diferencia entre dos anillos progresistas, entre uno de capitalismo de Estado y un núcleo duro de transición al socialismo, *op. cit.*, p. 107.

[21] Ver: ñLlamado internacional urgente a detener la escalada de violencia en Venezuela. Mirar a Venezuela, más allá de la polarizaciónò, 30 de mayo 2017, Poco después, en un loable intento de reorientar el debate hacia un terreno menos confrontacional, se reunieron posturas distintas sobre la coyuntura venezolana en Daniel Chávez, Hernán Ouviña y Mabel Thwaites Rey, *Venezuela. Lecturas urgentes desde el sur*, IEALC-UBA, Buenos Aires, 2017.

La pregunta con la que López Segrera abre su libro de balance del progresismo latinoamericano sintetiza el desconcierto de los defensores de los gobiernos progresistas: ñ¿Cómo es posible que, tras las políticas sociales y de empoderamiento popular llevadas a cabo por las fuerzas progresistas de izquierda mediante gobiernos posneoliberales, se produzca el retorno de la nueva derecha?ò[22]

El guion de respuesta a esta interrogante fue formulado, una vez más, por García Linera, cuyas intervenciones se caracterizan por justificar desde la izquierda, a través de un léxico de raigambre marxista, no sólo la actuación del gobierno al que pertenece sino del conjunto de gobiernos progresistas.[23]

Sin dejar de exaltar los logros en términos económicos, de justicia social, de soberanía, de fortalecimiento del Estado, el vicepresidente boliviano trató de neutralizar a las críticas incorporándolas, traduciéndolas como ñtensiones creativasò o reconociendo objetivamente los límites y las contradicciones pero sin asumir alguna responsabilidad política directa. Bajo este esquema, García Linera festeja que la redistribución de la riqueza amplió a las clases medias en términos de capacidad de consumo pero, al mismo tiempo, reconoce y lamenta el problema de la ñredistribución de la riqueza sin politización socialò, lo cual comporta la continuidad del conservadurismo como ñsentido común dominanteò. Por otra parte, en relación con otro tema espinoso, insiste en que las clases subalternas tomaron el Estado volviéndose diputados, asambleístas y senadores, ejerciendo ñpoder plebeyoò. Pero también, lo cual es más difícil de sostener, que hubo ñfortalecimiento de la sociedad civilò, adentro y afuera del que denomina ñEstado integralò.[24] En este sentido, asumiendo como inevitable el reflujo corporativo de las luchas y la participación, defiende la opción de proceder desde arriba, promoviendo la inclusión en el cuerpo estatal de los sectores populares y la institucionalización de sus luchas por medio de la satisfacción de las demandas, sin asumir que esto mismo retroalimentó y promovió la desmovilización, que lamenta como fatalidad ajena a la acción del gobierno.

[22] Francisco López Segrera, *América Latina: crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha*, CLACSO, Buenos Aires, 2016, p. 13.

[23] En este sentido, García Linera se erige en principal teórico del progresismo, asumiendo explícitamente el término en sentido general e incluyente cuando, por ejemplo, llama a la ñconstrucción de una Internacional latinoamericana progresista y soberanaò, Álvaro García Linera, *¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias?*, *op. cit.*

[24] *Ibid.*, pp. 4-8.

Por último, resuelve el *impasse* sosteniendo una visión cíclica de la historia de las revoluciones, en la cual inscribe el proceso boliviano: ñDe ahí que las revoluciones se presentan no como líneas ascendentes infinitas sino como oleadas (Marx) con flujos y reflujos, con momentos excepcionales de universalismo en la acción colectiva, y largos períodos de reflujo, de corporativismo, de cotidianidad desmovilizadaò.[25]

Esto le permite no sólo justificar la iniciativa desde arriba sino además proyectar un horizonte respecto de una futura posible etapa poscapitalista y, al mismo tiempo y de forma contradictoria, declarar su fe sobre la capacidad autónoma de los sectores subalternos en un futuro pasaje del posneoliberalismo al poscapitalismo.[26]

Finalmente, con dos ulteriores acrobacias retóricas, García Linera busca resolver otras dos cuestiones espinosas. A pesar de haber sido crítico respecto de la fallida ñrevolución culturalò, justifica los acercamientos con sectores conservadores y fracciones de las clases dominantes bolivianas.[27] Por otra parte, respecto de la cuestión de los liderazgos, sostiene que: ñEl líder histórico no sustituye la acción colectiva como suprema creedora de vida social, pero es su emblema identificante y cohesionadorò.[28]

Y que si los liderazgos fuertes provocan retrocesos políticos esto no depende del líder si de que las clases no han internalizado ñsu experiencia de luchaò, es decir siguen subalternas.[29]

La autocrítica indirecta ï es decir de-responsabilizanteï va de la mano de un contraataque hacia la izquierda. García Linera acusa de complicidad con el imperio y las derechas a la que llama ñizquierda de cafetínò y a los ñtroskos verdesò. Correa que, en 2009, declaró que el mayor peligro es el ñizquierdismo y ecologismo infantilò y Sader no pierde oportunidad, en sus artículos de opinión,

[25] *Ibid.*, p. 11.

[26] *Ibid.*, pp. 22-24.

[27] Torciendo a Gramsci y simplificando a Lenin: ñLa fórmula entonces será derrotar al adversario culturalmente (Gramsci); derrotar al adversario política y militarmente (Lenin); e incorporar al adversario derrotado de manera dominada en el conjunto de iniciativas y acuerdos del nuevo poder. Porque de no hacerlo, y al dejar al adversario sin camino, tarde o temprano él buscará antagonizar contra el nuevo poder, tratando de crear a la larga un proyecto de poder alternativoò. *Ibid.*, p. 16.

[28] *Ibid.*, p. 20.

[29] *Ibid.*, p. 21.

de descalificar la que llama y define como ñultraizquierdaò.[30] En la misma tónica, otros portavoces del progresismo declaran ï sin medias tintasï que es aceptable la oposición de izquierda a condición de no dejarse asimilar o ser funcional a la estrategia de la derecha ñy si se suman, en momentos de defensa clave ï puntos de bifurcaciónï , a las fuerzas comandadas por los gobiernos nacionales y populares contra el enemigo comúnò.[31]

Sin estas asperezas propias de la propaganda y la polémica de la que Gramsci llamaba ñpequeña políticaò, López Segrera reproduce, desde una posición favorable a los gobiernos progresistas, los argumentos básicos elaborados por García Linera, insistiendo en el tema de la ausencia de una cultura contra-hegemónica y siendo más explícito y perentorio en los señalamientos críticos, vinculando los límites del progresismo con el ascenso de las derechas.[32]

De forma similar, pero desde una posición de izquierda crítica interna al progresismo, donde suelen situarse muchos simpatizantes del gobierno venezolano, Pablo Solana y Gerardo Szalkowicz[33] aceptan de mala gana la idea del fin de ciclo y pretenden trazar un balance equilibrado. Por una parte, destacan que se trató de gobiernos posneoliberales que tuvieron varios aciertos: relegitimaron la ñvía electoralò; aprovechando la coyuntura económica; lograron mejorías sociales; reactivaron al Estado tanto en la intervención social como por medio de las nacionalizaciones ï como en Venezuela y Bolivia; promovieron procesos de integración latinoamericana en función antimperialista. Al mismo tiempo, siendo que los autores afirman querer

[30] Ver, por ejemplo, Emir Sader, ñEl fracaso de la ultra izquierdaò, *Rebelion.org* 27 de enero de 2016.

[31] Arkonada y Klasckho, *op. cit.*, p. 207.

[32] ñPero es necesario identificar los factores que han producido el ascenso de la nueva derecha: ausencia de una alternativa de medios de comunicación contrapuestos a los medios de la derecha; escaso desarrollo de una cultura política de valores ciudadanos ajena al consumismo, de una cultura revolucionaria; deficiencias organizativas que implicaron muchas veces un trabajo inadecuado con las bases; fenómenos de corrupción; rechazo a la crítica y ausencia de auto-crítica; manejo deficiente de los recursos y programas económicos; incapacidad para desarrollar un modelo productivo alternativo a la dependencia de los precios de las materias primas; cambios no siempre profundos del sistema político y en algunos casos meramente cosméticos; uso poco productivo de los acuerdos de integración latinoamericana independienteò, *ibid.*, p. 129.

[33] Pablo Solana y Gerardo Szalkowicz, ñApuntes para el reimpulsoò, *Rebelion.org* 10 de mayo de 2017.

ñfogonear el reimpulsoò y ñsuperar las debilidades y límites endógenosò delimitan y distinguen una serie de tareas pendientes que, según ellos, pueden realizarse en el marco de los gobiernos y fuerzas políticas progresistas existentes: superar la matriz productiva dependiente y extractivista; desbordar la democracia liberal en sentido participativo, mandar obedeciendo, construir poder popular y no concebir al pueblo como simple apoyo a la gestión; impulsar una verdadera ñrevolución culturalò en contra de la concepción de los ciudadanos-clientes; evitar el ñconformismo triunfalistaò, teniendo más debate y más autocrítica.[34]

Por último, cabe señalar que estos autores sostienen que las manifiestas diferencias entre gobiernos centro-izquierdistas y nacionalistas radicales no impidieron que éstos se identificaran entre sí y se asociaran y que fue más que una simple estrategia de alianza y de diplomacia regional, sino que se convirtió en el discurso político oficial de ñmilitantes y medios oficialesò, desdibujando las diferencias.[35]

Aunque un sector de intelectuales de izquierda defiende el progresismo, aún en su ocaso, aferrándose a la persistencia de los gobiernos de Venezuela y Bolivia ï y en menor medida del Ecuador del presidente Lenin Morenoï , muchos otros que los apoyaban en sus inicios, fueron madurando a lo largo de los años posturas críticas que los alejaron irremediablemente del núcleo de los defensores incondicionales e inclusive del área de los simpatizantes críticos.[36]

El arcoíris de las críticas de izquierda

Todos los elementos críticos o autocríticos que ya afloraron en el campo del debate intraprogresista, corresponden o directamente responden a cuestiones y posturas que fueron floreciendo al calor, a veces incandescente, del debate que fue dándose tanto en el campo político como en el ámbito más intelectual y académico.

Las posturas frontalmente críticas de los gobiernos progresistas tienden a asumir, a modo de premisa metodológica, que se trata de un fenómeno

[34] *Ibid.*

[35] *Ibid.*

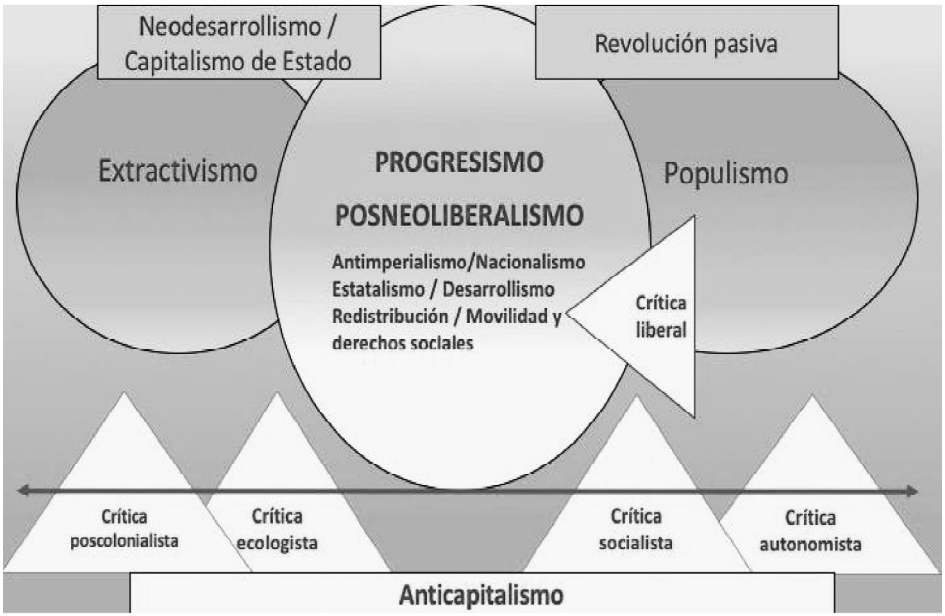
[36] Muchos de ellos, incluido quien escribe este capítulo, aparecen en la lista de firmantes del comunicado ya mencionado sobre la crisis venezolana.

histórico-político de conjunto ï aún sin negar las diferencias evidentes y los matices reconocibles entre cada uno de ellosï que refleja cierta sincronía y sintonía, que surgen de un impulso antineoliberal que terminó estancándose, reproduciendo elementos del neoliberalismo (consumismo, explotación, extractivismo y saqueo ambiental, entre otras), así como prácticas autoritarias, clientelares y de corrupción.

Aun cuando presentan elementos combinados, para fines analíticos y expositivos vale la pena distinguir ángulos y perspectivas críticas que, por lo demás, son representativas del arco de las izquierdas existentes en América Latina, excluida obviamente la nacional-popular que, tendencialmente, se identifica con los gobiernos progresistas.

El arcoíris de las críticas de izquierda toma tintes rojos, rojinegros, verdes o multicromáticos (al estilo de la *whipala* andina); es decir anticapitalistas, autonomistas-libertarias, ecologistas y poscolonialistas.

A nivel esquemático podemos asignar a cada una un foco de atención, una dimensión en la cual centran el cuestionamiento y evidencian el límite fundamental, el rasgo más conservador o regresivo. La crítica roja de los



Fuente: Elaboración propia.

anticapitalistas lo identifica en las alianzas de clase y el horizonte intra-capitalista y neodesarrollista de las transformaciones socio-económicas. La verde de los ecologistas y los movimientos ñcampesindiosò se posiciona en contra del extractivismo y los llamados mega-proyectos y, por lo tanto, también, desde un ángulo parcialmente similar a los anticapitalistas, contra los efectos del neodesarrollismo y la modernización capitalista. La crítica rojinegra de anticapitalistas autonomistas y otras corrientes libertarias ï incluidos las de inspiración anarquistaï se opone principalmente a las dinámicas combinadas del autoritarismo, el estatalismo, el centralismo, el clientelismo y el caudillismo. La crítica multicolor de los poscolonialistas subraya las agresiones a la Madre Tierra y a las formas de vida comunitarias, así como la persistencia de la jerarquía racial y la falta de un real pasaje plurinacional en los casos de Bolivia y Ecuador.

Estas posturas críticas tienden a entrecruzarse y sobreponerse, aunque tienen expresiones propias que pueden llegar a ser incompatibles en ciertos puntos o en su versión más pura o esencial al apuntar hacia una u otra contradicción principal.[37]

Veamos, como botones de muestra, algunos argumentos esgrimidos por autores influyentes y representativos de estas diversas posturas político-intelectuales situadas a la izquierda del progresismo.

Una buena síntesis de los elementos anteriores se encuentra en un texto que tempranamente trató de plantear un acercamiento crítico a los gobiernos progresistas considerados más radicales.[38] Las preguntas guía que orientaron los análisis sobre los distintos casos (Venezuela, Ecuador y Bolivia) corresponden a tres niveles fundamentales de cuestionamiento que han atravesado el debate. En primer lugar, se interrogan sobre si estos gobiernos constituyen alternativas al capitalismo o al desarrollismo, incluyendo un post-extractivismo y una inserción soberana en el mercado mundial. En segundo lugar, si las políticas sociales redistributivas rompen con el patrón neoliberal, si se alteraron las relaciones de propiedad y el modelo productivo. En tercero, si se profundizó la democracia más allá de su versión representativa li-

[37] Como bien sugiere Maristella Svampa, quien por su parte identifica tres críticas fundamentales: democrática, económico-social y ecoterritorial, *op. cit.*, pp. 454-455.

[38] Edgardo Lander, Carlos Arze, Javier Gómez, Pablo Ospina, Víctor Álvarez, *Promesas en su laberinto. Cambios y continuidades en los gobiernos progresistas de América Latina*, IEE/CEDLA/CIM, Quito, 2013.

beral, a través de la participación popular y el respeto a la crítica, la disidencia y la protesta.[39]

En la introducción, Edgardo Lander, un intelectual venezolano quien ha destacado por ser un agudo crítico del chavismo, plantea que no hay anticapitalismo posible si no se cuestiona la idea de progreso y sin pasos adelante en términos democráticos.[40] Respecto del caso venezolano, señala que la lógica rentista reforzó el Estado vertical y centralizado, lo cual considera incompatible con la propuesta de Estado comunal y con la posibilidad de un real autogobierno.[41]

En la misma tónica, Víctor Álvarez[42] analiza el rentismo venezolano que sintetiza en la fórmula ñimportamos porque no producimos, no producimos porque importamosò,[43] dando cifras respecto de la tendencia a la desindustrialización iniciada en tiempos de Chávez.[44] Según el ex-ministro del gobierno bolivariano, terminó instalándose un Estado empresario, que burocratizó la propiedad sin distribuirla, distribuyendo simplemente la renta, difundiendo modalidades paternalistas y clientelares de ejercicio del poder.[45] Para Álvarez, si bien se redujeron el desempleo y la pobreza, la economía venezolana se hizo más capitalista a costa de una mayor explotación de los trabajadores.[46]

En el capítulo sobre Bolivia, Javier Arce[47] evidencia los límites del proceso de transformación estructural en términos de ausencia de industrialización y de una demanda interna que, aun creciendo, no invirtió la tendencia a la perpetuación de un modelo primario-exportador y basado en la explotación

[39] *Ibid.*, pp. XIX-XX.

[40] Edgardo Lander, ñTensiones/contradicciones en torno al extractivismo en los procesos de cambio: Bolivia, Ecuador y Venezuelaò en Lander *et al.*, *op. cit.*, pp. 12-13.

[41] *Ibid.*, p. 32. La cuestión de la ausencia de real participación y del autoritarismo chavista es analizada en detalle en el trabajo de Margarita López Maya, *El ocaso del chavismo. Venezuela 2005-2015*, Editorial Alfa, Caracas, 2016.

[42] Víctor Álvarez, ñLa transición al socialismo de la Revolución Bolivariana. Transiciones logradas y transiciones pendientesò en Lander *et al.*, *op. cit.*, pp. 279-377.

[43] *Ibid.*, p. 244.

[44] *Ibid.*, p. 246.

[45] *Ibid.*, p. 257.

[46] *Ibid.*, pp. 266-268.

[47] Carlos Arze y Javier Gómez, ñBolivia: ¿El ópproceso de cambioôônos conduce al óVivir Bienõ?ò en Lander *et al.*, *op. cit.*, pp. 45-167.

de la fuerza de trabajo como fuente de riqueza.[48] También señala la falta de aplicación de los instrumentos de democracia directa que aparecían en la Constitución de 2009. Y concluye que el gobierno de Evo Morales tiene cuatro limitaciones fundamentales: un déficit de sustento ideológico por la contradicción entre buen vivir y desarrollismo; un déficit de pluralidad, ya que no tolera debate ni oposición de organizaciones sociales y políticas; un déficit de gestión y resultados y un déficit de institucionalidad por la centralidad del liderazgo.[49]

En el capítulo sobre Ecuador, Pablo Ospina[50] aun reconociendo los cambios en términos de redistribución de la riqueza y de la extensión de derechos sociales (en particular salud y educación), señala que durante el correismo no hubo cambio de modelo de acumulación, no fue afectada la propiedad privada y crecieron exponencialmente las ganancias y, por otro lado, a pesar de las promesas, no hubo empoderamiento ciudadano sino mecanismos institucionales para controlar y disciplinar a las organizaciones sociales y civiles en aras de ñdescorporativizarò la política ecuatoriana y fortalecer el Estado.[51] Según Ospina, si bien durante años el presidente Correa gozó de popularidad, el apoyo era pasivo y no implicaba participación. En este sentido, concluye que la Revolución Ciudadana eligió la eficacia por encima de la democracia.[52]

Respecto de los gobiernos progresistas de Argentina y Brasil se pueden encontrar análisis críticos que apuntan hacia estas mismas cuestiones con enfoques similares y, al mismo tiempo, destacan la especificidad de cada experiencia.[53] En estos casos, la frontera entre defensores y críticos se desplaza hacia la derecha ya que, siendo estos gobiernos evidentemente más moderados en términos del impulso a las transformaciones socio-económicas y de su

[48] *Ibid.*, p. 99.

[49] *Ibid.*, pp. 122-123.

[50] Pablo Ospina, ñEstamos haciendo mejor las cosas con el mismo modelo antes que cambiarlo. La revolución ciudadana en Ecuador (2007-2012)ò en Lander *et al.*, *op. cit.*, pp. 177-270. Sobre el caso ecuatoriano ver también un libro colectivo, en el cual participa también Ospina: Javier Álvarez González, *et. al.*, *Correismo al desnudo*, Montechristi vive, Quito, 2013.

[51] *Ibid.*, p. 193.

[52] *Ibid.*, p. 206.

[53] Una penetrante lectura en clave clasista y marxista, de tendencia autonomista, respecto del caso argentino puede encontrarse en Alberto Bonnet, *La insurrección como restauración.*

posicionamiento antimperialista, mayores son las críticas y menores las defensas desde una perspectiva de izquierda.

De manera especular a lo señalado en relación con las posturas favorables, desde la perspectiva socialista, la crítica al progresismo en general tiende a ser acompañada de una distinción o un matiz respecto de Venezuela.

Por ejemplo, Claudio Katz, economista marxista argentino, cuestiona el neo-desarrollismo de los gobiernos progresistas, definiéndolo así:

> Mayor intervención estatal, políticas económicas heterodoxas, retomar la industrialización, reducir la brecha tecnológica e imitar al sudeste asiático. A diferencia del desarrollismo clásico, promueve alianzas con el agro-negocio, relativiza el deterioro de los términos de intercambio, se aleja del enfoque centro-periferia y prioriza el manejo del tipo de cambio.[54]

Reconoce a estos gobiernos ñmejoras sociales, conquistas democráticas, y frenos a la agresión imperialò pero lamenta el extractivismo y la falta de diversificación productiva. No acepta la definición de gobiernos posneoliberales por la ausencia de una discontinuidad respecto del neoliberalismo y por los conflictos que tuvieron con varios movimientos populares, a pesar del gasto social que disminuyó la conflictualidad. Por otra parte, Katz insiste en la necesidad de no confundir gobiernos de centro-izquierda y experiencias como la venezolana que destacó por el papel antiimperialista y latinoamericanista, por el alcance socialista de la transformación que impulsa y el respaldo popular que genera.[55]

En un sentido similar, aunque a través de una retórica más ortodoxa, James Petras y Henry Veltmeyer señalan que los resultados en términos progresistas

---

El Kirchnerismo, Prometeo, Buenos Aires, 2015; ver también Adrián Piva, *Economía y política en la Argentina kirchnerista*, Batalla de ideas, Buenos Aires, 2015. Respecto del caso brasileño, ver diversas perspectivas críticas desde la izquierda del lulo-petismo reunidas en André Singer y Isabel Loubeiro (coordinadores.), *As contricioes do Lulismo. A que ponto chegamos?*, Boitempo, Sao Paulo, 2016; Gilberto Maringoni y Juliano Medeiros (coordinadores), *Cinco mil días. O Brasil na era do Lulismo*, Boitempo, Sao Paulo, 2017; Marcelo Badaró Mattos (coordinadores), *Estado y formas de dominación no Brasil contemporáneo*, Consecuencia, Rio de Janeiro, 2017.

[54] Claudio Katz, ñDesenlaces del ciclo progresistaò, *Rebelión.org* 25 de enero de 2016, http://www.rebelion.org/noticia.php?id=208177, [consulta: 10 de abril de 2018].

[55] *Ibid.*

fueron el resultado de la lucha de clase ñdesde abajoò pero que los gobiernos de centro-izquierda establecieron pactos sociales con la clase capitalista y se volvieron sus cómplices cuando la correlación de fuerzas cambió, favoreciendo los negocios agrarios y mineros. Según estos autores, sólo en la Venezuela bolivariana, aún sin romper con el capitalismo, se avanzó en sentido realmente progresista, sin que se pueda hablar de socialismo por la falta de ruptura con lógicas y dinámicas capitalistas.[56]

El cuestionamiento al neodesarrollismo toma tintes verdes cuando apunta al extractivismo y su impacto ecoterritorial. Esta postura, además de ser difusa entre movimientos comunitarios de defensa del territorio, Ongs y colectivos ambientalistas, encuentra su argumentación más penetrante en los textos de algunos intelectuales como Eduardo Gudynas, Maristella Svampa y Alberto Acosta, entre otros.[57]

Gudynas argumentó que se trata de gobiernos no neoliberales, pero insertos en capitalismo ya que:

> Mantuvieron, e incluso incrementaron, su papel económico como proveedores de materias primas, aceptaron las estructuras y dinámicas de la globalización, y en casi todos esos países el sector bancario no ha dejado de crecer. Insistieron tanto con las compensaciones económicas que mantuvieron, por otras vías, la mercantilización de la vida social y de la naturaleza.[58]

La perspectiva ecologista sostiene una crítica que no sólo se basa en el principio general de la defensa y el cuidado del medio ambiente, sino que señala como la profundización de las dinámicas de despojo capitalista, en particular a nivel territorial con la llamado extractivismo, va de la mano de la perpetuación de la dependencia y del ñrentismoò, es decir la persistencia de un patrón primario-exportador que inhibe el desarrollo de dinámicas productivas industriales y el avance tecnológico endógeno.

[56] James Petras y Henry Veltmeyer, *The Class Struggle in Latina America*, Routledge, Nueva York, 2017. Anteriormente James Petras y Henry Veltmeyer, *Espejismos de la izquierda en América Latina*, Lumen, México, 2009, pp. 23-25.

[57] Alberto Acosta *et al.*, *Renunciar al bien común. Extractivismo y (pos) desarrollo en América Latina*, Mardulce, Buenos Aires, 2012.

[58] Eduardo Gudynas, ñLa identidad de los progresismos latinoamericanosò en *América Latina en Movimiento*, núm. 510, año 39, Agencia latinoamericana de información, Quito, diciembre 2015, p. 5.

Varios integrantes de esta perspectiva crítica enarbolan dos conceptos articuladores de alternativas: el buen vivir y lo común. La noción de raíz indígena andina del buen vivir o vivir bien (*sumak kawsay* o *suma qamaña*) apunta a un paradigma antidesarrollista o de decrecimiento centrado en una relación armoniosa con la Naturaleza (la pachamama o la madretierra). Su difusión de la mano de la emergencia de movimientos indígenas tuvo influencia en ambientes gubernamentales en Bolivia y Ecuador y cierto eco en la elaboración de las constituciones de 2009 y 2008 respectivamente. En este último país fue adoptado como concepto clave de los planes de desarrollo desde 2009, quedando, según los críticos, simplemente enunciado y neutralizado dentro de una lógica desarrollista y estadocéntrica.[59]

La noción de lo común tiene un recorrido distinto ya que se introduce desde el ámbito intelectual y teórico y desde cierta resonancia en movimientos altermundialistas europeos al debate y al léxico que adoptan algunos grupos, asociaciones o movimientos en América Latina.[60]

Hay que destacar que la problemática eco-territorial es uno de los puntos álgidos de conflicto ya que nutre una serie de resistencias al extractivismo en toda América Latina, tiene un lugar muy importante entre los argumentos de los sectores críticos no sólo por constituir un punto específico de cuestionamiento sino porque además se entrecruza con los argumentos de matriz anticapitalista o autonomista.

Maristella Svampa, socióloga argentina que ha contribuido de forma notoria a la elaboración de la crítica al extractivismo y el que llamó el ñconsenso de la *commodities*ò, señala que la crisis de los gobiernos progresistas no se debe sólo a factores externos sino también al aumento de la polarización ideológica, la concentración de poder político y el incremento de la corrupción.

[59] Sobre esta cuestión, entre muchas contribuciones, véanse las posturas indianistas de Pablo Mamani y de la revista *Wilka* que dirige, la contraparte de crítica al pachamamismo de Pablo Stefanoni o la intervención de Arturo Escobar, ñ¿Pachamamicos *versus* Modernicos?ò, en *La Línea de Fuego*, 6 de marzo 2012. En un plano menos polémico ver el libro de Salvador Schavelzon (*Plurinacionalidad y Vivir bien/Buen vivir. Dos conceptos leídos desde Bolivia y Ecuador*, Abya Yala-CLACSO, Quito, 2015 y Massimo Modonesi y Mina L. Navarro, ñEl buen vivir, lo común y los movimientos antagonistas en América Latina. Elementos para una aproximación marxistaò en Giancarlo Delgado (coordinador), *Buena Vida, Buen vivir. Imaginarios alternativos para el bien común de la humanidad*, UNAM-CEIICH, México, 2014.

[60] Con los textos de referencia de Negri y Hardt, y de Dardot y Laval.

Respecto de la concentración del poder, se refiere no sólo a los líderes sino a formas de disciplinamiento adentro del oficialismo y respecto a organizaciones y movimientos sociales a intelectuales, académicos y periodistas.[61]

En este tenor, autores directamente ligados a la corriente autonomista, enarbolaron una profunda crítica a los gobiernos progresistas latinoamericanos incluidos los de Ecuador, Bolivia y Venezuela.[62] Esta postura puede encontrarse resumida en un breve, pero incisivo, libro escrito por Raúl Zibechi y Decio Machado.[63]

Estos autores niegan categóricamente que el camino electoral y estatal sea una opción emancipadora y consideran que los gobiernos progresistas operaron una estabilización que reposicionó el Estado y cerró un ciclo de luchas.[64] La recomposición estatista progresista es presentada por lo tanto como un paso atrás respecto del ciclo de luchas de los años anteriores.[65]

Plantean que existen cuatro elementos comunes que caracterizan este retroceso: ñel fortalecimiento/ reposicionamiento de los Estados, la aplicación de políticas sociales compensatorias como eje de las nuevas gobernabilidades, el modelo extractivo de producción y exportación de *commodities* como base de la economía y la realización de grandes obras de infraestructuraò.[66]

Afirman que no se propició la participación desde abajo, inclusive, a diferencia de otros autores, en el caso de las Comunas en Venezuela que no consideran ni el embrión de nuevo tipo de Estado ni un real contrapoder, sino

[61] Maristella Svampa, ñCuatro claves para leer América Latinaò en *Nueva Sociedad*, núm. 268, Buenos Aires, marzo-abril de 2017.

[62] Existen otras posturas autonomistas que no sólo son críticas, sino que desdeñan totalmente a los gobiernos progresistas, asimilándolos completamente neoliberalismo y posneoliberalismo y sus correspondientes formas de estatismo que asedian ñlo comúnò. Véase, por ejemplo, Verónica Gago y Diego Sztulwark, ñLa temporalidad de la lucha social en el fin de ciclo ópprogresistaôen América latinaò, *Euronomade.org* 6 de octubre de 2016, o Raquel Gutiérrez Aguilar, Blanca Laura Cordero Díaz y Lucia Linsalata, ñ¿Puede ser fértil la noción de ó(re)formismoô desde abajoô para pensar los caminos cotidianos ï y fundamentales- de transformación social? Reflexiones desde algunas experiencias de lucha más allá, contra y más del capital y del Estado en Venezuelaò en Juan José Carrillo Nieto, Fabiola Escárzaga y María Griselda Gunther (coordinadores), *Los gobiernos progresistas latinoamericanos. Contradicciones, avances y retrocesos*, UAM-Ítaca, México, 2017.

[63] Decio Machado y Raúl Zibechi, *Cambiar el mundo desde arriba. Los límites del progresismo*, Editorial Quimantú, Santiago de Chile, 2016.

[64] *Ibid.*, p. 25.

[65] *Ibid.*, pp. 31-32.

[66] *Ibid.*, pp. 31-32.

parte de un engranaje que, en última instancia, remite a la instancia del gobierno y del aparato central.[67]

Respecto del gobierno de Bolivia afirman que el MAS es:

> Una fuerza política estatista para imponer un proyecto de desarrollo/modernización basado en el extractivismo que, para hacerlo, necesita eliminar la democracia y la pluralidad a través de la cooptación, la represión o la concentración de poder, y en los hechos en la combinación de todos esos mecanismos.[68]

Señalan la cooptación que se anida detrás del discurso sobre justicia social, combate a la pobreza y desigualdad, de dirigentes populares y militantes al aparato administrativo del Estado, el uso de la represión y el ñapaciguamiento provocado por las políticas socialesò.[69] Cuestionan también el impacto redistributivo de las políticas sociales, mostrando la persistencia de una ñdesigualdad estructuralò, así como la pretendida disminución de la pobreza y llaman la atención respecto de que la difusión de los bonos monetarios propició el endeudamiento de importantes sectores.[70] A nivel puntual, se interrogan sobre la emergencia de una nueva burguesía, de nuevas élites y sobre la recomposición de las clases dominantes, en particular en Brasil y en Bolivia, donde analizan respectivamente el caso de los sindicalistas y los cooperativistas mineros.[71]

Como puede observarse, estas consideraciones de autores de filiación autonomista no dejan de combinar varios argumentos que, como vimos, son esgrimidos por anticapitalistas, ecologistas e indianistas y son compatibles

[67] *Ibid.*, p. 19. Agregan que ñNo tienen autonomía económica ni financiera ya que administran recursos transferidos por el Estado o por instituciones estatales. La inexistencia de una economía propia limita su autonomía. No es lo mismo que sean órganos de gestión y de participación que órganos de poder. Sin embargo, es posible que caminen en un sentido distinto al que marca la ley que los creóò, *Ibid.*, p. 80. No obstante, sostienen que el gobierno bolivariano ha ñimpulsado y apoyado las experiencias nacidas de forma espontánea entre los sectores popularesò, *Ibid.*, p. 69.

[68] *Ibid.*, p. 24.

[69] *Ibid.*, p. 29.

[70] *Ibid.*, p. 162.

[71] *Ibid.*, pp. 123-124. Respecto de las continuidades entre neoliberalismo y progresismo en términos de circulación de élites, concepción del Estado y de las políticas públicas hay que señalar la extensa investigación de Beatriz Stolowicz, *El misterio del posneoliberalismo*, 2 tomos, ILSA-Espacio crítico, Bogotá, 2017.

con la hipótesis que caracteriza a los gobiernos progresistas latinoamericanos de inicio de siglo XXI como revoluciones pasivas.

Siguiendo esta hipótesis de origen gramsciano que desarrollaremos en extenso más adelante, algunos autores ecuatorianos, argentinos y brasileños sostuvieron que los gobiernos progresistas puede entenderse bajo el prisma del concepto de revolución pasiva, es decir una peculiar combinación de transformación y conservación llevada adelante desde el Estado en aras de evitar la exacerbación de la confrontación de clase, impulsando una modernización capitalista que incluye reformas socio-económicas en favor de las clases subalternas, pero que apunta a su desmovilización y control.

Maristella Svampa esboza una caracterización del kirchnerismo argentino en estos términos:

> Cambio y, a la vez, conservación; progresismo, modelo realizado en clave nacional-popular y con aspiraciones latinoamericanistas y, a la vez, modelo de expoliación, asentado en las ventajas comparativas que ofrece el Consenso de los Commodities. A diez años de kirschnerismo no ha sido fácil salir de la trampa de la ñrestauración-revolucióno que éste propone, pues fueron las clases medias progresistas, con un discurso de ruptura, en su alianza no siempre reconocida con grandes grupos de poder, las encargadas de recomponer desde arriba el orden dominante, neutralizando y cooptando las demandas desde abajo.[72]

En Ecuador, en un extenso trabajo de investigación sobre el periodo de gobierno de Rafael Correa, Francisco Muñoz sostiene que se trató de revoluciones pasivas con prácticas cesaristas para sostener una ñpropuesta de modernización capitalistaò y òla fundación del nuevo estado burguésò.[73]

En paralelo, en Brasil la hipótesis de la caracterización de los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT) como revolución pasiva suscitó un breve pero relevante debate que involucró algunos destacados intelectuales.

En un artículo de 2005, Ruy Braga y Álvaro Bianchi, esbozaron la idea de una ñrevolución pasiva a la brasileñaò de corte social-liberal, para

[72] Maristella Svampa, ñLa década kirchnerista: populismo, clases medias y revolución pasivaò en *Lasaforum*, vol. 44, núm 4, otoño 2013. Por otra parte, Svampa combina este enfoque con el concepto de populismo y distingue entre populismos plebeyos y de clases medias, los primeros que prosperaron en Venezuela y Bolivia, los segundos en Ecuador y Argentina, Svampa 2017, *op. cit.*, pp. 458 y ss.

[73] Francisco Muñoz Jaramillo (coordinador), *Balance crítico del gobierno de Rafael Correa*, Universidad Central del Ecuador, Quito, 2014, p. 296.

diferenciarla del neoliberalismo en relación con las políticas de redistribución del ingreso y para mostrar el transformismo de la alta burocracia sindical, ñla financiarización de la burocracia sindicalò.[74]

Carlos Nelson Coutinho, destacado intelectual brasileño y pionero de los estudios gramscianos en este país, se opuso a esta lectura prefiriéndole el uso de la fórmula de ñhegemonía de la pequeña políticaò ya que no veía modificaciones sustanciales ligadas a reivindicaciones desde abajo y observaba que el consenso era estrictamente pasivo. Sostenía, por lo tanto, que se trataba de una simple y llana contrarreforma ï en continuidad con el neoliberalismo.[75]

En 2010, en respuesta a Coutinho, Braga defenderá la tesis del lulismo como revolución pasiva, caracterizando el proceso como una modernización conservadora ligada tanto a la esfera financiera como a las transformaciones en el mundo del trabajo, considerando que ñbolsa familiaò y otras políticas públicas, incluida la salarial, constituyen meras concesiones a los de abajo sin comportar un cambio estructural. Respecto de la dimensión hegemónica, señalando la desmovilización de las organizaciones y movimientos sociales, Braga apuntará al consentimiento pasivo de parte de las clases subalternas y el activo por parte de los dirigentes y militantes del PT que pasaron a administrar el Estado y los fondos de pensión.[76]

Por su parte, el renombrado sociólogo Francisco De Oliveira sostuvo que no se trataba ni de vía pasiva ni de populismo, pero reconoció dimensiones de transformismo, cooptación y desmovilización, caracterizando el proceso irónicamente como ñhegemonía al revésò.

ñSon los dominantes que consienten a ser políticamente conducidos por los dominados, con la condición que la ódirección moralô no cuestione la forma de explotación capitalistaò.[77]

[74] Citado en Álvaro Bianchi, ñGramsci interprète du Brésilò en *Actuel Marx*, núm. 57, Presse Universitaires de France, París, 2015, p. 106.

[75] Carlos Nelson Coutinho, ñHegemonía da pequeña políticaò en Francisco De Oliveira, Ruy Braga y Cibele Rizek (organizadores), *Hegemonia a avessas*, Boitempo, Rio de Janeiro, 2010, p. 32.

[76] Braga, Ruy, ñApresentacaoò en Francisco De Oliveira, Ruy Braga y Cibele Rizek (organizadores.), *op. cit.*

[77] Francisco De Oliveira, ñHegemonía a avessasò en Francisco De Oliveira, Ruy Braga y Cibele Rizek (organizadores), *op. cit.*, p. 27; Francisco De Oliveira (entrevista de Massimo Modonesi), ñBrasil: una hegemonía al revésò en *OSAL* núm. 30, CLACSO, Buenos Aires, noviembre de 2011.

Por otra parte, también Edmundo Fernandes Dias, otro destacado gramsciano brasileño, caracterizó a los gobiernos petistas como una revolución pasiva, sosteniendo además que el ñproceso de lulificaciónò se extendió a América Latina, en función de la incorporación al aparato de Estado de representantes de las clases subalternas que ñdecapitó su direcciónò.[78]

Antes de desagregar la hipótesis que sostiene que los gobiernos progresistas fueron revoluciones pasivas y trascendiendo el plano más descriptivo y particular de las posturas y los autores que las sostienen, hay que reconocer que, en medio de esta diversificación y pluralidad, destaca una tensión teórica de fondo entre hegemonismo y autonomismo, entre dos principios y lógicas políticas que tienden a dislocarse polarmente y que fueron y siguen siendo palabras de orden que marcaron distintos actores y momentos del proceso histórico que estamos tratando de descifrar.

Es importante y necesario distinguir los principios generales y abstractos de autonomía y hegemonía ï que pertenecen ambos a la tradición marxista, en particular su vertiente gramscianaï de sus respectivos *ismos*, las tendencias políticas, tanto teóricas como prácticas, a separarlos, esencializarlos y convertirlos en clave de estrategias unilaterales, es decir centradas en un solo lugar ï lo estatal o lo comunitarioï o sujeto privilegiado que concentre la iniciativa política y que se convierta en único factor dinámico y susceptible de impulsar la transformación: la autonomía del sujeto comunidad, clase o pueblo; o la autonomía de lo político, es decir de las mediaciones políticas ï el Estado, el partido o el líder.

No casualmente, a nivel teórico o, si se quiere, político-estratégico, después de la subida del pensamiento autonomista de la mano y al calor de las luchas, como hemos visto y reseñado, ha sido la reflexión sobre el Estado y la recuperación de una noción estatalista de hegemonía que ha ocupado un lugar importante no sólo en el debate sino también en las teorizaciones que lo han acompañado. Al mismo tiempo, además de la persistencia de la cuestión concreta de la autonomía, el mismo autonomismo como corriente política e intelectual, a pesar de haber perdido parte de su fuerza argumentativa como alternativa societal, logra sostenerse como posición aguda y radicalmente

[78] Edmundo Fernandes Dias, *Revolução passiva e modo de vida: ensaios sobre as classes subalternas, o capitalismo e a hegemonia*, Editora José Luís e Rosa Sundermann, Sao Paulo, 2012, p. 154.

crítica del hegemonismo y el correlativo estatalismo de los defensores de los gobiernos progresistas.

Una cuestión adyacente y paralela que atraviesa y, al mismo tiempo, permite ordenar el debate que reseñamos, atañe a una polarización respecto de la interpretación del papel de los intelectuales, en donde la organicidad invocada por Gramsci se traduce de dos formas que, en lugar de articularse, se contraponen: la de intelectual crítico del poder y la del intelectual como factor de poder. En términos del debate sobre el progresismo, esta tensión se tradujo en una contraposición irreductible entre críticos y defensores del progresismo, en ambos casos escudándose detrás de una concepción militante del intelectual, privilegiando uno u otro rasgo, una u otra justificación: sea radical, sistemática e irreductible crítico de todo poder o instancia de dominación o comprometido, disciplinado e integrado a partidos y gobiernos considerados antisistémicos.

Dejando anotadas estas claves de lectura transversales, concluimos esta parte del capítulo señalando que el conjunto de los botones de muestra de autores, posturas y argumentos que hemos tratado de ordenar pretenden ofrecer una cartografía preliminar que dé cuenta de las líneas principales de la áspera confrontación entre, por un parte, el discurso oficialista y sus matices y, por la otra, un abanico multicolor de posturas críticas al calor de un debate todavía abierto en el terreno político e intelectual. Aun cuando esta polémica pueda perder intensidad conforme se vaya profundizando el fin de ciclo y la derechización en curso, el análisis de la experiencia de los gobiernos progresistas latinoamericanos de inicio del siglo xxi irá desplazándose y ocupando un lugar siempre más importante en el terreno de las ciencias sociales y, en un plazo más amplio, de la historiografía en la medida en que, como lo señalábamos al principio, se trata de un debate de época que marca un parteaguas en la historia tanto política como intelectual de la región.[79]

[79] Hay que señalar que, en tiempos recientes, está surgiendo una literatura de tintes más estrictamente académicos, no pocas veces optando por el uso del punto interrogativo o buscando promover una postura equilibrada. Sin embargo, la cuestión es tan álgida que, aún estos esfuerzos, sin querer queriendo, terminan ubicándose en algún lugar de la línea del debate pro-contra y reproducen sustancialmente los argumentos del debate que hemos estado presentando. Véase, por ejemplo, Gerónimo de Sierra (organizador), *Los progresismos en la encrucijada. Argentina, Bolivia, Brasil, Uruguay, Venezuela*, Universidad de la República, Montevideo, 2017 o Juan Carlos Gómez Leyton (coordinador), *Bolivia hoy: ¿Una Democracia Poscolonial o Anticolonial?, Seis estudios y una bibliografía seleccionada 1990-2016*,

2. Una época de revoluciones pasivas[80]

Esta hipótesis, surgida cuando se iniciaba el debate sobre los alcances y límites de los gobiernos progresistas, propone caracterizar el ciclo progresista latinoamericano como un conjunto de diversas versiones de *revolución pasiva*, es decir, siguiendo la intuición de Gramsci, de una serie de proyectos políticos devenidos procesos de transformaciones significativas pero limitadas, con un trasfondo conservador, impulsados desde arriba y por medio de prácticas políticas desmovilizadoras y subalternizantes, que se expresan en buena medida a través de los dispositivos del *cesarismo* y el *transformismo* como modalidades de vaciamiento hacia arriba y hacia abajo de los canales de organización, participación y protagonismo popular.

Considerando que, como vimos en los apartados anteriores, un problema analítico mayor parece ser el de sintetizar las contradicciones y las ambigüedades que marcan estas experiencias políticas, los conceptos gramscianos abren una línea de interpretación original y fecunda que permite ir más allá de la fórmula *gobiernos progresistas* que, en forma convencional, ha sido adoptada en este libro y está siendo ampliamente utilizada en el intenso debate en curso sobre la época y la coyuntura latinoamericanas.

Revolución como neodesarrollismo y estatalismo

La cuestión del alcance transformador o revolucionario ha ocupado gran parte del debate sobre la caracterización de los gobiernos progresistas entre quienes exaltaron sus alcances posneoliberales y quienes cuestionaron sus límites neodesarrollistas. Varios elementos vertidos sobre este aspecto del debate abonan a la hipótesis de la revolución pasiva.

Escaparate, Santiago de Chile, 2017; Gerardo Caetano, ñ¿Milagro en Uruguay?, Apuntes sobre los gobiernos del Frente Amplioò en *Nueva Sociedad*, núm. 272, Buenos Aires, noviembre-diciembre de 2017; Franklin Ramírez y Soledad Stoessel, ñUna década de Revolución Ciudadana: posneoliberalismo y conflictividadò en Gerardo Szalkowicz y Pablo Solana (compiladores), *op. cit.*

[80] Este texto reformula en forma sintética ï omitiendo referencias a casos concretos y bibliografía que ha sido superada o que aparece en éste y otros capítulos del libroï las hipótesis vertidas en dos artículos publicados en 2012 y 2015, ambos integrados al libro Massimo Modonesi, *Revoluciones pasivas en América Latina* Itaca, México, 2017.

1. Las transformaciones ocurridas a partir del impulso de los gobiernos progresistas latinoamericanos pueden ser denominadas *revoluciones* ï asumiendo una acepción amplia y estrictamente descriptiva del conceptoï en tanto promovieron cambios significativos de modernización capitalista en sentido antineoliberal, posneoliberal y neodesarrollista que pueden visualizarse en un rango de oscilación, según los casos, entre reformas profundas y substanciales y un ñconservadurismo reformista moderadoò ï usando una expresión de Gramsci. Brasil podría representar un punto de referencia del conservadurismo y Venezuela uno de reformismo fuerte con alcances estructurales. A la hora de evaluar el alcance del cambio, no es lo mismo sopesar y valorar el relance del gasto público y social que alimentó el consumo y el mercado interno que reconocer la escasa dinamización del sector productivo o la re-primarización en clave exportadora. Todo sumado, asumiendo en este rubro una postura lo más ecuánime posible, hay que reconocer un giro ï aún relativo- respecto al neoliberalismo en cuanto a los énfasis nacionalista y social que se reflejan en un conjunto de medidas soberanistas y redistributivas, mientras que en relación con el relance de la producción industrial, la inserción en el mercado mundial y la persistencia e inclusive reforzamiento de un perfil primario-exportador ï y los consiguientes costos ambientalesï no se observaron cambio sustanciales o dignos de ser apreciados e inclusive hay quienes sostienen con datos y argumentos la hipótesis de una regresión. Si este neodesarrollismo es coherente o antitético respecto de horizontes posneoliberales, anticapitalistas y socialistas y si este último umbral es viable en el corto plazo es un tema que rebasa este ejercicio analítico. Aún en el rango de oscilación entre reformas estructurales y un ñconservadorismo reformista moderadoò, los procesos en curso no dejan de marcar un giro significativo que lleva más allá del neoliberalismo tal y como fue implementándose en América Latina desde los años ochenta y que, asumiendo la fórmula gramsciana, podemos definir *revolución* en un sentido acotado y restringido,[81] es decir con toda su

[81] Carlos Nelson Coutinho en un intento de entender el neoliberalismo sugería que más que *revolución pasiva* había que hablar de *contrarreforma* en la medida en que no aparece el elemento fundamental de la recepción de parte de las demandas desde abajo. No sólo comparto

contraparte conservadora, como revolución neodesarrollista, es decir una variante progresista de modernización capitalista.

2. Al mismo tiempo, inducida en un inicio por la activación antagonista de movilizaciones populares, pero posteriormente a contrapelo de las mismas y en razón de sus limitaciones, la conducción y realización del proceso fue sostenida *desde arriba*. Aunque algunas demandas formuladas desde abajo por las clases subalternas fueron incorporadas, las fuerzas políticas progresistas realizaron, desde la altura de la iniciativa de gobierno, alianzas e inclusive incorporaron a sus filas sectores de las clases dominantes, así como favorecieron la emergencia de nuevos grupos tanto en términos de acumulación de capital como de empoderamiento de nuevas capas burocráticas. En este sentido los límites conservadores de las revoluciones pasivas latinoamericanas se hallan en la composición y recomposición de clase de las fuerzas que las impulsan. No es posible afirmar de manera tajante que los gobiernos progresistas sean expresiones directas de las clases dominantes y de la burguesía latinoamericana, así como no podríamos sostener lo contrario, es decir que surjan estrictamente de las clases subalternas y de los trabajadores. Sin embargo, entre las mediaciones y las contradicciones interclasistas que, con distintos matices y énfasis, aparecen en todos estos casos, se perciben claramente cierto anclaje orgánico con las clases subalternas y unos alcances progresistas, pero también unos límites conservadores al horizonte de transformación y el color ideológico del proyecto y, en estos últimos, se vislumbra un evidente y antitético rasgo de clase. Dicho de otra manera, sin llegar a decir que se trate de gobiernos ejercidos directa o completamente por las clases dominantes, son gobiernos cuya autonomía relativa no se tradujo en una contraposición frontal y sistemática con los intereses de las clases dominantes locales sino que buscaron forjar una hegemonía inter o transclasista que rompiera la unidad de éstas para promover el desgajamiento de un sector progresista o nacionalista del campo

esta opinión respecto al neoliberalismo, sino que, a partir de ella, agregaría que este elemento está presente en la actualidad y complementa el cuadro que nos permite afirmar que, allá donde gobernaron fuerzas políticas progresistas, en América Latina se vivió un proceso de revolución pasiva, Carlos Nelson Coutinho, ñLêpoca neoliberale: rivoluzione passiva o controriforma?ò en *Critica Marxista*, núm. 2, Editori Riuniti, Roma, 2007, pp. 21-26.

oligárquico hacia un proyecto reformista conservador que se realice como revolución pasiva. Al lograrlo y al incorporar además sectores de clases medias y propiciar nuevas dinámicas de acumulación, se modificó sensiblemente la composición social y política del campo progresista en sentido conservador.

3. Por otra parte, también en relación con la dinámica y el procedimiento político, los cambios y las reformas fueron impulsadas estrictamente *desde arriba*, por medio del aparato de Estado, el gobierno y, en particular, el poder presidencial, haciendo uso de la institucionalidad y la legalidad liberal-democrática existente como resorte e instrumento fundamental y prácticamente exclusivo de iniciativa política. Hay consenso en reconocer que las transformaciones ocurridas pasan por una iniciativa que surge desde arriba y pone en el centro, como motor de las prácticas reformistas y conservadoras, al aparato y la relación estatal. Guste o no, es indiscutible que, con diferente intensidad, los gobiernos progresistas latinoamericanos, a contrapelo de los postulados neoliberales, volvieron a colocar al Estado ï y las políticas públicas que de él emananï como instrumento central de intervención en lo social y lo económico. Más allá del debate sobre los vicios y/o las virtudes de una apuesta o ilusión neodesarrollista, el estatalismo o *estadolatría* en la actualidad en boga en América Latina corresponden al modelo de la *revolución pasiva* en la medida en que combinan eficazmente la capacidad de innovación desde arriba con el control hacia abajo. Esto no implica una condena ideológica del principio del papel del Estado, al estilo autonomista, sino el simple y llano reconocimiento del papel sobredimensionado que está cumpliendo en el contexto de las experiencias de los gobiernos progresistas latinoamericanos. Uno de los cuestionamientos más destacados y documentados apunta al uso de las políticas sociales asistencialistas ï que responden parcialmente a demandas formuladas desde abajoï a las cuales recurrieron abundantemente todos estos gobiernos y que, por un parte, operan un redistribución de la riqueza ï que hay que festejarï mientras, por la otra, no sólo no garantizan a los pobres medios propios y durables para garantizar su bienestar sino que además operan y son operados como poderosos dispositivos clientelares y de construcción de lealtades políticas.

Desmovilización, transformismo y cesarismo

Además de la evaluación del alcance transformador y del carácter de clase de estos procesos, es igualmente importante el análisis de los límites socio-políticos de las revoluciones pasivas latinoamericanas de inicio de siglo.

En este sentido, podemos apuntar tres rasgos que ponen en evidencia el rasgo predominante de la iniciativa desde arriba, desde viejas y nuevas élites, desde el Estado o la sociedad política y la correspondiente o paralela construcción de la pasividad de las clases subalternas.

1. Las fuerzas políticas instaladas en este peldaño gubernamental aprovecharon y promovieron una *desmovilización* más o menos pronunciada de los movimientos populares y ejercieron un eficaz control social o, si se quiere, una hegemonía sobre las clases subalternas que socavó ï parcial pero significativamenteï su frágil e incipiente autonomía y su capacidad antagonista, de hecho generando o no contrarrestando una re-subalternización funcional a la estabilidad de un nuevo equilibrio político. De allí que el rasgo de la pasividad ï el reflujo de una politización antagonista a una despolitización subalterna[82]ï se volvió característico, sobresaliente, decisivo y común a la configuración de las diferentes versiones de revolución pasiva en la América Latina de inicio de siglo.
2. Operaron en paralelo fenómenos de *transformismo* por medio de los cuales elementos, grupos o sectores enteros de los movimientos populares fueron cooptados y absorbidos por fuerzas, alianzas y proyectos que combinaban rasgos progresistas y conservadores y se ñmudaronò al terreno de la institucionalidad y de los aparatos estatales por lo general para operar o hacer efectivos tanto las políticas públicas orientadas a la redistribución y de corte asistencialista, como los correspondientes procesos de desmovilización y control social o, eventualmente, de movilización controlada.
3. La modalidad de *revolución pasiva* abrevó de la tradición caudillista latinoamericana y se presentó bajo la forma de *cesarismo progresivo*, en la medida en que el *equilibrio catastrófico* entre neoliberalismo y

[82] Ver: Massimo Modonesi, *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*, Prometeo-CLACSO-UBA, Buenos Aires, 2010.

> antineoliberalismo se resolvió a través de una síntesis progresiva de reforma y modernización capitalista en sentido neodesarrollista regida por una figura carismática, un fiel de la balanza colocado en el centro dinámico del proceso. Los gobiernos progresistas giran, en efecto, en torno a la figura de un caudillo popular que garantiza no sólo la proporción entre transformación y conservación, sino que, además, viabiliza y asegura su carácter fundamentalmente pasivo y delegativo, aun cuando sepa y pueda recurrir de manera esporádica a formas de movilizaciones puntuales y contenidas.

Es un hecho que los gobiernos progresistas latinoamericanos surgieron *después* de oleadas de movilizaciones populares que marcaron una década entre mediados de los años noventa y mediados del dos mil, con diferentes ritmos, formas e intensidades nacionales. Este antecedente es relevante en tanto coloca un problema interpretativo fundamental sobre el cual queremos llamar la atención que corresponde al adjetivo que caracteriza el concepto de revolución *pasiva*: la presencia y las acciones de los llamados gobiernos progresistas en América Latina aprovecharon/propiciaron/promovieron una relativa desmovilización y despolitización o, en el mejor de los casos, un movilización y politización controlada y subalterna de los sectores populares y los movimientos y organizaciones sociales. Si en los primeros años, en particular en Venezuela, Ecuador y Bolivia, cuando las derechas buscaron el camino del conflicto social e institucional para desestabilizar a los gobiernos antineoliberales, los niveles de movilización se mantuvieron relativamente altos pero, desde que esta ofensiva fue frenada y las oposiciones conservadoras o neoliberales volvieron a jugar sus fichas principalmente a nivel electoral,[83] la disminución cuantitativa de la conflictualidad social ha sido evidente, y así lo registraron los analistas, mientras que desde 2013 se dio un repunte hacia una nuevo aumento de episodios de protesta tanto por impulso de la reactivación de las derechas como de organizaciones y movimientos populares. Al mismo tiempo, el proceso de desmovilización y pasivización, más allá de lo cuantitativo, se refleja en un claro pasaje de una politización antagonista a

[83] Cuando no se adhirieron pragmáticamente o se articularon felizmente en una alianza con las fuerzas progresistas gubernamentales esperando que llegara el momento de una revancha o que fuera más rentable otra opción política, lo cual puntualmente ocurrió.

una subalterna. Es esta brecha cualitativa la que permite reconocer, aún en presencia de formas subalternas de acción, de resistencia y de protesta, una tendencia general a la desmovilización y la pasivización.

En cuanto a las causas, entre las evaluaciones críticas que siempre con mayor frecuencia circulan en los países en donde hubo, o todavía hay, los gobiernos progresistas, suelen aparecer las siguientes: el contexto de crisis de las instituciones políticas y de los partidos; la instalación de gobiernos y de líderes carismáticos que desahogaron tensiones y demandas que catalizaban las organizaciones y los movimientos sociales en los años anteriores; la cooptación y el ingreso voluntario y entusiasta de dirigentes y militantes de movimientos populares a las instituciones estatales en vista de traducir las demandas en políticas públicas; y la presión y el manejo clientelar de los actores gubernamentales y eventualmente la represión selectiva, entre otras.

La hora de los llamados gobiernos progresistas, aún en su auge hegemónico, en el momento más cómodo y propicio, fue la hora de la desmovilización y de la despolitización, de la fallida oportunidad de ensayar o de dejar fluir una democracia participativa basada en la organización, la movilización y la politización como vectores de un proceso de fortalecimiento y empoderamiento de las clases populares. Por el contrario, las fuerzas políticas encaramadas en los gobiernos, no contrarrestaron, aprovecharon o inclusive impulsaron la tendencia al repliegue corporativo-clientelar de gran parte de las organizaciones y los movimientos que habían protagonizado las etapas anteriores. En esta generalización que pone en evidencia la tendencia más gruesa no hay que perder de vista, en el trasfondo del proceso, que existieron tres vertientes de movilización en curso en los países que estamos contemplando: las promovidas desde los gobiernos y las instancias partidarias y sindicales que los sostienen; las que son impulsadas por las oposiciones de derecha; las que surgen desde disidencias y oposiciones sociales de izquierda.

Las primeras dos tendieron a disminuir conforme se dieron acuerdos y prácticas de gobernabilidad, de *pax progresista* (salvo las coyunturas electorales y cierta rutinaria gimnasia de movilización) para volver a aparecer a la hora de la crisis de hegemonía y de la contraofensiva de las derechas. La existencia del último tipo, de un brote de movilizaciones antagonistas y relativamente autónomas de las clases subalternas, podría parecer como una confutación de la hipótesis de la pasividad, pero no es otra cosa que una reacción a contrapelo de las revoluciones pasivas en curso, el embrión de

una antítesis que no termina de cuajar y ocupó un lugar marginal en términos de capacidad de acumulación de fuerzas y de articulación de un polo alternativo. Al margen de su valoración, hay que reconocer que no se trató, salvo excepciones y coyunturas, de fenómenos masivos, prolongados o, a diferencia de los años dos mil, con efectos significativos en términos de los equilibrios políticos generales. Ni intensiva ni extensivamente lograron invertir la tendencia general que, más bien, confirmó la hipótesis de re-subalternización, es decir de reconfiguración de la subalternidad como matriz subjetiva de la dominación, como condición general de sustentabilidad de la revolución pasiva.

Por otra parte, no se puede no hacer el recuento de las limitaciones propias de los movimientos populares que permitieron la realización de experiencias de revolución pasiva que podemos resumir, parafraseando a Gramsci, en falta de iniciativa popular unitaria y en presencia de ñsubversivismoò esporádico, elemental e inorgánico. Elementos a partir de los cuales se configura la posibilidad de la revolución pasiva y, al mismo tiempo, condiciones necesarias para su continuidad y prolongación. Finalmente, en medio de la tendencia a la pasivización, se dio el recurso a la movilización controlada, una alquimia propia del populismo latinoamericano, por lo general en clave defensiva frente a ofensivas de restauración oligárquica, como la que está en curso, a través de convocatorias que, a veces, puede ser rebasadas e incluso desbordarse.

Confirma la hipótesis general sobre el carácter pasivo de los procesos políticos impulsados por el progresismo latinoamericano la ausencia de reales reformas democratizadoras del Estado, de los sistemas políticos y de partido y de la participación o democracia directa. En un primer momento, apareció cierta disposición e inclusive se generaron hipótesis novedosas que encontraron algún eco en las tres nuevas constituciones (Venezuela, Ecuador y Bolivia), como reflejo de las banderas y demandas de los movimientos populares que había cuestionado electoralismos y partidocracias propias de las transiciones democráticas latinoamericanas, pero fue diluyéndose en las prácticas e iniciativas de gobierno aunque siga reproduciéndose en forma discursiva o siendo una bandera de algunos sectores o grupos al interior de las coaliciones gobernantes, grupos no suficientemente fuertes o influyentes para determinar el rumbo general. La democratización entendida como socialización del poder y como impulso a la autodeterminación quedó como letra muerta de las constituciones o como promesa incumplida del progresismo latinoamericano.

Sólo en Venezuela, la democracia directa fue colocada en algún momento en un lugar prioritario tanto a nivel simbólico como en el plano del financiamiento público a través de la creación de los consejos comunales. Pero, este importante avance participativo fue temperado y viciado por lógica clientelares y por la verticalidad tanto gubernamental como del Partido Socialista Unificado de Venezuela, brazo político del chavismo creado simultáneamente como contraparte de centralización que compensara la descentralización del poder en la Comunas.

Ahora bien, hay que considerar que el reflujo de los procesos espontáneos de participación ligados a coyunturas no se resuelve de manera mecánica agregando y sobreponiendo dispositivos de ingeniería institucional de corte participativo. Al mismo tiempo, aunque toda forma de institucionalización acarrea necesariamente un grado de pasividad y de pasivización, eso no quiere decir que sea irrelevante la existencia de andamiajes institucionales que contemplan e incluyen instancias participativas, siempre y cuando no se vacíen de contenido, no se vuelvan simples eslabones burocráticos y se conviertan en mecanismos de control social.

Por otro lado, evitando el maniqueísmo propio de la dicotomía institucionalización-autonomía, aparecen las tendencias de fondo a la desconfianza política, a la crisis de las instituciones políticas occidentales, que llevan a plantear la tesis de la pasividad como una tendencia societal. Por último, hay que reconocer que, en buena medida, fueron los propios movimientos populares los que buscaron y, en grados distintos, encontraron los caminos hacia las instituciones bajo una perspectiva de construcción de poder que resultó tendencialmente exitosa, pero implicó una institucionalización de la acción política con la relativa desmovilización y pérdida de protagonismo de las organizaciones y movimientos sociales.

En esta tesitura, el *transformismo* jugó un papel fundamental. La instalación de gobiernos progresistas produjo fenómenos de cooptación desde el aparato estatal que drenaron sectores y grupos importantes e inclusive masivos de dirigentes y militantes de las organizaciones populares al punto de desvertebrar el movimiento social entendido como un conjunto. Este proceso es central para explicar la pasivización, subalternización, control social o movilización controlada o heterónoma.

De la misma manera, es particularmente notorio como la forma política asumida por estos hechos remite a un formato caudillista y, en los términos

que estamos proponiendo, un *cesarismo progresivo* que cumple una función fundamental en tanto no sólo equilibra y estabiliza el conflicto, sino que además afirma y sanciona la verticalidad, la delegación y la pasividad como características centrales y decisivas.

Centrando entonces la cuestión en el ámbito de los procesos de subjetivación política que nos interesa destacar, hay que reconocer un reflujo hacia la subalternidad, una pérdida de capacidad antagonista y de márgenes de autonomía de los actores y movimientos sociales que fueron protagonistas de las luchas sociales en América Latina a la hora de la activación del ciclo antineoliberal. Como contraparte, se hicieron evidentes tendencias a la institucionalización, delegación, desmovilización y despolitización (cuando no al autoritarismo, burocratización, clientelismo, cooptación y represión selectiva) que caracterizaron los escenarios políticos dominados por la presencia de gobiernos progresistas. Afloraron las ñperversionesò de proyectos de transformación que, al margen de las declaraciones de intención, estuvieron despreciando, negando o limitando la emergencia y el florecimiento de la subjetividad política de las clases subalternas, centrándose en iniciativas y dinámicas desde arriba que lejos de promover procesos democráticos emancipatorios, reprodujeron la subalternidad como condición de existencia de la dominación. Al margen de la valoración de los saldos y los alcances socio-económicos de las políticas públicas impulsadas por los gobiernos progresistas, aparecieron las miserias de formas históricas de estatalismo y de partidismo que lejos de operar como dispositivos de democratización real y de socialización de la política se convierten en obstáculos y en instrumentos de revolución pasiva. Al aprovechar, controlar, limitar y, en el fondo, obstaculizar cualquier despliegue de participación, de conquista de espacios de ejercicio de autodeterminación, de conformación de poder popular o de contrapoderes desde abajo ï u otras denominaciones que se prefieran- se estuvo no sólo negando un elemento sustancial de cualquier hipótesis plenamente emancipatoria sino además debilitando la posible continuidad de iniciativas de reformas ï ni hablar de una radicalización en clave revolucionariaï en la medida en que se desperfiló o sencillamente desapareció de la escena un recurso político fundamental para la historia de las clases subalternas: la iniciativa desde abajo, la capacidad de organización, de movilización y de lucha.

Fin del ciclo y giro regresivo

A raíz de los efectos de la crisis económica, del desgaste político de más de una década de gobierno y de las contradicciones propias de todo fenómeno de revolución pasiva, la experiencia de los llamados gobiernos progresistas en América Latina entró en un pasaje crítico que algunos autores denominaron *fin de ciclo*, abriendo un debate sobre el carácter de la coyuntura con fuertes implicaciones estratégicas respecto del porvenir inmediato.

Como lo señalamos, la experiencia de los llamados gobiernos progresistas en América Latina entró, entre 2013 y 2015, en un pasaje crítico que algunos autores denominaron *fin de ciclo*, abriendo un debate que resultó particularmente áspero que hemos evocado en el apartado anterior.

Sostendré en forma sintética la idea de que, en sentido estricto, el ciclo terminó no sólo ni tanto porque regresaron las derechas al gobierno de Argentina y Brasil sino porque se hizo evidente la pérdida de hegemonía con una serie de consecuencias, entre las cuales se cuentan las que permitieron el giro a la derecha en estos países tan importantes de la región pero también escenarios turbulentos en los otros.

Siendo que la de la revolución pasiva es una fórmula que busca y logra una salida hegemónica a una situación de equilibrio de fuerzas, o de ñempate catastróficoò ï fórmula que resultó eficaz en clave progresista en América Latina en la década de los dos milï podemos analizar y problematizar la hipótesis del fin de ciclo, poniendo en evidencia un rasgo central y determinante: la pérdida relativa de hegemonía, es decir la creciente incapacidad de construcción y sostenimiento del amplio consenso interclasista y de fuerte raigambre popular que caracterizó la etapa de consolidación de estos gobiernos.

En efecto, entre 2013 y 2015, se concluyó la fase de consolidación hegemónica que se expresó reiteradamente en resultados electorales plebiscitarios pero se fraguó en esencia en el ejercicio eficaz de una serie de intermediaciones estatales y partidarias, desplazando a las derechas de estratégicos ganglios institucionales y aparatos ideológicos del Estado e instalando una serie de ideas fuerzas, consignas y valores políticos de corte nacional popular como los de soberanía, nacionalismo, progreso, desarrollo, justicia social, redistribución, dignidad plebeya, etc. En algunos países este pasaje fue acompañado por un enfrentamiento directo con intentos restauradores de carácter

golpista o extra institucionales ï como en el caso de Bolivia, Ecuador y Venezuela pero también en Argentina el caso del conflicto del campoï , cuyo saldo dejó las derechas de estos países muy debilitadas y, en consecuencia, abrieron el camino a una práctica hegemónica de las fuerzas progresistas más profunda y contundente,[84] incluyendo la reformulación de los marcos constitucionales y generando el escenario del llamado ñcambio de épocaò.

Esta etapa se cerró. Al menos desde 2013[85] se percibió un punto de inflexión, con ciertas variaciones temporales y formales país por país, a partir de un viraje desde un perfil progresivo a uno tendencialmente más regresivo. Giro que resultó en particular perceptible en las respuestas presupuestales a la crisis económica que azotó la región, que privilegiaron el capital frente al trabajo y al medio ambiente, como la actitud hacia las organizaciones y movimientos sociales situados a su izquierda, que tendió a endurecerse tanto discursiva como materialmente.

Gramsci sostenía que se podía/debía distinguir entre cesarismos progresivos y regresivos. Agregaría que esta antinomia conforma una clave de lectura que se puede aplicar también al análisis de diversas formas y distintas etapas de las revoluciones pasivas ya que permite reconocer diversas combinaciones de rasgos progresivos y regresivos y la predominancia de uno de ellos en momentos sucesivos del proceso histórico.[86]

Desde su surgimiento convivieron al interior de los bloques y alianzas sociales y políticas que impulsaron los gobiernos progresistas latinoamericanos tendencias de diverso signo. Si en la etapa inicial dominó el rasgo progresista, propiciando que así se denominaran, se puede identificar un posterior viraje tendencialmente conservador que opera en sentido regresivo respecto del rasgo progresivo de la etapa hegemónica de ejercicio del poder de los gobiernos

[84] El vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera habló de ñpunto de bifurcaciónò para dar cuenta de este pasaje estratégico de la correlación de fuerzas que abrió a la posibilidad del ejercicio hegemónico. Ver: Álvaro García Linera, ñEmpate catastrófico y punto de bifurcaciónò en *Crítica y emancipación* núm. 1, CLACSO, Buenos Aires, junio de 2008, pp. 23-33.

[85] Como señalé en Massimo Modonesi, ñConflictividad socio-política e inicio del fin de la hegemonía progresista en América Latinaò en Jaime Pastor y Nicolás Rojas Pedemonte (coordinadores), *Anuario del conflicto social 2013*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2014.

[86] Ver, ñPasividad y subalternidad. Una relectura del concepto gramsciano de revolución pasivaò en Massimo Modonesi, *Revoluciones pasivas en América*, Itaca-UAM, México, 2017.

progresistas. Este giro se manifestó orgánicamente en el seno de los bloques y alianzas que sostienen a estos gobiernos y expresó en las variaciones en la orientación de las políticas públicas, justificándose, desde la óptica de la defensa de las posiciones de poder, por la necesidad de compensar la pérdida de hegemonía transversal por medio de un movimiento hacia el centro.

Este *acentramiento*, dicho sea de paso, parecería contrastar con la lógica de las polarizaciones izquierda-derecha y pueblo-oligarquía que caracterizó el mismo surgimiento de estos gobiernos, impulsados por la irrupción de fuertes movimientos antineoliberales y el posterior enfrentamiento con los conatos restauradores de las derechas que abrieron las puertas a la consolidación hegemónica. Al mismo tiempo, si seguimos la hipótesis de Maristella Svampa de un retorno de dispositivos populistas, un movimiento real, orgánico y político hacia el centro no excluye el uso de una retórica confrontacional, típica del formato populista, aunque de modo tendencial debería y probablemente se irá moderando en aras de una mayor coherencia entre forma y contenido.[87]

En todo caso, asistimos a un giro fundamental, histórico y estructural en la composición política de estos gobiernos y por lo tanto de un pasaje significativo de la historia política del tiempo presente latinoamericano.

El deslizamiento hacia un perfil regresivo fue más perceptible en algunos países (Argentina, Brasil, Ecuador) que en otros (Venezuela, Bolivia y Uruguay) ya que en estos últimos se mantuvieron relativamente compactos los bloques sociales y políticos de poder progresistas, no se abrieron fuertes clivajes hacia la izquierda y las derechas siguen siendo relativamente más débiles (salvo en el incierto escenario venezolano donde esta evaluación es discutible). Aunque el fenómeno de fondo fueron los desplazamientos moleculares a nivel de alianzas sociales y políticas, de influencia de clases, fracciones de clases y grupos sociales y políticos y su contraparte en términos de reorientación de las políticas públicas mencionaremos a título de ejemplo ï por razones de espacio y por la dificultad objetiva de dar cuenta a escala latinoamericanas de todos estos pasajesï sólo algunos de sus reflejos más visibles en la esfera político partidaria y del recambio de los liderazgos.

En Argentina el giro conservador fue bastante evidente y se sancionó con la candidatura de Daniel Scioli en el Frente para la Victoria (FPV) quien no es

[87] Maristella Svampa, ñAmérica Latina: de nuevas izquierdas a populismos de alta intensidadò en *Memoria* núm. 256, México, noviembre de 2015.

parte, para usar una expresión argentina, del ñriñonò kirchnerista, a diferencia del candidato a vicepresidente Zannini, lo cual sancionó un ajuste hacia el centro-derecha del ñsistema político en miniaturaò peronista (usando la expresión de Juan Carlos Torre) que ya estaba en curso en los últimos años de paulatino debilitamiento del kirchnerismo.[88]

En Brasil hace tiempo que varios autores señalaron una mutación genética, al margen de los escándalos de corrupción, al interior del Partido de los Trabajadores (PT). El sociólogo Francisco ñChicoò de Oliveira la identificó en el surgimiento del *ornitorrinco*, una figura híbrida, medio sindicalista-medio especulador financiero, instalada en la gestión de inmensos fondos de pensión que navegan en los mercados financieros.[89] En este sentido el posible retorno de Lula no modificaría sustancialmente la orientación política asumida por Dilma, de la misma manera que no ocurrió cuando ella lo sustituyó, mientras que el viraje hacia el centro se manifestaría en la coyuntura más bien por la disminución del gasto social en comparación con el persistente apoyo directo e indirecto a los procesos de acumulación de capital. Esta misma tendencia apareció en el caso ecuatoriano desde el desplazamiento de sectores de izquierda al interior de Alianza País (AP) y la elección de Jorge Glas, un vicepresidente claramente identificado con el sector privado para acompañar a Correa en las elecciones de 2013.[90] En Uruguay fue evidente la regresión a nivel ideológico del liderazgo de Pepe Mujica al de Tabaré Vázquez, como reflejo de equilibrios internos y externos al Frente Amplio (FA) que se movieron hacia la derecha, aún con la continuidad propia de una fuerza política estable y con un proyecto definido.

En relación con los casos andinos, bolivianos y ecuatorianos, Maristella Svampa señala un quiebre de las promesas que sancionó ñla pérdida de la dimensión emancipadora de la política y la evolución hacia modelos de dominación de corte tradicional, basados en el culto al líder y su identificación con el Estadoò.[91]

[88] Mabel Thwaites, ñArgentina fin de cicloò en *Memoria*, núm. 254, México, mayo de 2015.

[89] Massimo Modonesi, ñBrasil: una hegemonía al revés. Entrevista a Francisco De Oliveiraò en *OSAL* núm. 30, CLACSO, Buenos Aires, noviembre de 2011, pp. 65-75.

[90] Francisco Muñoz Jaramillo (editor), *Balance crítico del correísmo*, Universidad Central del Ecuador, Quito, 2014.

[91] Maristella Svampa, ñTermina la era de las promesas andinasò, *Revista Ñ*, Clarín, Buenos Aires, 25 de agosto de 2015.

En el caso de Bolivia, más allá de la emergencia de una ñburguesía aymaraò y de la burocratización y la institucionalización de amplias franjas dirigentes de los movimientos sociales que impulsaron las luchas antineoliberales, es menos sensible el deslizamiento hacia el centro en términos de la composición política del bloque de poder. Al mismo tiempo, el tema de la re-elección de Evo abre a un escenario delicado, a pesar de que no se consolidaron alternativas electorales sólidas ya que la derecha, salvo algunos resultados locales, todavía no levanta plenamente la cabeza y el Movimiento Sin Miedo no terminó de configurarse como una opción a su izquierda.

Estas tendencias regresivas son todavía menos sensibles en Venezuela, ya que la crisis política y económica polarizó los campos en disputa, tendiendo a compactar a las clases subalternas detrás de los grupos dirigentes de la Revolución bolivariana, a pesar de que las circunstancias de una economía particularmente frágil no permiten una profundización de la misma, generan tensiones internas y está fortaleciendo la tendencia más autoritaria.

En estas diferencias nacionales se reflejó la mayor o menor influencia de la reactivación de una oposición social y/o política de izquierda. En efecto, se registró, en la mayoría de estos países, además de la recuperación relativa de fuerza de las derechas, un relativo repunte de la protesta por parte de actores, organizaciones y movimientos populares, sin que esto permitiera asentarse y adquirir un perfil antagonista y autónomo a contrapelo de la subalternización propia de las revoluciones pasivas. Por falta de persistencia en el tiempo, de consistencia organizacional y articulación política lamentablemente no apareció en el horizonte político un escenario de izquierdización de la política latinoamericana. En efecto, a pesar de una lenta recuperación de autonomía y de capacidad de lucha, no se observaron relevantes y trascendentes procesos de acumulación de fuerza política a lo largo de estos últimos dos años de pérdida de hegemonía del progresismo, salvo eventualmente en el caso del Frente de Izquierda y de los Trabajadores (FIT) en Argentina, cuyas perspectivas y potencial expansivo tampoco están asegurados. La explosión de protestas en el Ecuador atravesó distintos sectores y demandas que debilitó a Correa y obligó a optar por la candidatura Lenin Moreno, cuyo triunfo abrió a una etapa de progresismo post correista, pero, a pesar de que se acumuló malestar en los sectores populares, en particular indígenas y de trabajadores organizados, esto no permitió el fortalecimiento de un polo político alternativo sino que,

por el contrario, la llegada de Moreno y su giro anticorreista fracturó el campo de las organizaciones populares.

Esta dificultad se debe parcialmente al efecto de reflujo, después de la oleada ascendente de luchas antineoliberales, de los sectores populares hacia lo clientelar y lo gremial originado por una cultura política subalterna pero, por otra parte y en buen medida, producto de las iniciativas, o la falta de iniciativas, de gobiernos progresistas más interesados en construir apoyos electorales y garantizar una gobernabilidad sin conflictos sociales que a impulsar, o simplemente respetar, las dinámicas antagonistas y autónomas de organización y la construcción de canales y formas de participación y autodeterminación en aras de transformar profundamente las condiciones de vida, y no sólo la capacidad de consumo, de las clases subalternas.

Este debilitamiento, o ausencia de empoderamiento, hace pensar que la intención pasivizadora que operó como contraparte de las transformaciones estructurales y las políticas redistributivas (sin considerar aquí la polémica continuidad extractivista y primario-exportadora) provocó una década perdida en términos de la acumulación de fuerza política desde abajo, desde la capacidad autónoma de los sectores populares, a contracorriente del ascenso que marcó los años noventa y que quebró la hegemonía neoliberal, abriendo el escenario histórico actual.

Este saldo negativo es lo que impide, por el momento, hacer frente a una doble deriva hacia la derecha: por el fortalecimiento relativo de las derechas políticas y por el giro conservador y regresivo que modifica los equilibrios y la orientación política de los bloques de poder que sostienen a los gobiernos progresistas latinoamericanos.

En conclusión, en medio de tiempos convulsos, siguen su curso algunas decadentes revoluciones pasivas latinoamericanas, rodeadas por una creciente oposición a su derecha y su izquierda, marcadas en su interior por un viraje conservador y regresivo, deslizándose de manera peligrosa por una pendiente en la cual pierden brillo hegemónico, anuncio de un fin de ciclo, del cierre de una época que se avecina de forma aparentemente inexorable.

Bibliografía

Acosta, Alberto, *et al.* (2012), *Renunciar al bien común. Extractivismo y (pos) desarrollo en América Latina*, Mardulce, Buenos Aires.

Álvarez González, Javier, *et al.* (2013), *Correismo al desnudo*, Montechristi vive, Quito.

Arkonada, Katu y Klachko, Paula (2016), *Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina*, Editorial Caminos, La Habana.

Badaró Mattos, Marcelo (coordinador) (2017), *Estado y formas de dominación no Brasil contemporáneo*, Consecuencia, Rio de Janeiro.

Bianchi, Álvaro (2015), ñGramsci interprète du Brésilò, *Actuel Marx*, núm. 57, Presse Universitaires de France, París.

Bonnet, Alberto (2015), *La insurrección como restauración. El Kirchnerismo*, Prometeo, Buenos Aires.

Borón, Atilio y Klachko, Paula (2016), *Sobre el* ***ñ****post-progresismo****ò*** *en América Latina: aportes para un debate* en *Rebelion.org* 24.9.2016.

Borón, Atilio (2018), ñUna reflexión sobre el progresismo latinoamericanoò en Gerardo Szalkowicz y Pablo Solana (compiladores), *América Latina. Huellas y retos del ciclo progresista*, El perro y la rana, Caracas.

Caetano, Gerardo, ñ¿Milagro en Uruguay?, apuntes sobre los gobiernos del Frente Amplioò, *Nueva Sociedad*, núm. 272, Buenos Aires.

Chávez, Daniel; Ouviña, Hernán y Thwaites Rey, Mabel (2017), *Venezuela. Lecturas urgentes desde el sur*, IEALC-UBA, Buenos Aires.

Coronel, Valeria y Cadahia, Luciana (2018), ñPopulismo republicano más allá de Estado *vs* Puebloò, *Nueva Sociedad*, núm. 273, Buenos Aires.

Corosío, Alba; Libertad, Indhira y Bracamonte, Leonardo (coordinadores) (2017), *Chavismo: genealogía de una pasión política*, CLACSO/ Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos/ Centro Internacional Miranda/Escuela Venezolana de Planificación, Buenos Aires-Caracas.

Fernandes Días, Edmundo (2012), *Revolução passiva e modo de vida: ensaios sobre as classes subalternas, o capitalismo e a hegemonia*, Editora José Luís e Rosa Sundermann, Sao Paulo.

Gago, Verónica y Sztulwark, Diego (2016), ñLa temporalidad de la lucha social en el fin de ciclo óprogresistaô en América latinaò, *Euronomade.org*

García Linera, Álvaro (2008), ñEmpate catastrófico y punto de bifurcaciónò, *Crítica y emancipación*, núm. 1, CLACSO, Buenos Aires.

García Linera, Álvaro (2014), ñDel Estado aparente al Estado integralò en Carolina Scotto, María Teresa Piñeiro, *et al.*, *Actas del III Seminario Internacional Universidad, Sociedad y Estado: a 400 años de la Universidad en la Región*, Universidad de Córdoba, Córdoba.

García Linera, Alvaro (2015), *Socialismo comunitario, un horizonte de época*, Viceprecidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, Bolivia.

Gómez Leyton, Juan Carlos (coordinador) (2017), *Bolivia hoy: ¿Una democracia poscolonial o anticolonial?, seis estudios y una bibliografía seleccionada 1990-2016*, Escaparate, Santiago de Chile.

Gudynas, Eduardo (2015), ñLa identidad de los progresismos latinoamericanosò en *América Latina en Movimiento*, núm. 510, año 39, Agencia latinoamericana de información, Quito.

Gutiérrez Aguilar, Raquel; Cordero Díaz, Blanca Laura y Linsalata, Lucia (2017), ñ¿Puede ser fértil la noción de ñ(re)formismo desde abajoò para pensar los caminos cotidianos ï y fundamentalesï de transformación social? Reflexiones desde algunas experiencias de lucha más allá, contra y más del capital y del Estado en Venezuelaò en Juan José Carrillo Nieto, Fabiola Escárzaga y María Griselda Gunther (coordinadores), *Los gobiernos progresistas latinoamericanos. Contradicciones, avances y retrocesos*, UAM-Ítaca, México.

Katz, Claudio (2017), *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*, Batalla de ideas, Buenos Aires.

Laclau, Ernesto (2005), *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Lander, Edgardo, *et al.* (2013), *Promesas en su laberinto. Cambios y continuidades en los gobiernos progresistas de América Latina*, IEE/CEDLA/CIM, Quito.

López Maya, Margarita (2016), *El ocaso del chavismo. Venezuela 2005-2015*, Editorial Alfa, Caracas.

López Segrera, Francisco (2016), *América Latina: crisis del posneoliberalismo y ascenso de la nueva derecha*, CLACSO, Buenos Aires.

Machado, Decio y Zibechi, Raúl (2016), *Cambiar el mundo desde arriba. Los límites del progresismo*, Editorial Quimantú, Santiago de Chile.

Maringoni, Gilberto y Medeiros, Juliano (coordinadores) (2017), *Cinco mil días. O Brasil na era do Lulismo*, Boitempo, Sao Paulo.

Modonesi, Massimo y Navarro, Mina (2014), ñEl buen vivir, lo común y los movimientos antagonistas en América Latina. Elementos para una aproximación marxistaò en Giancarlo Delgado (coordinador), *Buena Vida, Buen vivir. Imaginarios alternativos para el bien común de la humanidad*, UNAM-CEIICH, México.

Modonesi, Massimo (2010), ñDe la autonomía a la hegemoníaò, *Contracorriente*, vol. 7, núm. 3, University of Oregon, EEUU.

Modonesi, Massimo (2010), *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política*, Prometeo-CLACSO-UBA, Buenos Aires.

Modonesi, Massimo (2011), ñBrasil: una hegemonía al revés. Entrevista a Francisco De Oliveiraò, *OSAL*, núm. 30, CLACSO, Buenos Aires,

Modonesi, Massimo (2014), ñConflictividad socio-política e inicio del fin de la hegemonía progresista en América Latinaò en Jaime Pastor y Nicolás Rojas Pedemonte (coordinadores), *Anuario del conflicto social 2013*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.

Modonesi, Massimo (2017), *Revoluciones pasivas en América*, Itaca-UAM, México.

Muñoz Jaramillo, Francisco (coordinador) (2014), *Balance crítico del gobierno de Rafael Correa*, Universidad Central del Ecuador, Quito.

Muñoz Jaramillo, Francisco (editor) (2014), *Balance crítico del correísmo*, Universidad Central del Ecuador, Quito.

Nelson Coutinho, Carlos (2007), ñLœpoca neoliberale: rivoluzione passiva o controriforma?ò, *Critica Marxista*, núm. 2, Editori Riuniti, Roma.

Nelson Coutinho, Carlos (2010), ñHegemonía da pequeña políticaò en Francisco De Oliveira, Ruy Braga y Cibele Rizek (organizadores), *Hegemonia a avessas*, Boitempo, Rio de Janeiro.

Petras, James y Veltmeyer, Henry (2009), *Espejismos de la izquierda en América Latina*, Lumen, México.

Petras, James y Veltmeyer, Henry (2017), *The Class Struggle in Latina America*, Routledge, Nueva York.

Piva, Adrián (2015), *Economía y política en la Argentina kirchnerista*, Batalla de ideas, Buenos Aires.

Sader, Emir (2016), ñEl fracaso de la ultra izquierdaò, *Rebelion.org*

Schavelzon, Salvador (2015), *Plurinacionalidad y Vivir Bien/Buen Vivir. Dos conceptos leídos desde Bolivia y Ecuador*, Abya Yala-CLACSO, Quito.

Sierra, Gerónimo de (organizador) (2017), *Los progresismos en la encrucijada. Argentina, Bolivia, Brasil, Uruguay, Venezuela*, Universidad de la República, Montevideo.

Singer, André y Loubeiro, Isabel (coordinadores) (2016), *As contricioes do Lulismo. A que ponto chegamos?*, Boitempo, Sao Paulo.

Solana, Pablo y Szalkowicz, Gerardo (2017), ñApuntes para el reimpulsoò, *Rebelion.org*

Stolowicz, Beatriz (2017), *El misterio del posneoliberalismo*, ILSA- Espacio crítico, Bogotá.

Svampa, Maristella (2008), *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, CLACSO-Siglo XXI, Buenos Aires.

Svampa, Maristella (2013), ñLa década kirchnerista: populismo, clases medias y revolución pasivaò, *Lasaforum*, vol. 44, núm 4.

Svampa, Maristella (2015), ñAmérica Latina: de nuevas izquierdas a populismos de alta intensidadò, *Memoria*, núm. 256, México.

Svampa, Maristella (2015), ñTermina la era de las promesas andinasò, *Revista Ñ*, Clarín, Buenos Aires.

Svampa, Maristella (2016), *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia, populismo*, Edhasa, Buenos Aires.

Svampa, Maristella (2017), ñCuatro claves para leer América Latinaò, *Nueva Sociedad*, núm. 268, Buenos Aires.

Svampa, Maristella (2017), *Del cambio de época al fin de ciclo: gobiernos progresistas, extractivismo, y movimientos sociales en América Latina*, Edhasa, Buenos Aires.

Thwaites, Mabel (2015), ñArgentina fin de cicloò, *Memoria*, núm. 254, México.

Conclusiones

A lo largo de los capítulos de este libro hemos bosquejado un panorama general de la política, la economía y las estrategias de la izquierda latinoamericana en el siglo xxi. El objetivo ha sido capturar los trazos gruesos de una historia del tiempo presente: la dinámica de la secuencia entre las explosiones populares de finales de la década de los noventa, las promesas y contradicciones del período de la hegemonía progresista entre 2003 y 2011 hasta su desdibujamiento y el fortalecimiento de las derechas, nuevas y viejas, desde 2012 en adelante.

En el terreno de lo político, resaltan los vericuetos de la lucha de clases y las relaciones entre los movimientos populares y los partidos y gobiernos de izquierda desde la década de los noventa hasta el presente. Hemos mostrado cómo las rebeliones populares de finales de la década de los noventa surgieron en respuesta y oposición al neoliberalismo del Consenso de Washington que se impuso en los años ochenta y noventa. Sobre la base de esta oleada de luchas sociales, se dieron las victorias electorales que permitieron la formación de los gobiernos centro-izquierdistas y nacional-populares que se asentaron en varios países latinoamericanos a lo largo de la primera década del siglo xxi. En un proceso político desigual, los impulsos radicales desde abajo fueron canalizados hacia una perspectiva estratégica electoralista y estatalista por una gama ecléctica de partidos progresistas, a menudo dirigidos por figuras carismáticas.

A lo largo de la ñépoca de oroò de la hegemonía progresista, entre aproximadamente 2003 y 2011, una serie de programas de gobernabilidad y desarrollo capitalista de Estado se implementaron en distintos países bajo administraciones de izquierda y centro-izquierda. El perfil ideológico general de estos gobiernos estaba lejos de las orientaciones revolucionarias o anticapitalistas de gran parte de la izquierda latinoamericana de los años setenta e inclusive de los movimientos antineoliberales de los años noventa y dos mil. Evaluando la región como un todo, durante el período 2006-2013, los tipos de régimen se dividen en tres ejes: neoliberal/conservador; izquierda

socialdemócrata o social-liberal; populista o nacional-popular con acentos antiimperialistas. El último tipo, el más radical, se refiere a los gobiernos de Venezuela, Ecuador y Bolivia. En el segundo y tercer tipo de régimen, se constató el retorno de la intervención compensatoria del Estado, el refuerzo de varios programas sociales y asistenciales, el fortalecimiento del mercado interno y la inversión en infraestructuras para sostener el impulso de planes económicos de corte neodesarrollista. Y, sin embargo, ninguna de estas líneas de acción implicaba una confrontación directa con los intereses de las clases dominantes, mientras que, políticamente, implicaban la cooptación e integración institucional de los movimientos populares, con algunas direcciones de organizaciones sociales y sindicales directamente incorporadas en los aparatos partidarios y estatales.

Con el tiempo, la fase de impulso progresista se agotó y nuevas características regresivas surgieron en las experiencias de estas izquierdas en el poder y, alrededor de 2012-2013, de la mano de los efectos de la crisis económica, aumentaron las tensiones con diversos sectores y movimientos populares. Esto marcó el punto de inflexión que auspició el llamado ñfin del cicloò del progresismo en los años inmediatamente posteriores. Al mismo tiempo, de la mano de la debilidad y el descredito creciente de las administraciones progresistas, una serie de viejos y nuevos movimientos de derecha se fortalecieron en varios países desde 2012. Parecería que la experiencia de gobernar los aparatos del Estado capitalista, incluso en los casos en que ese aparato había sido parcialmente reformado a través de nuevas constituciones, propició tendencias regresivas en las acciones, políticas y visiones ideológicas del progresismo en el poder. Nuevas élites surgieron y se incrustaron dentro del Estado, fomentando una evidente burocratización, pero también corrupción e enriquecimiento a costa del presupuesto público. Por ascenso social o por simples alianzas, estas franjas terminaron convergiendo y confundiéndose con fracciones de las viejas clases dominantes. En Venezuela, por ejemplo, tales tendencias ya eran evidentes durante los gobiernos de Hugo Chávez con el fenómeno de la llamada ñboliburguesíaò, pero hicieron metástasis bajo los de Nicolás Maduro. En Brasil, por otra parte, se dio la manifestación más clara de la fusión de intereses entre las élites del Partido de los Trabajadores (PT), los dirigentes sindicales y el mundo de las finanzas, un actor cuyo carácter híbrido llevó al sociólogo Chico de Oliveira a nombrarlo irónicamente ñel ornitorrincoò.

En la coyuntura política actual, se pueden evidenciar tres tendencias. Una implica la estabilización de la variante social-liberal del progresismo, con Uruguay destacando como el caso ejemplar, pero también con la llegada del gobierno de Andrés López Obrador en México, el cual, al margen de acentos y gestos nacional populares, en la sustancia promete respetar el molde neoliberal, decorándolo con políticas sociales de corte asistencial. Otro se caracteriza por la ascensión de las fuerzas políticas de nítido corte neoliberal a la presidencia en Chile, Argentina y Brasil, unas más reaccionarias y restauradoras que otras. El tercer fenómeno corresponde a los gobiernos nacional-populares que permanecen en el poder, pero en formas degradadas o incluso francamente regresivas. Esta última tendencia es más evidente en Venezuela, Ecuador y Nicaragua que en Bolivia.

El regreso de varias fuerzas derechistas al gobierno es evidencia de la continua influencia de las clases dominantes y de su capacidad de incidir directamente y de disputar el control directo del poder político de la derecha en la región, después de haberse adaptado a negociar con partidos y gobiernos progresistas, pero también desafiándolos con campañas de prensa, con maniobras y *complots* e inclusive incursiones abiertas en el terreno de las manifestaciones callejeras. Una vez perdida la brújula hegemónica y abierta la crisis del progresismo, las clases dominantes se compactaron detrás de la opción derechista, inclusive de versiones abiertamente reaccionarias como la brasileña. Al mismo tiempo, aunque no se transformara en opción política, la desafección popular con el progresismo se fue expresando en renovadas movilizaciones populares, obreras, campesinas, indígenas, juveniles y estudiantiles, luchas urbanas y emergencias feministas. Hasta cierto punto, sin que lograran cambiar de signo a la coyuntura marcada por la tendencia derechista, dieron una demostración de vitalidad de las formas plurales de la irrupción popular antineoliberal que presenciamos en los años noventa. Los ejemplos de renovada movilización entre las clases populares evidencian, una vez más, que existe esperanza para un futuro emancipatorio que rebase los límites y las contradicciones del ciclo progresista, sin alinearse con las fuerzas conservadoras y reaccionarias nacionales e imperiales.

En el terreno de lo económico, hemos evidenciado, a la luz del prisma del ciclo progresista, cómo las formaciones estatales latinoamericanas son hoy, como lo han sido a lo largo de la historia, doblemente determinadas. Por un lado, no se ha rebasado el momento y el patrón de la incorporación subordinada

de América Latina a la división internacional del trabajo y los ritmos de los ciclos históricos centrales de acumulación que se desarrollan a escala global. Al mismo tiempo, por otro lado, los equilibrios de poder en América Latina están conformados y condicionados por los conflictos centrales generados entre las principales clases sociales antagónicas internas, y el cambiante equilibrio de fuerzas entre ellos ï económico, sociológico, ideológico y político.

El período de la hegemonía progresista entre 2003 y 2011 estuvo íntimamente ligado al auge internacional de los productos básicos impulsado por el crecimiento chino que provocó la concomitante tendencia en gran parte de la región al desarrollo de monocultivos agroindustriales, extracción minera y de recursos energéticos, de petróleo y gas natural. Las rentas generadas por tal intensiva extracción de recursos proporcionaron los medios con los cuales los gobiernos progresistas pudieron ejercer intervenciones compensatorias a nivel de gasto público y social, a través de los cuales hubo modestas ganancias redistributivas para los sectores populares, en particular los más pobres, incluso mientras las estructuras de clase y las relaciones de propiedad social subyacentes a estas sociedades quedaban intactas.

Las políticas de incremento del gasto sin cambio estructurales impulsadas de los gobiernos progresistas, hemos argumentado, fueron estructuralmente vulnerables a una desaceleración en los precios de los productos básicos, y para 2012 éste fue el principal mecanismo por medio del cual la crisis económica mundial de 2008 hizo su aterrizaje tardío en las costas de América del Sur. Las crisis económicas desatadas por la recesión mundial socavaron las bases materiales del supuesto equilibrio interclasista, lo que ayudó a avivar las tensiones políticas entre los gobiernos progresistas y los sectores populares, al tiempo que también abrió oportunidades políticas para la rearticulación derechista.

A nivel geopolítico, Estados Unidos continúa siendo la potencia imperial clave que influye en los resultados políticos de la región, aunque haya sufrido un declive relativo en varias dimensiones económicas y geopolíticas de su proyección de poder extranjero. China, aunque todavía no represente un rival imperial en términos militares, claramente tiene una influencia imperial creciente en términos de patrones de inversión extranjera directa (IED), como un punto de destino comercial determinante para importantes exportaciones latinoamericanas de productos básicos, y como una línea de crédito alternativa con distintas condiciones de préstamo de las que a menudo están asociadas a

préstamos del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional o el Banco Interamericano de Desarrollo.

Contra tales maquinaciones imperiales, hay que registrar los esfuerzos realizados por los movimientos y los gobiernos progresistas de la región para establecer formaciones geopolíticas regionales alternativas para contrarrestar, particularmente, la influencia de los Estados Unidos. Los más radicales de estos experimentos institucionales fueron la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), el Banco del Sur y la moneda de Sucre. Expresiones más moderadas de los organismos regionales diseñadas para impugnar la hegemonía estadounidense, al menos de forma limitada, fueron el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

Estas iniciativas regionales, tanto las radicales como las modestas, debilitaron hasta cierto punto el dominio y el poder de Estados Unidos en América Latina. Sin embargo, las iniciativas más radicales se debilitaron a medida que la crisis económica golpeaba y la legitimidad de varios gobiernos de izquierda se tambaleó, de forma más marcada en el caso del proceso bolivariano en Venezuela. Si bien persisten las expresiones moderadas, nunca representaron el mismo potencial que la ALBA, el Banco del Sur y el Sucre, dado que nunca se basaron en una política francamente antiimperialista. En el momento actual, aprovechando las caídas y las crisis de los principales gobiernos progresistas de la región, tanto China como Estados Unidos refuerzan su influencia y poder.

Finalmente, en el terreno de la producción intelectual en América Latina, hemos estudiado las coordenadas generales de los debates sobre la izquierda con respecto al carácter y la composición del giro progresivo en el siglo XXI, prestando especial atención a lo nacional-popular, lo populista, corrientes de pensamiento anticapitalista, libertario-autonomista, ecologista y poscolonial. Hemos identificado las tensiones teóricas y políticas centrales que atraviesan estos debates, entre aquellos que enfatizan una lógica hegemónica contra los que privilegian un principio autonómico, y entre aquellos que, por un lado, apuestan a las iniciativas desde arriba, a través del Estado y enraizadas en alianzas pluriclasistas y programas de reforma limitada, y aquellos, por otro, que defienden iniciativas desde abajo, orientadas hacia el radicalismo antisistémico.

Si bien la oposición al neoliberalismo en América Latina había sido, en

cierto sentido, un punto de articulación y consenso sobre la izquierda intelectual, la experiencia contradictoria de los gobiernos progresistas que ocupaban cargos estatales se convirtió en un punto de divergencia interna y desarticulación, proceso que con el tiempo se ha intensificado. En términos socioeconómicos, los debates se desarrollaron a través de los prismas del neoliberalismo, el neodesarrollismo, el anticapitalismo y el antimperialismo. En los ámbitos que cruzan la economía y la ecología, surgieron disputas en torno al extractivismo y la dependencia. En cuanto al Estado y la democracia, surgieron controversias sobre el populismo, el clientelismo, el transformismo y la revolución pasiva. Por último, la cuestión de la diversidad cultural se retomó a través de las lentes del plurinacionalismo y el poscolonialismo.

Para los intelectuales más cercanos a los gobiernos progresistas en el poder, la principal contradicción que enfrentaban los países latinoamericanos era el eje del imperialismo contra el antiimperialismo, y lo que hacía que estos gobiernos merecieran apoyo eran sus aparentes posiciones antiimperialistas dentro de la geopolítica global. En segundo lugar, los consideraron como gobiernos ñpopularesò por su compromiso con la justicia social, una orientación inserta en políticas económicas de corte posneoliberal. La renovada intervención estatal de los gobiernos progresistas en ambos frentes ï primero, mediante la afirmación de la soberanía popular en el ámbito internacional, y segundo, mediante políticas estatales de redistribuciónï fue para tales intelectuales izquierdistas las bases sobre las cuales asumieron su defensa.

Mientras tanto, los críticos de izquierda de los gobiernos progresistas reconocieron que estas administraciones habían surgido y se habían hecho posibles gracias al desborde de la resistencia antineoliberal a fines de la década de los noventa y principios de la de los dos mil. Sin embargo, los nuevos gobiernos de izquierda y centro-izquierda tendieron a amortiguar esos primeros impulsos antineoliberales, en lugar de impulsarlos. Más que eso, reprodujeron elementos cruciales del neoliberalismo en sus políticas político-económicas y planes de desarrollo: consumismo, explotación, extractivismo y destrucción ambiental. Políticamente, con el tiempo, también se volvieron propensos a las prácticas autoritarias, clientelistas y corruptas.

Dichas oposiciones de izquierda surgieron de diferentes ámbitos ideológicos, principalmente el anticapitalismo, el autonomismo libertario, el ecologismo y el poscolonialismo. Los críticos anticapitalistas señalaron los

límites de las alianzas multiclase y los programas político-económicos de neodesarrollo. Los ecologistas militantes y los movimientos campesinos se posicionaron contra el extractivismo capitalista y los megaproyectos de desarrollo. Los autonomistas libertarios se centraron principalmente en combinaciones de autoritarismo, estatismo, centralismo, clientelismo y caudillismo. Los críticos poscoloniales, finalmente, se enfocaron en las agresiones contra la Madre Tierra y las formas de vida comunitaria, así como en las continuas jerarquías racistas y la incapacidad de lograr una transformación genuinamente plurinacional en países como Bolivia y Ecuador. Una vez más, las tensiones predominantes que atraviesan estos conflictos giraron en la hegemonía contra la autonomía, la clase contra el ñpuebloò como el sujeto revolucionario predominante, y la autoemancipación desde abajo contra la emancipación mediada por el Estado, el partido y el liderazgo.

Siguiendo las ideas desarrolladas en el trabajo de Gramsci, hemos argumentado que los gobiernos progresistas en el siglo XXI en América Latina se pueden entender mejor a través del concepto de *revolución pasiva*. Estos proyectos políticos han implicado transformaciones significativas pero estrictamente limitadas, con trasfondos conservadores, impulsados desde arriba y mediante prácticas políticas dirigidas a la desmovilización de las clases subalternas. La revolución pasiva, en este sentido, se ha desplegado a través de las modalidades del cesarismo y el transformismo, que han tendencialmente vaciado las infraestructuras populares de organización, participación y autoactividad.

El declive de la hegemonía de izquierda no ha significado una hegemonía de derecha, sino más bien la entrada en un período de estancamiento político caótico, impredecible y volátil. En ciertos casos, los gobiernos de izquierda han permanecido en el cargo, pero ya no se caracterizan por su potencial de transformación. En Venezuela, por ejemplo, Nicolás Maduro fue reelegido para la presidencia en mayo de 2018, pero el proceso bolivariano se ha osificado en una distorsión más burocrática y militarizada respecto de su primera etapa. Mientras tanto, en Ecuador, Lenin Moreno, ex vicepresidente de Rafael Correa, y desde 2017 presidente de este país, ha introducido una serie de medidas ortodoxas de reestructuración neoliberal, renegando de las promesas de su plataforma electoral por continuar los gastos sociales populares llevados a cabo durante las administraciones de Correa. En Nicaragua, los sandinistas de Daniel Ortega permanecen en el poder, pero se fue derrumbando su

legitimidad. A medida que la crisis económica internacional comenzó a socavar la política económica nicaragüense, Ortega anunció en abril de 2018 recortes de pensiones y otras medidas regresivas, desencadenando una oleada de movilizaciones de protesta de estudiantes y trabajadores, al cual el gobierno respondió con burdas descalificaciones y una brutal represión estatal y paramilitar.

Al momento de terminar estas páginas de balance, el candidato de centro-izquierda Andrés Manuel López Obrador (AMLO) acaba de ganar de forma abrumadora la elección presidencial. Sin embargo, su coalición, MORENA, se ha movido significativamente al centro en los últimos años y de forma acelerada durante la reciente campaña electoral. La presidencia de AMLO aunque tenga un impacto histórico respecto de la continuidad del neoliberalismo autoritarios en México y dé oxígeno al progresismo latinoamericano, se anuncia poco radical y podría parecerse a la orientación y el estilo moderado asumido por el gobierno de Lula en Brasil, pero con condiciones más desfavorables por la coyuntura económica y el nivel de violencia criminal y política que caracteriza el escenario mexicano.

En otros lugares, la centro-izquierda ha implosionado electoralmente y la derecha ha aprovechado el vacio para ascender. En Chile, por ejemplo, en la segunda vuelta de las elecciones de diciembre de 2017, el ultraconservador Sebastián Piñera obtuvo el 55% del voto popular, derrotando a Alejandro Guillier, el candidato de la coalición de centro-izquierda Nueva Mayoría. El 55% de Piñera fue el mejor resultado electoral para un partido de la derecha chilena en casi un siglo de historia republicana. No es compensación suficiente pero señal esperanzadora, la emergencia del Frente Amplio, una coalición de izquierda heterogénea pero que hereda parte de la fuerza del movimiento estudiantil de 2011. En Argentina, el candidato peronista Daniel Scioli fue derrotado en las elecciones presidenciales de noviembre de 2015 por el empresario de centro-derecha y ex alcalde de Buenos Aires, Mauricio Macri, poniendo fin al experimento kirchnerista. Macri, en un contexto político de creciente oposición sindical y de movimientos sociales y una creciente crisis económica, ha intentado devolver al país al neoliberalismo ortodoxo de la década de los noventa, con resultados desastrosos en los mismos términos de eficiencia económica que enarbolaba, hundiendo a Argentina en una crisis cuyos desenlaces son inciertos pero cuya dinámica parece acelerada.

En Brasil, Dilma Rousseff fue destituida de su cargo mediante un golpe

de Estado parlamentario en 2016, y el conservador (no electo) Michel Temer se ha asentado en la presidencia desde entonces. Poco más de un año después de su mandato, luego de introducir una serie de medidas de austeridad, la popularidad de Temer había caído a un infinitesimal 3%. En abril de 2018, como líder del Partido de los Trabajadores una vez más, y con más del doble del apoyo del candidato más cercano en la carrera presidencial en las encuestas previas a las elecciones de octubre, Luiz Inácio Lula da Silva fue condenado y encarcelado por corrupción y lavado de dinero en un procedimiento judicial altamente politizado. Como resultado de esto, en octubre de 2018, el ultraderechista Jair Bolsonaro ganó las elecciones en la segunda vuelta abriendo un capítulo de la historia política brasileña que se anuncia dramático, en particular en el terreno cultural y de los derechos civiles y humanos. Poco antes, en Colombia, Iván Duque, otro derechista respaldado por el ex presidente Álvaro Uribe, ganó la presidencia en junio, poniendo en peligro la implementación del acuerdo de paz con las FARC.

Hemos entrado en un periodo caracterizado por la retirada de la izquierda institucional, el progresismo en el poder, y un avance de las derechas. Al mismo tiempo, éstas no tienen solución para las situaciones críticas, a nivel económico, social y político, que heredan, sino que todo indica que las agravarán. Es probable que seamos testigos de un período de intensificación de las formas coercitivas y autoritarias por parte de los gobiernos de derecha y nuevas expresiones de resistencia y lucha social por la izquierda. En este contexto, se medirá la capacidad del progresismo latinoamericano de salir de su crisis y de mantenerse en el gobierno donde lo conserva y de recuperarlo donde lo perdió.

Frente a esta incierta coyuntura, es imprescindible recapitular los principales procesos que marcaron la historia política reciente y, en particular, los límites y las contradicciones de los experimentos progresistas. Este libro representa un ejercicio de historia del tiempo presente que pretende contribuir en esta dirección.

En el primer quinquenio del 2000 se produjo en América Latina una oleada de derrotas electorales de los antes "invencibles" partidarios del neoliberalismo y la correspondiente apertura de uno de los más grandes procesos de recambio relativo de los grupos dirigentes que ha visto la historia de la región. Así, en la primera década del siglo XXI, se contaron tantos gobiernos de tinte progresista como no se veían desde los años treinta y cuarenta del siglo anterior.

Estos gobiernos lograron instalar cierto grado de hegemonía que les permitió sostenerse por un ciclo temporal sorprendentemente largo –que varía entre 10 y casi 20 años de gobierno. Sin embargo, en los últimos años, por múltiples razones, este proceso entró en una etapa de agotamiento –el llamado "fin de ciclo".

Tratando de dar cuenta de forma integral del ascenso, consolidación y crisis de estas experiencias políticas, en este libro se pretenden ofrecer claves de lectura para atender los desafíos analíticos relacionados con dos elementos trascendentes, que le otorgan un valor que inclusive rebasa la dimensión latinoamericana: su historicidad y su politicidad.

ISBN 607301770-7
9 786073 017701